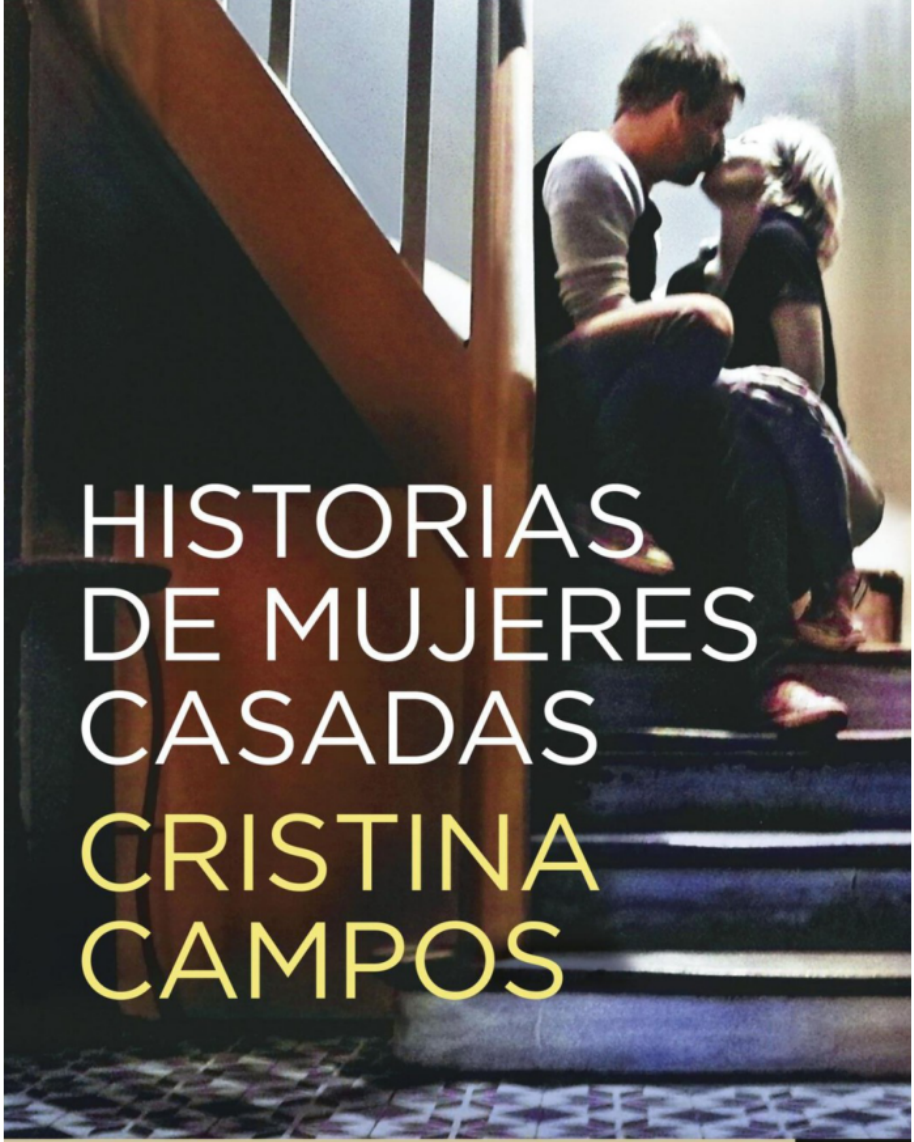


# HISTORIAS DE MUJERES CASADAS

## CRISTINA CAMPOS

FINALISTA PREMIO PLANETA 2022

AE &I

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Estoy desnuda. Tumbada sobre...
1. Maridos y mujeres
2. Amigas
3. Amantes
4. Relato salvaje
5. Herida
6. Cicatriz
7. Pequeñas mentiras sin importancia
8. La nobleza del marido
9. Deseo
10. Medias negras sobre fémur blanco
11. La vida va en serio
12. Omisión
13. El primer día del resto de mi vida
14. Amor
15. La eternidad y un día
Películas citadas
Canciones citadas
Agradecimientos
Notas
Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora Descubre Comparte**

# Sinopsis

Gabriela es una mujer casada con un hombre al que quiere. Al que adora. Un hombre que le mendiga sexo una vez al mes. Y Gabriela, porque le quiere, porque adora a su marido, sin desearlo, se lo concede. Pero cada mañana, Gabriela se cruza con un desconocido, un hombre al que, incomprensiblemente, desea.

Gabriela es periodista y trabaja junto a sus compañeras de redacción, Silvia y Cósima, mujeres con las que ha forjado una preciosa y sólida amistad. Como Gabriela, también ellas esconden pequeños secretos a sus maridos.

*Historias de mujeres casadas* es una poderosa novela que ahonda en la intimidad femenina y narra con naturalidad la realidad de muchas mujeres contemporáneas atrapadas en unas vidas que nunca imaginaron.

# Historias de mujeres casadas

Cristina Campos

*Finalista Premio Planeta 2022*

Planeta

Estoy desnuda. Tumbada sobre el pecho de mi amante. Tumbada sobre el pecho del hombre al que amo. Entrelazo mis piernas con las suyas, mientras él, con sus manos acogedoras y fuertes, me acaricia el cabello.

Hoy ha sido él quien me ha hecho, lentamente, el amor. A veces soy yo. Casi siempre somos los dos.

El silencio entre nosotros es denso. Denso y profundo. Los dos sabemos que esta historia se acaba. Este amor prohibido que llevamos sintiendo todo el año el uno por el otro llega a su fin. Ha sido un año intenso. Lleno de vida. Lleno de sexo. De amor. De ternura. De caricias. Sobre todo, un año lleno de inconsciencia. Trescientos sesenta y cinco días son muchos. Demasiados días amándonos a escondidas.

Podríamos seguir como estamos. Yo engañando a mi marido y Pablo engañando a su mujer. Eso es lo que Pablo quiere. Él puede amar a dos mujeres a la vez, pero yo no sé. No sé amar a dos hombres a la vez. Quizá es que no he sabido separar el sexo del amor, el sexo del sentimiento.

—¿Qué te hace sufrir tanto, Gabriela? ¿No poder vivir conmigo? —Pablo espera unos segundos antes de continuar—: ¿Estás segura de que quieres romper tu familia por mí? ¿Que yo rompa la mía?

Lo escucho en silencio porque realmente no sé lo que quiero.

—Tú quieres a tu marido. Yo estoy bien con mi mujer.

Sé que no me dice «yo quiero a mi mujer» para no herirme. Lo sé. Cada vez que lo escucho hablar de su mujer, se me rompe un pedacito del alma. Creo que Pablo no se da cuenta de la carga dramática que tiene en mi vida cada frase que pronuncia.

—¿Quieres dejar de ver a tu hijo quince días al mes? ¿Que esté quince días con su padre y quince días conmigo? ¿Y tú cuidar de mis hijas? ¿De verdad quieres eso?

No respondo a esa pregunta. Pablo sabe cuánto me duele todo y me acaricia el cabello.

—Gabi, además, si hago lo que me pides..., me convertiré en lo que ya tienes.

Repito su frase en mi mente: «Me convertiré en lo que ya tienes».

—Dentro de un año dejarás de desearme y nada será igual.

Lo escucho, pero no veo posible que el deseo que siento por él, por Pablo, por mi amante, se acabe nunca. Porque lo deseo tanto...

Tanto... A mis cuarenta y cinco años, no entiendo cómo puede sentirse con tanta intensidad. No entiendo la fuerza de mi deseo, porque no recuerdo haberlo sentido así antes. O quizá sí. Quizá lo sentí con mi marido, pero hace mucho tiempo. Hace demasiado tiempo. No recuerdo si llevamos casados diecinueve años o veinte, porque mi vida está unida a un hombre al que quiero como compañero, como padre de mi hijo, como mi amigo, como mi mejor amigo. Un hombre al que quiero profundamente, pero al que no amo. Al que no deseo.

A veces, en soledad, pienso en este sentimiento tan hondo que ha vuelto a mí y no encuentro otra palabra mejor que la de *renacer* . Quizá *resurgir* . Resucitar.

En la intimidad, a veces, repito bajito esas cinco letras: D- E- S- E- O.

Porque el deseo rompió mi vida serena. Mi vida dulce y plácida junto a mi marido. El deseo rompió mi estabilidad emocional. El deseo me traicionó. A menudo me pregunto por qué. ¿Por qué lo hice? Y me contesto a mí misma algo muy simple: la sed de aventura. Sí. La sed de aventura pudo conmigo. Veinte años de matrimonio. Todo era una serena estabilidad.

Empezó como un juego divertido donde entregué mi cuerpo y me convencí a mí misma de que solo entregaría mi cuerpo. No tardé más de un mes en entregar mi alma.

—Gabi, ¿de verdad quieres romper tu matrimonio por mí? —me lo vuelve a preguntar.

Siempre tardo en responder a sus directas preguntas.

—No lo sé. No sé qué contestarte. Pero no puedo vivir así. No puedo. Yo no soy así. Llevo intentándolo desde el primer día que entré en esta buhardilla. A veces... —y espero unos segundos antes de continuar—, a veces pienso que nunca tendría que haber entrado.

Sé que a Pablo le duelen mis palabras. Porque, a pesar de que soy su amante y no su mujer, Pablo me quiere.

Dirijo la mirada al umbral de la puerta, recordando el primer día que lo crucé. Que crucé la puerta de su estudio. De su buhardilla. Donde él escribe cada día. Una buhardilla abarrotada de libros desordenados y discos de jazz. Donde nos escondemos. Donde nos amamos, en secreto. Donde yo soy infiel a mi marido, y él es infiel a su mujer.

Pude pararlo, pero no quise. Soy la única culpable de este tsunami de sentimientos que me invaden la vida.

—Mírame, Pablo —le pido.

Soy una mujer delgada. Todas las mujeres de mi familia lo han sido. Lo son. Y he perdido tres kilos desde que lo conozco. Para muchas mujeres es una cifra insignificante; para mi cuerpo es demasiado.

—Estás preciosa —me contesta sincero.

Porque siempre me ve preciosa.

Los jueves, el día de la semana que compartimos, siempre me siento una mujer amada. Profundamente amada. Me ama más que a su mujer. Mucho más que a su mujer. A su mujer la quiere. La quiere mucho. Creo que es sincero cuando me lo dice. Podría no serlo, pero le creo porque entiendo sus palabras. Yo siento el mismo amor hacia mi marido. Hacia el hombre con el que llevo caminando por la vida desde hace veinte años.

—Eres preciosa —me repite.

Sonrío agradecida y vuelvo mi mirada hacia él. Lo observo: su rostro curtido deja ver el paso del tiempo. Es un tipo interesante y carismático, pese a su personalidad introvertida. Pablo es tímido, tan tímido como mi marido. Me gustan los hombres tímidos. Mi padre también lo era. A veces intento distanciarme de estos sentimientos que nublan mi vida, y en mi mente los observo a los dos: a mi marido y a mi amante. Se parecen; mi marido y mi amante se parecen. En lo psíquico más que en lo físico. A veces los siento iguales. Pero a uno lo deseo y al otro no.

Deslizo la mano hacia el rostro de Pablo. Le acaricio la barba, que tiene cada vez más llenita de canas, que no le gusta afeitarse y con la que juego, siempre, cuando hacemos el amor. Tiene cincuenta y cinco años, y a veces, a pesar de que soy diez años más joven que él, pienso, insegura, que podría estar con una treintañera. Una mujer más joven que yo, con la piel tersa y el pecho firme. Una mujer más libre.

Soy una mujer madura que ha aceptado el paso del tiempo en el cuerpo. A veces, es cierto, con pena, viendo mis pequeños senos caerse. Viendo mis arruguitas en los ojos.

Pienso que Pablo podría estar con una mujer más joven, porque Pablo, además de ser un tipo encantador, es un escritor conocido. Muy conocido. Y ahí entra la erótica del poder. Viaja por el mundo con sus novelas, y los medios de comunicación del país se pelean por entrevistarlo. Sus presentaciones ya no se hacen en librerías: hace unos años su editorial decidió presentarlas en el Círculo de Bellas Artes y en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona. Cuando firma en la Feria del Libro de Madrid, se colocan vallas para que sus lectores no invadan el paseo del Retiro. Y sí, es cierto que alguna veinteañera y muchas treintañeras se le insinúan, sobre todo en los días posteriores al lanzamiento de sus novelas. Claro que existe la erótica del poder. Y la erótica de la fama. Él lo sabe. Es un tipo inteligente. Muy inteligente. Pero a Pablo le interesan más las mentes que los cuerpos, y sé que ama mi mente. Lo complementa. Lo estimula. Es generoso con sus palabras para conmigo y cuando me leo sus manuscritos y le cambio palabras, adjetivos, adverbios y comas. Le tacho escenas enteras o le solapo personajes. Reescribe tras besarme en los labios y darme, siempre, las gracias. Pablo siempre me brinda la

seguridad que yo —aun abrazada y desnuda, tumbada sobre su pecho — no siento.

«Quiero estar contigo toda la vida, Gabi. Todo lo que nos queda de vida.»

Estas palabras me las dijo, bajito, hace unos meses, mientras se hundía en mí. Le respondí que yo quería más, que quería dormir a su lado cada noche.

A mis palabras, él ya no respondió.

Pierdo la mirada por la buhardilla.

—Pablo, en casa se dan cuenta de que me pasa algo —le digo—. No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar... —detengo mis palabras, porque me cuesta verbalizar ese sustantivo femenino cuya sonoridad rechazo, y sigo— esta mentira.

Hurgo en su mirada. Espero una respuesta que sé que no va a llegar, porque ya lo hemos hablado. Él siempre ha sido sincero conmigo. Siempre. Y mientras espero la respuesta que no llega, mis ojos se humedecen.

Sé que mis lágrimas lo desarman. Siempre lo desarman.

Porque Pablo me quiere. Me ama. Y detesta verme sufrir.

—Gabi, para —me dice, sutilmente autoritario. Brusco, besa la piel de mis labios—. Para, Gabi, para. Por favor.

Me abraza porque no soporta verme llorar. No lo soporta.

—Lo he pensado tanto... —le digo con voz suave—. No sé si las mujeres estamos diseñadas para llevar una doble vida.

Él no contesta y sigo:

—Te noto tan tranquilo...; unos días con tu mujer, otros conmigo. Yo no sé. No lo sé hacer. Pasar los jueves contigo y el resto de la semana con mi marido. No puedo. Llevo un año intentándolo. No tengo esa capacidad. Yo no la tengo. Quizá haya otras mujeres que sí puedan, pero yo no he conocido a ninguna... Creo que es algo masculino.

Me incorporo, me quedo sentada en la cama y cojo las braguitas negras de encaje del suelo. Las que me compro solo para él. Me las pongo. Dentro de una hora, ambos tenemos que estar cenando con nuestras respectivas familias.

—¿Hasta cuándo? —le pregunto mientras vuelvo la mirada hacia él —. ¿Hasta cuándo, Pablo?

Pablo no contesta.

Una lágrima se desliza por mi mejilla.

Pablo me atrae hacia él. Besa la lágrima mientras hunde sus manos lentamente en mi cabello.

—Para, Gabi. Para. No quiero que te vayas así.

Hunde ahora sus manos en mi sien. Acaricia la piel de mi rostro. Desliza los dedos hasta mi boca y acaricia mis labios. La piel de mis

labios. Los besa con suavidad.

—¿Hasta cuándo, Pablo? Contéstame, por favor.

Y Pablo contesta lo que ya me ha contestado otras veces:

—Hasta cuando tú quieras.

Me besa de nuevo, suave. Me busca la lengua. Yo me aparto unos centímetros. Me mira. Acerca su boca a la mía. Aparto mi boca. Pero vuelve el deseo. Porque el deseo traiciona siempre a mi cuerpo. A mi mente. Hace menos de veinte minutos que hemos hecho el amor. Se ha vaciado en mí, todavía siento su semen en mi vientre. Pero, aun así, el deseo puede conmigo. Pablo lo sabe. Y, despacio, juega otra vez con mi lengua.

—Pablo, para —susurro sin querer que lo haga.

Pablo obedece. Se aleja unos escasos centímetros de mis ojos. Nos penetramos con la mirada, y Pablo siente mi deseo. Se acerca de nuevo a mí. A mis labios. Y cierro los ojos dejándole hacer. Hacer lo que él quiera.

Me acaricia mis delgados omóplatos, mis hombros, y baja lentamente hacia mi pecho. Aguarda en él. Dibuja círculos entre mis senos con las yemas de los dedos, cerrándose sin prisas hacia mis pezones. Se entretiene en uno. Luego en el otro. Mantengo los ojos cerrados, sé que observa mis pezones erguirse. Sé que observa la belleza de su amante. Esas son las palabras que utilizó en uno de sus escritos para describirme. Frases en Times New Roman y en cursiva en su ordenador. Frases inconexas, pegadas unas a otras. Palabras sueltas. Ideas que va moldeando y que leemos juntos. Tengo las últimas que escribió grabadas en mi mente. Unas palabras que dice que publicará algún día: «Adoro observar a mi amante desnuda. Ver cómo se estremece para mí. Cómo se retuerce. Observar cómo abre las piernas y me pide que me hunda en ella».

Ahora Pablo acerca su boca a mis pezones. Lame con suavidad uno, luego el otro. Se entretiene en ellos. Los pellizca. Mi cuerpo, sutilmente, se arquea. Dándole paso. Siento sus manos deslizarse por el contorno de mi silueta. Sobre mi vientre. Sobre mi ombligo. Sobre mis muslos. Me acaricia las piernas, las ingles. Y me estremezco porque en la anticipación ocurre todo. Me noto húmeda. Noto la miel que emana de mí. Pablo ya sabe, ya siente lo excitada que estoy. Quiere que se lo pida y espera hasta que yo lo haga. Espera a que, con un sutil movimiento, abra un trocito de mis piernas y le dé paso. Hago lo que espera. Abro las piernas, y entonces Pablo desliza una mano bajo mis bragas, me acaricia el pubis y sus dedos entran en mí. Entran muy despacio en mi cuerpo, y los mueve lentamente adentro y afuera. Pablo siempre es generoso en el sexo. Le gusta verme sentir. Primero siempre yo y luego él. Juega sin prisas con las manos, mientras observa cómo me excito. Sus dedos entran y salen de mi cuerpo una y

otra vez. Siento el placer derramarse, lentamente, por mi cuerpo. Y sigue jugando, esperando a que yo abra las piernas un poquito más. Las abro. Dejándole acariciar ese trocito de mi cuerpo donde se concentra todo. Todo el placer. Con el índice, suave, presiona sobre él, y yo gimo silenciosa. Presiona ahora un poco más, haciendo círculos sobre él. Aun con los ojos cerrados, sé que me observa. Noto que mi corazón se acelera. Juega un minuto. Quizá dos, tres. Cuando amas pierdes la noción del tiempo. Juega con mis dóciles suspiros. Siento que falta poco para llegar y, entonces, él acaricia con fuerza el trocito de mi mundo que anhela liberarse.

—Mírame, Gabi.

Conozco sus juegos.

—Sigue, Pablo. Por favor —pido sin abrir los ojos.

—Mírame, Gabi —me ordena con suavidad.

—Por favor, llévame ya —le ruego bajito.

—Abre los ojos, Gabriela. Ábrelos.

Lo dice autoritario, utilizando mi nombre completo, ese que solo utiliza cuando hacemos el amor o cuando yo le exijo más. Si no, me llama Gabi, ese diminutivo por el que camino por mi vida, y que utilizan las personas que me quieren.

Pablo siempre gana las batallas. Porque controla mi cuerpo. Mi sexo. Mi deseo. Pero no quiero salir de ese limbo tan dulce que me hace olvidar el mundo. Entonces Pablo, al ver que no obedezco, detiene su mano y me niega lo que anhelo.

Ahora solo puedo obedecerle. Excitada, a segundos de estallar, abro los ojos y su mirada se hunde en mí. Sus manos abandonan mi sexo y se hunden ahora en mi cabello. En mi sien. Sabe que en ese momento, en el grado de placer en el que me encuentro, podría pedirme cualquier cosa, lo que él quisiera, y yo lo haría. Porque hace mucho que me he entregado a él.

Me besa y juega con mi lengua inundando mi cuerpo de sensaciones, esperando que mi mente me lleve, poco a poco, a ese lugar que anhelo. Pero sabe que yo sola no puedo, necesito que me acaricie un poco más. Solo un poco más. Y me sumerjo en el limbo confundiendo el placer con el ansia. Quiero llegar ya, pero Pablo sigue jugando, sigue haciéndome esperar. Lame mis pezones, los pellizca, y suspiro en la dulce espera.

—Hazme llegar ya. Por favor —le suplico.

Impaciente, vuelvo el cuerpo hacia él hasta quedarme de costado y entrelazo mi pierna con la suya. La tela de mis braguitas roza su piel y deslizo mi mano hacia su sexo, porque yo también conozco su cuerpo. Conozco el cuerpo de mi amante. El cuerpo de Pablo. Lo conozco muy bien. Noto su erección y la acaricio. Él deja que lo haga unos segundos, pero luego, con suavidad, me coge la mano y me la aparta.

—Solo tú, Gabi. Pero espera. No tengas prisa —me dice con un hilo de voz.

Yo suspiro porque no puedo más. Él lo sabe y su mano baja de nuevo lentamente por mi silueta. Recorre mis senos, mi vientre, mis ingles, el pubis. Debajo de mis bragas y otra vez sus manos llegan a mi sexo. Suspiro y me penetra con los dedos al tiempo que presiona donde se concentra todo el placer. No puedo evitar un gemido hondo. Vuelvo a suspirar. Estoy muy cerca, y Pablo lo sabe. Presiona con sus dedos. Gimo. Y, un segundo antes de que explote, para.

—Pablo —le ruego abriendo los ojos.

Pero no sigue. Acaricia mi sexo por encima de las bragas.

—Pablo, por favor —le suplico, porque mi cuerpo no lo aguanta. Creo que no lo aguanta.

—Eres tan bonita, Gabi... —Me aparta el cabello para descubrir todo mi rostro—. Tan bonita... No quiero perderte.

Sus palabras me conmueven, porque sé que son sinceras. Lo escucho, amándolo mucho más de lo que él cree. Mi cuerpo me pide liberarse. El placer me invade, al igual que la pena y el ansia. Y pienso, pero no se lo digo, le hablo con la mente: «Hoy no puedo, Pablo. No puedo jugar. Llévame ya. Acaríciame, por favor, y hazme llegar». Porque soy una mujer con el alma rota. Porque, en contra de mi voluntad, tengo que dejar de verlo. Tengo que dejar de desearlo. Tengo que acabar con esta doble vida con la que no sé lidiar.

—Sigue —le suplico, acercándome a su boca.

Me besa mientras desliza de nuevo la mano bajo mis bragas y me acaricia solo el vello del pubis. Y yo, con los ojos cerrados, pongo mi mano encima de la suya y lo acompaño otra vez hasta lo más profundo de mí. Él mueve su mano despacio adentro y afuera, dosificándome el placer.

—¿Volverás? —me pregunta con suavidad.

E inesperadamente, pero no por esa dulce tortura que supone la negación del placer, no, no por eso, sino por el ansia, por el miedo a no volver, por el miedo a no volver a verlo nunca más, porque no sé ser una mujer infiel, por esta decisión que solo va en contra de mi voluntad y que Pablo no entiende, solo por eso, inesperadamente, exploto en llanto.

Abro los ojos avergonzada, sintiéndome una niña, y veo a Pablo desconcertado ante mis lágrimas. Y lo abrazo. Lo abrazo con fuerza, porque no quiero decirle que no volveré. Tiemblo y me estremezco entre el placer inacabado y el dolor de mi alma.

—Gabi, perdóname. No llores, por favor. No quería esto... Ya voy —dice con voz suave, asustada y sincera.

Desliza la mano hacia el trocito de mi sexo donde se concentra el placer y que le espera. Que le pertenece. Presiona con los dedos

haciendo círculos con fuerza. Y en segundos, por fin, abrazada a este hombre a quien tanto deseo y con miles de lágrimas en los ojos, mi cuerpo se libera. Se libera estallando en esos diez segundos de placer eterno, mientras Pablo me rodea la cintura con el brazo y, con el poder persuasivo de sus palabras, me dice al oído: «Te quiero».

*

Respiro hondo ante la puerta de mi apartamento. Me he mirado los ojos en el espejo del ascensor y casi no se nota que he llorado. Me siento frágil, rota, exhausta. Introduzco la llave en la cerradura de la puerta. La giro. Entro.

Ya escucho a mi hijo jugar en la bañera, hacer ruidos de motores de barcos chapoteando en el agua con su lancha Playmobil. Me quito el abrigo. Lo cuelgo en el colgador de la entrada. Suspiro. Camino por el pasillo.

Me gustaría no estar ahí en esos momentos porque me pesa toda mi vida: me pesa mi marido, me pesa mi hijo. O sí. Sí me gustaría estar en mi apartamento, pero sola. Y meterme desnuda en la cama, bajo el edredón, y subir las rodillas hasta mi pecho y rodearlas con mis brazos. Acurrucarme en mí, hecha un ovillo. Sola.

Mi hijo oye mis pasos.

—¿Mamá? —le oigo decir, feliz, al otro lado de la puerta entornada del baño—. ¡Ha llegado mamá!

Apoyo la mano en ella. La abro.

Germán, mi marido, está sentado en el borde de la bañera con la camisa remangada y los pantalones de ejecutivo, jugando con él.

—¡Mamá!

Me mira siempre feliz. ¿Qué es este amor tan inmenso que sienten los niños por sus mamás? Me conmueve tanto... Me voy unas escasas cinco horas y, cuando vuelvo, este bebote enorme que salió de mi vientre hace tres años me sonríe y me mira con una ilusión inmensa, como si no me hubiera visto en meses.

—¿Te bañas conmigo?

Es algo que hacemos a menudo: nos metemos en la bañera y mi marido se sienta en el borde, y mientras yo enjabono el pelo de nuestro hijo, mi marido me pasa la esponja, con delicadeza, por la espalda. Aunque hace tiempo que no lo hacemos.

—Hoy no, mi amor.

Mi hijo me mira con ojitos suplicantes.

—Va, mama. Por favor.

Y no sé decirle que no, porque se lo debo. Hasta con él he estado distante.

—Bueno, vale. Me quito la ropa y vengo.

Observo a los dos hombres de mi vida, que siempre me piden

compañía. Con su silencio, Germán también me está pidiendo que me desnude y que entre en la bañera.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Supuro tristeza. Hace meses que supuro tristeza. Veinte años de matrimonio, de convivencia, ¿cómo no iba a darse cuenta? Sabe que desde hace tiempo no estoy bien, aunque yo le diga lo contrario. Sabe que algo me pasa. Seca, fría, distante: esos son los tres adjetivos que utiliza para describirme en las pocas veces que hablamos. «Me siento solo, Gabi», me dijo hace unos meses.

Le respondo a su pregunta con la respuesta de siempre:

—Sí, Germán, estoy bien. Estoy algo cansada, solo es eso.

—Va, ven —me dice cariñoso.

Y me duele cuando es cariñoso, porque no me lo merezco, y el sentimiento de culpabilidad que me invade desde hace meses me desarma. A veces preferiría que mi marido me gritara, que me gritara muy fuerte. Germán nunca levanta la voz.

Y Germán no pregunta más. Creo que no quiere saber más.

Intranquila, forzando la normalidad que no siento, camino por el pasillo hasta nuestro dormitorio. Entro. Me miro en el espejo que cuelga en la pared sobre un pequeño escritorio. La luz del ascensor engaña: tengo los ojos un poco hinchados. Intento no pensar en Pablo. Pero no puedo evitarlo.

—¡Mamá!

—Voy, mi amor.

Me descalzo. «Vete de mi cabeza, Pablo. Vete ya. Desaparece, por favor, de mi vida.» Me lo imagino cenando con su mujer y sus hijas, tranquilamente, como si nada hubiera pasado, y me duele. «Sal de mi mente. Sal ya.»

Me desabrocho la camisa. Me la quito. El sujetador. Los vaqueros. Las bragas negras de encaje que solo me pongo para él.

—¡Mamá!

Cierro los ojos. Suspiro. Me masajeo el pecho intentando calmarme, aunque sé que no lo voy a lograr. Cojo una toalla del armario y me envuelvo en ella. Salgo al pasillo. Entro en el lavabo.

Mi hijo me sonríe. Me quito la toalla quedándome desnuda frente a ellos. Germán observa mi cuerpo desnudo en silencio. No me siento bien cuando lo mira. Tengo la sensación de que sabe que otro hombre lo acaricia.

—Va, mamá, entra.

Y camino hasta la bañera. Entro y me quedo erguida. Siento el agua caliente en mis pies y, en vez de calmarme, me angustio. Un oscuro pensamiento se cruza en mi mente y el pensamiento se materializa mientras noto el semen de Pablo todavía en mi vientre. Y observo a mi hijo levantar la mirada y sonreírme y pedirme que me siente junto a

él.

Quiero salir corriendo. Tengo la mente tan abotargada que no había caído en eso: siempre me ducho en la buhardilla de Pablo después de hacer el amor. Siempre. Hoy no ha dado tiempo.

Mi hijo alarga su manita hacia mi mano.

Siento cómo el esperma de Pablo baja por mi sexo.

Quiero salir. Huir. Miro hacia la puerta.

Me siento débil, me flaquean las piernas. Contraigo el sexo. Quizá sea solo el vapor del agua lo que me hace sentir tan débil. No quiero sentarme junto a él.

—Va, mamá —dice tirando dulcemente de mí.

Y sintiéndome sucia, muy sucia, me siento en el agua junto a mi hijo, mientras mi marido me acaricia, con ternura, la espalda.

# 1

# Maridos y mujeres

Un año antes de que Gabriela se derrumbe en brazos de su amante, la encontramos serena, feliz, tumbada en la cama, observando a su marido dormir.

Ya llevan veinte años juntos, veinte años amándose, o más bien queriéndose. Veinte años aceptándose. Veinte años acumulando pequeñas discusiones cotidianas que han estado a punto de separarlos en varias ocasiones, pero ahí siguen los dos: luchando por su amor, por su familia.

Germán es ingeniero, un ingeniero misántropo y taciturno. Esos son los dos adjetivos que utilizó Gabriela para describirlo en una comida junto a sus dos amigas del alma —Silvia y Cósima— y mientras compartían entre risas la intimidad de sus maridos. *Misántropo* , que no *misógino* , precisión léxica esencial para la comprensión de esta historia. Y si se sigue con los adjetivos que utiliza Gabriela para describir a su marido, el segundo, *taciturno* , lo utiliza refiriéndose a la primera acepción de la Real Academia de la Lengua Española, que dice así: «Callado, silencioso, que le molesta hablar».

Lo de ingeniero también es importante destacarlo porque, si no hubiera sido por la profesión de Germán, sus vidas no se habrían cruzado. Por aquel entonces, a finales de los años noventa, Gabriela era una periodista veinteañera recién licenciada; Germán, un joven ingeniero al que debía entrevistar como uno de los cinco españoles ganadores de la beca Fulbright, una beca patrocinada por la Oficina de Asuntos Educativos del Departamento de Estado de Estados Unidos en colaboración con el Ministerio de Cultura español, a la que solo se puede aspirar con una media mínima de nueve en el currículo universitario, dos años de experiencia laboral y un nivel de inglés oral y escrito alto. Esa beca suponía una dotación económica generosa y permitiría a Germán realizar un máster de Ingeniería Naval y Oceánica en el prestigioso University College de Boston. Gabriela lo entrevistó para el periódico local del barrio del Raval, donde hacía las prácticas, y ese día, del que hace ahora casi veinte años, empezó su

historia de amor. La historia de amor entre Gabriela y Germán. La historia de su matrimonio.

*

Es sábado por la mañana. Su hijo duerme en casa de la madre de Gabriela, lo recogerán a última hora de la tarde, así que están los dos solos. No sucede a menudo. Ella sabe que, cuando Germán se despierte, querrá hacer el amor. Misántropo, que no misógino.

A Gabriela le conmueve que, a pesar de esos veinte años transcurridos, él siga encontrándola hermosa, que siga deseándola como el primer día o incluso más. A veces se pregunta cómo es posible que no pierda la ilusión por ella.

«¿Qué miras?», le preguntó Gabriela no hace mucho, cuando lo sorprendió observándola en silencio, al salir de la ducha.

«A mi mujer.»

A Gabriela le conmueve la nobleza de su marido. Porque es ella quien lo rechaza en innumerables ocasiones, siempre con la excusa de que su hijo pueda oírlos o con la excusa de un día complicado en el trabajo. También están sus dolores menstruales, que se alargan una semana. En eso no miente nunca, porque los tiene. Este sábado no tienen a su hijo, no tiene el período, no hay excusa.

Gabriela se incorpora sin hacer ruido para no despertarle, y sale de debajo del edredón nórdico sin más ropa que uno de los finos camisones de tirantes y largos hasta los tobillos con los que duerme durante todo el año. Le gusta sentir el frío al meterse en la cama y abrazarse al hombre noble que la acompaña en la vida.

Coge de una butaca un viejo jersey de cachemir de Germán con una quemadura en la manga de los Camel que él lleva fumando veinticinco años. Germán los quema todos. Es Gabriela quien le compra los jerséis; si por él fuese, iría por la vida lleno de quemaduras de cigarrillo sin que eso le cambiara nada. Y es así. Es ingeniero naval del Departamento Marítimo y de la Diputació de Barcelona. Profesor adjunto de la Facultad de Ingeniería Naval y socio de la empresa norteamericana ASCE Naval Engineering. Caminar con un jersey de cachemir con quemaduras no le cambiaría nada, así que Gabriela colecciona esos jerséis quemados talla XXL que se pone sobre sus largos camisones de algodón.

Mira el reloj digital antes de salir del dormitorio. Las 7.05. Calcula que tiene una hora para ella. Quizá dos.

Anoche se acostaron tarde. Gabriela había reservado mesa en el restaurante Ca La Mariona, uno de los pocos que quedan en el centro de Barcelona con cocina tradicional catalana. Son de *trinxat* de la Cerdanya y escudella *amb carn d'olla* ; lo de la cocina japonesa o las fusiones tailandés-vietnamitas que se multiplican por la ciudad no va

mucho con ellos.

Se preparaban para salir. Gabriela estaba en la ducha, y Germán, sabiendo lo poco amiga que era de las salidas nocturnas, soltó el as ganador:

—Dan *Vidas cruzadas* en la tele.

—¿En serio? —contestó nostálgica Gabriela—. Parece que la vimos ayer.

Esa película coral americana —dirigida por Robert Altman y adaptación cinematográfica de varios cuentos de Raymond Carver— tenía un significado especial en sus vidas. Muy especial.

Mientras dejaba que el agua de la ducha recorriera su cuerpo, Gabriela recordó la noche que la vieron juntos, en agosto de 1998, en el Somerville Theater de Boston, Massachusetts. Esa noche de hace veinte años que cambió el curso de sus vidas.

*

Caminaban por Elm Street en dirección a Somerville Avenue, de vuelta al campus universitario donde se hospedaban. Llevaban cuatro semanas juntos en esa tranquila ciudad de la Costa Este americana donde Germán pasaría dos intensos años, con una visa estudiantil, sumergido en el máster de Ingeniería, y a Gabriela le quedaban tres días para volar de vuelta a Barcelona. Regresaba a España sin ningún plan concreto. A sus veinticinco años empezaba el vértigo de buscar un trabajo como periodista. La palabra escrita era su fuerte, mientras que hablar en público la aterrorizaba, así que descartó radio y televisión, y envió su currículum a todos los medios de comunicación escritos. Empezó por los nacionales de Madrid y Barcelona, y al no recibir respuesta siguió con las otras cuarenta y ocho provincias españolas; llegó a enviar currículums a pequeñas redacciones de periódicos de pueblecitos catalanes y hasta al periódico local de su querida Formentera. De las pequeñas redacciones recibió cartas amables que le respondían que en esos momentos no había vacantes pero que guardaban sus datos; de las grandes aún no había recibido contestación. Ni la recibiría.

Durante los cinco años de carrera había trabajado en las campañas de Navidad en el Zara de paseo de Gràcia y se llevaba muy bien con Zaira, la encargada. Si no recibía respuesta de ningún periódico, siempre podía volver allá.

Con su doble licenciatura de Humanidades y Periodismo, a Gabriela no le hacía especial ilusión acabar doblando jerséis y atendiendo a clientes para ganarse la vida, pero tampoco se le iban a caer los anillos si eso era lo que tocaba.

Al salir del cine, Germán le había rodeado los hombros con el brazo y en ese momento caminaba silencioso, pensativo, mientras ella

elogiaba la divertidísima adaptación cinematográfica de los cuentos de Carver. Había insistido ella en ir a verla. De hecho, todo ese mes lo había organizado Gabriela: el viaje a Vermont en coche, el fin de semana en Cape Cod, los cruceros por el Mystic River. Y socializar. Socializar con los compañeros del máster y los cientos de estudiantes de la Facultad de Boston.

Germán en Boston no fue Germán; se le conocía como *Gabriela's boyfriend* . A Gabriela le sabía mal, a Germán se la traía al pairo.

—Es que no hablas, Germán. ¿Cómo van a saber tu nombre?

—Es que no tengo ninguna necesidad de hablar, Gabi. Además, para dos que saben mi nombre, me llaman *Yirmen* .

Y se rieron los dos de lo negados que son los norteamericanos para los idiomas.

—No sé, Germán, la gente normalmente habla. Mi amor... Yo me vuelvo a España en unos días, y vas a estar todo el año estudiando con ellos. ¿Te vas a encerrar todo el día en tu dormitorio a hacer cálculos matemáticos y a rascar la guitarra eléctrica?

Debe aclararse que Germán tenía dos novias y que las mantuvo toda la vida. La primera, Gabriela; la segunda, una guitarra eléctrica de marca Fender Bullet Mustang.

—¿Y por qué no? A eso he venido —le había contestado tranquilo la semana anterior repitiendo un arpegio en las cuerdas de la guitarra—. Y lo de rascar la guitarra no hacía falta.

—Quizá encontremos a alguien entre los seiscientos mil bostonianos que te caiga bien.

—Pero si no me caen mal, Gabi, no te líes. Pero ahora mismo, no sé... —dijo sin mirarla y jugando con los dedos en la Fender—. Los veo, con la gorra de los Red Sox al revés, devorando costillas de cerdo y poniéndose ciegos a cervezas y, qué quieres que te diga, mucho en común con ellos no tengo, por muy ingenieros que sean. —Se tomó un segundo antes de añadir—: Pero mal, lo que se dice mal, no me caen.

Era cierto, poco tenía que ver con esos tipos. Tampoco ella tenía mucho que ver con las mujeres que los acompañaban, pero Gabriela era un camaleón que se lo pasaba bien en cualquier lado. Gabriela aún no lo sabía, pero acabaría convirtiéndose en el nexo de su marido con el mundo real para el resto de su vida. Siempre y cuando no fueran eventos relacionados con su entorno laboral, porque en el trabajo Germán era otro hombre.

Al finalizar los dos años de máster, fue a escucharlo a la defensa de tesis, que giraba en torno a las plataformas petrolíferas del mar del Norte en comparación con las del golfo de México. Gabriela estaba tan nerviosa por él que la noche previa durmió a trompicones, mientras que Germán, después de hacerle el amor, se había quedado dormido como si al día siguiente no hubiese nada en juego. Germán era así:

Gabriela recordaba la noche antes de la selectividad como la más larga de toda su vida; Germán la había borrado de su memoria. Germán sacó un 9,7; Gabriela un 5.

La defensa de tesis la evaluaba el decano de la Universidad de Boston y un tribunal formado por cinco ingenieros navales sexagenarios. Como público —Gabriela calculó unas doscientas personas, el aforo completo de la sala oval de la facultad— asistieron todos sus compañeros de máster, y ojeadores de grandes compañías de ingeniería naval estadounidenses, que acudían con el fin de captar nuevos cerebros para sus empresas. WSP, de Nueva York, Arup, de Seattle, y la última, con sede en Boston, ASCE Naval Engineering, de la que años después Germán sería uno de los socios mayoritarios.

Gabriela se sentó al fondo de la sala, con bancos en forma de anfiteatro y asientos de madera de roble. Tenía el pulso acelerado, como si fuese ella y no él quien debía hablar en público. Cuando Germán se puso en pie para empezar la defensa, Gabriela tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse los ojos. Durante cuarenta y cinco minutos, Germán defendió la tesis con una poderosa serenidad y en un inglés impecable. Además, y mientras la exponía, hizo reír al decano, al tribunal, a los ojeadores y a los estudiantes que lo escuchaban. Se metió a todos los allí presentes en el bolsillo y salió de allí con una matrícula de honor y cuatro ofertas de trabajo. La de ASCE Naval Engineering fue la más generosa. El tipo más tímido que Gabriela había conocido en su vida y al que amaba en ese momento y, tras la defensa de tesis, cien veces más que el día anterior, se convertía, siempre que fuera en el ámbito laboral y enredado en sus números, en un elocuente comunicador seguro de sí mismo.

Esos dos extremos de su carácter la tuvieron toda la vida descolocada.

Pero la defensa de la tesis quedaba aún lejos de aquella tarde, mientras caminaban abrazados por Somerville Avenue.

Llegaron al Charlestown Bridge, que cruzaba el río hasta la universidad, y caminaron sobre la plataforma mientras Gabriela elogiaba, entusiasmada, la adaptación de los cuentos de Carver.

Germán siempre disfrutaba de la compañía de esa mujer pasional, extravertida y tan diferente a él, y de la que, a sus treinta años, se sentía profundamente enamorado. Les quedaban tres días juntos y ya sentía el vacío de su ausencia. El vacío de los días sin ella. Hacía solo un año que se conocían, pero la amaba como nunca antes había amado a otra mujer.

Había tenido una relación anterior con una chica llamada Gina, una de las pocas estudiantes mujeres de su facultad. Inteligente. Más inteligente que él. Más rápida en cálculo mental. Empezaron el segundo año de carrera y estuvieron juntos hasta que Germán conoció

a Gabriela en aquella entrevista tras ganar la beca Fulbright y la dejó. Fue por ella por lo que dejó a su ex, eso estaba claro, pero —tal y como le confesó un día a Gabi— tarde o temprano la habría dejado porque «tenía los tobillos anchos».

Gabriela se había reído al escucharlo.

«Pero por eso no se deja a una mujer, Germán.»

«Yo sí. No sé. No me gustan los tobillos anchos.»

Gabriela rio... y pensó: «Hombres...».

Seguían caminando por la plataforma sobre el puente. Germán clavó su mirada en Gabriela, que miraba, ahora, despreocupada la silueta de Boston.

—¿Qué miras tanto? —le preguntó Gabriela volviéndose hacia él.

Germán aguardó unos segundos y con ojos de hombre enamorado contestó:

—Te miro a ti.

Gabriela sonrió algo tímida, porque ese hombre introvertido tan diferente a los hombres que habían pasado por su vida le parecía sincero. Con él se sentía una mujer amada. Nunca la había hecho dudar y nunca lo haría, ni una sola vez en los años de matrimonio que les esperaban juntos.

Ella había tenido tres historias de amor antes de conocer a Germán. Era una mujer de relaciones largas. Un primer amor del instituto; un segundo, que prefería no recordar porque le rompió el corazón; y luego una dulcísima historia de amor en la facultad con un gafapasta divertidísimo que pesaba cien kilos y que se acabó porque él se marchó a Madrid a estudiar Guion en la ECAM. Y el amor se disipó. Ninguna de esas tres historias fue tan de verdad como la que empezaba a vivir con Germán.

Germán se detuvo, atrajo a Gabriela y la besó como si fuera a hacerlo por última vez.

—¿Estás bien? —preguntó ella cuando se separaron, acariciándole el rostro.

Él no contestó.

—¿Qué te pasa, Germán?

La pregunta que quería formularle a su novia llevaba una carga emocional demasiado fuerte para un científico que lo tiene todo planeado en su vida. Porque ese amor hacia Gabriela no entraba en sus planes. Esos dos años en Boston los iba a cursar solo. Sin esa mujer que se había cruzado, inesperadamente, en su destino.

—No quiero que te vayas —le dijo inquieto, virando la mirada hacia el río—. No quiero que vuelvas a Barcelona.

Gabriela sonrió con ternura.

—Yo tampoco me quiero ir, pero me caduca la visa y no me gustaría que viniera la policía a buscarme. —Le besó en los labios—. Los

*mossos* a mí me dan seguridad, pero a los polis americanos no les pillo el punto. Los miro y..., no sé por qué, me dan miedo, mucho miedo.

—¿Quieres casarte conmigo? —disparó Germán sin dejarle acabar la frase.

Gabriela palideció. No contestó. Notó su pulso acelerarse.

Casarse era lo último que se planteaba a sus veinticinco años. Lo último, pero un año juntos le bastaba para saber que Germán no estaba bromeando. La pregunta era en firme.

Gabriela quería decir algo, pero no le salían las palabras. Ninguna. No se lo había planteado, a pesar de que dos años separados por el Atlántico era demasiado tiempo para una pareja tan joven. Se verían en Navidad. En verano. Y ella podría ir a visitarlo si conseguía un trabajo que le permitiera pagarse el carísimo vuelo a las Américas.

¿Casarse a sus veinticinco años?

Era joven para unirse eternamente en matrimonio.

Germán esperaba una respuesta con la mirada fija en ella. Una respuesta que no llegaba. Él llevaba unos días pensándolo, concretamente dos semanas. Y, tras informarse, concluyó que no había otra manera legal para la permanencia de Gabriela en Estados Unidos que no fuera uniéndose en matrimonio e incluyéndola en su visa estudiantil.

Germán aguardaba inquieto con la mirada fija en ella hasta que, tras unos segundos de silencio más, Gabriela sonrió y, bajito e insegura, dijo que sí.

Y dos semanas más tarde se juraron amor eterno sobre la Constitución estadounidense en el Park Square Building Office de Boston.

Pero de ese improvisado y precioso enlace matrimonial, y de ese paseo por el puente de Boston, hace casi veinte años. Gabriela lo recuerda bajo la ducha de su apartamento en Barcelona. Lo recuerda con nostalgia, como si fuera ayer… Y sí, le dijo a su marido que anulara la reserva en el restaurante. Media hora más tarde se sentaron ante el televisor a ver la adaptación cinematográfica de los cuentos de Raymond Carver.

Gabriela ha logrado salir del dormitorio conyugal sin hacer ruido. Germán sigue durmiendo tranquilo. Duerme siempre mucho más que ella. Cierra la puerta con suavidad y camina por el pasillo hacia la cocina.

Se gusta a sí misma a esa hora, en la soledad del amanecer. Por primera vez siente el invierno dentro de casa, aun cuando el sol ya inunda el salón. ¿Es 4 de noviembre o 5? Le hace hasta ilusión poner en marcha la caldera. Dejar atrás el largo verano que los ha acompañado ese 2018.

Siguiendo el ritual de cada mañana, enciende una lamparita sobre la

encimera de la cocina, llena de agua el hervidor, prepara una taza de té blanco y vierte el agua encima. Coge la taza y deja que sus manos se calienten mientras observa tras el ventanal de la cocina el trocito de Barcelona que le pertenece. Una vista única, preciosa, con la silueta de la ciudad y el Mediterráneo a lo lejos. Una vista que solo es de ella. De Gabriela y de los dos hombres de su vida: su marido y su hijo.

A sus cuarenta y cuatro años se siente afortunada de poder estar allí. Ese té dulce y solitario que calienta sus manos y se lleva a los labios cada mañana, mirando el mar, la hace profundamente feliz. Es una mujer sencilla en lo que se refiere a los pequeños placeres.

Sale de la cocina y se dirige al salón.

Otro pequeño placer de cada mañana es sentir los pies fríos sobre la alfombra de lana azul cobalto, circular y de cuatro metros de diámetro, que cubre todo el espacio del salón. Sobre la alfombra, un sofá ovalado de lino color lavanda colocado de forma que el sol se desparrama sobre él. Y faltan las cortinas de terciopelo verde hasta el suelo. Le gusta el contraste de las paredes blancas, el azul lavanda, el azul cobalto y el verde intenso. Sola, con la taza de té en las manos, se sienta allí cada mañana, con las piernas recogidas sobre el sofá. Le gusta observar su casa, ese hogar lleno de belleza que ha ido construyendo con amor y con tiempo. Su hogar para toda la vida.

Hace diez años que Gabriela y Germán compraron el apartamento. Es un ático de ciento veinte metros cuadrados en el paseo del Born, en el barrio de la Ribera. A veinticinco minutos caminando del mar. Nada más darles las llaves, tiraron tabiques, sacaron el falso techo y descubrieron unas preciosas vigas pintadas con motivos florales rosa por todo el apartamento. Pactaron que decaparían las del salón y mantendrían las vigas pintadas en los dormitorios. Observar la luz del sol que se quiebra en las bóvedas que separan las vigas es hermoso. Además, las vigas cambian de color: a veces son de color miel; otras, color caoba.

Gabriela siente frío. Los radiadores tardan en calentar la casa, así que se cubre con una enorme manta blanca mezcla de lana y cachemir que siempre anda desdoblada por el sofá. «Gabi, no entiendo que sea tan difícil doblarla antes de ir a dormir. De verdad que no lo entiendo», le repite su marido día sí y día también.

En esa casa el mundo es al revés: Gabriela es el caos, el desorden, la indisciplina. Germán, el orden, la coherencia, la disciplina.

Gabriela sorbe el té y pasea la mirada por la estantería del salón, llena de sus libros, llena de ilustraciones enmarcadas, llena de sus fotos.

Últimamente se detiene en su foto nupcial. En la foto, y en primer plano, Germán besa la mejilla de Gabriela. Tras ellos se desdibuja el verde del Public Garden de Boston. Ella sonríe, joven. Muy joven.

Enamorada. Muy enamorada. ¿Cuánto hace de esa foto? No recuerda si dieciocho, diecinueve o veinte años. Le evoca un momento de su vida que le provoca nostalgia. Un momento feliz de su biografía que, por un motivo que no logra entender, le produce tristeza.

Varios días ha querido sacarla del marco y pegarla en el álbum de fotos que descansa en la estantería. ¿Qué necesidad tiene de ver, cada mañana, a esa mujer joven, morena, de tez clara y con el pelo cayéndole sobre los hombros? Esa mujer que tenía toda la vida por delante, que tenía mil frentes abiertos y se agarró a uno. Se siente tan lejos de ella, física y psíquicamente... Ella misma se extraña de sus propios pensamientos. Porque Gabriela es una mujer feliz, con una vida preciosa. Una vida tranquila. Una vida segura y serena.

Se acaba el té, coge el MacBook, se lo coloca sobre el regazo, lo abre y desliza la yema del dedo por el *trackpad* en busca de Safari. Lo tiene redirigido a la página web de *La Femme* , la revista femenina de mayor tirada del país, donde colabora como periodista desde hace casi veinte años y donde desde 2014 lleva una columna semanal.

Cada semana, le llegue la inspiración o no, tiene una página entera asignada para ella. Cada semana hurga en su imaginación para escribir tres mil quinientos caracteres. A veces, una imaginación desbordante. A veces, caótica, desordenada. A veces, poderosa. Y a veces, también, desierta.

Le sorprende el éxito que suscita su columna. Quizá en parte se deba al título: «Historias de mujeres casadas». ¿Quién no quiere inmiscuirse en ese mundo secreto de las mujeres en el matrimonio?

El título de la sección no es de Gabriela, ella hubiera preferido algo más poético. Propuso títulos de bellos poemas de Sylvia Plath, de Emily Dickinson, de Gabriela Mistral... Su preferido, «El amor que calla». Así pretendía titular ella su columna, pero Eugenia, su jefa, se negó en redondo.

—Necesitas un título sencillo que atrape a las lectoras, Gabriela. Lo que me propones son versos preciosos, pero crípticos.

—¿Crípticos? —repitió Gabriela.

Además de redactora jefa de *La Femme* , y a pesar de los veinte años que las separan, Eugenia no es solo su jefa, sino una buena amiga. La relación entre ambas se remonta al año 1996, cuando Eugenia era profesora adjunta de la optativa de Psicología de la Comunicación en la Facultad de Periodismo, y Gabriela, su alumna predilecta. El día que Gabriela se licenció, se despidieron con un abrazo. «Aquí me tienes si me necesitas —le dijo Eugenia—, pero vuela un poco antes de quedarte en esta ciudad. Barcelona puede ser demasiado pequeña.»

Gabriela no se imaginó ese día lo difícil que iba a ser encontrar, por sí sola, un trabajo como periodista. Tras comprobar lo poco fructífero que fue el envío de currículums, escribió un email a Eugenia desde

Boston para ofrecerse, tal y como se describió a sí misma, como «joven, inexperta, pero pasional corresponsal» para cualquier suceso o entrevista que necesitara hacer en la Costa Este americana. Y así lo hizo Eugenia. Seis meses más tarde la envió al Instituto Cervantes de Nueva York a cubrir el festival literario que acogía a unas pocas escritoras latinoamericanas a las que Gabriela entrevistó. Un mes después la envió a la Universidad de Brown, en Providence, a entrevistar a una profesora de Arquitectura de origen español, a quien siguió una bióloga en Delaware... En los dos años que Gabriela vivió en Boston hizo un total de diez entrevistas a interesantes mujeres hispanas que habían enraizado en Estados Unidos. Suficiente para que Eugenia comprobara la capacidad de trabajo, el entusiasmo, la pasión y el talento de la joven periodista.

Cuando volvió a España en el 2000, Eugenia le encargó la sección de cultura de *La Femme* , hasta que cumplidos los cuarenta la empujó a escribir sus propios textos y convertirse en columnista.

—¿De qué tratan tus historias? —insistió Eugenia cuando Gabriela fue a hablar con ella sobre esa futura columna.

—De nosotras. De mujeres a partir de los cuarenta. De mujeres trabajadoras, comprometidas. Del amor, de la pasión, del deseo, de la falta de deseo. De nuestros maridos. De los hombres que no son nuestros maridos. —Gabriela detuvo sus palabras y sonrió antes de añadir—: De los amantes que no tenemos y que nos gustaría tener. —Alzó los hombros; qué difícil era siempre encontrar un título—. No sé, Eugenia. Son historias de mujeres como yo. Historias de mujeres casadas.

—Ya está. —Eugenia dio una palmada en su mesa—. Ya lo tienes. Ya tienes el título de tu sección: «Historias de mujeres casadas». Déjate de poetas muertas.

—¿Cómo? Es muy evidente, Eugenia. No me gusta.

Discutieron un minuto, pero las discusiones siempre son una cuestión de poder y Eugenia lo tenía por partida doble, como su amiga y como su jefa, así que acabó tragando. Aun así, tras su primera columna tuvo que admitir que había sido un acierto. El título había funcionado. Cientos de mujeres de su ciudad, de su país y, gracias al infinito mundo de la red, mujeres de toda Latinoamérica esperaban ansiosas la columna semanal de Gabriela en *La Femme* .

Además del título, Eugenia le sugirió utilizar un tono amable. Historias sencillas de la vida cotidiana. «Bastante tenemos ya todos con la crispación política de nuestro país, la independencia de Cataluña y los bancos suizos», le dijo.

Gabriela tocó el radiador antes de leer el artículo. Estaba helada. Se frotó las manos. Lo cierto es que podía recitar de memoria las palabras que había escrito, pero temía los cambios realizados por la correctora

de estilo de *La Femme* , Consuelo Garza, su enemiga en la redacción. Gabriela nunca estaba conforme con los cambios que la otra introducía, pero trabajar en equipo significa pactar, y de eso sabía mucho Gabriela tras sus más de diez años como periodista en la redacción de *La Femme* .

Esa semana había escrito una columna titulada «El amigo de mamá». Giraba en torno a una mujer infiel que abandona a su marido alegando no sentirse suficientemente valorada por su cónyuge. Un clásico. Un clásico en los abandonos conyugales propiciados por mujeres. Mujer que abandona a su marido por su jefe. Otra vez la erótica del poder. ¿Y no es más noble decirle la verdad al hombre con quien llevas compartiendo veinte años de vida? Decirle que lo quieres, que lo quieres mucho, pero que te has enamorado de otro. Solo que no lo haces y sigues mintiendo con el «nunca me has valorado». Y te separas y no ha pasado un mes y es tu hijo quien vuelve de un fin de semana largo hablando del amigo de mamá... y destrozando, ahora sí, el corazón de su papá.

Gabriela observa en ese instante la sutil ilustración que acompaña el artículo «El amigo de mamá», dibujada por su compañera laboral y amiga Silvia. En un trazo simple había plasmado a una mujer bonita, frágil, completamente desnuda entre dos hombres vestidos. El marido y el amante. Impactaba.

Silvia y Gabriela se entendían bien. Conseguían una danza perfecta entre letras, trazos, palabras, fotografía e ilustración. Cogió el Nokia y le envió un SMS:

> Silvia, amiga, qué bonita ilustración.
> Me encanta... ¿Vienes a cenar mañana? Cósima ya está
> aquí. Eugenia quiere vernos
> a las tres juntas... Tendrá algo importante
> que decirnos.

Luego bajó la mirada al ordenador y leyó la primera frase de su artículo.

—¡Gabi!

La voz de su marido se coló por el salón, y ella miró extrañada el reloj de la estantería. «¿Cómo Gabi? Si solo son las 7.45. ¿Por qué se despierta tan pronto?»

La calefacción, pensó. La caldera hacía un ruido rarísimo. Eso había sido.

Gabriela pensó que, si no contestaba, quizá Germán volvería a dormirse. Deseó que su marido volviera a dormirse.

—¡Gabi! —insistió él cariñoso, pero levantando el tono de voz.

Gabriela suspiró y cerró el ordenador. Se levantó lentamente.

Qué pereza. Qué pereza. Qué pereza. No podía volver a decirle que no.

—Voooooooooy —contestó con dulzura.

*

Germán le dijo «te quiero», besándole la mejilla, después de hacer el amor.

—Tendríamos que hacerlo más a menudo —dijo sincera Gabriela recostándose en su pecho.

—Sí, ya. Eso me dijiste el trimestre pasado.

Gabriela se rio del comentario de su marido mientras se envolvía en el edredón y entrelazaba su cuerpo desnudo con el de él.

—¿Crees que seré capaz? —preguntó Gabriela con esa facilidad que tenía para hablar, para hacer, para pensar varias cosas a la vez.

—¿Capaz de qué?

—Germán, ¿de qué va a ser? De escribir una novela.

—Acabamos de hacer el amor, Gabi. No se me ocurre que a tres segundos de haber acabado estés pensando en la novela.

Germán encendió un Camel antes de responder; él pensaba siempre, al contrario que Gabriela, que disparaba sin pensar.

—Una novela no es un artículo de una página. Te va a obligar a estar muchas más horas sentada. Vives muy bien, Gabi. Vas a nadar cada día, comes con tus amigas, ganas lo suficiente, escribes cuando quieres...

Gabriela se incorporó y lo miró molesta.

—¿Cómo que escribo cuando quiero? Escribo cada día.

A veces dudaba de si su marido se tomaba en serio su profesión. Ella no tenía que diseñar plataformas de explotación oceánicas, pero escribir su columna semanal y realizar entrevistas, aunque fuera algo perfectamente prescindible para la sociedad, era su profesión.

—Hostia, Germán, que me digas esto... ¿Así que escribo cuando quiero?

—Bueno, ya me entiendes —contestó él sin ningún tipo de malicia.

—No. No te entiendo.

Germán intentó hablar, pero su mujer no le dejó.

—Vivo bien, sí. Tú también. No vamos a la mina, es verdad. Pero escribo cada día, Germán. Cada día, siete horas. Sola, completamente sola. Y no es fácil estar todo el día sola. Peleándome con mi cabeza.

—Pues yo estaría encantado —la interrumpió.

Gabriela tardó un segundo en responder, porque sabía que su marido estaría encantado todo el día solo, teletrabajando. Encantado de la vida. Sin hablar con nadie.

—Pues para mí no es fácil. A veces me encuentro dialogando con mis personajes y pienso que estoy loca. —Se detuvo un segundo, pensativa—. Y no me distraigo ni un minuto. Que tampoco es fácil. Y sí: voy a la piscina después de dejar al niño en el cole, nado treinta

minutos, desayuno, me siento a las diez menos cuarto a mi escritorio, como a las tres, escribo hasta las cinco menos cuarto y...

—Frena, Gabi, frena —la cortó él—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Además, no te entiendo; si te pesa la soledad, vas a estar más sola de lo que ya estás... A veces eres muy incoherente, ¿no te han ofrecido dos veces estar fija en la redacción? Y las dos veces has dicho que no.

Gabriela se levantó de la cama haciéndose la ofendida y se dirigió a la ducha. Le hubiera gustado escuchar unas palabras alentadoras, de ánimo, de valentía. Que le arrebataran la inseguridad que ya de por sí llevaba en su ADN. «¿Crees que seré capaz?» era más bien una pregunta retórica mal formulada. Le habría gustado un «¡claro que serás capaz!», pero Germán era un ingeniero de mente racional. ¿Qué esperaba? Escribir una novela no era nada fácil, y su marido lo sabía. Escribir las trescientas páginas de su trabajo de fin de máster fue agotador. Germán no lo recuerda con ningún placer.

Se volvió hacia él desde el umbral del baño.

—Germán.

Él volvió la mirada hacia su mujer, y Gabriela, con una sonrisa entre dulce y maliciosa, disparó:

—El trimestre que viene no follas.

*

A 506 kilómetros de Barcelona y en el mismo momento en el que Gabriela se dirige a la ducha, su querida amiga Silvia camina apresurada y sobrepasada por el andén número 2 de la estación Madrid-Puerta de Atocha, con su bebé de tres meses llorando desconsolado y envuelto en una tela africana sobre su pecho, y con su revoltosa hija de diez años de la mano. A la espalda, una mochila con pañales, toallitas, una muselina, ropa, zapatos, libros, lápices y juguetes.

—Mi amor, no llores más. Nos sentamos y te doy de comer enseguida —le dice con suavidad a su bebé—. Corre, cariño, que se nos escapa el tren —le dice a su hija mayor.

Silvia pasa de largo el vagón silencio, ese en el que viajaba cuando era la novia de Salva y no su mujer ni la madre de sus hijos. El llanto de su bebé se desparrama por el andén mientras suena por megafonía el último aviso.

—Ya voy, mi amor, ya voy. —Acaricia la cabecita de su bebé, que llora con intensidad con la boca abierta, suplicando la teta de su mamá. Su leche.

Decide subir ya al tren, tirando de la mano de su hija, y ahora el llanto se desparrama por el vagón seis. Siente las miradas de los pasajeros. Algunos empatizarán, lo sabe. Otros imaginan los 506

kilómetros de vía férrea que separan Madrid de Barcelona con ese llanto desesperado penetrando en sus oídos y querrán salir corriendo.

Le hubiera encantado alzar la voz y decir: «Tranquilos, que este no es mi vagón, voy al siete. Solo quiero recordaros que vosotros también llorasteis en el pecho de vuestras madres», y si Silvia pudiera también añadiría: «Cabrones».

Lo piensa, pero los entiende. Ella descubrió el vagón silencio cuando era soltera y viajaba los fines de semana largos para ver a Salva, porque él es catalán, pero ella es madrileña. En uno de esos tantos trayectos entre Madrid y Barcelona, durante su noviazgo, le tocó sentarse junto a una madre y su bebé con cólicos. A partir de ese día: vagón silencio.

Los entiende, claro que los entiende.

—Ya voy, mi amor, ya voy. Por favor, no llores.

Silvia entra en el vagón siete y el llanto se desparrama por él. Siente de nuevo las miradas ajenas. Comprensibles, sí. Ahora diría en alto: «En cuanto la vaca pasiega esta en la que me he convertido saque la ubre, el ternero se calla. Estad tranquilos». Y acabaría también con un «cabrones».

Ese es el estado alterado en el que camina Silvia por la maternidad. Ama y odia a la velocidad del rayo.

Asignado el asiento 14A. Lo encuentra. Su hija se sienta junto a la ventanilla mientras Silvia intenta sacarse la correa del hombro derecho de la mochila. Ajustó demasiado el regulador de los tirantes. El bebé llora histérico.

—Ya voy, mi amor, ya voy. No llores más. Es que se me mete tu llanto en el oído y me agobio. Ya sé que no me entiendes, pero es que, si lloras, todo me cuesta más. No llores, mi amor. No llores.

Sabe qué pasa: es la oxitocina, la noradrenalina. El chute de hormonas es tal que lo raro sería que no estuviese alterada. Porque el llanto de su bebé la estresa. Más bien la angustia. Le ha cambiado los pañales hace media hora en el asiento trasero del A3 de su padre. Está limpio. O a lo mejor no: su bebé digiere demasiado rápido. Silvia le vuelve a acariciar la cabecita.

—Ya voy, mi amor, ya voy.

No puede sacarse la maldita mochila de los hombros.

«No se va a morir por esperar dos minutos, tranquila», le dijo Salva una noche a las cuatro de la madrugada a propósito del llanto de su hija mayor, recién nacida. Fue escuchar en boca de su marido el «tranquila» y, como si la poseyera un demonio, empezó a soltar improperios. «¡Estoy muy tranquila, Salva! ¡ESTOY MUY TRANQUILA !»

Y esa frase que Salva soltó medio dormido, sin malicia ninguna, derivó en la primera gran discusión en la historia de esa pareja. La primera vez. La bronca que le pegó a su marido fue desproporcionada.

Perdió los papeles, seguramente por la falta de sueño. Seguro que por la falta de sueño, porque había conseguido dormir treinta minutos seguidos en toda la noche, la enésima de tantas. Por la mañana supo pedir perdón.

Sola, después de que él se fuera a entrenar, buceó en la red intentando entender qué le sucedía cada vez que su bebé lloraba. Y que, sin embargo, no provocaba ni la mitad de estrés en su marido. A ella le parecía increíble que Salva pudiera dormir cuando el bebé lloraba.

Leyó un estudio realizado por el Instituto Nacional de Desarrollo Infantil con seiscientas madres de todo el mundo: madres israelíes, argentinas, keniatas, japonesas, belgas. Todas ellas reaccionaban igual al oír el llanto de sus bebés; todas desarrollaban los mismos mecanismos cerebrales con independencia de su lugar de origen o cultura; todas ellas liberaban oxitocina, la hormona del amor, y otra hormona conocida con el nombre de noradrenalina, asociada con funciones de nuestro sistema nervioso y relacionada con el estrés. Le envió la página web a Salva para que la leyera con calma. De nuevo con un «lo siento» y un «te quiero» al final.

Salva lo leyó en diagonal.

—Ya voy, bebé, ya voy. Por favor, no llores más. Si estuviera papá aquí, todo sería más fácil. Pero papá está en Barcelona. No llores más, por favor.

El regulador de la mochila está demasiado fuerte. Su madre se ha empeñado en cargarle la mochila de libros infantiles en castellano, no fuera a ser que no encontrara libros en la lengua patria en Barcelona. También eso derivó en discusión.

«Mamá, por favor, deja de ver Intereconomía, de verdad te lo digo.»

Se encendieron y Silvia llamó ignorante a su madre. Al segundo pidió perdón. Con esto de la maternidad y sus hormonas alteradas, se pasaba el día pidiendo perdón. Ama y odia en cuestión de segundos.

Para que a Silvia no le doliera la espalda, su madre acortó los tirantes de la mochila y, por supuesto, mientras lo hacía, soltaba sutilezas de las suyas.

«Pero, hija, si te hemos regalado un Maclaren. La próxima vez que vengas, coges el carrito y lo cuelgas todo ahí, en vez de en el petate este negro. Es que pareces una gitana. Y, además, ¿no se te puede caer el niño con el trapo africano este donde lo llevas?»

Silvia miró a su madre. La adoraba, pero, a veces, no daba crédito a sus palabras.

«Mamá, si analizaras las palabras que dices: *gitana* , *trapo africano*... Vas soltando frasecitas, mamá, las vas soltando.»

La relación materno-filial de Silvia era así. Se querían, discutían, se perdonaban y vuelta a empezar. Amor-discusión-perdón. Siempre

volvían la una a la otra.

Silvia consigue sacarse un tirante de la mochila. El bebé abre la boca y chupa el fular con los labios. Succiona la tela y grita decepcionado.

—¿Te ayudo? —pregunta una dulce voz femenina tras ella.

Silvia se da la vuelta para toparse con una mujer bella, bellísima, de pelo corto rubio y ojos rasgados color verde.

—Sí. Me harías un favor. Ayúdame a sacarme la moch...

La mujer se ha anticipado.

—¿La subo?

—No, gracias, necesito cosas que tengo dentro. Muchas gracias —le dice Silvia sentándose con el bebé.

—Cualquier cosa, estoy aquí detrás.

Silvia asiente con una sonrisa a la vez que saca la cabecita del bebé del fular.

—Ya voy, mi amor. Ya voy. No llores más.

Lleva una camiseta negra escotada de manga larga, aunque tiene ese calor constante de la maternidad que empezó el primer día que supo de su embarazo y espera que acabe el día que abandone la lactancia. Saca su pecho inmenso de debajo de ella y observa esos senos gigantescos agrietados, dilatados. Obscenos. No los siente suyos. Introduce la mano por el escote y se desabrocha el sujetador. Se quita los húmedos discos de algodón que utiliza para no manchar las camisetas y, sobre todo, para no oler a leche rancia. Están empapados; mejor tirar los discos y coger unos nuevos.

—No. No puede ser —dice Silvia con cierta angustia.

Se da cuenta de que se ha dejado el paquete de discos de lactancia en la mesita de noche de su dormitorio en Madrid, y realmente los necesita. Sus senos no controlan el nivel de leche y no puede ir sin ellos. Acabaría empapada de arriba abajo, oliendo a leche rancia.

Piensa en el sacaleches que le ha dejado Gabriela. Lo tiene en la mochila. La mochila también es de Gabriela. Le dijo que se dejara de bolsos premamá en bandolera, y qué razón tenía. Silvia no logra que el sacaleches funcione correctamente. Tampoco se imagina poniéndose el embudo en el pezón delante de todo el vagón y presionando la válvula arriba y abajo mientras el recipiente se va llenando de leche. Menudo espectáculo. Del lavabo del AVE con los dos niños, mejor no hablamos. Ya se ve ella, de nuevo, como una vaca pasiega, supurando leche todo el trayecto.

—Cariño, coge los discos. No los pierdas, que no tengo más —le pide a su hija—. No los pierdas, ¿eh? Baja la mesita y deja los discos encima.

Pocos días antes de volver a Madrid se le agrietaron los pezones. El bebé no cogía bien la areola y los tenía irritados. Le duelen. Le duelen mucho. Ya le pasó con su hija mayor. Se lo contó a Cósima, otra de

sus buenas amigas en Barcelona. Generosa como es, en la semana treinta y cinco de embarazo Cósima le regaló una canastilla Welleda. Canastilla llamada «Embarazo y lactancia», que además de cremas para el bebé incluía dos productos. El primero y para la mamá, un aceite de almendras dulces para el masaje vaginal y perineal previo al parto. «El aceite de almendras dulces debe utilizarse diariamente y durante los últimos meses de embarazo para dar elasticidad al perineo y a las paredes vaginales y evitar la incisión», leyó Silvia en las instrucciones.

Así empezaron los masajes vaginales preparto de Salva a Silvia.

—El índice y el corazón, Salva. Mete el índice y el corazón.

—¿En la vagina? —preguntó el marido la primera vez que lo hicieron.

—Sí, claro, en la vagina. ¿Dónde va a ser?

Salva metió los dedos en la vagina de su mujer. Hacía meses que no metía otra cosa.

—Vale, bien. Ahora tira para abajo, Salva.

Él obedeció muy serio.

—Más para abajo. Y hacia los lados. Salva, para adentro no. Estás metiendo los dedos para adentro. Para adentro no. Mírame. Mírame, Salva.

Salva, algo agobiado, miró a su mujer.

—Para adentro no. Te estoy diciendo que metas los dedos para los lados y luego hacia abajo.

Salva lo intentó.

—Joder, Salva, tío, que no es tan difícil... No, así no: el dedo plano... No. No lo estás poniendo plano, lo estás poniendo en garra.

—¿Cómo que «en garra»?

—Plano. Ponlos planos. Los dedos planos... Ahora. Sí, así. Vale, muy bien, mi amor. Sigue, vale. Perfecto, mi amor. Perfecto. Hacia un lado y luego hacia el otro. Muy bien. Muy bien. Salva, no corras. Despacio, por favor. De derecha a izquierda. Muy bien. Muy bien. Ahora, Salva, con el pulgar que tienes fuera de la vagina...

Salva sacó la mano y se miró el pulgar.

—Pero no la saques, coño, Salva. No la saques. Todo a la vez.

Salva volvió a meterla. La mano. Ya hemos dicho que hacía meses que no metía otra cosa.

—El índice y el corazón dentro. Vale, bien. Muy bien, mi amor. Índice y corazón dentro. Ahora ha dicho la fisioterapeuta que muevas el pulgar como si estuvieras liando un cigarrillo.

—No te entiendo, Silvia.

—Pues por fuera, Salva.

—¿Por fuera de dónde?

—Pues de la vagina, Salva. De dónde va a ser.

Y Salva palideció porque le angustiaba un poco todo lo que estaba haciendo.

—Es que yo, Silvia..., yo no fumo. —Una gota de sudor recorrió su frente—. Los tenistas no fuman.

Porque Salva es tenista, entrenador de tenis.

Dos semanas más tarde, una tijera de sierra y acero inoxidable penetró la vagina de Silvia, cortó un centímetro de su piel y todo el haz puborrectal del músculo del ano. Como el ginecólogo era zurdo, remató los tres centímetros que faltaban en oblicua. En oblicua y hacia la izquierda. Por supuesto que nada tuvieron que ver los desastrosos masajes perineovaginales con almendras dulces que le daba el dulce novio de la parturienta. Salva estuvo allí, en el parto: entregado, amando y sufriendo con su mujer. Lo de la episiotomía fue eso tan español de que cada uno va a la suya. Era sábado, siete de la tarde, hospital privado. Qué iba a estar el ginecólogo pensando en los consejos de la OMS, si tenía a su mujer trinando con invitados en casa a punto de llegar.

80 por ciento de episiotomías en España. 10 por ciento en Alemania. Bueno, qué se le va a hacer, los alemanes no tienen sol.

El segundo producto de la canastilla era un bálsamo para pezones. No le sirve de mucho, aunque Silvia se lo pone por si acaso. Además, se ha comprado unas pezoneras de silicona que deberían hacerle todo más fácil. El bebé no quiere silicona de por medio, pero Silvia va a intentarlo de nuevo porque los pezones le escuecen cada vez que la saliva del bebé le roza la piel.

—Ya voy, bebé. Ya voy.

Silvia se coloca la pezonera y se acerca el bebé al pecho. El bebé se engancha desesperado e igual de desesperado absorbe. Luego nota la silicona y llora frustrado, histérico de nuevo. Rápida, ella se extrae la pezonera del pecho y vuelve a acercarse al bebé, que ahora se agarra al pezón sin soltarlo y, por fin, y tras veinticinco minutos de llanto desesperado, se relaja y bebe. Bebe del dulce pecho de su mamá.

Silvia suspira aun con el escozor de su pezón. Da igual. Duele, pero el bebé se calma. Acaricia la mejilla de su hijito. La tiene agotada, pero lo ama. Lo ama tanto...

Siente el leve traqueteo del tren al comenzar la marcha.

Deja reposar la cabeza en el asiento mientras observa por la ventana la fina lluvia que empieza a caer en Madrid. Su querida y añorada ciudad.

Ya piensa en volver.

Le encanta Barcelona. Le encanta el mar, el Mediterráneo, que abraza a la ciudad. Quiere mucho a Salva y le encantan sus amigas: su inseparable Gabriela, la excéntrica de Cósima. Pero todos los suyos —los de la infancia, los de su adolescencia, sus primas— están en

Madrid.

Sabe, además, que la maternidad sería más fácil si viviera allí. Su madre estaría entregada al cuidado de sus hijos. Un arma de doble filo, eso también lo sabe. Pero lo prefiere. Estaría más tranquila, más descansada, por lo menos. En Barcelona está su suegra (una suegra cariñosa y entregada), pero no es lo mismo. Una madre no es lo mismo que una suegra. No lo es.

Silvia mira a su bebé. Puede observarlo durante horas. Cuando está tranquilo le despierta una ternura inmensa, y se lo dice. Salva se ríe cuando la oye decirle a su bebé «te amo». En ocasiones, se le caen las lágrimas al verlo dormir.

«Ha salido de mí, Salva. Si es que yo lo miro y pienso: "¿Cómo he podido crear esta personita dentro de mí?". Es un milagro, que lo damos por hecho, pero es un milagro.» Y Silvia se limpia las lágrimas y se ríe a la vez que se justifica: «Son las hormonas».

Su hija ya se está aburriendo de estar sentada. No para. Es hiperactiva, como su padre. Le pide el iPhone para ver *Frozen* , una película de Disney con la que está totalmente obsesionada. Ella abre la cremallera de la mochila y saca el móvil. Tiene un SMS. Sabe que es de Gabriela, solo ella sigue escribiendo SMS.

> Silvia, amiga, qué bonita ilustración. Me encanta...
> ¿Vienes a cenar mañana? Cósima ya está aquí. Eugenia quiere vernos a las tres juntas... Tendrá algo importante que decirnos...

Siempre piensa que su querida amiga Gabriela es muy agradecida con su trabajo, cuando debería ser ella la agradecida con Gabriela. Silvia llegó a Barcelona con veintisiete años y su único vínculo con la ciudad eran su novio Salva y los amigos de este.

El destino las unió, por casualidad, al cabo de unos años, en un mercado de ilustradores y fotógrafos que se organizaba anualmente en el barrio de Poblenou, donde Silvia exponía sus fotos y sus pinturas y por donde Gabriela paseaba distraída.

Fue Gabriela quien se fijó en sus dibujos llenos de feminidad y carga emotiva. Siluetas femeninas en lápiz, en bolígrafo, en acuarela. Además de sus fotografías costumbristas del mundo femenino, que huían de los férreos cánones de belleza, y que a Gabriela le parecieron impactantes. Se enamoró de una foto en blanco y negro de una embarazada desnuda que, sentada en una mecedora, estiraba las piernas hacia el alféizar de una ventana. Charlaron. Hablaron de sus profesiones. Se cayeron bien e intercambiaron tarjetas.

Un año más tarde, Gabriela la llamó porque en la redacción de *La Femme* necesitaban fotógrafas *freelance* y buscaban mujeres. Silvia recordaba haberle dicho un tranquilo «sí, claro que me gustaría colaborar». Luego colgó y dio un salto de alegría mientras salía de la

tiendecita que había montado en el Raval con varios ilustradores y fotógrafos, y que no les estaba dando frutos.

Se parecen. Las amigas de verdad se parecen. Eso lo piensa a menudo esta madrileña cuando piensa en su querida amiga catalana.

Han pasado treinta minutos desde que el tren salió de la estación de Madrid-Puerta de Atocha. Silvia siente que el tren aminora la marcha y aprovecha para cambiarse al bebé de teta. El bebé, disconforme con el cambio, aúlla.

—Ya voy, pesao. Ya voy.

Una voz femenina avisa por la megafonía: «Tren procedente de Madrid-Puerta de Atocha con destino Barcelona-Sants. Efectúa su próxima parada en Guadalajara-Yebes».

Ira.

Rabia.

Eso es lo que siente Silvia al escuchar el anuncio por megafonía.

Furiosa, desvía la mirada al solitario apeadero de Guadalajara-Yebes. Cierra los ojos y niega con la cabeza. Quiere matar a Salva. Quiere matar a su marido.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta su hija, que le ha visto el gesto.

—Nada, cariño.

Y la niña lo da por bueno.

¿Está dolida o decepcionada? Decepcionada. Antes de salir hacia Madrid, le pidió a Salva que le comprara billete en el AVE directo de Sants a Atocha y de Atocha a Sants, el que dura exactamente dos horas treinta minutos. Es más, sabiendo lo despistado que es, se lo escribió en la pizarra de la nevera: «AVE DIRECTO. SIN ESCALAS ». Hasta lo subrayó dos veces.

No compró ella el billete porque su tarjeta de crédito tenía borrado el código CVV. Solo por eso no lo compró y ahora se arrepiente.

Está enfadada. Muy enfadada. Ha dejado una semana entera solo en casa a su marido. Salva encantado, aunque los eche de menos. Encantado. Todavía no conoce a un hombre que no esté encantado de que su mujer y sus hijos lo dejen solo una semana. Que seguro que los hay, pero, por favor, que le presenten a alguno. No le pide tanto a Salva. Le pide poco.

Ella ha asumido el papel de cuidadora. Lo poco que le pide necesita que lo haga bien. No es tan difícil comprar un billete de tren sin escalas, un billete directo Madrid-Barcelona. No. No es justo parar en Guadalajara-Yebes.

—Llama a papá —ordena Silvia a la niña, que anda absorta en *Frozen* .

—Un momento. Es que es justo ahora cuando Elsa...

—Llama a papá —repite autoritaria.

Silvia suspira. Escucha las puertas del tren abrirse. Abrirse en

Guadalajara-Yebes. Nadie sube un sábado por la mañana en Guadalajara-Yebes. Nadie baja un sábado en Guadalajara-Yebes. De hecho, nadie sube ni baja nunca en ese páramo en medio de la nada. ¿A quién se le ocurrió construir esa parada fantasma ahí en medio? No sabe si mataría a su marido o al político que decidió gastarse veinte millones de euros en la estación en la que nadie sube ni baja.

Guadalajara-Yebes implica Calatayud, Zaragoza-Delicias, Camp de Tarragona y duda si también implica Lleida-Pirineus. Por favor, que no se desvíe a Lleida-Pirineus. Cinco horas dando vueltas por Cataluña con una niña hiperactiva y un bebé de seis meses colgado en la teta.

Sabe que Salva duerme e intuye que no lo cogerá. Salió con sus amigos, y Silvia, intuye que intuye, sabe que llegó con un par de gin-tónics de más.

Para su sorpresa, Salva coge el teléfono. Porque Salva se preocupa por su mujer y por sus hijos. Mucho. Lo que pasa es que es un tipo despistado.

—Estoy en Guadalajara-Yebes. ¿En serio, Salva? ¿En serio? Te dije el directo. El de dos horas y media —le recrimina Silvia sin levantar la voz porque está en el AVE, que, si no, la levantaría.

Entre la resaca y el sueño, él no entiende realmente qué ha pasado, pero aun así pide perdón. Recuerda haber comprado los billetes desde su móvil. Recuerda haberse fijado, detenidamente, en el billete de ida de Barcelona-Sants a Madrid-Puerta de Atocha. Sin escalas. Y es verdad, no se fijó del todo en el de vuelta. Aunque jura y perjura que sí lo hizo.

—Llevo al bebé en el pecho. He dormido ¿cuatro horas? Tres seguidas, creo. Salva, tío, no costaba nada hacerlo bien —le dice dolida.

—Lo siento, Silvia. De verdad que no lo entiendo —contesta mareado, oliéndose el aliento a gin-tónic. «Yo he dormido hora y media», está a punto de decirle a su mujer, pero le sale el sentido común de debajo de las sábanas y calla.

—Cinco veces te lo repetí, Salva, cinco. Y te lo apunté en la nevera... Mira a ver si para en Lleida-Pirineus.

Silvia aguarda observando el páramo hasta que los dos primeros dientes de su bebé acechan en su pezón.

—No me muerdas el pezón, mi amor. Que me haces daño.

—No te entiende, mamá. No habla —interrumpe su hija.

—No. En principio no para —dice Salva desde la cama—. Bueno, Silvia, es solo hora y media de diferencia.

En esos momentos, cuando escucha el «es solo hora y media de diferencia», Silvia lo mataría. Como estuvo a punto de matarlo aquella vez, cuando le dijo «tranquila». Suspira pensando en la vuelta a Cataluña que va a dar con sus dos hijos en el AVE y se desespera solo

de pensarlo. El bebé ha dejado de mamar. Silvia se mira el pecho: además de agrietado, el pezón le debe de medir dos centímetros. La invade una sensación desagradable al verlo. Le duele el pecho izquierdo, pero la comadrona le dijo que podría infectarse y coger una mastitis si no le daba de los dos pechos: izquierdo y derecho. Aunque doliera.

—Distrae un rato a tu hija —le dice a Salva antes de pasarle el móvil a la niña—. ¿Dónde están los discos de lactancia, cariño?

Su hija levanta los hombros y hace una mueca de desconocimiento.

Silvia suspira. Su bebé debería mamar un poco más del pecho izquierdo, que sigue lleno. Le acaricia la mejilla.

—Un poquito más, bebé. Un poquito más.

Pero, saciado, cierra los ojos. Silvia le limpia con la muselina la leche que le cae por la barbilla.

—Si no fuera por ti... —le susurra a su bebé, y se lo recuesta en el hombro para darle palmaditas en la espalda—. Los discos de lactancia, ¿dónde están? —le pregunta de nuevo a su hija, y repite, a su hijo—: Eructa, mi amor. No quiero cólicos otra vez.

Mira disgustada a su hija, que entiende la mirada, pero habla parlanchina con su padre por el iPhone. Silvia revisa los asientos sin dejar de masajear la espalda de su bebé.

—Venga, mi amor. Eructa. Eructa. —Se incorpora buscando los malditos discos de lactancia. Ya se imagina oliendo a vaca pasiega—. Hija, por favor, piensa qué has hecho con ellos —le dice mientras da golpecitos en la espalda—. Venga, bebé, el eructito.

—Perdona —la interpela la mujer hermosa de pelo corto y ojos rasgados.

Ella se da la vuelta hacia el asiento trasero. La mujer hermosa recoge los discos de lactancia húmedos de entre los asientos, se levanta y se los da.

—Muchas gracias —le dice.

Un eructo de camionero invade el vagón. Porque el bebé eructa como su padre.

Un vómito acompaña el eructo y la inunda de pasta blanquecina caliente. Todo. El bebé lo ha vomitado prácticamente todo. Silvia no sabe si reír o llorar. Más bien llorar. Siente la pasta de leche caliente deslizarse desde su cuello, saltarse la camiseta, seguir por la espalda y bajarle hasta el pantalón.

—Perdona —le pide agotada Silvia a la mujer bella que se sienta tras ella—. ¿Podrías, por f...?

La mujer bella se incorpora sin dejarla acabar la frase y coge al bebé. Porque esa mujer desconocida, Silvia, no es madre, pero es mujer.

—Me llamo Abril.

Y Silvia, aun con todo —aun con el vómito en su espalda, el eructo, la pezonera torcida en su pezón, el cansancio—, vuelve la mirada hacia Abril y no puede evitar que el corazón le palpite con fuerza.

Qué bonita es esa mujer..., qué bonita.

Y mientras Silvia se presenta, vuelve a negarse a sí misma lo que lleva negándose toda la vida: una preciosa, sutil e incomprensible atracción hacia el sexo femenino.

*

Una vez más, Silvia no sabe si está dolida o decepcionada. Está ya en su casa del barrio de Gràcia, en Barcelona, ahora limpia, porque a ella eso de limpiar la calma: se olvida de todo y se concentra en el movimiento de brazo que realiza sobre la encimera y siempre con el estropajo verde Scotch-Brite. Para no sentirse dolida. O decepcionada.

No solo por Guadalajara-Yebes.

Llegaron a Barcelona. Salva los esperaba en la estación de Sants, porque Salva es un buen tipo, cariñoso con ella y con sus hijos. Lo es, solo que no está a la altura de lo que Silvia espera. Cogieron un taxi hacia su barrio. Silvia llegó muerta de hambre y fue directa a la nevera: vacía.

—Vamos a comprar juntos. Si son las doce del mediodía, hay tiempo —contestó Salva al verle la cara seca ante el frigorífico.

Y la casa la encontró mucho más sucia de lo que le hubiera gustado. Ella en Madrid. Salva solo en Barcelona. ¿Qué esperabas, Silvia?

Así que ahí está ella, con sus guantes de látex rosa y su Scotch-Brite, al día siguiente, dale que te pego. Nadie le ha pedido que limpie, es cosa suya. Es más bien algo heredado: limpia como limpia su madre, compulsivamente.

Salva todavía duerme. El bebé junto a él. Silvia le ha dado la toma de las seis de la mañana y aguantará hasta las diez. Su hija mayor vuelve a ver *Frozen* en la tele del salón. Escucha el tono musical de su iPhone, que descansa en la encimera de la cocina. En la pantalla lee «Mamá». Pulsa el botón verde del teléfono, se lo coloca en la oreja, lo sujeta con el hombro izquierdo y continúa rascando los fogones.

—Sí, mamá. Llegamos bien. No te llamé porque no me da la vida...

Silvia se arrodilla, abre el armario bajo el fregadero, deja el Scotch-Brite dentro y coge el estropajo circular de acero inoxidable, más efectivo para los fogones. No presta excesiva atención a las palabras de su madre. Rasca. Ras-ras-ras.

Salva se ha despertado. Silvia lo sabe porque, por la otra oreja, oye los orines de Salva caer sobre el agua del váter. Prrr-prrr-prrr.

Ras-ras-ras. Prr-prr-prr.

¿Por qué no cerrará la puerta?

Podría mear sentado, aunque solo fuera por la mañana, porque,

como sigue medio dormido, suele manchar la tapa. Él se excusa con que no atina porque mea en dos direcciones, y que a él también le sorprende. Dice que a veces mea en oblicuo y no puede controlarlo. Más de cuatro mil días de convivencia, Salva relaja el esfínter.

—Joder, Salva...

—¿Qué pasa, hija? —pregunta su madre al teléfono.

—Nada, mamá. Dime.

Y sigue la madre insistiéndole en que lea a la niña en castellano. Silvia escucha a Salva tirar de la cadena, lo escucha acercarse por el pasillo y entrar en la cocina. Feliz, da los buenos días y besa a su mujer en la mejilla.

—¿Tu madre? —le susurra.

Silvia asiente sin contestar, a la vez que exagera el movimiento de las manos con el estropajo, no vaya a ser que Salva, con el que lleva ocho años casada, no se dé cuenta de que está limpiando. Solo que sí se da cuenta, Silvia. Es más, Salva leyó en la revista *Puntodebreak* que Rafa Nadal tenía trastorno obsesivo-compulsivo y se huele que, a propósito de esa manía tuya con la limpieza, tú debes de tener algo parecido. Él encantado, claro, tiene la casa como una patena. A él le daría igual tenerla menos limpia. Es cosa tuya, Silvia, es solo cosa tuya.

Campechano como es, Salva abre el armario, coge un vaso, abre el grifo, lo llena, se lo bebe y lo deja en el fregadero.

Aprovechando la cercanía, raudo él, que no pierde nunca la ocasión, abre la bata de Silvia, le introduce la mano por el suave pantalón de lino, bajo las bragas, y le agarra el pubis. Acerca los labios a la oreja de su mujer (la libre; la otra está todavía con la lengua patria) y le susurra:

—Te he echado mucho de menos... Uno rapidito, ¿no? Te espero en la ducha.

*

Silvia hace el amor tres o cuatro veces por semana. Acabó la cuarentena, le cortaron los dos puntos de la episiotomía, se colocó un DIU y empezó de nuevo el sexo conyugal. Tres o cuatro veces por semana, dependiendo de si su suegra recoge a su hija en el colegio los lunes y miércoles, o solo los lunes.

Sabe que causa verdadera admiración entre sus amigas casadas, tanto las de Madrid como las de Barcelona. Ninguna de ellas supera el coito al mes. Silvia no presume de esos cuatro semanales. Lo de hablar de las veces que hacen el amor es algo que se preguntan las amigas, y ella, sincera y sin excesivo entusiasmo, da la cifra.

«¡¿Cuatro a la semana?!», se sorprendió una, madrileña como ella.

«Ah, pero ¿vosotras no? —preguntó a las de Madrid—. Pues qué

suerte tenéis. Es que Salva me persigue todo el día. El pobre lo necesita. Dice que necesita descargar; si no, va tenso.»

Silvia ha puesto el lavaplatos, así que Salva se ha duchado solo. Porque a ella no le gusta hacerlo bajo el agua. Bueno, a ella no le gusta hacerlo en ningún lado, pero bajo la ducha menos. Así que ahí está, sentada en la encimera (en la del lavabo), dejándose penetrar por Salva. Deben de llevar cinco minutos. Uno rapidito, le ha prometido. Sabe que en aproximadamente un minuto Salva saldrá de ella, hará que le dé la espalda, ella se inclinará sobre la encimera, volverá a penetrarla y su marido llegará, mirándose en el espejo. A Salva le encanta acabar así, le hace sentirse muy hombre. Ella tiene calculado el tiempo que su marido necesita para correrse. Pestillo echado. Elsa de *Frozen* canta en el salón. El bebé duerme en la habitación contigua; si no, Silvia simularía un grito de placer. Los lunes y miércoles, los de la suegra, consigue que Salva acabe en unos escasos siete minutos, pero hoy le toca aguantar, así que aparta una mano de la encimera y aguanta, hábil, sus 56 kilos solo con la mano izquierda. Su marido todavía no le ha dado la vuelta.

Silvia acaricia la nuca de Salva y él entra y sale con su miembro henchido.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

Cual empotrador con su yegua.

Treinta segundos aproximadamente para el volteo. Ahí está. No falla. La yegua conoce el tempo.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

Volteo.

Silvia cierra los ojos. No acaba de verse en esa posición frente al espejo, con él detrás dale que te pego. Además, no lleva bien lo de los pechos golpeando el esternón. Los pechos lactantes, sobre todo. La yegua se sabe observada, así que, rauda ella, empieza la función.

Abre la boca poco a poco y, bajito (por los niños), gime de un placer que, evidentemente, no siente. Salva se sabe hombre. Silvia gime, ahora subiendo el tono. Siempre pendiente de Elsa (la de *Frozen* ).

Salva le susurra, orgulloso, al oído:

—Chiss. Gime todo lo que quieras, mi amor, pero no grites. Los niños te pueden oír.

¿De verdad, idiota, te crees que tu mujer gime de placer?

Salva cae bien. Sabe mal eso de llamarlo idiota. Pero es que…

Amigo, solo has de introducir dos palabras en cualquier buscador de

internet, «orgasmo mujer», y leer. Aparecen 46 billones de entradas. 46 billones, con be. No hace falta que te líes mucho, en la primera entrada ya lo explica todo. Lo de la libido y la lactancia lo dejamos ya para cuando vuelvas a nacer.

«Acaba ya, Salva. Por favor, acaba ya, que pasa de los diez minutos. Rapidito significa rapidito», piensa Silvia.

Nunca osaría decírselo. Pobre Salva, pobre marido y mira que lo adora. «Descarga, cariño, vamos.» Lo piensa mientras extiende los brazos hacia el alicatado del baño, sin tocar el espejo, que luego hay que limpiarlo.

Gemido (de Silvia).

Embestida.

Gemido (de Silvia).

Embestida.

—Estoy tan excitada, Salva —susurra mentirosa.

Si antes Salva estaba henchido, ahora es Zeus, dios del universo. Idiota. Rectifiquemos: ingenuo. Pectorales alzados, recién depilados como todos sus colegas tenistas. Ahora sí, como un animal desesperado, embiste a su yegua. Acelera su movimiento. Escucha su cadera chocar contra los glúteos de su yegua. Plas-plas-plas.

Embestida.

Gemido (de Silvia).

Embestida.

Gemido (de Silvia).

La mira.

Cree, el ingenuo, que su mujer está llegando.

Y otra vez, pero ahora con más fuerza, con más ahínco.

Embestida. Gemido. Embestida. Gemido.

La yegua sabia, sin abrir los ojos, abre la boca y finge —podría decirse, tras más de ocho años de simulación magistral— que llega por fin al orgasmo.

Nada. Ni con esas.

El animal sigue con su embestida.

La yegua piensa entonces (porque la yegua piensa aunque esté consumando): «Salió de marcha con los del Tennis Barcelona. Va cansado. Lo de “rapidito” era un engaño».

Embestida.

Gemido (de Silvia).

Embestida.

Gemido (de Silvia).

¿Gemido? Pero si en teoría has acabado ya, Silvia. Simulaste el orgasmo hace más de un minuto. ¿Qué gimes, querida? ¿Qué gimes? Ah, ya lo entiendo, claro. Cómo no se me ha ocurrido: tu marido se ha creído que eres multiorgásmica. Ja. Multiorgásmica.

«Pero ¿existen?», preguntó Gabriela.

«¿El qué?», contestó Silvia.

«Las multiorgásmicas.»

«Yo no conozco a ninguna. ¿Tú?»

«Tampoco.»

«Mmmmm.»

«¿Qué pasa?», le preguntó Silvia a Gabriela.

«Que pensaba que mientras Salva está ahí, dale que te pego, ¿por qué no le pides que te acaricie? ¿O por qué no te acaricias tú?»

A Gabriela nunca le ha gustado la palabra *masturbar* , proveniente del latín *manu turbare* , «turbar con la mano». Le suena a eso, a turbio. ¿No podrían haber inventado los romanos una palabra más bonita para un acto tan hermoso?

«¿Quién, yo? ¿Que me toque yo?», le preguntó Silvia.

«Bueno, o él. Mejor que te toque él. Pero, como está tan entregado, no lo veo yo capaz de sincronizarse.»

«Uy, no, qué vergüenza.»

«Pero vergüenza ¿por qué? Míralo a él: mucha vergüenza no parece que sienta. Pantalones de pijama bajados, mezcla de pingüino, caballo desbocado y conejo en desenfreno.»

«Gabi, yo no soy mucho de hablar de estas cosas.»

«A ver, Silvia. Que yo lo de acariciarte te lo digo por lo de Gräfenberg.»

«¿Qué dices?»

«Por lo de Gräfenberg... Sí, el tío ese que encontró el punto G.»

Silvia se encogió de hombros.

«¿Qué pasa con el punto G?»

«No sé tú, pero yo llevo treinta años buscándolo y nada. Yo no lo encuentro. Vamos, que no me lo he encontrado nunca.»

Fue Gabriela entonces quien se encogió de hombros.

«¿Y tú?»

«¿Yo qué, Gabi?»

«Que si te lo has encontrado.»

«¿Yo? —contestó Silvia—. Qué me voy a encontrar, hombre, qué me voy a encontrar.»

Gemido.

Embestida.

Gemido.

Embestida.

«A ver, Silvia. Soy periodista, me he informado. El tal Gräfenberg era un ginecólogo alemán del siglo pasado. Por lo visto el amigo encontró el punto a entre tres y cinco centímetros de la pared frontal de nuestras vaginas. Pero, claro, de qué vaginas, me pregunto yo.»

Silvia no siempre entiende a Gabriela. No contestó.

«Es raro, ¿no?»

«¿El qué, Gabi?»

«Coño, pues que sea un hombre y no una mujer el que nos haya hecho creer a la humanidad entera que existe este puto punto y andemos millones de mujeres, todas locas, intentando encontrarlo.»

Gabriela se quedó esperando la contestación de Silvia. Silvia era mucho más sencilla que su amiga, no pensaba tanto. No contestó, así que siguió hablando ella:

«¿Por qué él? A ver. El tal Gräfenberg este, ¿cómo lo encontró? A ver, ¿cómo hizo el experimento? Que fue preguntando a todas sus pacientes: "Oiga, mire, perdone. Yo sé que usted ha venido por un ataque de cándida, una infección de orina o por una simple revisión, pero... ¿me deja que le meta un ratito los dedos, a ver si la excito?". Porque digo yo que... la polla no la fue metiendo de paciente en paciente.»

«Piensas unas cosas más raras, Gabi...»

Embestida.

Gemido.

Embestida.

«Silvia, una cosa más, ya para acabar.»

«Jolín, Gabi, qué pesada eres. Yo es que no soy mucho de hablar de estos temas.»

«Silvia, es que te pierdes una parte divertida de la vida. Muy divertida. Digo yo: ¿y no sería mejor hablar con Salva? El tipo te adora. Seguro que pondrá de su parte. Porque al pobre lo llamamos idiota, pero ¿y tú? ¿Dónde quedas tú en toda esta pantomima de gemidos y embestidas?»

«Qué más da. Son solo diez minutos al día. Me abro de piernas, él descarga y feliz.»

Penúltima embestida.

Pobre Salva, si pudiera leer la mente de su yegua. Que mientras gime piensa: «Venga. Hostia, Salva... Acaba de una puta vez».

*

Ese domingo, mientras Silvia se engaña a sí misma y Gabriela pasea junto a su marido y su hijo por la playa de la Barceloneta, Eugenia, la directora de la revista *La Femme* , trasplanta tres orquídeas rosáceas en tres jarroncitos de cristal en el salón de su casa, mientras piensa en Formentera.

Le queda menos de un año para instalarse en la isla y pasar allí el resto de su vida, porque, después de cuarenta años trabajando como periodista, Eugenia se jubila.

Jubilación, del latín *iubilare* , «alegría».

¿Alegría?

Más que alegría, decir «me jubilo» le produce una honda tristeza. La hace sentirse una mujer vieja, y no lo es. A sus sesenta y cinco años no se siente vieja. Corta con esa rutina laboral que ha reproducido toda la vida, para empezar una vida nueva.

Eugenia sabe que podría seguir cinco años más dirigiendo *La Femme* , la revista femenina que fundó y una de las de mayor tirada del país. Ha estado tentada de hacerlo y nadie se lo impediría. Es más, está segura de que el director del grupo editorial al cual pertenece la revista, y que no solo es su jefe, sino también un buen amigo, le rogará su permanencia unos años más.

Pero no.

Ya está.

Le ha costado lo suyo decidirse, porque nadie le ha regalado nada: además de impartir clases en la Facultad de Periodismo, ha escalado durante esos cuarenta años con elegancia por la férrea estructura piramidal del grupo: primero como colaboradora *freelance* ; su perseverancia la llevó a redactora del periódico. A los cinco años pasó de redactora a redactora jefa y, años más tarde, en 1997, le propusieron liderar un nuevo proyecto dentro del grupo, como directora de una nueva revista femenina, *La Femme* . La revista se creó para hacer la competencia a otras como *Cosmopolitan* , *Vogue* , *Elle* , *Woman* . Revistas femeninas que lideraban el mercado español. Y aceptó. Eugenia participó en cada paso: desde el nombre de la revista, que decidió tras darle miles de vueltas y dada su debilidad por el elegante idioma de su marido francés, Emmanuel, hasta la cuidadosa selección de sus colaboradoras. Entre ellas Gabriela, Silvia y Cósima, las protagonistas de esta novela.

Mira atrás y Eugenia se enorgullece de su vida laboral. Pero ya está. Sí. Lo ha decidido. Este será el último año al frente de la redacción. Es justo no aferrarse a ese dulce poder. A ese dulce prestigio que ha adquirido como periodista. Es justo dar paso a las nuevas generaciones, algo de lo que muchos de sus colegas de su generación se olvidan.

Y se jubila en Formentera. Años atrás, junto a Emmanuel, su marido y con quien lleva cuarenta años casada, compraron una casita rústica en la isla muy cercana al pueblo de Sant Francesc y con un pequeño terreno con doscientos olivos. Eugenia se pregunta qué harán tanto tiempo los dos solos. Es cierto que de mayo a octubre la soledad no la sentirán. Es una mujer acogedora, y Formentera, una isla deliciosa. Sus hijas les dejarán a sus nietas desde finales de junio hasta principios de septiembre. Y durante los meses cálidos recibirán las improvisadas visitas de los amigos que los han acompañado toda la vida. Amigos que, junto a ellos y cada año, se desnudan física y psíquicamente en ese rinconcito maravilloso del mundo, en

Formentera: catedráticos, escritores y periodistas amigos de ella y médicos amigos de su marido. Y, por supuesto, también la visitarán Gabriela, Silvia y Cósima, que no fallan ningún año.

Entonces, si Eugenia, es honesta, con esa soledad que anhela, le quedan cuatro meses reales aislada del mundanal ruido. Ella, Emmanuel, el mar, el sol y los doscientos olivos.

Y allí, en esa islita de doce kilómetros de largo, se imagina Eugenia el resto de su vida. Lo tiene todo planeado y le gusta tenerlo planeado. Pero el destino, y eso lo sabe Eugenia, es a veces caprichoso. Y el azar juega sin reglas. Y, poco antes de que se instale en la isla, su vida dará un giro inesperado. Un giro de ciento ochenta grados, un giro que le hará cambiar todos sus planes. Ella no lo sabe todavía, pero caminará tranquila a sus sesenta y cinco años por el hall del aeropuerto de Barcelona esperando a embarcar hacia la isla y media hora antes de subir al avión oirá su nombre. Oirá su nombre pronunciado por una voz masculina. Una voz masculina y familiar. La voz de un hombre al que amó durante unas horas. El hombre se llama Euken. Es vasco, un viejo y querido fotoperiodista vasco.

# 2

# Amigas

Eugenia pasea sin prisas bajo la luz cálida que ilumina el paseo marítimo de la Barceloneta. Recoloca la pashmina blanca que envuelve su cuello y su abrigo Burberry marinero, protegiéndose de la brisa marina. De su brazo cuelga una bolsa de tela de la que sobresalen las tres orquídeas que trasplantaba esa misma mañana. Ha reservado una mesa para cuatro en la terraza del restaurante Ca La Nuri y camina hacia allí.

A pocos metros del restaurante ve a sus tres jóvenes amigas. Se detiene y las observa. Gabriela habla apasionada, mientras Silvia y Cósima ríen. Sigue observándolas sin avanzar hacia ellas. Y se conmueve, porque piensa, porque sabe, que cuando se jubile las va a echar mucho de menos. Mucho. Y en ese momento, Gabriela vuelve la mirada al paseo y la ve observándolas. Le hace un gesto con la mano para que se acerque. Eugenia camina, serena, hasta ellas. Se besan cariñosas.

—Nos tienes intrigadas —dijo con dulzura Gabriela.

Eugenia sonrió sin contestar la pregunta encubierta.

—No me caben en casa —les dijo dándoles las orquídeas.

Las tres elogiaron esas preciosas flores que les regalaba buscando ya el rinconcito de sus casas donde podrían colocarlas.

La notaron inquieta y aguardaron en silencio mientras Eugenia llenaba su copa de vino y rellenaba las de Gabriela y Cósima. Silvia tomaba una San Miguel 0,0, llevaba meses sin probar una gota de alcohol, por eso de la lactancia.

—Queridas, he querido cenar con vosotras porque quiero que lo sepáis antes que nadie. —Tomó aliento como si le costara pronunciar las palabras—: Me jubilo.

Se hizo un silencio algo largo hasta que Gabriela lo rompió.

—¿Cómo?... Pero ¿por qué? —preguntó despacio e incrédula.

—Si eres imprescindible en la redacción. ¿Cómo te vas a ir? —añadió confusa Silvia.

—Nadie es imprescindible, Silvia. Tardarán dos días en sustituirme

—contestó serena Eugenia.

—Pero la revista nació contigo, Eugenia. Cada lectora conseguida ha sido con el sudor de tu frente. ¿De verdad lo vas a dejar? —le preguntó su sobrina Cósima.

Eugenia asintió.

—Doy paso a las nuevas generaciones. Hay que saber irse de una manera elegante. —Eugenia aguardó unos segundos y continuó segura de sí misma—: Sé que hay una mujer joven con más ilusión, con más fuerza que yo, que quiera seguir liderando el proyecto.

Eugenia aguardó un segundo antes de continuar mientras Gabriela, Silvia y Cósima escrutaban a esa mujer a la que tanto admiraban sin entender muy bien su decisión.

—Pero os he invitado a cenar porque me preocupáis vosotras. Cuando haga el traspaso a la nueva directora, sea quien sea, insistiré en vuestra permanencia, pero sois colaboradoras *freelance* y ella será libre de escoger a su equipo. Es la política del grupo.

Eugenia sabía que Gabriela no tendría ningún problema en encontrar otra revista que la contratara; las treinta revistas femeninas que se publicaban en España querrían contar con ella. Con el éxito de su columna, tampoco tendría mucho sentido que dejaran de contar con ella en *La Femme* , pero en el mundo laboral todo es posible. Silvia lo tendría más difícil, porque a Gabriela la buscaban, pero a Silvia no.

Apareció el camarero. Decidieron acompañar el vino blanco con dados de sepia a la plancha, gambas de Palamós, mejillones al vapor y vieiras.

—Gabi —le dijo en tono de reprimenda—. Te han propuesto escribir una novela. Estuve con las editoras de ficción la semana pasada. —La miró decepcionada—. No les has contestado todavía. Solo hay que coger el ascensor, subir cuatro plantas y decir un sí. —Eugenia guardó silencio unos segundos y añadió—: Claro que estás cómoda escribiendo tus columnas, tus artículos semanales, haciendo entrevistas, pero aunque la nueva directora de la revista cuente contigo... —Eugenia clavó la mirada en Gabriela—. Un paso más, Gabi. Un paso más para el que se requiere esfuerzo, tiempo y más soledad de la que ya tienes. Y de la que huyes. El talento lo tienes.

Gabriela no contestó. Sonrió levemente y pensó algo que pensaba a menudo, que Eugenia confiaba más en ella que ella misma.

Eugenia volvió la mirada hacia Silvia y enseguida adivinó la inseguridad en su rostro. Silvia, en ese momento, se visualizaba de vuelta en la tiendita del Raval intentando vender sus fotografías y sus ilustraciones a los escasos clientes que entraban. Silvia necesitaba solo esos mil doscientos euros al mes que ganaba en la revista, porque con el sueldo de Salva se apañaban. Y no quería renunciar a esos dos años junto a su bebé. Como en un flash, le vino de golpe a la memoria la

conversación que tuvo con Salva el día que su hija mayor cumplió cuatro meses de vida.

«¿Cómo voy a abandonar a mi bebé a los cuatro meses en una guardería? —le contestó a Salva cuando él se lo propuso, tras un diálogo sobre su futuro laboral. Acarició la mejilla de su bebé —. ¿Cómo voy a abandonarla con unas señoras desconocidas? Si hasta el nombre es feo: guardería. A esta bebita la guardo yo, la guardo yo en mi pecho», y le cayó una lágrima.

«*Però per què plores, Silvia?* », acabó Salva en su idioma materno, el idioma con el que se dirigía a su mujer en los momentos de profunda intimidad.

«Las hormonas, supongo. ¿No te leíste lo que te envié? —Silvia lo había pensado bien—. ¿Qué son dos años en mi historial laboral? Sin fotografiar. Sin dibujar. Si a nadie le importa más que a mí. ¿Qué son dos años en la biografía de cualquier mujer?»

Y dudaba de sus palabras, mientras, inconscientemente, se comparaba con sus compañeras de la EFMAD, la Escuela de Fotografía de Madrid. También madres, que formaban parte ya de equipos de diseño de grandes editoriales o equipos de arte de algunas empresas de publicidad. Ganando sueldos que ella nunca ganaría.

Silvia, insegura, se mojó los labios con el vino blanco.

—Ya es hora de exponer, Silvia. De creer en ti misma. Es verdad que en este país nuestro no se valora el arte. Unas élites sí compran cuadros a precios desorbitados, y el resto se conforma con los cuadros de Ikea. Pero hay un hueco —dice convencida Eugenia—. Solo hay que buscarlo.

Eugenia esperó unos segundos y continuó:

—Sé que estás sumergida en la maternidad. Crear y criar es complicado. Pero se puede, Silvia. Si tú quieres. Encontrarás la manera.

Silvia se limitó a asentir pensativa.

Eugenia se centró entonces en su sobrina Cósima, que desde su adolescencia ya hablaba con ella mucho más que con su madre. Cósima era la hija descarriada de su hermana mayor. No había nada que decir: ambas habían huido del *dolce far niente* que asediaba a su familia aristócrata, los Sentmenat, desde las generaciones pasadas. Sin embargo, era fácil caer de nuevo en esa vida hedonista en la que habían crecido todas las mujeres de su familia, y Eugenia lo sabía.

—Cósima, quieren que vuelvas. Tu madre me lo dice constantemente. Mi consejo, y, por favor, que quede entre tú y yo, es que permanezcas alejada de tus raíces. Recibe el amor de tu familia, pero mantente bien lejos de su dinero, porque es un arma de doble filo: el dinero te vuelve vago, y lo sabes.

Era dura Eugenia, y crítica. Era una mujer muy crítica. Pero

Gabriela, Silvia y Cósima también sabían de sus siempre acertados consejos y sabias palabras.

—Os falta a las tres algo que quizá tenga una connotación negativa —remató la directora de *La Femme* , mirándolas una a una—. Pero es necesaria, absolutamente imprescindible, si se quiere llegar lejos en la vida. —Esperó un segundo y acabó—: Os falta ambición.

*

Gabriela está sentada frente a su ordenador, pero no escribe. La pantalla ha fundido a negro hace un minuto. Está en la galería de su apartamento, en su habitación propia, donde escribe cada mañana. Está pensando en la cena del día anterior, intentando procesar la noticia que les dio Eugenia.

Pensando también en su falta de ambición.

«¿Me falta ambición?»

No sabe qué contestarse a sí misma. Se siente cómoda en su vida, escribiendo sus artículos. Sin grandes objetivos, eso es cierto.

Piensa que *ambición* es un sustantivo femenino. Peyorativo, eso sí lo piensa. Hermanada a *codicia* y *vanidad* , también femeninos. Curioso. Aunque no es de ese tipo de ambición del que les habló Eugenia.

«¿Me falta ambición? Quizá sí», se contesta Gabriela. Quizá no escribe la novela porque no tiene ambición. ¿Para qué?, si está cómoda y gana lo suficiente.

—Ponte a trabajar, vamos —se dice en voz alta—. Deja de pensar en la ambición que no tienes y ponte a escribir la columna que te toca entregar mañana y que todavía no has empezado.

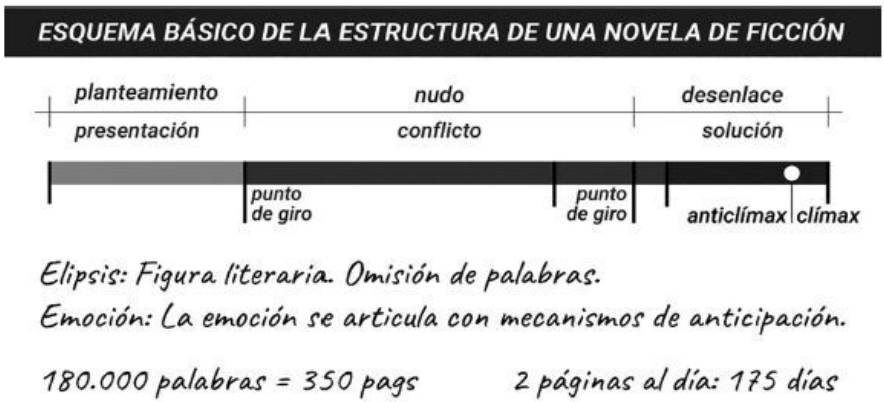
Es lo que tiene trabajar solo, la vida del *freelance* : que tienes que obligarte a centrar tus pensamientos, porque nadie te vigila.

La editorial la espera, y Eugenia tenía razón: no está siendo muy elegante al retrasar tanto su respuesta. A veces, y solo por vergüenza, esquiva a las editoras en el bar del edificio de la redacción.

Desvía la mirada hacia un folio envejecido que cuelga en la pared junto al ventanal de la galería: es un folio que les entregó hace veinte años —a ella y a los diez alumnos del curso— su profesora de escritura creativa de la Writers Studio de Boston, una colombiana-norteamericana llamada Jimena Wright. Gabriela lo guarda desde entonces como un talismán que sobrevive al paso de los años pegado con Blu-Tack en la pared de la galería. En el folio está representado un esquema de la estructura clásica en tres actos: planteamiento, nudo y desenlace, y cada acto cambia con lo que Jimena Wright llamaba los puntos de giro narrativos. Siguiendo sus consejos, cualquier texto escrito —ya fuera una novela, un artículo periodístico o de opinión, un reportaje de *The Washington Post* , un guion cinematográfico, la columna que escribía Gabriela semanalmente o, incluso, se atrevió a

decir la colombiana, el discurso presidencial en el Capitolio de Bill Clinton de la semana anterior— seguía esa estructura en tres actos: planteamiento, nudo, desenlace.

Así, siguiendo dicha estructura, Gabriela escribía la columna semanal para *La Femme* . Primero presentaba los personajes, les seguía el conflicto, un primer punto de giro, un segundo punto de giro y la resolución final. Si era hábil, encontraba un anticlímax antes de llegar al clímax, pero eso le costaba y no siempre lo lograba.




Gabriela observó el folio. Leyó en voz alta las cifras escritas de su puño y letra: «180.000 palabras = 350 págs. aprox.», «2 páginas al día: 175 días» y suspiró. También estaban escritas las palabras *elipsis* y *emoción* .

No se trataba de ambición, es que se veía incapaz de imaginar una historia de 180.000 palabras. Le faltaba seguridad en sí misma y se preguntaba cómo iba a escribir nada si no vivía antes algo que mereciera la pena contar. De momento, Gabriela no tiene nada que contar. Nada que la ayude a completar 350 páginas. Para llenar 350 páginas y 180.000 palabras. Nada.

Pensó que podría dejarlo en manos del destino. Todo dependía de si quien sustituía a Eugenia contaba con ella o no. Sabía que no le costaría en exceso encontrar otro medio de comunicación que quisiera contar con ella, pero los autónomos no pueden olvidarse nunca de que lo son. Y con sutileza se pasan la vida llamando a puertas. En su caso, no a puertas frías, porque sabía que se las abrirían enseguida, pero a sus cuarenta y cuatro años le pesaba tener que hacerlo.

La vida de periodista *freelance* la había escogido ella. Eugenia le ofreció años atrás entrar como editora de *La Femme* , formar parte del equipo humano que se trasladaba a diario al gigantesco y acristalado edificio del paseo de Gràcia. Ser una más de las trescientas cuarenta y cinco personas que cruzaban cada día el detector de metales del edificio antes de llegar a los ascensores que las trasladarían a sus

despachos, a sus mesas. Le ofreció un buen horario, de diez a siete, y con un sueldo superior al que cobraba como *freelance* . Pero Gabriela es una mujer compleja y lo rechazó, aun cuando esa soledad que tanto le pesaba hubiera acabado de inmediato. Agradeció el ofrecimiento y la confianza de Eugenia, pero ella no era una mujer corporativa y le pudo su libertad.

El reloj de su ordenador marca las 7.39 de la mañana. En diez minutos empezará la rutina diaria de esa vida serena por la que camina desde hace veinte años. Despertará a su hijo y a su marido. Desayunarán los tres: Germán padre, café con leche; Germán hijo, ColaCao; ella, su segundo té blanco. Verterán aceite de oliva en el pan de *pagès* que Gabriela compra todos los días en la panadería del puesto 14 del mercado de Santa Caterina. Luego, Germán padre se irá a su empresa; Germán hijo, al parvulario; Gabriela irá a nadar y luego volverá a casa. A su acogedora galería, a escribir. A su querida habitación propia.

Ignora en ese instante que está cerca del final del primer acto de su novela y que hoy, esa misma mañana y tras dejar a su hijito en el parvulario, su vida dará un giro inesperado que la sacará de esa vida plácida, de esa vida serena, de esa vida feliz, ordenada y sin sobresaltos por la que camina desde hace ya demasiado tiempo.

# 3

# Amantes

La Feria del Libro de Londres es uno de los mercados literarios más grandes del mundo. En ella se dan cita, una vez al año, editores europeos, americanos, asiáticos, agentes de derechos y observadores de tendencias de todos los medios de comunicación de los cinco continentes. Durante los tres días que dura, se negocian, se venden y se compran cientos, miles de derechos de novelas, escritas generalmente por personajes solitarios que aguardan en la soledad de sus estudios las buenas nuevas de la feria.

Que una novela destaque entre los 2,2 millones de libros que, según la Organización para las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la UNESCO, se publican en el mundo es prácticamente un milagro.

En el año 2008, una novela corta de ciento veinte páginas de un escritor español desconocido llamado Pablo Hausmann y titulada *La argentina* lo hizo. Hay una explicación algo rocambolesca a por qué los derechos de esa novela breve, publicada por una pequeña editorial independiente unos años atrás, acabaron vendiéndose a treinta y cinco países.

Cada año, la Feria del Libro de Londres escoge un país de los cuatro continentes para impulsarlo al mundo, el invitado de honor lo llaman. Es un escaparate internacional único para la literatura y el negocio editorial de cualquier país. Desde los inicios de la feria en el año 1971, cuando el mercado no era más que un reducido evento que pasaba desapercibido en las salas del Berners Hotel de Oxford Street, España nunca había sido elegida, pero en esa trigésima sexta edición de la feria del libro londinense y en ese 2008 lo fue al fin.

Los editores de todo el país acogieron con júbilo la noticia; las grandes editoriales duplicaron sus novedades; las independientes vieron por primera vez un hueco para sus no menos valiosas joyas, que pocas veces encontraban distribución; los agentes literarios llamaron a sus escritores para espolear sus dedos, sus mentes, sus últimas historias.

La literatura española estaba de celebración.

Durante tres días de ese abril de 2008 acudieron a la feria, para cubrir el evento, un total de diez mil periodistas de todo el mundo. Una de ellas, una periodista treintañera de *La Femme* llamada Gabriela Salinas, con un inglés impecable y muy superior al de Consuelo Garza, la correctora de estilo y crítica literaria de la revista, y quien debería haber cubierto el evento. Consuelo Garza, licenciada en Hispánicas con unas notas brillantes, pero con un triste First Certificate, nunca se lo perdonó. Aún hoy, diez años más tarde, le guarda rencor por ello.

En Londres, Gabriela debía entrevistar a las diez escritoras afortunadas a quienes se había invitado a la capital inglesa, además de a varias escritoras emergentes del resto de Europa. Fue la última en entrar en el acto de inauguración que se celebraba en el número 4 de Sloane Square, entre los aristocráticos distritos de Chelsea y Belgravia, en la sala oval del edificio Elvirano, que albergaba el Instituto Cervantes de Londres. A ella no se le daban bien esos eventos previos a su trabajo, no le gustaban, pero Eugenia la obligó a asistir a todos y cada uno de ellos durante los tres días de feria. Con lo extravertida que era, ni ella misma entendía por qué se sentía incómoda en situaciones laborales como periodista de cultura. No le costaba entablar conversación con desconocidos en ningún lugar, pero en lo laboral se bloqueaba. En esas fiestas llenas de conocidos-desconocidos no acababa de sentirse cómoda, no podía ser ella misma, le faltaba seguridad. Además, era más joven que el resto de los periodistas que trabajaban con ella y eso le creaba aún más inseguridad que la que llevaba de serie. Tenía la sensación de estar buscando temas de conversación para alargar los encuentros de manera artificial. Cierto es que ir sola a la Feria de Londres tampoco ayudaba.

Así que, para no llegar la primera a la fiesta de apertura, prefirió quedarse en el hotel acabando una novela histórica de una de las escritoras que entrevistaría al día siguiente, que giraba en torno a Helena de Troya, personaje célebre de la mitología griega, considerada la primera mujer infiel de la historia y causante de la guerra de Troya. Años más tarde, Gabriela vería una adaptación teatral fascinante, embriagadora: un monólogo sobrecogedor donde la actriz Carmen Machi se ponía en la piel de Helena y que se tituló *Juicio a una zorra* .

Los quinientos invitados ya estaban sentados cuando entró Gabriela. El director de la Feria del Libro, un tipo enjuto y miope llamado Jonathan Burthenshaw, daba el discurso de bienvenida. Junto a él aguardaba Pablo Hausmann, escogido entre los miles de escritores de nuestro país no por su carrera literaria, no por los quinientos ejemplares que en esos momentos había vendido su primera novela *La argentina* , sino por el mismo motivo que Gabriela: su altísimo nivel de

inglés. Pablo Hausmann era un reputado traductor español, prácticamente bilingüe gracias a toda una infancia y adolescencia en el Colegio Americano de Barcelona.

El discurso de Pablo venía pactado de antemano con la ministra de Cultura y su equipo de asesores, aunque ni una ni otros entendían ni papa de inglés (algo curioso que sucedía en España, pensó Gabriela al enterarse: a ella le habían exigido el nivel B para hacer de dependienta doblajerséis en Zara). Así que la escena política española indicó al traductor Pablo Hausmann qué organismos públicos y qué personalidades debía nombrar en forma de agradecimiento durante el discurso, y a partir de ahí le dieron carta blanca para que acabase como creyera oportuno.

Gabriela se sentó en la última fila y escuchó a Hausmann sin prestar excesiva atención a sus palabras. No lo conocía ni lo había visto nunca, y le pareció un tipo educado, inteligente y con un curioso sentido del humor. Aun así, no se fijó de verdad en él hasta el final de su breve discurso. Y no fue tanto por lo que dijo sino por cómo lo dijo. Se volvió hacia el director de la Feria del Libro de Londres y, mirándole a los ojos, con un tono humilde, sensible y profundamente agradecido, dijo:

—*Thank you, Mr. Burthenshaw. Thank you, England, for embracing our literature. We will be eternally grateful.*

Y Gabriela, sin saber muy bien por qué, se conmovió. Le conmovieron esas dieciséis palabras. A ella, seguramente, más que al resto de los presentes. Le gustaban los hombres inteligentes, humildes y con sentido del humor. Le bastó escucharlo quince minutos para saber que era su tipo de hombre.

*

Mientras Pablo estrechaba la mano a Burthenshaw, Gabriela se incorporó, se puso el cárdigan azul marino y la pashmina fucsia, y se disponía a salir del evento cuando vio que José Pizarro, el chef cacereño instalado en Londres, asomaba por una puerta escondida de la sala oval del Cervantes. José Pizarro ya era por aquel entonces un cocinero muy querido en Inglaterra por sus apariciones en los programas culinarios en la BBC, y le habían encargado el catering que se ofreció tras la fiesta de apertura. Gabriela no se quedó porque reconociera al cacereño, sino porque tras él desfilaban camareros con bandejas de jabugo, platillos de idiazábal y botellas de vino blanco, tinto y rosado. No era buena en esos eventos, pero tampoco era idiota. Se volvió a quitar el abrigo, cogió varias tapas y se sentó sola en la misma silla desde donde había escuchado el discurso inaugural para saborear sin prisas el jamón de jabugo, mientras observaba a los invitados. Trató de localizar a las escritoras españolas a las que

entrevistaría al día siguiente y las fue encontrando, todas ellas arropadas por sus agentes literarios y sus editores. Enseguida reconoció a Helena Echevarría, autora del libro sobre Helena de Troya.

Se acabó el jabugo y volvió a abrigarse para salir. Antes de hacerlo, observó el espacio para guardar en su memoria ese edificio Elvirano alquilado por el gobierno español, por si en algún momento decidía tirar de él en sus escritos.

Y en ese instante, cuando parecía que el cóctel literario ya no iba a dar más de sí, empezó una sutil e incomprensible historia de amor entre dos desconocidos. Una historia de amor entre una joven periodista y un desconocido escritor.

Entre Gabriela Salinas y Pablo Hausmann.

Entre Gabriela y Pablo.

Gabriela escrutó por última vez la sala. La fotografió en su mente de derecha a izquierda, pasando por el centro.

Y en el centro del edificio inglés, inesperadamente, encontró la mirada de Pablo clavada en ella. Incomprensiblemente, el corazón de Gabriela palpitó y el tiempo se detuvo un segundo, antes de que Pablo apartara su mirada.

Al día siguiente temprano, Gabriela se dirigió al recinto ferial Ears Court, donde se había habilitado un *stand* de cien metros para la literatura española, y donde Eugenia había reservado un espacio para las entrevistas que debía realizar ella. Helena Echevarría la esperaba sentada y, al verla, Gabriela se sintió insegura. Tuvo miedo de no estar a la altura.

Quizá debería haber venido Consuelo Garza y no ella, pensó. Esa rata de biblioteca seguro que sería capaz de formular preguntas más interesantes. Gabriela se había preparado la entrevista minuciosamente; por supuesto, había leído las quinientas páginas de la novela, subrayando pasajes enteros para poder preguntar con rigor.

Helena le estrechó la mano sin levantarse.

—Muchas gracias por la entrevista, señorita —le dijo con mirada bondadosa.

Fue un honor entrevistar a esa mujer inteligentísima que a sus setenta y siete años tenía una memoria privilegiada. La escritora le confesó cuál fue el motor que la impulsó a escribir sobre ese personaje maldito de la mitología griega: solo hombres habían escrito sobre Helena de Troya, y ella quiso hacer justicia a esta mujer, vilipendiada siempre por venerables varones por haber abandonado a su marido por el hombre a quien amaba y verse juzgada como causante de la guerra que enfrentó a Troya y Esparta.

—Habría que revisar quién escribe la historia, jovencita —afirmó.

A Gabriela, más que la novela de la autora, le fascinó su capacidad

de trabajo. Para documentarse había leído innumerables ensayos históricos y de mitología de todos los tiempos. Hasta diez años estuvo investigando en su obsesión, antes de enseñarle al mundo su versión de los hechos.

—¿Diez años? —repitió Gabriela casi en un susurro.

—Sí. Todo tiene un precio.

Helena Echevarría sonrió al acabar y le agradeció que se hubiera leído la novela —«la mayoría de los periodistas no tienen tiempo»—. Con la hipersensibilidad que la caracterizaba, al notar las palmaditas en la rodilla que le daba la escritora mientras le decía «ha sido una entrevista excelente», Gabriela no pudo evitar que sus ojos se humedecieran.

*

Eugenia había pedido a Déborah Díaz, jefa de producción de *La Femme* , que buscara una fotógrafa en Londres para retratar a las escritoras que habían acudido al evento. Quería una foto conjunta para la portada de esa semana.

Sin embargo, y por lo que sabía Gabriela, los equipos de producción de revistas —los de eventos, publicidad y cine— siempre tienen demasiado trabajo encima de la mesa y poco dinero para solventarlo. Se pasan horas mirando sus hojas de Excel y encajando y moviendo partidas y presupuestos, de modo que, intentando ayudar y saltándose a Déborah, llamó a Silvia, la ilustradora y fotógrafa madrileña cuyas fotos la habían enamorado en el mercado de arte de Poblenou cuando se conocieron un año atrás y con quien había mantenido el contacto después de ese encuentro inicial.

Tardaron segundos en intimar después del primer café que se tomaron en la Rambla, al que quiso invitarla Silvia cuando Gabriela pasó por su tienda a recoger la foto ya enmarcada. Qué rápidas somos las mujeres contando nuestras vidas. Hablaron de sus profesiones todavía pendientes de un hilo, de la soledad que sentía Silvia en Barcelona. A veces le costaba ese carácter algo más retraído que notaba en los del norte. Hablaron de sus maridos: de Germán y de Salva.

«Si puedo te echo un cable, Silvia —se había despedido Gabriela aquel día—. En la redacción contratan a fotógrafas *freelance* . Quedemos otro día.»

Gabriela era mujer de palabra y, aunque tardó en llamar, llamó.

—Silvia, es una sesión, un solo día. Van a contactar con una fotógrafa en Londres, pero si quieres lo intento. Te pagarán trescientos euros en total, el vuelo no lo cubren, claro, pero...

—Voy. Voy yo. Claro que voy yo —contestó Silvia entusiasmada—. Me da igual tener que pagar el vuelo.

—¿Seguro?

—Es una oportunidad, no la voy a dejar pasar.

—Si no podemos hacerlo en el día y no tienes dónde quedarte en Londres..., a mí me ponen hotel. —Gabriela era a veces excesivamente solícita.

Se hizo un silencio entre las dos.

—Muchas gracias, Gabriela. ¿Sabes, amiga nueva? Todo vuelve en esta vida. Todo vuelve.

Algo inquieta con esa apuesta por la fotógrafa madrileña, Gabriela mostró el *book* de fotos de Silvia a Eugenia, y aceptó. Así que Silvia se pagó el vuelo y se plantó en Londres.

Decidió hacer la sesión de fotos bajo el emblemático y colorido puente de Camden Lock. A Gabriela le descolocó la localización que había escogido su amiga madrileña: una simple foto entre los bloques de hormigón del recinto ferial y donde se realizaron las entrevistas bastaba, pero era la primera oportunidad de Silvia, y no se iba a conformar con cualquier foto. Ya que no iba a ganar un euro, por lo menos quería trasgredir, impactar, intentar buscar la belleza y la perfección en ese instante en que retrataba a diez intelectuales españolas de las que nunca había oído hablar. Estudió los rostros de cada una de ellas antes de que se las presentaran. Buscó el encuadre perfecto, miró el parte meteorológico para estudiar la luz que se derramaba en Camden en abril. Lo estudió toda la semana, mientras se debatía entre un zoom 70-200 o un 400 f2.8. Un 200 era suficiente y se quedó con el 200 y la Canon EOS 1Ds Mark III.

Solo que Deborah Díaz puso el grito en el cielo.

—¡Citarlas en Camden supone llamar a las escritoras o a sus agentes y darles las indicaciones precisas de cómo llegar! —Miró su Excel—. ¡Un email o una llamada a cada una! Y luego que si cubrimos los desplazamientos, que si les pagamos los taxis... Tengo demasiado trabajo, Gabriela, y no hay presupuesto. Le dices a tu amiga fotógrafa que las cito a todas en el hall del hotel a las diez de la mañana, ¿eh? Y si os las queréis llevar a Camden o a donde os dé la gana, os apañáis tú y tu amiguita madrileña para llevarlas sin que eso le suponga a la revista ni un céntimo más de lo fijado en la partida presupuestaria.

Así que allí estaban Gabriela y Silvia a las diez menos cuarto en el vestíbulo del Georgian House Hotel, en St. George's Drive, esperando a las diez escritoras.

—La he liado, ¿no? —preguntó Silvia.

—Un poco. —Gabriela se rio—. ¿Pagamos los taxis a medias?

—¿Cuántos tenemos que coger?

—¿Cuatro?

Silvia no tenía dinero para cuatro.

—Ya lo pago yo.

Quince minutos más tarde se plantaban en el bohemio y pintoresco barrio de Camden Town.

Silvia las colocó a todas sobre el puente de Camden Lock, frente a las casitas de color amarillo, azul cielo y naranja, tan emblemáticas del barrio.

—Bajo a la calle. Y tú me las mueves como yo te diga —le dijo a Gabriela.

Estaba a unos quince metros del puente. Encontró el encuadre y fue indicándole a Gabriela con señas cómo situarlas. Midió la luz con el fotómetro de mano. Abrió el diafragma de la óptica desenfocando el fondo. Hizo un gesto a Gabriela para que las mantuviera prevenidas. La hizo salir del plano y presionó el disparador.

Disparó treinta veces.

La primera fue la buena.

Dos días después, esa foto ocupaba la portada de la revista. En su interior, un artículo con la firma de Gabriela y un titular que le había llevado horas encontrar. Un titular que descubrió al fin inspirándose en el cierre de Pablo Hausmann en el Cervantes. Se lo robó, moldeándolo y dándole forma para encajar en una revista pensada para mujeres. Y así fue como el segundo número de abril de 2008 abrió con una imagen perfecta de diez escritoras sobre el puente de Camden Lock y debajo cinco palabras:

«Londres abraza la literatura femenina».

*

La última noche de feria, Gabriela y Silvia salieron a buscar la noche londinense.

Empezaron tomando cervezas en un antro decadente y casi desierto donde un nostálgico DJ que pasaba de los cincuenta pinchaba música de los Sex Pistols y los Ramones. Salieron de allí con dos irlandeses treintañeros y terminaron todos bailando en la tarima de la emblemática discoteca londinense Ministry of Sound. A altas horas de la noche, Gabriela pidió *Candy* , de Iggy Pop, y junto a Silvia bailaron seductoras, borrachas, lascivas, la una con la otra, mientras los pacientes irlandeses soñaban con un final feliz que no tendrían. Pobres infelices.

Qué divertida la vida a esa edad. Qué divertida. Cómo se echa de menos con el paso de los años.

A las cinco de la mañana salieron del Ministry of Sound, corriendo y sin despedirse de los irlandeses, hacia el taxi que esperaba en el 103 del Gaunt Street a la salida de la discoteca. Volvían gastándose los cuarenta euros que le sobraban a Silvia del sueldo que le pagarían por la fotografía. Llegaron al mamotreto de hormigón bautizado como Premier Inn Gatwick Hotel. Gabriela se quitó los pantalones y, en

braguitas, se metió muy ebria en la cama mientras Silvia iba de acá para allá cambiándose de ropa, porque tenía que coger un avión al cabo de dos horas. Ya iba a salir de puntillas cuando se quedó observando a su amiga catalana, que había caído rendida al instante.

Deslizó la mano derecha sobre un mechón de pelo que le caía a Gabriela por la cara. Se lo puso detrás de la oreja. Le acarició la mejilla. Y otra vez surgió esa preciosa y sutil debilidad por las mujeres bonitas que Silvia siempre se negaba a sí misma. Sabiendo que Gabriela dormía y quizá, también, por la cantidad de alcohol en sus venas, antes de salir acercó su boca a la boca de ella y, suavemente, besó la piel de sus labios.

*

Silvia había cogido el vuelo más económico, que salía a las siete y media de la mañana del aeropuerto de Luton. Gabriela salía a las cinco de la tarde desde Heathrow.

A Gabriela le gustaban los aeropuertos, esa sensación de que el mundo es pequeño y puedes fugarte a cualquier rincón del planeta y ser otra persona.

Cuando Gabriela llegó a la puerta de embarque, los pasajeros ya hacían cola frente al mostrador de British Airways. Se sentó a esperar, abrió la novela que llevaba en la mochila y se puso a leer.

Inesperadamente notó una energía que llegaba hasta ella. Levantó la mirada y encontró a Pablo Hausmann observándola desde la cola de pasajeros. Le palpitó el corazón. Otra vez él apartó la mirada primero.

Gabriela fue la última pasajera en entrar en el avión.

Intentó no mirarlo, pero su inconsciente la obligó.

Y sus miradas se encontraron un segundo, de nuevo.

Aterrizaron en Barcelona dos horas y veinte minutos más tarde, y caminaron con sus maletas de mano por la terminal B del aeropuerto de El Prat; Pablo delante y a unos escasos tres metros de Gabriela, que iba observando cada paso que él daba. Era muy alto: su marido, Germán, medía 1,88; Pablo debía de pasar el 1,90. A Gabriela le gustan los hombres altos.

Salieron al hall de llegadas y ambos vieron a sus parejas. El destino quiso que la mujer de Pablo y el marido de Gabriela estuvieran a un metro el uno del otro. Germán sujetaba la Fender dentro de una funda negra, porque se negaba a dejarla en el Volvo. Preferiría que le robaran el Volvo que la guitarra.

Gabriela se dirigió a su marido y lo abrazó; él pasó un brazo sobre los hombros de ella y la besó en la boca, mientras a dos metros una voz femenina hablaba con acento argentino:

—Te extrañé mucho, gordo.

La argentina cogió a Pablo de la mano y caminaron hacia la salida

de la terminal, con Gabriela y Germán pisándoles los talones en la misma dirección: cada uno a por su coche en el parking.

Gabriela tuvo tiempo de radiografiar a la mujer de Pablo: la argentina era una mujer bonita, delgada, quizá unos años mayor que ella, pero no muchos, cuatro o cinco. Desprendía dulzura. Pensó que las dos tenían cierto parecido físico, incluso un corte de pelo similar, como si fueran dos versiones de un mismo patrón femenino.

Todo eso —y por esa teoría de que las mujeres podemos mantener y escuchar varias conversaciones a la vez— sucedía mientras Germán intentaba persuadirla para ir a una *jam session* de blues que se había organizado en el JazzSí Club esa misma noche. De ahí la guitarra en el aeropuerto.

—Han sido tres días intensos, Germán... Quiero ir a casa.

—Una hora... Bueno, si no quieres, lo entiendo.

—Ve tú.

—No, yo solo no voy.

Gabriela sabía que no iría sin ella. Luego no le hacía ni caso en esas *jam sessions* que frecuentaban, pero necesitaba tenerla allí, sentada en un taburete y acodada en la barra con una copa de vino blanco. Ella sabía de la ilusión de esos pequeños encuentros musicales improvisados que Germán se preparaba meticulosamente, y sabía que esa semana, habiendo estado solo, habría ensayado. «A las *jams* se va preparado», le decía Germán.

Al final ella aceptó, a pesar de haber dormido unas escasas cuatro horas esa noche, y a pesar de que empezaba a tener esos dolores menstruales que la demolían cada mes. Germán la besó en la mejilla agradecido, y ella rodeó con un brazo la cintura de su marido.

Vio a Pablo y a la argentina meterse en un coche y le dio tiempo a pensar, quizá por la altura, quizá por la timidez con la que sintió que la miraba, que Pablo y Germán también podrían ser dos versiones de un mismo patrón masculino.

Gabriela no supo nada más de Pablo hasta pasados tres meses. Fue durante una calurosa mañana del mes de julio, cuando se disponía a buscar una novela veraniega que la acompañase en la playa.

Entró en La Central de la calle Elisabets; podía pasarse horas en esa preciosa librería del centro de Barcelona. Allí estuvo leyendo las sinopsis y la primera página de cada cubierta que atraía su atención, hasta que tropezó con *La argentina* , de Pablo Hausmann. La faja rezaba: «Una deliciosa novela que ha triunfado en la Feria del Libro de Londres».

La retuvo entre sus manos. En la solapa había una pequeña foto del autor, acompañada de su biografía.

Algo excitada, y con un latido en el corazón, la compró.

Y así cometió su primer acto de infidelidad la protagonista de esta

historia: comprando una novela breve en una acogedora librería del barrio del Raval.

Si contamos los dos latidos previos de su corazón, entonces sería el tercero.

*

—¿Qué lees?

Gabriela bajó el libro de Pablo que tenía entre las manos y miró a Germán algo inquieta, casi como si estuviera haciendo algo malo.

—Una novela corta. Para pasar el rato.

—¿Está bien?

—Psst, normalita —mintió.

Le faltaban pocas páginas para acabar *La argentina* y estaba completamente entregada. Se trataba de una novela que plasmaba las peripecias de un tímido joven de dieciséis años enamorado de una actriz porno argentina que le doblaba la edad; un libro precioso que desprendía una ternura infinita a medio camino entre la novela de iniciación y la *road movie* . En sus escasas ciento veinte páginas, Pablo Hausmann lograba hacerte reír, lograba hacerte llorar y lograba que al acabar quisieras abrazar a su joven protagonista y decirle: «Ven, ven, ven a mis brazos, que esto del sexo no es tan fácil... Ya te enseño yo».

El protagonista era un hombre muy parecido físicamente a Pablo, pero con veinte años menos. Su claro *alter ego* , pensó Gabriela.

—Cuando acabes, me la dejas —le dijo Germán.

Gabriela asintió y volvió su mirada hacia el libro, pensando en lo raro que sería ver a Germán leyendo la novela de ese hombre a quien había deseado unos segundos de su vida. De todos modos, sabía que Germán no pasaría de la segunda página; en Boston ambos sucumbieron a Paul Auster y, a partir de ahí, no volvieron a coincidir. Él era de ciencia ficción, a veces novela negra, y ese año había descubierto a un ingeniero reconvertido en escritor, un tipo algo siniestro llamado Michel Houellebecq.

—No quiero ir a Formentera.

—Ya, Germán. Es que tú nunca quieres ir a ningún lado. Si fuera por ti, no nos movíamos de Barcelona en todo el verano.

El plan había surgido durante la noche de juerga con Silvia en Londres: por lo visto Salva tenía allí una casa de sus padres, que iban a vender en septiembre porque les hacía falta el dinero, y Silvia le propuso a su nueva amiga que Germán y ella fuesen a pasar allí unos días con ellos en agosto.

—Te dije de alquilar una casa en la Cerdanya —insistió Germán.

—Es que hace frío. En la Cerdanya en verano hace frío, y a mí me gusta el calor, el mar, la playa.

Germán se metió en la cama y apagó la luz de su mesita de noche.

—Gabi —repitió—, ve tú. Yo no voy a ir.

Germán cerró los ojos y, con esa habilidad que tenía para conciliar el sueño, en cuestión de segundos se durmió.

Gabriela ignoró la negativa de su marido y volvió a las tres últimas páginas de la novela de Pablo. Llegó al último párrafo. A la última frase. A la última palabra. Cerró el libro y lo abrazó, enamorada de su personaje principal. Acarició la cubierta. Siempre le costaba despedirse de los personajes de las novelas que leía. De ese *alter ego* de Pablo Hausmann todavía más.

Esa noche durmió a un lado con su marido y sobre su pecho con Pablo.

*

Por fin 1 de agosto de 2008. Por fin Formentera.

Gabriela, feliz, bajó del ferri junto a Germán. Frente a un Méhari naranja, los esperaban Silvia y Salva. Sus parejas no se conocían, a pesar de que ellas habían ido afianzando cada vez más su amistad. A partir de la foto de Camden y esa noche de descontrol por los garitos de Londres, Gabriela y Silvia fueron un tándem. Eugenia quiso que lo fueran: las enviaba juntas a todas las entrevistas, y desde abril habían entrevistado a multitud de mujeres de diferentes disciplinas artísticas: compositoras, directoras, pintoras, actrices... Y antes de irse a Formentera, en la sede de la calle Nou de la Rambla de Médicos Sin Fronteras, a una ginecóloga recién llegada de Etiopía con su hijita adoptada: Marina Vega.

Ambas hicieron la veloz radiografía femenina a los respectivos. Salva iba con una camiseta blanca y un pareo estampado de cenefas naranja y verde atado a la cintura. Unas chanclas hawaianas ayudaban a sus andares parsimoniosos.

Germán, muy digno él, vestía de negro: polo negro desgastado, vaqueros oscuros, New Balance negras con el logo en gris sobre un calcetín negro. Era un tipo que vestía de oscuro, hiciera sol, lloviera o nevara. Visitara Formentera o Finlandia. Polo negro. 38 grados a la sombra. «Hostia, Germán —le había dicho Gabriela al verlo salir del dormitorio, unos minutos antes de ir hacia el puerto—, pero ponte un polo de otro color, que te vas a asar. Y un short mejor, ¿no?» «Gabi, déjame en paz.»

Cogieron la única carretera de la isla, que atravesaba los diecinueve kilómetros de tierra que la formaban. En el asiento trasero, Gabriela cogía la mano de Germán mientras parloteaba con su amiga Silvia, sentada de copiloto.

A los cinco minutos se desviaron por un caminito de tierra flanqueado por campos de olivos, y Gabriela observó a lo lejos una pequeña mancha blanca en el paisaje: la casita tradicional balear

donde se hospedarían toda la semana. Esa casita, ese lugar que poseía una belleza natural, a Gabriela la embriagó.

Abrieron maletas, sacaron bañadores, vuelta al coche y a Ses Illetes.

—Gabi, que haya un chiringuito. No me metas en un secarral, que yo en la playa no me tumbo —le dijo Germán poniéndose el bañador.

—Vale.

Besó la boca de su marido.

Salieron.

Salva era un tipo de planes, un tipo que lo tiene todo organizado siempre.

De diez a una, baño en Ses Illetes.

A las dos, paella en el restaurante del Cap de Barbaria.

A las siete, al faro de la Mola.

Y por la noche unos *dancings* en el Blue Bar.

Eso es lo que había planeado Salva para los invitados toda la semana: playa, paella, *dancings* , playa, paella, *dancings* , playa, paella, *dancings* .

Lo que hace todo el mundo en Formentera.

Esa primera mañana el plan era ir a las playas del norte, al parque natural de Ses Illetes.

—No hay servicios, pero es que os va a encantar —dijo Salva a Gabriela.

Germán ya hizo un sutil movimiento de ceja. Diez años de relación con Gabriela. Se reconocían el uno al otro cada movimiento facial.

—¿Qué quieres que haga, mi amor? Yo se lo he dicho, pero lo tiene todo tan organizado... Es que me sabe mal.

Si el paraíso existe en algún lugar del mundo, pensó Gabriela al llegar y notar entre los pies la suave arena blanca y ver el mar cristalino, debía de ser un lugar como ese.

Por las playas de Formentera se camina desnudo, y así lo hicieron. Germán no. Germán se quedó con su bañador azul marino del Decathlon con la goma dada y del año anterior. Por seguir con el estilismo que llevó Germán a la playa, llegó con las New Balance y calcetines negros. No era de chanclas, ni de bañarse desnudo con el rabo colgando.

Se metieron en el mar. Germán salió el primero; le siguió Salva, que por su otitis crónica no se la jugaba en exceso.

—Mola esta playa, ¿eh, tío? —le dijo Salva a Germán.

—Sí. No está mal —contestó Germán, seco, buscando un trozo de sombra que no encontraría.

Ellas se pusieron las gafas de natación y nadaron durante una deliciosa media hora. Descansaron con las gafas bajadas hasta el cuello y volvieron con brazadas. Hablando de todo y hablando de nada. A tres metros de la orilla pararon y siguieron hablando y

hablando hasta que sus cuerpos arrugaditos pidieron salir.

Así pasaron cuatro días maravillosos. Es verdad que Germán iba a remolque y andaba algo más callado que de costumbre. Y Salva, solícito, simpático, cocinaba más paellas de lo normal y organizaba planes sin parar, por complacer solamente. Las dos amigas hablando daba igual dónde, cuándo, cómo o de qué. Pero siempre hablando.

Pero ese cuarto día, el sol apretó hasta los 39 grados y Germán, aunque había disimulado bien por su mujer, había cubierto el cupo. ¿Por qué se había dejado convencer? Él no quería hacer ese viaje. Y, si lo piensa, nunca dijo que sí. Se encontró con dos billetes de ferri encima de la mesilla de noche de su apartamento en Barcelona.

Esa cuarta mañana, a las ocho menos cuarto, a Germán le despertó el sudor. Estaba sediento. Salió del dormitorio intentando no hacer ruido, entró en la cocina, llenó un vaso de agua del grifo y se dirigió a la pérgola del jardín para sentarse a la sombra de una enorme y rosa buganvilla cuyos troncos centenarios y sus hojas se enredaban en una parra. Observó el paisaje. Su belleza era innegable. Ese mismo lugar en el mes de diciembre —con sus escasos diez mil habitantes, a diez grados y sus fascinantes rachas de viento que superaban los cien kilómetros por hora—, seguramente, ese trozo de tierra salvaje le hubiera gustado. Pero en esos momentos, y mientras se secaba el sudor de la frente y pensaba en los cuatro días que le quedaban allí, solo quería escapar.

Gabriela apareció con su camisón de algodón de tirantes, se sentó en su regazo y le besó en la boca.

—¿Nos vamos ya de aquí? —le rogó Germán—. Por favor, Gabi.

—Si quedan cuatro noches, Germán...

—Es que no soporto el puto calor este. Me voy yo y tú te quedas —le dijo sincero—. Decimos que he tenido un imprevisto en el curro… De verdad, si yo feliz de que te quedes —siguió cariñoso sin alzar la voz e intentando buscar una complicidad que sabía que no encontraría —. Gabi, es que... estoy hasta la polla del calor, hasta la polla de la playa, me sale paella por las orejas y, qué quieres que te diga, hasta la polla de los putos *dancings* .

Gabriela estalló en una carcajada al rememorar a su marido la noche anterior, acodado en la barra del Blue Bar con un gin-tónic mientras ella le bailaba sensual en la arena con el *Café de Flore* , de DJ Rockit. «Vaa, Germán..., baila un poco conmigo... pero si es imposible no bailar esa canción», le había insistido cariñosa.

Gabriela era un camaleón. Ella disfrutó igual, el mes anterior, acompañándolo a un concierto de rock duro en el Razzmatazz... Germán estaba lejos de serlo.

—¿No te apetece ir a Espalmador? —preguntó a su marido.

El día anterior, por la entrada del viento, Salva había augurado que

la marea estaría baja y les explicó a Silvia y Gabriela que podrían caminar hasta una islita dentro de la propia isla llamada Espalmador. Para ello, Salva habló de los cuatro puntos cardinales; de los vientos de levante, los del este, que hacían mejor los baños en las playas del oeste; de la tramontana y el garbí. Hizo una demostración de sus conocimientos en náutica que a Germán le parecieron ridículos y, además, erróneos. Pero, evidentemente, calló.

Germán no tuvo tiempo de contestar a su pregunta.

—¡Buenos días! —los cortó el alegre Salva desde el umbral de la puerta.

Germán y Gabriela se volvieron hacia él. Estaba disfrazado con unas mallas de licra ajustadas de atletismo que le llegaban hasta las rodillas y le marcaban los huevos. Tenía un aspecto ridículo, excesivamente preparado. Perfecto. ¿No bastaba con una camiseta y un pantalón corto que no te marcara el paquete, amigo?

—¡Me voy a correr! —dijo Salva—. Me lo pide el cuerpo. ¿No os importa?

—No, Salva, no. Qué nos va a importar... ¿Adónde vas? —preguntó Gabriela.

—Hago la misma ruta que la media maratón esta que se organiza este año en la isla. Así entreno. Hoy haré de Sant Ferran a La Savina —contestó Salva orgulloso.

—Ah, qué bien. Qué bonita ruta. —Sonrió Gabriela, que seguía sentada en el regazo de su marido.

—No tienes ni idea de dónde está Sant Ferran ni La Savina —disparó Germán.

Gabriela sabía que Germán estaba siendo hiriente, porque ella no tenía orientación ninguna, además de que era incapaz de memorizar nombres de calles ni números. Preguntaba para darle conversación a Salva, nada más. Ignoró a su marido.

—¿Cuándo es la maratón?

—En octubre. Es el primer año que se organiza. Veintiún kilómetros. Empieza en el faro de la Mola y acaba en el puerto. —Salva volvió la mirada a Germán, y este sonrió educado, sin mostrar excesivo interés por el evento.

Germán no hacía más deporte que caminar de casa al trabajo y del trabajo a casa. Lo que no esperaba era la proposición que estaba por venir del ingenuo de Salva:

—Germán, tío. Mola. Mola mucho. Y es relativamente sencilla. Oye, ahora que pienso: tengo el equipo de atletismo de mi hermano dentro. Es un poco más bajo que tú, pero te irá bien. ¿Quieres venirte?

Una sonora carcajada salió inesperadamente de la boca de Gabriela. No pudo evitarla. No pudo. Imaginarse al desgarbao de su marido, que no había hecho deporte en su vida, con esas mallas de licra

apretándole los huevos y corriendo entre Méharis... No. No pudo evitar la carcajada.

Salva miró extrañado a esa nueva amiga de su mujer. ¿Qué gracia podía tener ese ofrecimiento? A pesar de todo, Salva insistió:

—¿Te lo saco?

Entonces, la risa de Gabriela se multiplicó y empezaron a caerle las lágrimas.

Germán sabía perfectamente por qué se reía su mujer, pero Salva no. Era algo limitado.

Germán volvió la mirada hacia Gabriela.

Ella vio la cara de su marido. Seria. Demasiado seria.

Como lo conocía, intentó contener la risa.

—Está en el armario, tío. No tengo prisa, te espero —insistió solícito Salva.

Y Gabriela, que había conseguido contenerse, estalló otra vez.

—¿De qué te ríes? —preguntó áspero Germán.

Salva, que era ingenuo, pero no idiota, presintió una discusión de pareja y zanjó el tema.

—Voy tirando. Si te animas, las mallas están en el armario de la entrada. —Luego salió raudo del meollo.

Gabriela intentó contener la risa, pero no pudo.

—¿De qué te ríes? —insistió Germán.

—De nada, Germán. Que me ha hecho gracia —le contestó cariñosa Gabriela.

—Pero ¿por qué te ríes? —repitió serio clavándole la mirada.

—Ya sabes por qué me río. Me ha hecho gracia imaginarte corriendo con el traje ese.

No era solo reírse de él, porque en otro contexto hasta Germán hubiera bromeado al respecto. Aunque poco. Muy pocas veces podía reírse de sí mismo. Pero se le juntó todo: no quería estar en ese lugar, con esa pareja que no le interesaba nada y un calor insoportable. No quería estar en Formentera.

Gabriela intentaba dejar de reírse, pero le venía la imagen de Germán embutido en licra y no había manera de pararlo. Era propensa a los ataques de risa sin sentido.

Y entonces, algo agresivo, la empujó para obligarla a levantarse de su regazo.

—Eres una estúpida, Gabi —disparó con ira.

A Gabriela se le cortó la risa en seco.

Claro.

Eso lo sabía hacer Germán: desarmarla en un segundo, sin levantar la voz. Con una frase hiriente en su tono sibilino. Ya habían tenido algún episodio similar; podía herirla en cuestión de segundos si quería.

Gabriela se volvió hacia él.

—¿Qué me has llamado?

Él no la miró.

—No me insultes, Germán —siguió dura—. No me vuelvas a insultar.

*

Las cuatro noches que les quedaban en Formentera fueron incómodas. Muy incómodas. Gabriela le había dicho que se fuera si eso era lo que quería, pero como se sentía mal por haberla llamado estúpida, él decidió quedarse, porque sabía que Gabriela quería que se quedara.

—Da igual, Gabi, ya me quedo.

—Que no. Que te vayas.

—Me quedo.

—Vete, Germán.

Y se quedó. Pero, a pesar de que se quedó, Germán jugó al silencio. El silencio, incomprensiblemente, tan manipulador.

Salva no se dio cuenta de nada. Silvia, sin embargo, sí notó la energía de esa pareja, en algún lugar extraño, que en ciertos momentos le pareció hostil. Además, aunque se lo negó Gabriela, le había parecido oír a Germán llamarla estúpida.

—¿Me dejas llevarme a tu mujer al mar? —le preguntó Silvia a Germán, que estaba sentado bajo el porche sumergido en las páginas de *La posibilidad de una isla* , otra novela del siniestro francés que tanto le gustaba.

Germán levantó la mirada del libro, sonrió levemente y, sin pronunciar palabra, asintió. Era un tipo elegante y, además, su mujer era libre de hacer lo que quisiera. Eso lo sabían él y ella.

—Puedes venirte si quieres —le dijo Silvia sincera, sabiendo la negativa que seguiría a sus palabras.

—Un poco de soledad me vendrá bien —contestó Germán amable antes de regresar a Houellebecq.

Gabriela ni lo miró. Ni se despidió. Se subió al Méhari de su amiga y dejó que la llevara a donde ella quisiera. Le daba igual. Silvia, que no quería entrar con un «¿qué ha pasao?», desvió el tema:

—Me acabé ayer por la noche la novela de Pablo Hausmann. Me ha encantado.

Silvia la había llamado a Barcelona pocas horas antes de ir al puerto para pedirle que le trajese alguna novela a Formentera, y Gabriela no dudó en meter en la maleta *La argentina* . Nada le gustaba más que compartir opiniones literarias con sus amigas. Pero mientras Silvia elogiaba al escritor, Gabriela tenía la mirada perdida en esa isla cálida que a ella la embriagaba y que su marido, en esos momentos,

detestaba.

Dolida, entrelazaba las manos con el viento intentando olvidarse de la hostilidad de Germán, del carácter de su marido. Pasaron unos segundos antes de que contestara.

—Lo conocí —dijo Gabriela sin darle excesiva importancia y sin volver la mirada hacia ella.

—¿A quién?

—Al escritor.

—¿A Pablo Hausmann?

Gabriela asintió mientras recogía su pelo alborotado por el viento en una coleta.

—Bueno. En realidad, no lo conocí. En la Feria del Libro de Londres. Dos días antes de que llegaras, me crucé con él en la fiesta de apertura.

—¿Cómo que te cruzaste con él?

—Sí. Me crucé con él y me miró —dijo de nuevo sin ningún énfasis y aún sin volver la mirada hacia Silvia.

—¿Qué quieres decir con que te miró?

Gabriela se encogió de hombros.

—Pues... —titubeó—, que me miró.

—Pero te miró — enfatizó Silvia—. Te miró ¿cómo?

Gabriela tardó unos segundos en contestar, recordando ese segundo en el Instituto Cervantes de Londres en el que Pablo Hausmann clavó su mirada en ella.

—No sé. Me miró. Yo también lo miré... Nos miramos.

—Ay, Gabi —dijo Silvia—. ¿Quieres dejar de ser tan críptica?

—Es que no hay nada que contar. Nos miramos. Nos aguantamos la mirada. Es un tipo atractivo... Me gustó.

—¿Qué te gustó?

—Me gustó él cuando lo escuché y... supongo que me gustó que me mirara. De los cientos de mujeres que había en el Cervantes, me gustó que se fijara en mí —siguió Gabriela.

—Pero... ¿pasó algo?

—No. Nada. Solo nos miramos —insistió Gabriela.

—¿Alguna palabra?

—No. Ninguna palabra.

—Pablo Hausmann, escritor de esta preciosa novela, te miró.

Gabriela asintió y, quizá por las palabras hirientes que su marido había tenido con ella, volvió la mirada hacia su amiga y, con cierta rabia, acabó:

—Sí. Es más: no solo me gustó que me mirara, me encantó.

Enrojeció al tomar conciencia de sus palabras y se cubrió el rostro con las manos; se masajeó en círculos las sienes unos segundos y suspiró.

Una amiga sabe cuándo debe callar, y Silvia calló. Gabriela necesitaba un tiempo para olvidarse del mal trago que le había hecho pasar su marido esa mañana.

Silvia pensó en Salva mientras se desviaba por la carretera para entrar en Sant Francesc. Salva era un tipo alegre, social, algo simplón, fácil; su trabajo, su deporte, la raqueta de tenis, su coche, sus amigos y su mujer. Punto final. No había leído un libro en su vida más que la biografía de Andrea Agassi, y ya hemos contado las carentes habilidades de alcoba.

No.

Ella no se hubiera enamorado nunca de un hombre tan introvertido como Germán. Un hombre que probablemente tenía un coeficiente intelectual tres veces superior al de su marido y que debía de ganar esas tres veces más. No, nunca se habría enamorado de un hombre como Germán. Seguro que no.

Aparcó en la avenida de Portossaler y fueron a un quiosquito que regentaba una vieja y gruñona formenterana a comprar *La Femme* . Ese sábado se publicaba la entrevista que habían hecho a la cooperante de Médicos Sin Fronteras, Marina Vega.

Quince minutos después, Silvia volvió a aparcar, esta vez cerca de una tranquila playa de arena blanca próxima al parque natural de Ses Salines.

Cogieron sus capazos de mimbre con el agua, la fruta y *La Femme* y anduvieron por la orilla. Eran apenas las diez de la mañana. Solas y desoyendo los carteles que rezaban sobre las peligrosas corrientes marinas cruzaron a la islita de Espalmador y, confiando en las predicciones de Salva, caminaron hasta la playa de Racó de S'Alga.

Dejaron los capazos de mimbre en la arena, se quitaron los coloridos pareos en los que iban envueltas y los extendieron al sol. Fuera biquinis. Silvia corrió como una niña hacia el mar cristalino mientras Gabriela aguardaba unos segundos de pie, completamente desnuda. Cerró los ojos y se concentró en el sol que se desparramaba por su cuerpo. Primero notó los rayos en su rostro, luego en su vientre, en el pubis y en sus piernas. Placer. Esa isla serena la llenaba de paz. De deseo hacia la vida.

Respiró tranquila unos segundos y abrió los ojos dejando que el paisaje invadiera su alma. Caminó lenta hacia la arena. Bajó la mirada hacia las olitas del mar y jugó con ellas antes de meterse en el agua. Cuando sus brazos se sumergieron, nadó mar adentro. Quince minutos sin parar. Sin pensar. Escuchando su respiración. Intentando que ese disgusto, ese empujón, esas palabras hirientes de su marido se fueran de sus pensamientos.

Inspira. Espira. Inspira. Espira. Inspira. Espira.

Cuando tomó conciencia, se detuvo y miró hacia la orilla. Estaba

lejos, calculó quinientos metros. Quizá demasiado lejos. No le daba miedo el mar, había nadado con su madre en las playas de Tarragona toda su infancia: su madre se ponía unas aletas y se metía mar adentro hasta que, a veces, ella y su padrastro dejaban de verla. A los cinco años Gabriela ya tuvo sus primeras aletas, y su madre le transmitió siempre seguridad en el mar. Miró hacia la orilla y le pareció ver a Silvia y a sus senos dando nerviosos brincos con las manos en alto, cruzándolas como si quisiera llamarla. Se rio. Quizá sí que estaba demasiado lejos. Nadó a crol de vuelta, a la vez que observaba los peces que la acompañaban. Muchas salpas, una solitaria barracuda, estrellas de mar rojas.

Se detuvo a cincuenta metros de la playa, le hizo un signo a Silvia de que estaba bien y que podía tumbarse tranquila, y ella se quedó allí, observando el Edén.

¿Cómo podía no gustarle ese paraíso a Germán?

De nuevo él agolpó su mente. Su marido siempre ganaba las pocas batallas dialécticas que tenían. Jamás levantaba la voz, pero sabía cuándo lanzar una mirada de desprecio o dos palabras hirientes para hacerla callar. Gabriela sabía que solo lo hacía cuando se sentía atacado o humillado, como había pasado en el absurdo episodio de esa mañana. Ella no pretendía atacarlo, pero Germán no sabía reírse de sí mismo. Era un tipo serio.

Sin salir del mar, recordó la primera vez que sintió la hostilidad de Germán, porque esas palabras hostiles no se olvidan nunca. Se perdonan, pero no se olvidan. Y ahí, con su cuerpo desnudo en el mar de Formentera, le dio por pensar en esa primera vez. Esa primera vez que supo lo hiriente que podía ser Germán.

Fue en Boston, al año de casarse y durante una fiesta organizada en una mansión frente al río Charles propiedad de un ingeniero también estudiante del máster: un judío llamado Simon Tannenbaum.

Mucha fiesta. Cien personas. Cervezas Budweiser. Música. Gente joven. Germán estaba sentado en una silla en corrillo hablando con algunos de sus compañeros de máster sobre un tema de ingeniería oceánica que a Gabriela no le interesaba nada, así que se fue a bailar junto al DJ, las mujeres de los ingenieros y amigos varios del judío. Simon se acercó a Gabriela con un comentario absurdo que la hizo reír. Era un tipo atractivo, nada guapo, alto y delgado, con cierto parecido a Frank Zappa.

Lo curioso es que Gabriela, cuando recuerda ese momento, no recuerda qué es lo que la hizo reír tanto. Sí recuerda la palabra asquerosa que su marido le dijo después.

Simon tenía una novia preciosa que vivía en Nueva York, también judía. Sabine se llamaba. Lo visitaba a menudo, pero ese fin de semana Sabine no pudo ir por el *bar mitzvah* de su sobrino. Simon y

Sabine eran una pareja singular e interesante con la que habían cenado Gabriela y Germán en una ocasión. Se enorgullecían siempre de su condición de judíos progresistas a la vez que sabían reírse de ese estandarte que llevaban en la vida. Y Simon, es cierto, sin su novia en la fiesta estaba más suelto de lo habitual. Era un tipo divertido. El DJ puso *Bobby Brown Goes Down* de Frank Zappa, y Simon, sintiéndose aludido, cantó la canción riéndose de sí mismo. Se la cantó, algo ebrio y divertido, a Gabriela. Sí, quizá demasiado cerca. Y Gabriela se reía de él y de la canción, que tiene tela...

Simon le pasó el brazo por los hombros y la acercó hacia él, y Gabriela le siguió el rollo. Le pasó el brazo por la cintura y bailó. Veintiséis años. Lo que se hace a los veintiséis años. Lo que hace una mujer feliz a los veintiséis años: bailar, reír, beber, conocer.

Germán desvió su mirada hacia ella. Observó a su mujer juguetear con el judío. Clavó la mirada en ellos durante los dos minutos cuarenta y nueve segundos que dura la canción. Acabó Zappa. Gabriela se volvió hacia Germán e intuyó algo en su mirada. Dejó de rodear la cintura de Simon y se dirigió a él.

Germán, excesivamente serio, la miraba.

Sonrió ingenua y alargó su mano para que bailara con ella.

¿Germán? ¿Bailando? Gabriela, que llevas ya casi dos años de relación con este hombre. Germán no baila ni con quince Budweiser de más ni con Ritchie Blackmore en persona haciéndole un solo de guitarra.

Gabriela posó las manos en los hombros de Germán, y él se las sacudió de encima y se puso en pie. La atravesó con la mirada y, sin levantar la voz, disparó:

—Eres una calientapollas.

Un puñetazo en el vientre es lo que sintió Gabriela en ese momento, era la primera vez que sentía la hostilidad en boca de Germán. Nunca antes en todo ese tiempo de relación lo había hecho. Nunca. El estado ebrio en el que estaba sumergida a base de Budweiser se cortó en seco. Germán no dijo nada más. Con tres palabras la desarmó. «Eres una calientapollas», ese fue el día en que se dio cuenta de lo que podía hacer Germán con ella.

Su marido le dio la espalda y se alejó. Gabriela, aturdida, dio un paso siguiéndolo, pero se detuvo y respiró. No, no iba a correr tras él. Llevaba un año en Estados Unidos a su lado, sin más amigos que sus amigos ingenieros y sus compañeros de la Escuela de Escritura a la que se había apuntado y con los que tampoco tenía una gran relación. Gabriela había retrasado su vida laboral por él. Además, por qué no ser sincera con ella misma, añoraba su vida en Barcelona: caminar por sus seguras calles llenas de gente tranquila; sentarse en las plazas del barrio de Gràcia con sus amigas de la facultad. Echaba de menos el

Mediterráneo, las inesperadas noches ravaleras, los bailes en la tarima del KGB... Lo había dejado todo por Germán. Es cierto que se quedó porque quiso, porque no tenía un plan B. Germán no la obligó, evidentemente, pero la soledad de la sociedad norteamericana la sentía. Y el año y pico de estar allí le pesaba demasiado.

No era justo que Germán se enfadara de aquella manera. ¿Por bailar? ¿Por tontear tres segundos? Tu mujer tiene veintiséis años, Germán, y además ambos conocéis a la diosa hebrea que tiene por novia Simon.

Gabriela observó a Germán abrir la puerta de la mansión y salir sin volver la vista atrás ni una vez. Estuvo tentada, de nuevo, de seguirlo cuando la puerta se cerraba tras él, pero no lo hizo. Respiró hondo, dio media vuelta y miró hacia la improvisada pista, donde ingenieros, novias y amigos bailaban. Nadie se había dado cuenta de nada. Primero porque allí nadie entendía español y segundo porque Germán no levanta la voz cuando se enfada. Además, eran pasadas las nueve de la noche y a esas horas, en las fiestas americanas, todos van hasta arriba de alcohol en sangre.

Gabriela se masajeó el pecho para sacarse del corazón ese agravio asqueroso que había utilizado su marido contra ella. Mientras lo hacía, se acercó a la nevera de plástico llena de hielos y bebidas alcohólicas que descansaba en el césped, cogió otra cerveza y dio un buen trago. Fue en busca de Simon. A bailar. Solo a bailar con él. O a tontear un poco más. Veintiséis años.

Bailaron hasta altas horas de la noche. Y puso el broche el DJ, que quería acabar arriba con *Candy* , de Iggy Pop. Como si no hubiera un mañana, los invitados bailaron toda esa última canción. Simon cogió de nuevo por la cintura a Gabriela. Seguro de sí mismo, le robó un beso en la boca.

—*Stay with me tonight, beautiful Spanish woman* .

Gabriela sonrió. Le acarició la mejilla. Sí, en otro momento de su vida quizá se habría quedado a dormir con él. Inteligente, alto, la hacía reír. Sin ese alcohol que llevaba en sangre, era un tipo introvertido. No tanto como Germán, pero lo era.

—*We are married, Simon* —contestó Gabriela con dulzura.

—*You more than me* —replicó Simon manteniéndole la mirada.

Simon la acompañó a la puerta. Le robó otro beso, otra vez en la boca, y Gabriela no lo rechazó. Dejó que jugara con su lengua unos segundos, más de lo que hubiera debido. Veintiséis años.

Mintió.

Claro que Gabriela mintió a Germán mientras se desnudaba y se metía en la cama con él en el dormitorio de la facultad.

—Lo siento, Gabi —le dijo sincero—. Siento lo que te he dicho. Me ha tocao los huevos ver a Simon manosearte.

—Joder, Germán, llevo casi dos años a tu lado. A siete mil kilómetros de mi casa. Esperándote, retrasando mi carrera laboral por ti. ¿Qué he hecho mal? Dime, ¿qué he hecho mal? ¿Bailar? ¿Reírme? ¿Beber?

Germán se disculpó de nuevo. Gabriela entrelazó sus piernas desnudas con las de él. Germán siguió muy seguro de lo que decía:

—Simon, con novia o sin ella, se hubiera acostado contigo.

Gabriela le acarició la mejilla y mintió un poco más:

—¡Qué va! —le contestó—. Es que tú me quieres mucho y te piensas que los demás me ven más guapa de lo que soy. Y aunque él hubiera querido, que no, insisto, yo no me habría acostado con él —le dio un beso en los labios— porque te quiero a ti.

Lo miró unos segundos a los ojos, antes de repetir:

—No dudes de mí. Nunca. —Lo besó de nuevo—. Te quiero, Germán.

—Yo te quiero más, Gabi —le respondió sincero—. A mí no me verás bailando así con otra.

—No, bailando seguro que no. —Ella rio.

Hacer el amor borracha, en ese estado, con pocas fuerzas y a sus veintiséis años, era sencillamente maravilloso. Gabriela acercó su boca a la de su marido y bajito le dijo:

—¿Me follas? —Esperó un segundo y siguió—. Por favor.

*

Gabriela volvió a la orilla cansada y tranquila después de media hora. Escurrió su cabello en la arena. Silvia estaba tumbada tostándose al sol. Gabriela se tumbó junto a ella y recostó la cabeza en su vientre. Su amiga le acarició el pelo.

—¿Mejor?

Ella asintió.

—El carácter de Germán me pesa a veces —dijo al cabo de unos segundos.

Gabriela siempre era sincera con sus amigas. Para qué mentir. Eso de los trapos sucios en casa no iba con ella. Explicó a Silvia que quizá había sido egoísta por planear una semana en Formentera con él, sabiendo que Germán se agobiaba en la playa porque no soportaba el calor. Se sentía también egoísta porque sabía que a él no le habría importado nada que ella hubiera hecho ese viaje sola.

Germán estaba encantado cuando se quedaba solo: el curro, sus libros, comprar *gadgets* en el Fnac y la Fender. Feliz. Pero Gabriela se hubiera sentido como una vela entre Silvia y Salva y no lo vio claro. Le contó a Silvia que les quedaban dos semanas de vacaciones y que se iban los dos solos a la montaña. Habían mirado un refugio aislado a dos mil metros de altura perdido en la sierra del Cadí, o un hotelito en

Puigcerdà. No sabían aún. A Germán le encantaba la montaña, los paseos por el bosque, el silencio de la naturaleza.

—Cuanto más arriba y menos gente, mejor, él y yo solos... No entiendo que no se aburra de mí. No lo entiendo.

Silvia pasó su mano por el cabello de su amiga de nuevo.

—¿Por qué se va a aburrir de ti? Eres una mujer divertida. Yo no me aburro, y mira que pasamos horas juntas.

Se quedaron en silencio. No hacía falta seguir hablando. Esa tendencia femenina a hablar en bucle, a Gabriela, a veces, no le beneficiaba en nada. Cogió *La Femme* del capazo de mimbre.

—¿Lo has leído ya?

—No. Te estaba esperando.

—A ver qué han hecho hoy las zarpas de Consuelo Garza.

—Qué manía le tienes —dijo Silvia—. No es mala tía.

—Si yo no digo que sea mala tía. Pero que se limite a corregir faltas y errores gramaticales... Es que cambia el sentido a las frases con sus correcciones de estilo. Además está obsesionada con los signos de admiración, que sabe que detesto. Cambia puntos por comas, y no es lo mismo un punto que una coma. No lo es... Es que es imbécil.

Gabriela, y dado que el vocablo *imbécil* formaba parte del *Diccionario de la Real Academia Española* , lo utilizaba con asiduidad.

Silvia se rio. A ella le daban igual puntos que comas. Gabriela siguió.

—No te rías, que a ti no te tocan tus fotos. Las pasas retocadas y salen publicadas exactamente como tú las quieres. Imagínate que te aumentaran la saturación o el color, o te recortaran el encuadre.

—Los mato.

—¿Ves? —Gabriela hizo otra mueca—. Hay que ponerse en la piel del otro para entender.

Dejaron de hablar de Consuelo Garza, y Gabriela buscó la página de la entrevista que había realizado a la cooperante de Médicos Sin Fronteras. La encontró: Marina Vega sonreía a cámara abrazada a su hija, una bebita etíope preciosa.

Ambas se quedaron con la mirada clavada en esa mujer de vida comprometida. No. Ella, seguramente, no estaba torrándose al sol en las Baleares.

—Veo a estas mujeres valientes, que hacen cosas de verdad por el mundo... —Gabriela aguardó un segundo, decepcionada, y siguió—: Y yo aquí, quejándome de si Formentera o Puigcerdà.

Suspiró y volvió de nuevo la mirada al mar.

—Me doy cuenta de la mujer burguesa en la que me he convertido y... me dan ganas de vomitar.

—Gabi, qué dura eres contigo —contestó Silvia. Le cogió la revista de las manos y la metió en el capazo—. Vamos —le dijo a su amiga—,

te quiero llevar a un sitio.

Se levantaron y caminaron desnudas y en silencio por la preciosa playa de arena blanca hasta una inmensa laguna de barro. Entraron en la laguna, se embadurnaron divertidas del negro barro de Espalmador y empezaron a hablar de nuevo del a veces simple, a veces complejo, sexo opuesto.

*

Al volver de Formentera ese 2008, hubo cambios en *La Femme* .

Tras diez años desde su primer ejemplar, la revista gozaba ya de un gran número de lectoras. A petición de estas, y con consenso del presidente del grupo editorial, se amplió el número de páginas de cincuenta a sesenta.

Las lectoras pedían más historia, más texto, algo que Gabriela siempre había insinuado. A veces entrevistaba durante horas a mujeres interesantísimas cuyas ideas debía sintetizar en dos columnas de apenas diez mil caracteres, y quedaba siempre un texto encorsetado con el que nunca acababa de estar satisfecha.

A raíz del éxito del que gozaba la revista, marcas de cosméticos como Estée Lauder, Shiseido y Lancôme pedían comprar espacios publicitarios: cuartas, medias o páginas enteras para publicitar sus nuevos productos. Además, marcas de ropa como la española Loewe, la francesa Hermès, o la italiana Ferragamo pedían vestir a las entrevistadas. Por ello entró en escena Cósima de Sentmenat y Alós, sobrina de Eugenia y estilista de profesión, de veintisiete años. La encargada de vestir a las entrevistadas. Y la tercera protagonista de esta novela.

El primer lunes de septiembre, en la planta tres del edificio de paseo de Gràcia, Cósima fue presentada por sorpresa a Gabriela y Silvia.

La radiografía femenina multiplicada por dos se hizo en décimas de segundo. A Gabriela, la tipa le gustó. Porque era una mujer diferente, ya de entrada. Sus refinados ademanes, su alargada figura, sus ojos gatunos, su extrema corrección y su arriesgada vestimenta —gorra Gatsby, camisa cuello mao y falda de tallaje alto entallada hasta los pies— delataban su procedencia aristocrática de manera inmediata. Había tanta gente normal por el mundo que, cuando alguien salía un poco de la línea, Gabriela se sentaba a su lado, calladita y a escuchar. Pocas veces se decepcionaba. Ya tenía ganas de escuchar la historia de Cósima.

Sin embargo, a Silvia le costó. Esa pija, cuyas primeras palabras fueron «*ça va* », le costó. Además, eso de ser una enchufada tiene siempre su precio, claro. Gabriela y Silvia, dos picapedreras, sabían que su huequito en la revista se lo habían ganado a pulso. Justa, lo que se dice justa, la entrada de Cósima en el equipo no era.

Eugenia sabía que Cósima no sería bien recibida. Su extravagante sobrina no tenía nunca una buena entrada, pero era una mujer estupenda sin malicia ninguna y, lo más importante, tenía un talento innato para vestirse ella y a la mujer que se le pusiera delante.

De hecho, para trabajar en *La Femme* como estilista eso era lo único importante. Pero trabajar no era lo suyo, y eso lo sabía Eugenia. Ninguna mujer de su familia, a excepción de ella, había dado palo al agua. No era una cuestión económica lo que la obligaba a trabajar. El dinero brotaba en esa familia, aristócratas de cuna desde hacía siglos. Cósima de Sentmenat y Alós era millonaria. Multimillonaria. Pero el *dolce far niente* , tan bien visto en las generaciones pasadas, había dejado de estar de moda, y las mujeres contemporáneas no esperaban a sus maridos multiplicando vástagos. Por muy aristócratas que fueran. Y el día era muy largo esperando al fin de semana.

Cósima fue una estudiante nefasta y se negaba a seguir estudiando: la echaron del Liceo Francés en primero de BUP tras encontrarle una piedra de costo en su estuche. Dos años más tarde la echaron del Abat Oliva por colocar la cruz del oratorio boca abajo, y acabó, como todos los descarriados barceloneses de clase alta, en el Liceo Borja, un colegio en el que se pagaba por aprobar. Cuando se sacó el COU, que no la selectividad, tras un año sabático y viendo que la niña tenía gracia vistiendo, su madre la envió a estudiar al prestigioso Istituto Marangoni de París. Y allí, alejada de su familia, Cósima encontró su camino. Fue creativa, aplicada, libre y feliz.

Aun así, no fueron las clases de alta costura, ni las de corte y confección o historia de la moda las que la convirtieron en estilista. Es cierto que el Istituto Marangoni le enseñó la técnica, orientó su mirada y, por supuesto, le dio seguridad. Pero Cósima tenía algo que no se enseña en ninguna escuela y en ninguna disciplina artística: Cósima tenía talento. Un talento innato para embellecer el cuerpo femenino. Daba igual el tamaño, la forma, la altura o el volumen que tuvieran las féminas a las que vistiera. Ya desde los cinco añitos escogía ella su ropa y caminaba de las faldas de su madre eligiendo testaruda por las tiendas infantiles de moda del paseo de Gràcia. Y con apenas seis añitos rogaba a su mamá que la subiera en el talgo a París para perderse con ella por las galerías Lafayette, por entre las tiendas de ropa de los Campos Elíseos y por la avenue Montaigne. Y su madre siempre se la llevó.

Su primer vestido lo diseñó tres meses antes de cumplir dieciocho años. Paseaba por el paseo de Gràcia y se fijó en un maniquí envuelto en una delicada y preciosa seda color verde en el escaparate de la sastrería Santa Eulalia. Entró y se interesó por la procedencia del tejido: chino del sur del delta del río Yangtsé. La aristocracia no pregunta precios. Compró quince metros. En la sastrería Santa Eulalia

le proporcionaban costureras que podrían hacer a medida el diseño que ella quisiera. Pagó y les dijo que volvería al cabo de una semana. A finales de los noventa, en España se multiplicaban las revistas de corte y confección. Se compró la revista *Labores* , el *Burda* y *Patrones* , y se zambulló en sus páginas durante una semana con una pasión y una entrega que no había conocido en sus quince años de frustrada escolaridad.

Volvió a la sastrería con un patrón que las costureras le ayudaron a mejorar, y en una semana confeccionaron un delicado y sencillo vestido de tirantes de seda verde que se ajustaba a su delgada figura. Con él puesto y encaramada a sus tacones de diez centímetros, Cósima estaba preciosa, elegante, sensual. Se miró al espejo orgullosa de lo que había imaginado, de lo que había creado con sus manos. Quiso que fuera una sorpresa para sus padres y sus hermanas, y no le enseñó el vestido a nadie. El día de su puesta de largo bajó la escalinata del castillo medieval ilerdense de Massalcoreig, propiedad de su familia, frente a trescientos invitados que enmudecieron ante la singular belleza y elegancia natural de Cósima.

Feliz, sonrió cuando los vio a todos observarla. Se creó un silencio casi sepulcral. Cósima estaba preciosa. Bajó la escalinata, poco a poco, mirándolos a todos. Por primera vez se dio cuenta de que hacía algo bien. Por fin. Porque durante sus años escolares sus profesores no dejaron de repetirle, sutilmente, claro, que no haría nada en la vida más que vivir del dinero de sus papás. Que por lo menos no molestara en clase. Molestaba en clase.

Y así, tras su puesta de largo, todas sus amigas quisieron que les confeccionara sus vestidos para las suyas (y dado que era repetidora de primero, segundo y tercero de BUP, y dados los tres colegios por los que había pasado, tenía muchas). Sus hermanas mayores le pidieron ayuda para sus trajes de boda. Había vestido a Eugenia para las bodas de sus hijas..., y todo con menos de veinte años. Hacía magia aunando colores, fucsia sobre rojo, amarillo sobre verde, colores tierra sobre lila. Magia sobre los cuerpos femeninos.

El primer trabajo que hicieron juntas Cósima, Silvia y Gabriela fue con la actriz Itziar Castro, que interpretaba la exitosa obra de teatro de Neil LaBute *Fat Pig* (*Gorda* en su traducción al español). Itziar pesaba 101 kilos. Era un reto como estilista. Cósima pidió el teléfono de la actriz a Deborah Díaz, que se lo dio a regañadientes. Porque, en principio, Cósima tenía que ir a *showrooms* a recoger prendas y llevarlas a un plató de la avenida Meridiana, donde se llevaba a cabo la entrevista y se realizaban las fotografías. Cósima insistió, y solo porque era la sobrina de quien era consiguió el teléfono.

El vestido de seda rosa realzaba la belleza y exuberancia de la actriz, que captó con toda su fuerza el retrato realizado por Silvia.

La amistad entre Gabriela, Silvia y Cósima empezó durante esa primera sesión de fotos. En el plató de la Meridiana, Gabriela y Silvia observaron cómo Cósima vestía a la actriz. La observaron coger con sus elegantes manos y con una naturalidad pasmosa las ubres gigantescas de Itziar con el fin de recolocarlas entre la seda y el algodón de un precioso vestido rosa palo. Para que la actriz se sintiera cómoda, Cósima le regalaba palabras sinceras sobre la envidia que le daban sus senos, mofándose a la vez de su propia tabla rasa.

—Qué injusta ha sido la naturaleza conmigo —le decía—. Mi novio no me toca. No me toca nunca.

Y venga a reírse la actriz.

—No te rías, Itziar, que yo creo que si tuviera tus pechos me tocaría más.

Y la otra se desternillaba de risa con la extravagante aristócrata que la vestía y que le estaba siendo totalmente sincera a propósito de la falta de interés de su futuro marido por su cuerpo.

Al oír las carcajadas, Silvia, rauda, cogió la Canon. Cambió la óptica. Colocó un 100 milímetros. Presionó sin parar. Fotografió sin parar. Porque en eso consistía para ella la fotografía. La fotografía es luz, pero esa vez le dio igual. No era la luz. No era el encuadre. No era la distancia focal. Era, simplemente, buscar el alma de la persona a la que retrataba. Y Silvia captó el alma feliz de esa mujer gorda atrapada en sus carnes.

A partir de ese *shooting* , Gabriela y Silvia se rindieron ante Cósima y empezaron a amarla a ella y sus curiosas extravagancias.

*

—*Esteu en parella?* —preguntó Cósima tras beber un trago de agua y, rauda, miró a Silvia—. Ay, perdona, Silvia, que no me acuerdo nunca de que eres de Madrid.

—Lo entiendo todo, Cósima, tranquila. Que si tenemos pareja, has dicho, ¿no? Por favor, seguid hablando en catalán entre vosotras. Es que todo el mundo cambia al castellano cuando está conmigo y así no hay manera de aprender.

—Mi catalán no es malo, no. Es lo siguiente. Mi padre era andaluz, y mi madre, de las mujeres empresarias del PP. —Gabriela intervino—. Además, fui a un colegio de monjas. Yo creo que hacíamos una hora de catalán al mes. Tú aprende de Cósima, mejor.

Y así lo hicieron, Gabriela con su catalán de barrio barcelonés y cambiando al castellano cada dos frases; Cósima con su catalán leridano; Silvia con su castellano castizo. Sin ningún problema, y desde los inicios de esa amistad que empezaban a forjar.

Qué bonita relación iban a tener esas tres mujeres. Qué bonita. Entonces no lo sabían, pero se convertirían en grandes amigas para el

resto de sus vidas.

Habían salido del plató hambrientas y en ese momento comían, en el bar Manolo, un menú de nueve euros. Todavía regentado por Manolo y no por un chino.

—Hace dos años me casé —dijo Silvia, y sonrió—. Y, bueno... —Desvió la mirada hacia Gabriela y dio por primera vez la gran noticia —: Empezamos a buscar bebé.

Gabriela sonrió con dulzura a su amiga.

—No me habías dicho nada —le dijo acariciándole la espalda cariñosa.

Silvia asintió tímida y feliz.

—Bueno... Es que, hasta que los padres de Salva no vendan la casa de Formentera..., pues... no empezamos.

Gabriela no entendió muy bien eso del tocino y la velocidad. Silvia siguió con la explicación:

—Cuando vendan la casa, dividirán entre Salva y su hermano, y nos darán para la entrada de un piso. Mis padres nos dejan algo de dinero también, y tendremos suficiente para una entrada grande. Así nos hipotecamos por menos. —Silvia sonrió—. Y luego ya, pues eso: nos pondremos a buscar un bebito. Calculamos que dentro de seis meses.

Gabriela se mordió los labios sin hacer ningún comentario. Sin dar crédito al plan de Silvia. ¿Cómo podía tenerlo todo tan planeado? Y un marido que aceptara el plan. Aunque, pensándolo bien y tras esa semana en Formentera, todo el plan había sido realizado por Salva. O quizá lo habían planificado los dos. Planes. Gabriela no hacía planes. Su boda había sido todo menos un plan. Fue dos días antes de coger un vuelo, y sin esa boda, que podría no haber sucedido, su vida quizá sería otra. Pensó que su dulce amiga madrileña y ella se parecían en esencia, pero en todo lo demás eran lo opuesto. Se hacían bien la una a la otra. Silvia, mujer de planes, sabía dónde pasarían los fines de semana hasta Navidad, cuando volvía a su querida Madrid. Era meticulosa, ordenada, resolutiva, profundamente limpia. Gabriela era caótica, desordenada y, aunque no le gustaba oírlo en boca de su marido, era profundamente descuidada.

—¿Tienes una casa en Formentera, entonces? —intervino Cósima.

Silvia asintió.

—Eugenia está buscando casa allí. ¿No te ha dicho nada?

—Hostia, Silvia —dijo Gabriela muy seria—. Igual podéis empezar a follar mañana.

Cósima rio.

—Es así, Cósima. Gabriela es así —rio Silvia—, vete acostumbrando. Dice unas barbaridades... Te lo digo ya, mejor. Aquí la amiga se justifica con eso de que tuvo padres ausentes y se crio con su hermano y su primo..., y las va soltando.

Gabriela estalló en una carcajada porque algo había de cierto en esa afirmación de la que se mofaba la madrileña. Tenía un hermano tres años mayor que ella y un primo también unos años mayor, que vivía en el mismo bloque de pisos del barrio de Les Corts donde se criaron. Padres ausentes por los dos lados. Así que su infancia, su adolescencia y su juventud, hasta que viajó a Boston, fue siempre junto a esos dos cafres a los que escuchaba hablar del mundo femenino. Se lo contaban todo, hermano y primo, y Gabriela siempre andaba cerca. Ella siempre tuvo la sensación, a medida que entraban en la adolescencia y pronta juventud, de que su hermano y su primo presumían, competían, del número de mujeres con las que se habían acostado. Siempre. O casi siempre. Y jamás en todos esos años, cuando se contaban intimidades, escuchó que ni uno ni otro dijera: «Hice el amor con una mujer preciosa». Eso no lo escuchó nunca. Ni siquiera «hice el amor», para el caso. Ahora, lo de «me follé a una pava que tenía unas tetas...», esa frase con sus variantes, según el tamaño de los senos en cuestión, la escuchó continuamente. Gabriela se apropió del vocablo *follar* no ya por trasgredir, sino como algo natural. Otro tema era la obsesión de hermano y primo con el tamaño del pecho de las mujeres con las que se acostaban.

«Oye, qué obsesión tenéis con las tetas, ¿no? —les preguntó un día Gabriela al salir de la ducha con una toalla enrollada en el cuerpo—. Pero ¿por qué? Si son grasa. Más grasa o menos grasa, bajo la piel, y rodeadas de vasos sanguíneos.» Hablaba mientras se ponía las braguitas e, ingenua, se quitó la toalla después y se quedó con el pecho desnudo.

El primo, claro está, clavó la mirada en ese cuerpo semidesnudo.

«¿Quieres dejar de mirarle las tetas a mi hermana?... Que es tu prima, imbécil.»

Gabriela aprendió mucho del mundo masculino junto a ellos dos. Y tuvo claro, muy claro, que elegiría a otro tipo de hombre. Nada que se pareciera a esos dos hombres extravertidos de su familia, a los que adoraba y con cuyas obscenidades se desternillaba de risa. Pero le entristecía muchísimo pensar que algún hombre, cualquier hombre, pudiera hablar de ella como lo hacían ellos dos. Por eso se fue al otro extremo en todas sus relaciones, hasta la última, hasta Germán: ese hombre noble, profundamente bueno e introvertido, que la adoraba y que, sabía, nunca nunca nunca hablaría de ella de esa manera tan fea. Aunque si seguimos el hilo de la historia, Gabriela se fue al otro extremo de hombre, hasta llegar al último amor de su vida, hasta llegar a ese escritor al que admiraba, hasta llegar a Pablo Hausmann. A Pablo.

*

Manolo les trajo a las tres mozas el primer plato del menú.

—¿Y tú? ¿Estás casada? —preguntó Silvia a Cósima.

—Me caso el año que viene —contestó Cósima, sin excesivo entusiasmo.

Les contó que se casaba en una casa familiar de Lleida. Son discretos. Los aristócratas nunca presumen de lo que tienen, nunca ostentan; eso lo dejan para los burgueses de clase media y alta. Los aristócratas pueden llevar un atuendo que supere los mil quinientos euros, pero jamás verás una marca salir de sus ropajes. Lo que cuestan sus atavíos lo saben ellos y entre ellos. Porque no te queda igual una blusa de esas que emperchaba Gabriela en el Zara de paseo de Gràcia que esa preciosa blusa color tierra de seda natural de Carolina Herrera que llevaba Cósima en esos momentos, sobre unos tejanos Loewe rotos de 590 euros, sentada en una silla metálica de un bareto cutre de la Meridiana. No. No te queda igual.

Lo pasa por alto. No les cuenta a sus nuevas amigas que se casa en el castillo ilerdense de Massalcoreig, propiedad de su familia, y que posee cinco mil hectáreas de terreno donde se instalarán las diez carpas. El castillo es la casa familiar. La casa donde Cósima ha pasado todos los veranos de su infancia, su adolescencia y su juventud, junto a sus cuatro hermanas mayores. Cuatro hermanas que, en su adolescencia, en su juventud, se contaban cómo esos hombres a los que tanto amaban les hacían el amor en sus alcobas. Ellas no follaban como el primo y el hermano de Gabriela. Ellas «hacían el amor». Y venían los amores, y los desamores, y el llanto.

Cósima no explicó a sus dos nuevas colegas laborales que a su boda asistirían cuatrocientos invitados, y de esos cuatrocientos invitados que volarían del resto de España y de todas las casas aristocráticas europeas le sobraban exactamente trescientos cincuenta. Con sus veinte amigas de los colegios a los que había asistido, y con los veinte amigos del Club de Polo de Barcelona de su futuro marido, que es lo que él también hubiera preferido, les bastaba. Pero a excepción de su vestido de bodas —que confeccionó Cósima con una costurera de la sastrería Santa Eulalia—, su madre lo había planeado absolutamente todo en esa boda que acontecería al cabo de unos meses.

Su madre y también su suegra.

Aunque pareciera imposible, su madre había planeado hasta el primer encuentro con su novio, Bosco de la Loma-Osorio. El futuro esposo de su última hija Cósima.

Suegra y consuegra habían tramado un plan, casi perfecto, para sus vástagos.

«Es maquiavélico el plan, pero ¿por qué?», había preguntado Eugenia a su hermana.

«Porque Cósima es torpe en el amor —se justificó la madre—. Si no

la ayudo, se nos queda para vestir santos.»

Quizá dada su excesiva altura, quizá dada su carencia de curvas y sus extravagantes estilismos o su peculiar manera de ser, Cósima de Sentmenat no era afortunada en el amor, a pesar de ser una mujer noble de rango y de corazón, divertida y honesta. Tampoco sería afortunada con su futuro marido, pero eso ella no lo sabía todavía. Ni ella ni, por supuesto, su madre. Que la quería bien, pero la fastidió con tanto entrometerse en su vida.

Cósima tenía en esos momentos veintisiete años, dos menos que su futuro marido. A él no se le conocía novia previa, lo cual era raro, pero su madre Cayetana Jiménez de la Loma-Osorio, futura suegra de Cósima, se excusaba en que Bosco, su hijito, estaba encerrado moldeando sus esculturas. A eso se dedicaba en un antiguo astillero en Badalona, reconvertido en un espacio multidisciplinar para artistas plásticos, y entre moldes de silicona, de yeso, piezas de hierro, trozos de madera, de bronce, arcilla y alabastro. Su hijo, decía la suegra, estaba completamente obsesionado por sus esculturas. Esculpiendo y esculpiendo sin parar. Esculpiendo para exposiciones, por cierto, en las que solo sus más allegados familiares desembolsaban grandes cantidades de dinero para comprarle obra.

Cósima sí que había tenido un novio anterior. Un tipo simplón de la burguesía catalana y del que estuvo por completo enamorada. El burgués quedó prendado del castillo ilerdense más que de ella. Aguantaron un año y medio de relación, pero las extravagancias de Cósima le pesaban. Cósima bailaba desinhibida en las barras de los bares con sus curiosos atuendos. Le encantaba cantar en fiestas particulares. Bebía copas de vino y recitaba versos de Baudelaire. Le gustaba besar bajo la lluvia al burgués. El día del cumpleaños del burgués, Cósima decidió organizarle una fiesta sorpresa en el karaoke de la calle Aribau. Se preparó durante dos meses con una profesora de canto afroamericana afincada en Barcelona *Woman in Love* , de Barbra Streisand. Cósima había elegido cuidadosamente su estilismo para cantarle a su novio: gorra Gatsby color vino a juego con un vestido negro entallado hasta los pies, chupa tejana y botas de piel. Estaba bella y rara. El burgués escuchó a su novia cantar y contonearse sexi con *Woman in Love* , mientras miraba con el rabillo del ojo a sus amigos de ESADE, que se descojonaban de ella, y sintió vergüenza ajena.

—Pero ¿qué he hecho mal, mi amor? ¡¿Qué he hecho mal?! —decía la pobre Cósima quitándose la gorra que tampoco acababa de agradar al burgués, caminando tras él por la calle Aribau y sorbiéndose los mocos.

—¡Me dejas en ridículo delante de mis colegas! ¡Eres una tía rara! Eres muy rara. Dejémoslo, Cósima. Yo quiero una novia normal, una

mujer normal, que ni cante, ni baile ni dé la nota. Eres una notas. Necesitas otro tipo de hombre. Lo siento, Cósima.

Porque al burgués le sabía mal verla llorar.

—Adiós, Cósima. No eres tú, soy yo. Quizá es que yo soy un tipo demasiado normal para ti.

—No, mi amor —respondía ella—. ¿Qué dices? Pero si eres todo lo que quiero.

—Adiós, Cósima. Adiós.

Y el desamor. Y la tristeza. Y la soledad. Y el aburrimiento. Y llevémosla a estudiar a Francia, que esta niña aquí se nos deshace. Se nos muere.

Los aristócratas pueden permitirse ser extravagantes sin ser juzgados, siempre y cuando anden entre aristócratas, algo que Cósima nunca entendió. Ella hablaba igual con el portero gallego del bloque de pisos de Sarrià-Sant Gervasi donde vivía el burgués que con cualquier lord que los visitara en el castillo ilerdense.

—Pero ¿por qué hablas con el portero? —le preguntaba el burgués molesto—. La gente no habla con los porteros.

Cósima no contestaba porque no entendía la pregunta. Sabía más ella del portero en dos meses que hacía que lo conocía que él en los veinte años que llevaba en esa finca.

Y esa historia se acabó. En París, Cósima tuvo un par de ligues sin importancia, y poco más. Una lástima, porque Cósima amaba con intensidad y era una mujer profundamente fiel y profundamente liberal (aunque parezcan adjetivos antagónicos). Cósima ni siquiera hubiera aceptado ese beso fugaz que recibió Gabriela de Simon Tannenbaum en Boston. Ella habría corrido detrás de Germán. Ella bailaba como una loca en las tarimas de la discoteca, por hedonismo, por placer, no por seducción. Ella bailaba sola.

Ni el burgués ni los parisinos ni su futuro marido estaban a la altura del amor que ella supuraba. Lo daba todo. Se entregaba. Era generosa y sana en el amor. No juzgaba a los hombres que pasaban por su vida ni pretendía cambiarlos. Ella, y a pesar de que era estilista, tampoco le compraría los jerséis a su marido como hacía Gabriela con Germán. Si a él le daba igual ir con quemaduras de cigarrillos, ella no era nadie para cambiar su forma de vestir. No lo hizo con el burgués que presumía, patético, de los caballitos en la pechera en todas sus camisas Ralph Lauren, ni lo hizo con los parisinos, ni lo haría con su futuro marido. Lo aceptaría tal y como era.

Así que aceptó a Bosco de la Loma-Osorio como lo que era: un ser lánguido, pusilánime y anémico que se creía la reencarnación de Eduardo Chillida, y no era más que un artista mediocre que conseguía exponer por sus extensos contactos familiares.

Aun así, Cósima creía firmemente en él. Lo cubría de elogios.

Elogiaría siempre esos bloques de alabastro, hierro y arcilla que hacía su marido, porque en verdad creía en ellos. Porque el amor es poderoso. El amor es capaz de distorsionar la imagen del hombre al que amas, y eso es lo que le sucedía a Cósima. A eso se le sumaba que Cósima era, todavía y en pleno siglo XXI , una princesa que creía en los cuentos de hadas. Pero con lo que no contaba la princesa es que su pusilánime aristócrata de apariencia angelical, ese que había escogido su mamá para ella como futuro marido, era un hombre oscuro, lleno de parafilias que nunca compartiría con Cósima. Porque ella quizá, con esa entrega y ese amor que sentía hacia Bosco, hubiera jugado.

*Fiel* y *liberal* , adjetivos no antagónicos.

Habría entrado en su mundo extraño si él la hubiera dejado. ¿Por qué no? Ambos eran aristócratas de cuna, de cinco generaciones. Los excesos de la aristocracia eran conocidos desde el nacimiento del sistema de clases. La moral era para la aristocracia una negación de los instintos, una negación de la vida, y asentada, esa moral judeocristiana, por supuesto, siempre, sobre el miedo. Pero sobre todo la moral era, y eso lo sabe bien la aristocracia, un constructo. Una manera de organizar a la burguesía, a la plebe, única y exclusivamente construida para darle unos límites éticos a ese rebaño al que ellos dos no pertenecían.

No. Cósima y Bosco no formaban parte del rebaño.

Y así como Cósima observaba esos excesos aristocráticos con recelo, pero sin juzgarlos, Bosco entró, hasta el fondo, bien hasta el fondo, en todos y cada uno de ellos.

*

Enseguida Gabriela, Silvia y Cósima hicieron un trío divertido. Su jefa Eugenia, feliz por ello, porque a veces montar equipos de trabajo no era sencillo.

Cósima no tardó en decirle a Eugenia que los suegros de Silvia tenían una casa en venta en Formentera. Eugenia y Emmanuel cogieron un vuelo esa misma semana a la isla. Vieron cuatro casas más —dos en Cap de Barbaria, dos en Sant Ferran de Ses Roques— y Silvia les abrió las puertas de la casa de sus suegros.

Eugenia se rindió ante esa sencilla casita, rodeada de olivos y a quince minutos de la plaza de la iglesia de Sant Francesc. No había inmobiliarias ni gestores ni intermediarios: pagaron veinte mil euros en metálico por las arras a los suegros de Silvia a la hora de aterrizar en Barcelona. Al mes, Eugenia y Emmanuel firmaron la compra del que sería su último hogar.

*

Gabriela llegó a la redacción pálida, con el metálico dolor pélvico premenstrual que la paralizaba durante una semana desde que tuvo a los catorce años su primera menstruación. Metálico. Metálico, sí. Sentía clavos pinchándole el útero, el bajo vientre. Así lo había descrito a varios de los ginecólogos por los que había pasado.

—Es normal el dolor cuando se tiene el período, hija. Tu abuela tuvo esos dolores horribles. Yo los he tenido. Tú los tienes.

Herida por el dolor, mientras salían de una prestigiosa clínica ginecológica catalana, Gabriela contestó lo que no le pudo contestar a su ginecóloga. De una manera sutil y casi imperceptible, y tras hablarle Gabriela con excesivo detalle de la tortura, el martirio, la angustia que padecía su útero, y cargando además su explicación de adjetivos —tales como punzante, interno, mordaz, metálico, cáustico —, la ginecóloga sugirió tratamiento psiquiátrico.

—Estamos en el siglo XXI . Hace treinta años que Neil Armstrong llegó a la Luna. —Suspiró abatida—. No puede ser que no se haya descubierto nada y tenga que estar una semana drogada a ibuprofeno, nolotiles y enantyums durante toda mi vida. Algo más debo de tener. No puede ser un simple dolor de regla.

Su madre le acarició la mejilla. Era un dolor de regla. Solo podía escucharla e intentar transmitirle tranquilidad. Al cumplir cincuenta y dos años, y al contrario que sus amigas, que se lamentaban de dejar de sangrar por la vagina, su madre se alegró enormemente el día que llegó a la menopausia y por fin dejó de menstruar. Por fin se acabó el dolor. Ella también había sufrido esa sobremedicación y la detestaba. Sí, su hija tenía razón, no había exagerado en nada con la ginecóloga.

Gabriela entró en la redacción de *La Femme* llenita de dolor. Saludó breve y educada a Deborah Díaz y a Consuelo Garza, y fue directa a la máquina de agua. Cogió un vaso de plástico, lo llenó y se tragó el ibuprofeno de seiscientos miligramos antes de entrar en la salita acristalada donde la esperaban Eugenia, Silvia y Cósima.

Pidió disculpas por su retraso de cinco minutos. Eugenia y Silvia intuyeron sus dolores menstruales, pero no abrieron la boca. Eugenia les pasó las propuestas de entrevistas para la semana siguiente. La primera sería a una directora de teatro que había realizado una adaptación de *Medea* , de Eurípides, estrenada en el Festival de Mérida y que desembarcaba en el Teatre Nacional de Catalunya; una de las grandes producciones de ese año subvencionada por el Ministerio de Cultura y en coproducción con el Centro Dramático Nacional.

Como segunda entrevista, Eugenia —que era de dar oportunidades a directoras emergentes no subvencionadas— sugirió a la actriz y directora escénica Pía Szifron, que protagonizaba junto a otro actor argentino una adaptación teatral del guion de Bergman *Secretos de un matrimonio* en un pequeño café teatro del Raval. La obra se había

convertido en un éxito de crítica y público, y solo gracias al boca a boca.

Eugenia no las acompañaría al Nacional, pero sí al café teatro. Le hacía especial ilusión esa obra de pequeño formato, porque ella y Emmanuel, su marido, habían acudido al estreno de la película de Bergman en Francia en 1974. Hacía ya treinta y cuatro años.

Sabían que la censura franquista castraría las escenas para los ojos españoles, y ellos dos no dudaron en cruzar la frontera hasta Francia para burlar dicha mutilación, conduciendo con su Citroën GS los 192 kilómetros que separaban Barcelona de Perpiñán. Disfrutaron muchísimo de ese devastador retrato de la intimidad de la pareja. Minuciosamente, el director sueco había retratado el proceso de descomposición de un matrimonio. Les dolió. Porque *Secretos de un matrimonio* duele. Eugenia y Emmanuel, por aquel entonces una joven pareja enamorada, salieron tristes del emblemático cine Castellet.

—Si esto es lo que nos espera, mejor no haber venido, ¿no? —le dijo cariñosa Eugenia pasándole el brazo por la cintura.

Hablaron de la película. Se prometieron no engañarse nunca. No esconderse nada. Cuando su relación se desgastara, se lo dirían. Serían siempre sinceros el uno con el otro. No habría terceras personas. A ellos no les pasaría como a Marianne y Johan, los protagonistas de la película.

—Si aparece otra mujer en tu vida, Emmanuel, me lo dirás, ¿verdad? —Y se lo repitió en francés—: *Emmanuel, si une femme entre dans ta vie, tu me le dira, n'est-ce pas?*

Y él la miró profundamente enamorado. Era insoportable en ese estallido de amor de sus inicios la idea de que una mujer rompiera el amor que sentía por ella.

—*Mon amour, cela ne m'arrivera pas.*

Ingenuos y ciegos de futuro en esos inicios, se prometieron sinceridad y amor eterno. Y Emmanuel repitió, equivocado, muy equivocado: «Mi amor, a mí jamás me pasará».

*

La escenografía del Teatre Nacional era una pieza arquitectónica que las sobrecogió a ellas y a los casi mil espectadores que, sentados en la sala, aguardaban el clásico de Eurípides. Se apagaron las luces y un impactante sonido de un tambor de piel invadió la sala durante diez segundos. Entró la protagonista descalza, encarnando a Medea. Caminó en silencio, al ritmo del tambor, con los hombros descubiertos y una preciosa túnica griega hasta los tobillos de lino y seda que parecía un sencillo vestido nupcial. Cósima se quedó sin aliento. Nunca había visto un estilismo tan simple, tan bello, en el cuerpo de una mujer. Lo radiografió en su mente.

Aguardaban conmovidas Gabriela y Cósima a que esa actriz acogida por una de las más bellas escenografías y envuelta en un delicioso atavío diera vida a Medea. Y la actriz declamó sus primeras frases y empezó un interminable tostón de dos horas y media...

—Qué rollo, por favor. Qué rollo —dijo Cósima a los diez minutos, apoyando la cabeza en el aterciopelado asiento.

Aristócrata ella, cerró los ojos, relajó los músculos bucales y, sin ningún complejo, se durmió. Quizá puede relacionarse esa falta de corrección con eso de que el pato de la moral se lo zampó la burguesía hace muchos años. Y ella ni se zampó el pato ni formaba parte del rebaño. Y el rebaño aguantaba como podía ese espectáculo soporífero, mirando sus relojes de pulsera.

«Señora directora, alguien debería explicarle que no es la actriz la que tiene que llorar. No es ella la que tiene que desgarrarse por dentro. Somos nosotros. Sí, nosotros, los espectadores, los que tenemos que conmovernos. Y usted no nos lo está poniendo fácil. Si pudiéramos, nos levantaríamos y nos iríamos del teatro. Qué coñazo, amiga. Qué coñazo.»

Eso es lo que piensa Gabriela mientras ve dormir a Cósima. Ella no nació aristócrata.

Cósima se despertó a las dos horas, cuando el público aplaudía.

—Me ha encantado —dijo Gabriela con una sonrisa a la directora y a la actriz protagonista tras acabar la obra en el hall del teatro donde las esperaban.

Cósima, que no hacía cumplidos innecesarios, forzó una sonrisa y asintió.

Ya caminando por la Gran Vía y a la caza de un taxi, Cósima le contó que desde muy pequeña asistía a la ópera con sus padres y sus hermanas, porque tenían un palco en el Liceo de Barcelona.

—Allí el público es honesto —le explicó Cósima—: aplauden, ovacionan o abuchean.

—¿Abuchean? ¿En serio? ¿En el Liceo de Barcelona? —Gabriela se asombró.

—Uy, y en la Ópera de París son mucho más crueles. Pero es honesto, ¿no? Abuchear es feo, quizá no hace falta. Pero acaba la obra, no aplaudes, te levantas y te vas. Con no aplaudir... Tienes derecho a no aplaudir. Porque, además, le haces un favor al director o directora, ¿no? —Cósima hizo un gesto simpático —. Porque lo que no ayuda, amiga, es decir... —Forzó una voz aflautada imitando la de Gabriela—: «Me ha encantado, de verdad. Me ha encantado la obra».

—¿Y qué quieres que haga? ¿Decir la verdad?

Le quedó una entrevista tibia. Eugenia levantó la mirada hacia su protegida en la reunión del lunes siguiente.

—¿Tan mala era?

Gabriela levantó el ceño sin contestar.

—Venga, por favor. Adjetiva bonito, que esto así no se puede publicar —acabó la jefa—. Ensalza lo del feminismo y el empoderamiento de la mujer dentro del texto.

Empoderamiento. Poder. ¿No había una palabra más bonita para hablar de nosotras? Para hablar de la igualdad que anhelamos. *Poder* es sinónimo de *dominio* .

Eugenia vio los dedos de Gabriela inmóviles.

—Gabi, escribe —la apremió Eugenia—, que dentro de una hora la enviamos a imprenta.

—La palabra *empoderamiento* no me gusta. No la voy a poner, Eugenia.

—Ponla.

—Busquemos otra más bonita.

—No hay tiempo. Ponla.

Gabriela suspiró. Donde hay patrona no manda marinera. Tenía su MacBook Pro preparado. Abrió el documento, puso las manos en el teclado.

—Soy una mujer muy poco íntegra —dijo en voz alta, para que Eugenia la oyera.

Si ella fuera redactora jefa de *La Femme* , no le habría regalado dos páginas enteras a esa directora teatral sin talento. Por mucha mujer que fuera.

—Eugenia... Ya es injusto que reciba esa cantidad desorbitada de dinero del Estado para dirigir una obra que, encima, ni ha escrito ella... No le hagamos publicidad gratuita, coño...

—Gabi, pesada, escribe.

Marinera obedeció y, mientras sus dedos tecleaban la palabra *empoderamiento* , volvió a pensar que era una mujer poco íntegra.

*

Gabriela aguardaba sentada en la primera fila del pequeño café teatro del Raval, junto a Eugenia, Cósima y Silvia, dos minutos antes del inicio de la adaptación de Bergman *Secretos de un matrimonio* .

Aguardaba escéptica, claro. Es lo que pasa cuando vas al teatro y has pasado un mal rato. Tardas en volver. Eso es lo que le sucede a la gente normal. La que no trabaja como periodista de cultura, que tiene que ir de dos a tres veces por semana al teatro. Un espacio escénico prácticamente desnudo: paredes negras, dos sillas de esparto y una cama de matrimonio deshecha. Se apagaron las luces. La actriz argentina y su compañero entraron en escena. Y en unos escasos diez minutos se produjo eso tan maravilloso que se conoce como la magia del teatro. Donde Gabriela creyó ser Pía. Donde sentía como suyas propias las palabras que pronunciaba la actriz a su compañero de

escena.

—No rompamos nuestro matrimonio. Deja que hable con tu amante y nos conozcamos. Háblame de ella, por favor. Es mucho peor tener que imaginarse a alguien indefinido... Enséñame una fotografía.

—Tú te lo has buscado —acabó el marido.

Pía dejó que una lágrima se deslizara por su mejilla mientras observaba la foto de la joven amante. A la vez que Gabriela, conmovida por el trabajo de la actriz, recogía una lágrima de la suya.

Qué viaje tan desgarrador pasaron en esas escasas dos horas. Pía Szifron lo dio todo, generosa, ante su público; transmitió verdad en cada una de las frases que pronunció. Ellas cuatro y los noventa espectadores ovacionaron el trabajo de esa pareja argentina que tuvo que salir tres veces a petición del público. En ese caso, la ovación fue sincera e hicieron algo que no habían hecho los casi mil burgueses del Nacional: los noventa espectadores del café teatro se pusieron en pie.

Quedaron con Pía dos días más tarde y en el barecito del café teatro porque Gabriela había decidido que, en la medida de lo posible, las entrevistas se llevaran siempre a cabo en los lugares de trabajo de las entrevistadas. Ese oscuro y frío plató de la Meridiana al que las enviaba Deborah Díaz no les sugería nada a ella ni a Silvia. No había nada más desagradecido para un fotógrafo que rebotar luz hacia un croma blanco. Deborah, encantada, borraba los trescientos euros de la partida del Excel que le costaba el zulo de la Meridiana.

Al acabar la función, Cósima le dijo a Pía que traería ropa de diferentes *showrooms* para la sesión de fotos que le harían.

—¿Y no puedo ir con vos a buscar la ropa? —preguntó Pía.

—Claro. Yo encantada.

Y así, Pía y Cósima pasearon por todos los *showrooms* de Barcelona durante los dos días siguientes y, mientras, se contaron sinceras la vida. Cósima, de su futuro marido, Bosco de la Loma-Osorio. Pía, de su marido escritor.

La vistió preciosa: falda larga de lino color arena hasta los tobillos, blusa blanca con los tres botones de la camisa que dejaban ver su bonito escote. Un Rolex de oro en su muñeca.

—No, Pía. Solo nos lo dejan. Lo tenemos que devolver todo.

—Ya. Viste que *sho* trabajando de actriz acá, la plata no fluye... Un reloj como este no lo tendré nunca. Ay, dejame, flaca, que lo acaricie un poco.

Y la risa de nuevo y Silvia rauda, a coger su cámara. Y fotografiar.

Acabaron la sesión de fotos, y Cósima y Silvia siguieron parlanchinas mientras Gabriela entrevistaba a Pía.

La argentina le contó que, a pesar de sus treinta y seis años recién cumplidos, llevaba treinta sobre el escenario. No exageraba. A los seis años empezó en la escuelita de su barrio en Mar del Plata, donde

todavía vivían su madre y su hermana. Luego estudió en la escuela de arte dramático de Buenos Aires y viajó a España porque sus dos primas habían emigrado hacía unos años. Vino a probar suerte y se enamoró de un catalán. La argentina y la catalana hablaron durante una hora, se cayeron bien.

—Gracias, Pía, tengo todo lo que necesito —le dijo Gabriela al acabar—. Me encantó la obra. Y, de verdad, me ha encantado conocerte.

—Un placer, Gabriela. A mí también me gustó conocerte. —Sonrió —. ¿Sabés qué?... Me recordás a mi hermana. Tiene tres años menos que *sho* . Tenés algo de ella, no sé el qué. Es dulce y acogedora. Así como vos.

—Un placer, Pía. —Gabriela sonrió—. De verdad.

—Escuchá —dijo Pía mientras abría su bolso—, te dejo mi móvil y mi email por si se te ocurre alguna pregunta más. *Sho* encantada.

Gabriela, en su línea, no llevaba móvil.

Pía sacó de su bolso un neceser, dos bolígrafos y un libro, intentando encontrar algún papel blanco para poder dejarle su contacto. Gabriela observó la cubierta de la novela que había dejado en la silla.

—¿Qué lees? —le preguntó.

—Una novela que acaba de publicar mi marido. —Pía cogió la novela y se la tendió antes de seguir rebuscando en su bolso algún papel para escribirle su email—. Se publicó la semana pasada. No me dejó leerla hasta ahora. Dice que soy más crítica que su editor.

Gabriela giró el libro para leer la sinopsis en la contracubierta y encontró la fotografía de Pablo Hausmann. Sintió que su corazón perdía un latido. Ya iba a hacer un año de la Feria del Libro de Londres. ¿Cómo iba a recordar a Pía? La vio un segundo, de espaldas, en el aeropuerto de El Prat y oyó su voz y su profundo acento argentino.

—Mirá, quedátela. No encuentro papel. Quedate la novela y te escribo mi contacto en la primera página. Me queda el último capítulo. En casa tenemos diez más.

—No, no te preocupes. —Gabriela reaccionó algo aturdida—. ¿Cómo me voy a quedar la novela? Espera, miro yo en mi mochila.

—No, dale, de verdad. Además, la novela está bien. Mi marido es un pelotudo. —Pía sonrió e hizo un gesto de mujer enamorada—. Típico catalán tímido... que le cuesta platicar... Pero escribe rebién. Si tenés tiempo para leer, te gustará.

Pía cogió la novela de su marido, abrió la primera página y escribió su email con letra clara.

Gabriela permaneció muda. Podría haberle dicho tranquilamente que había leído la novela anterior de Pablo, que lo había escuchado en

Londres. Pero, sin saber por qué, no lo hizo.

—Sacame bien, Gabriela —acabó Pía mirándola a los ojos—. Me la juego mucho con la entrevista.

Ya en casa, al día siguiente, mientras Gabriela transcribía y daba forma a la hermosa y sincera entrevista que publicaría de ella, cogió la novela y miró la foto de Pablo en la contracubierta. Pensó en la timidez de su mirada, y enseguida recordó su seguridad hablando frente a los quinientos invitados en la Feria del Libro de Londres. Le gustaba Pablo. Le gustaba ese hombre desconocido. Pensó en lo extraña que es la mente humana. Quizá la mente femenina. ¿Cómo podía gustarle un desconocido con el que no había cruzado ni una palabra? Y por supuesto no era solo su físico, que también. Era algo más que no sabía calificar. Porque hombres guapos hay muchos, pero no basta. La belleza física no basta. Además, Gabriela nunca se había fijado en un hombre por sus atributos físicos.

Pensó otra vez en los patrones que seguimos para escoger pareja, por eso de comparar a Germán con Pablo. De nuevo veía en ellos el mismo patrón de hombre. No quiso pensar en él, pero la traicionó su subconsciente y su padre apareció en sus pensamientos. Un gran tímido también, capaz de defender estoico los derechos de aquellos que le buscaban en su despacho de abogacía, capaz de persuadir o disuadir a jurados populares con argumentos aplastantes y, sin embargo, incapaz de comunicarse, de expresar sus sentimientos ni a su mujer ni a sus hijos.

Gabriela pensó que quizá era cierta esa tendencia de hombres y mujeres a gravitar siempre alrededor del mismo tipo de pareja. Del mismo patrón de hombre.

Walter Korman, el psicoanalista de Gabriela, sostenía que nos enamoramos de personas que nos recuerdan a los que amamos en la infancia. Así, la mujer se enamora de un hombre parecido, en lo psíquico más que en lo físico, a su propio padre. Aquello que Freud denominó «el eterno retorno de lo igual». [1]

No escribió a Pía una vez que se hubo publicado la entrevista, pero deseó que le hubiera gustado y, sobre todo, que la ayudara en su carrera.

Gabriela cogió la novela de Pablo y se tumbó en su enorme cama de matrimonio, sobre su gigantesco colchón de dos por dos que descansaba sobre una tarima de cuarenta centímetros de alto de DM y de pared a pared. Una tarima que había hecho construir al único carpintero que quedaba en el barrio del Born. Lo de la cama gigantesca fue otra discusión con Germán, que no entendía por qué no podían dormir sobre un colchón normal. Los Pikolin Normablock de toda la vida, insistía Germán. Y Gabriela respondía que no le gustaban los muebles y que no quería mesillas de noche. Y que soñaba con las

camas grandes como las norteamericanas, esas King Size que vendían en el *shopping mall* cercano a la Universidad de Boston.

Ganó Gabriela la batalla de la cama porque Germán voló a Boston por trabajo y se encontró la tarima montada al volver. La tarima con el colchón cubierto con un inmenso edredón nórdico de tres metros y una manta de cachemir blanca.

El lado de Gabriela: con treinta y cinco libros exactamente, bolígrafos, libretas y resaltadores color pastel y una lámpara de los años cincuenta comprada en los Encants Vells y cuyo enchufe temblaba según el día. El de Germán, sobrio, sin nada más que una negra lámpara de diseño de Vinçon.

«Gabi, tía, eres tremenda», dijo Germán, molesto, al ver su nuevo dormitorio con esa cama XXL al volver de Boston. Nada que Gabriela no pudiera solucionar, haciéndole, sobre su nuevo y gigantesco colchón, inmediatamente, el amor.

Gabriela recolocó los cojines y se apoyó en ellos. Abrió la primera página de la novela de Hausmann y leyó. Pasó a la segunda. A la tercera. Y durante tres horas se entregó a ella hasta el final. La cerró y la dejó descansar sobre su pecho. Miró hacia el ventanal pensando en el personaje masculino protagonista del que se despedía tras esas horas de intensa lectura. Conmovida por cómo el protagonista —de nuevo un *alter ego* de Pablo, seguramente— era incapaz de expresar sus sentimientos a una mujer amada. Gabriela se había reído con sus peripecias de conquista y, sobre todo, se había reído mucho con sus solitarias pajas sentimentales. Porque los hombres también sufren por amor, decía el protagonista. Y Gabriela pensó en la ficción. En el *alter ego* , esos personajes de ficción creados por el escritor y que sienten, piensan y actúan como lo haría el propio escritor.

«¿Cuánto hay de ti en esta novela, Pablo? ¿Cuánto hay de ti?»

Porque rendida a la magia literaria y a la autoficción, Gabriela hubiera deseado ser esa mujer amada, la que atrae en la última página de la novela la cabeza de Pablo hacia el refugio de su pecho.

# 4

# Relato salvaje

Y llegó el casi inmediato embarazo de Silvia tras comprarse su acogedor pisito de sesenta y cinco metros cuadrados en el barrio de Gràcia. Y la espectacular boda de Cósima en abril de 2009.

Silvia y Gabriela asistieron: la primera, contratada como fotógrafa con una tarifa desorbitada que Cósima se empeñó en pagarle; la segunda, como ayudante de fotografía y solo porque se lo rogó Silvia; Gabriela era poco amiga de bodas y banquetes.

La mañana de la boda, Gabriela abrió el capó del Volvo frente a la portería de la callecita peatonal donde vivía Silvia, que bajó con su barrigota de siete meses, un trípode de tres kilos en la espalda, una Leica M6 analógica colgada en el cuello, dos mochilas inmensas con la Canon y la Nikon D90 digital, cuatro ópticas y veinte carretes.

—Nos vamos a Lleida, amiga, no a Kenia —le dijo Gabriela descargando su espalda.

—Me ha traído la Leica también... Ya. No sé, quizá no debería, pero es que me encanta cómo queda el blanco y negro..., jugar con los líquidos en casa, revelarlas yo... y, además, Cósima me ha dado manga ancha. Que sea diferente y que haga lo que quiera. —Silvia hizo una mueca—. Bueno, que haga lo que quiera menos fotografiar a su suegra, en eso ha insistido mucho.

Se rieron. Ya tenían ganas de conocer a la suegra.

Silvia miró todo el material dentro del maletero.

—Ya..., si igual no hacía falta traerlo todo. Los dos teleobjetivos ocupan mucho. También es eso. Pero ya verás qué bonitas son las fotos. La gente, al no darse cuenta de que estoy disparando, se relaja. No intimidan nada... Cuatrocientos invitados.

Gabriela cerró el capó.

—Tú vas tirando con la Nikon —siguió Silvia.

—Silvia, pero que yo hice una optativa en la Autónoma de fotografía. Disparar puedo, pero... poco más.

—Confía en mí —le dijo Silvia—, haz lo que te digo y ya está.

Se subieron al coche. Antes de arrancar el Volvo, Gabriela miró el

abultado vientre de su amiga.

—¿Me la dejas ver?

Silvia se levantó el jersey, se destapó su barriguita.

—Qué bonita está...

Gabriela estiró la mano y le acarició el vientre.

—¿Y tú?

—No todavía.

Giró la llave del contacto y sonó de la radio-CD una guitarra eléctrica.

—Sube, Silvia, que Germán no me deja.

Silvia subió el volumen.

—Más... Sube más —dijo Gabriela girando el volante a la derecha.

Silvia obedeció.

Silvia subió al máximo el volumen, observando, divertida, a su querida amiga, que tanta compañía le hacía. Gabriela arrancó y acompañaron a Alanis Morissette y su *Jagged Little Pill* prácticamente hasta la casita familiar de su amiga Cósima en la comarca del Segrià, provincia de Lleida.

Llegaron a la casita familiar de Cósima, un castillo medieval rodeado por cientos de melocotoneros en flor. Impactadas, salieron del Volvo, admirando la belleza y el sosiego del paisaje… Parecía un lugar encantado.

Silvia sacó el trípode del capó y se lo colgó en el hombro, Gabriela cogió las dos mochilas y caminaron hacia allí.

Encontraron a Cósima sola en su dormitorio, sentada frente al tocador; el sol inundaba la estancia. Los pequeños y antiguos ventanucos del castillo habían sido sustituidos por ventanales de dos metros de alto y dos de ancho. Ventanales resguardados por gruesas, anchas y largas cortinas de tejidos naturales que se arrastraban sobre el suelo.

Cósima se había confeccionado un precioso y sencillo vestido de boda formado por un top drapeado de encaje y forrado en tul de seda blanca, escote en V en la espalda y una falda de talle alto mezcla de lino, seda y viscosa, color blanco roto. Maquillaje muy suave y el pelo suelto. Estaba sencillamente bella. Parecía una virgen, hermosa y pura.

—Qué guapa estás —le dijeron Gabriela y Silvia, sinceras, al unísono.

Cósima sonrió agradecida.

—Pero ¿por qué estás sola? —preguntó Gabriela.

—Esto estaba lleno hace quince minutos. Estaban mis cuatro hermanas, mi madre y Eugenia. Les he pedido que me dejaran media hora sola antes de que llegaran los invitados... Todo bien. Solo que necesitaba un poco de tranquilidad.

—Nos vamos, entonces —intervino Silvia.

—No, no, quedaos, por favor. Así seguro que no entra nadie más.

Cósima dio unos pasos hacia la cama y se dejó caer de espaldas sobre el colchón.

—*Gabi, si us plau, passa el pestell de la porta.*

Gabriela se dirigió a la puerta y pasó el pestillo. Silvia, silenciosa, se sentó en una mecedora que había junto a la ventana y se acarició el vientre.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—Vives en el lugar más bonito del mundo —le dijo Gabriela mientras se acomodaba en el banquito del alféizar.

Cósima tardó unos segundos en contestar.

—Sí, vivo en el lugar más bonito del mundo, como un insecto atrapado en una tela de araña —dijo al fin sin mirarlas y con el brazo cubriéndole los ojos—. Solo espero que este hombre al que tomo por esposo me saque de aquí.

*

Dos horas más tarde, el hombre al que Cósima tomaba por esposo —un hombrecito lánguido, anémico, barba hípster pelirroja y de apariencia descuidada— la esperaba frente al altar. El altar había sido ubicado cuidadosamente bajo un magnolio y se había cubierto con un sencillo mantel de lino terroso y arreglos florales hechos a base de lavanda y flores silvestres. Acodado en él, el futuro esposo, Bosco de la Loma-Osorio, charlaba tranquilamente con un joven cura mientras con pulgar e índice expulsaba una mosca de su entallado traje italiano de tres piezas, confeccionado a medida en la sastrería Berluti de Milán.

Frente a él, cuatrocientas sillas de mimbre espaciadas en forma semicircular para sentar a los cuatrocientos invitados bajo la sombra de unas carpas de tela blanca.

Gabriela y Silvia observaban en silencio, discretas, bajo otro magnolio, desde donde tomaban fotos.

Gabriela pensó que todas las bodas a las que había asistido se parecían, pero aquella no se parecía a ninguna. Una boda en un lugar encantado. Pensó para sí que ella no querría salir de allí nunca. No querría alejarse del sosiego, de la calma de la que gozaban esos seres humanos privilegiados ajenos a la realidad del mundo. Qué fácil sería vivir allí para siempre.

Una chelista y una violinista virtuosas libraban un duelo de country en ese momento para entretener y hacer reír a los invitados que esperaban a la novia. Una decena de niñas con diademas de flores en su cabello y ataviadas con preciosos vestidos blancos de nido de abeja correteaban por entre los melocotoneros. Los niños atrevidos intentaban trepar por el magnolio. Hasta el joven cura que oficiaba la

ceremonia les pareció un tipo encantador y elocuente.

Y por fin llegó la novia con su sencillo vestido y una tiara blanca de diamantes muy fina de Cartier, herencia de su abuelita paterna, en el cabello. En las manos, margaritas frescas que ella había recogido esa misma mañana. La chelista recolocó el chelo entre las piernas, apoyó el mástil en su hombro y, al compás del *Nessun Dorma* de *Turandot* , del brazo de su padre, Cósima caminó hacia su futuro esposo, con los ojos llenitos de felicidad.

Y allí estaba Silvia con su Canon y un teleobjetivo de 240 milímetros intentando captar el alma de su amiga Cósima, y Gabriela jugando con la Nikon.

Y Cósima y Bosco fueron declarados marido y mujer.

Y llegó el «puedes besar a la novia» y los novios se besaron. Y llegaron los aplausos. Y Silvia, bajo la sombra del magnolio, fotografió a Cósima tras ese casto beso nupcial.

Cósima se volvió a mirar a los cuatrocientos invitados. Silvia disparó cinco veces seguidas mientras el cabello de Cósima se movía con la suave brisa que los había acompañado durante toda la ceremonia. La novia recogió un mechón de pelo tras la oreja y sonrió con ternura hacia su marido. Silvia presionó el disparador de la Canon. Captó a Cósima volviendo su mirada hacia la izquierda, donde su madre y sus hermanas sonreían de felicidad.

Silvia disparó tres veces más.

Y llegó el último disparo.

El disparo que lo cambió todo.

El instante que dio el giro inesperado a la historia, al enlace. A lo que según dictan los cánones debía ser el día más feliz de la vida de Cósima: el día de su boda.

La novia volvió la mirada a las sillas de mimbre de la derecha, donde se sentaban sus suegros. Y ahí estaba la suegra, Cayetana Jiménez de la Loma-Osorio, sonriendo triunfal. Y, al verla, Cósima quiso morirse.

Tras su cámara, y por primera vez en su vida, Silvia fotografió el alma rota de una mujer. El alma rota de su amiga Cósima.

Se alejó del visor para mirar la fotografía tomada. El rostro de Cósima había cambiado completamente: esa dulzura que desprendían las fotografías anteriores se había esfumado por completo, reemplazada por algo que Silvia no lograba descifrar; una mezcla de dolor, rabia, decepción, humillación e ira. Nadie más se dio cuenta, solo Silvia. Fue ella, pues, la primera que se percató de todo lo que iba a acontecer. Que no era poco. «¿Qué has visto, Cósima? —se preguntó Silvia—. ¿Qué has visto? ¿Qué te pasa? ¿Qué te ha pasado?»

Silvia caminó unos metros, silenciosa. Los novios se habían vuelto de nuevo hacia el cura, que despedía ya la ceremonia, y observó lo

que su amiga había observado en las sillas de mimbre de la derecha asignadas a la familia del novio. Y se le paró el corazón al entender el dolor de la novia. La mala jugada. La ira en la mirada de su amiga recién casada y hacia su suegra.

—Señora Cayetana Jiménez de la Loma-Osorio, madre del novio, Bosco de la Loma-Osorio y Jiménez, suegra de Cósima de Sentmenat y Alós: por muy bella que sea usted a sus cincuenta y largos, por mucha aristocracia que lleve su cuna, no debería usted haberse vestido de blanco. No, señora Cayetana Jiménez de la Loma-Osorio. No debería haberse puesto ese cuerpo de encaje francés de color blanco, elaborado con capas de tul suave color marfil. No deberían haberle añadido sus costureras francesas unas pequeñas flores bordadas a mano también blancas, ni cosido esa preciosa e impoluta falda también blanca. Ese escote tampoco hacía falta, no, querida suegra. No debe estar usted más bonita que la novia, más seductora, más atrevida. Y lo está. Y usted lo sabe. No es usted la que se casa. Y alguien le tiene que decir que no está bien vestirse de blanco en una boda. Ese insignificante detalle al que nadie parece haberle dado excesiva importancia, a excepción de Cósima, su nuera, era innecesario. Pero el gesto ha dado sus frutos, ha conseguido lo que pretendía: dañar, humillar y empequeñecer.

»Lo has conseguido. Tuteémonos mejor, Cayetana —le dijo el doctor Walter Korman, su psicoanalista, con una mirada inquisitiva—. Has dejado claro a tu futura nuera quién manda tras besar a tu hijo en la boca. Porque, Cayetana, es la primera vez que ves a tu hijo besar los labios de una mujer que no seas tú. Sabías que iba a doler. Porque tú besaste los labios de tu bebé nada más salir de tu vientre. Le besaste la carita, la nariz, los mofletes. Lo meciste y lo dormiste en tu pecho noches... Lo amabas tanto y lo sigues amando tanto incluso más que ese primer día porque a ese querubín lo pariste tú. Lo educaste tú. Lo hiciste a tu imagen y semejanza. Es el único que tienes. Lo único que te queda. Porque ese mueble con el que te casaste hace treinta años, y que te acompaña, ha dejado de verte hace mucho tiempo. Es insoportable pensar que te arrebatan al único hombre que te pertenece, el único que todavía te ama.

»Y aunque planeaste la boda como parte del protocolo, aun sabiendo cuánto te dolería ese beso...

El psicoanalista esperó un segundo viendo la cara de ira de su paciente, y antes de continuar respiró hondo. Porque psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas son humanos. Son humanos y también sienten animadversión hacia algunos pacientes. No todos sus pacientes les caen bien. Y, en raras ocasiones, quieren librarse de ellos. Pero de esa arpía, el psicoanalista se quería librar. Siguió. El psicoanalista siguió. Claro que siguió:

—Y sí, Cayetana. Aunque no quieras reconocerlo, con ese halo de falsa bondad que te rodea, y utilizando esa vulgar expresión castiza que poco utilizáis los aristócratas, eres más mala que la tiña. No, querida. No he acabado todavía. No te levantes del diván. Y a tus cincuenta y largos años nadie te lo ha dicho, así que te lo digo yo, a quien pagas por decirte verdades. Aunque es algo sencillo y lo encuentras en cualquier manual de primero de Psicología: el hijo enamorado de la madre. Miles de páginas escritas. El cliché más manido, más antiguo y empleado en innumerables ocasiones en las sesiones de psicoanálisis. Sí, Cayetana, sí, sé que sabes de lo que te hablo. Todo hombre siente nada más salir del vientre de su madre un amor incondicional hacia ella. Pero tú, querida, has llevado ese amor de tu hijo hacia ti hasta las últimas consecuencias. Sobreprotegiste a tu hijito, a tu Bosco. Castraste cualquier intento de padre e hijo de acercarse el uno al otro. Cuando los niños sanos y ya a la edad de cinco años empiezan la identificación con el padre, tú siempre te sentiste herida, traicionada, y se lo hiciste saber una y otra vez a tu hijo, que se entristecía y volvía a ti. Siempre volvía a ti como un cachorro indefenso. Tengo que decirte, ya para acabar, que tienes una relación enfermiza, siniestra y posesiva y me atrevería a decir casi incestuosa para con tu hijo Bosco. Y sin duda, y ahí lo más desgarrador y lo más triste de toda esta historia, Cayetana: castrarás cualquier intento de amor que tenga tu hijo hacia otra mujer.

*

MDMA. No había otra manera de remontar la tristeza de Cósima. Una amiga suya muy loca, del Liceo Borja, le abrió la boca en el lavabo y apoyó en su lengua una pastilla rosa pálido de 180 miligramos de metilendioximetanfetamina. «Traga, Cósima —le ordeno María dándole una copa de champán—. Una no llora en su boda.»

Gabriela, Silvia y su bombo estaban sujetando la puerta para que nadie pudiera entrar en el lavabo. No daban crédito a la situación. Habían ido a buscarla tras más de siete horas de fotografiar el enlace matrimonial. Silvia estaba agotada con su barrigón y sus tobillos hinchados. Ya había anochecido, y un DJ con gafas negras trajeado con camisa y pajarita —un noble amigo del novio— hacía enloquecer a los doscientos invitados que quedaban en la fiesta.

La del Liceo Borja, que iba bastante pasada, ofreció a Gabriela y a Silvia MDMA. Iba tan pasada que no vio el bombo.

Gabriela y Silvia negaron amablemente.

—Hija de su madre —decía Cósima bajito sorbiéndose los mocos—. Si es que está espectacular, mucho más sexi, mucho más guapa que yo, la hija de su madre... Hija de su madre —repetía—, parezco una

mosquita muerta a su lado. ¿Habéis visto el escote que se ha puesto la hija de su madre?

Y Cósima, venga a llorar.

—Nooo. De su madre no —repetía la del Borja—, dilo bien, Cósima. Dilo bien. Por muy aristócrata que seas. Las palabrotas también las has aprendido. De hecho, las aprendimos juntas. Va. Dilo. Que te oigamos, las fotógrafas y yo. Verbalízalo, mujer, que es liberador.

Silvia y Gabriela, mudas, sujetando la puerta. Hacía un año que se conocían. Se llevaban bien, pero tan amigas tan amigas no eran.

—Hija de su madre —repetía bajito, incapaz Cósima, de tendencia bondadosa y sorbiéndose los mocos—, es que seguro que nos hace algo para que no volemos a Senegal... Porque ¿sabéis? Nos vamos de viaje de novios a Senegal.

—¡Eso! ¡Eso es justo lo que necesito yo! Un senegalés que me empotre bien —decía la del Borja—, porque a mí estos tíos aristócratas con los que me has sentao no me van... Cósima, no me van. Mira tú. El que m'has sentao al lao. Me ha dicho su apellido compuesto, que tenía hasta un guion en el centro. Yo, que me llamo María García González... Uy, mi madre. Uuuuuuuuuu. Estaría encantada si me caso con un apellido compuesto. Pero no llores más, Cósima. No llores más, amiga, que te va a llegar el rímel al coño.

Nada. Ni forzando el monólogo senegalés sonrió.

Cósima, venga a llorar. Y el MDMA todavía no hacía efecto. Y venga, bien bajito, con lo de «hija de su madre».

—Mira, lo digo yo. Se ha acabao. Se me ha hinchao el coño —dijo García González—. Tu suegra no es una hija de su madre, querida, es una hija de puta. Una suegra no se viste de blanco y punto. No. Eso no se hace.

García González hizo una mueca divertida y siguió.

—Lo que no sé, amiga, es cómo hacer que disfrutes de las... —García González miró su reloj de pulsera— cinco horas que nos quedan de fiesta.

Inesperadamente, Silvia, que no había abierto la boca desde hacía diez minutos, algo tímida, levantó la mano y soltó:

—Si queréis, yo puedo hacer algo.

Gabriela volvió, entre interrogante y asustada, la mirada a Silvia. Cósima, también interrogante, se acercó a Silvia.

—Porque tus colegas fotógrafas, una rayita tampoco, ¿no?

*

*Common People* («gente normal», «gente sencilla», como a uno le venga en gana, y según su nivel de inglés y castellano), la canción del grupo británico Pulp incluida en el disco *Different Class* y escrita por Jarvis Cocker en 1995, alcanzó el número uno en las listas de más

escuchadas según la BBC y se convirtió en un clásico de los escenarios londinenses de finales de los noventa. El disco fue incluido en *101 discos que hay que escuchar antes de morir* , libro de referencia musical donde críticos de ámbito internacional escogieron cada uno de los 101 álbumes por los que apostaron.

*Common People* es la canción preferida de la novia. Además Cósima rasca el ukelele cuando va borracha y canta una versión catalana sexi, muy sexi, del grupo Manel que no está nada mal y cuya traducción ha quedado como *La gent normal* .

Pero volvamos a los Pulp.

A una novia el día de su boda se la obedece, y Cósima, saboreando ya el MDMA en sus venas, le pidió a Arturo —DJ de la boda y el mejor amigo de Bosco— que, cuando ella le diera la señal desde el centro de la pista de baile, lanzara por los doce altavoces su canción preferida.

Cósima había obligado divertida a los doscientos invitados que aún quedaban a formar un círculo alrededor de ella. Quiso que se alejaran bastante para poder bailar sola. Ella sola.

—Si hay algo que toda mujer debería probar una vez en la vida, aunque solo sea una vez, es una dosis de éxtasis, a poder ser MDMA. Es una de las sensaciones más agradables y placenteras hasta ahora descritas por las afortunadas que lo han probado —dijo García González acercándose a la boca de Silvia, y siguió—: No da malos viajes ni alucinaciones extrañas. La percepción sensorial se multiplica hasta el infinito. El cuerpo y la mente se desinhiben por completo... Te vuelve salvaje. —García González acarició la mejilla de Silvia y, libidinosa, se acercó a su oído y con un tono de voz imperceptible siguió—: Se siente la intimidad del otro como la propia. Es conocida, comúnmente, por sus habituales usuarias —ahora GG besó los labios de la fotógrafa y acabó— como la droga del amor.

Iba ciega, el bombo seguía sin verlo.

La droga llega al clímax cuando lleva 75 minutos en el cuerpo. Cósima estaba en el minuto 74.

Levantó su mano. Cerró el puño y levantó el índice. DJ Arturo entendió la orden y lanzó a los Pulp.

Cósima cerró los ojos. Su brazo con el dedo índice en alto.

Su cabeza se movió de lado a lado. Sus hombros. Sus caderas. Ella sola frente a todos los invitados, antiguos estudiantes de colegios privados internacionales que se sabían la letra de principio a fin. La canción, en definitiva, hablaba de ellos. Enloquecieron. Saltaron y cantaron con Cósima, frenéticos, pero sin acercarse a ella, como les había pedido. Cósima bailaba, sola, feliz, desinhibida en esa pista de baile construida en su castillo medieval.

Muchas horas obligadas de danza clásica. Cósima sabía moverse.

El batería de los Pulp hizo mover sus baquetas frenético. Cósima

deslizó, poco a poco, su mano hasta su hombro y se quitó la rebequita de tul blanco que la cubría y le daba esa apariencia virginal que la empequeñecía, y por fin, tras meses como una niñita sumisa manejada por su mamá y su suegra, apareció la diosa. La diosa que Cósima y toda mujer lleva dentro.

Y la diosa, como una loba salvaje, cuando llegó el estribillo y siguiendo al bajo, abrió los ojos, sin dejar de cantar.

Sabía, perfectamente, dónde estaba su marido. Bajó su brazo hacia él y, seductora, le pidió que se acercara.

A una novia se la obedece el día de su boda.

Y el marido obedeció y se acercó a su diosa. Ella, sin dejar de bailar, pasó la mano por su cuello, aproximó sus labios a los de él y lo besó, permitiendo que sus lenguas cabalgaran con la música, que cabalgaran con la euforia, con el éxtasis, el amor absoluto. Con el MDMA y entre los doscientos invitados.

Pero Cósima quería más. La droga le permitía más.

La música estaba muy alta. Cósima desabrochó la camisa de Bosco. Los invitados gritaron. Los novios se besaron, apasionados, salvajes. Cósima se acercó a su oído y, por primera vez en sus dos años de noviazgo, se lo pidió:

—Bosco. Hazme el amor. Aquí, delante de todos.

Y Bosco la miró, incrédulo. Cósima lo besó y le insistió al oído. Bosco metió la mano bajo su falda, los invitados gritaron, chillaron. Bosco la acarició excitado por encima de las bragas. Y gritaron los invitados, salvajes. Cósima caminó sin dejar de besarlo hasta una mesa rectangular también con mantel de lino, una mesa previamente preparada y llena de copas de champán semivacías. Cósima las tiró al suelo y se sentó en ella. Bosco siguió el juego. Ya notaba la erección. La novia-diosa levantó una rodilla, la apoyó en la mesa y se le vieron las bragas. Los invitados gritaron. Bosco acarició el sexo de su mujer, ante los ojos de todos y sobre sus bragas blancas.

Los adultos que pasaban de los cincuenta sentados en sus sillas, incluida la suegra, Cayetana Jiménez de la Loma-Osorio, y su Dior blanco, oyeron el desenfreno que no veían y que mostraban los jóvenes en círculo y, curiosos, se levantaron.

En ese instante, y siguiendo el plan trazado de antemano, preparadas y en una esquina aguardaban Gabriela y Silvia. Silvia, su bombo, mochila fotográfica a la espalda, trípode al hombro, entró en acción. Gabriela sujetaba una bandeja de plata con diez copas de vino tinto Château Lafite Rothschild a 957 euros la botella. De un rojo intenso. Una y otra siguieron a Cayetana, rumbo a la pista de baile. Cayetana vio a su nuera con la falda remangada y a su hijo hundido en ella —la aristocracia se puede permitir estos excesos— y sintió que le trepaba de las tripas a la garganta una oleada de ira. De furia.

Gabriela y Silvia dejaron que observara. Sufre un poco, Cayetana, sufre un poco. Y cuando a punto estaba ella de entrar en la pista y parar el desenfreno de su querubín, Silvia miró a Gabriela, Gabriela asintió, Silvia tiró el trípode al suelo y simuló tropezarse con él, empujó a su amiga, y Gabriela lanzó —algo acongojada, no nos vamos a engañar— las diez copas de vino tinto al asqueroso Dior de color blanco.

*

Y llegó la bebita de Silvia y durante todo ese primer año encontró en Gabriela y Cósima una compañía y una complicidad preciosas. Silvia nunca pensó que echaría tanto de menos a su madre; es más, no la echó de menos hasta que tuvo a su hija llorona entre sus brazos. Cada viernes las tres amigas comían juntas en casa de Silvia hasta que llegaba Salva por la noche. Gabriela y Cósima no le permitían hacer nada: Gabriela, que no tenía gracia para cocinar, jugaba con la bebé, y Cósima, muy metida en comida macrobiótica, les cocinaba verduras con quinoa, espaguetis de trigo sarraceno y albóndigas de mijo.

Ese año les pasaron historias hermosas. Además de trabajar juntas, Gabriela las convenció para apuntarse al gimnasio de la Barceloneta, frente al mar.

Iban dos veces por semana: Cósima y Silvia tomaban clases dirigidas en las salas de interior; Gabriela prefería sumergirse en las piscinas al aire libre, frente al Mediterráneo. Se encontraban, al acabar, en la sauna para continuar haciendo eso que hacían continuamente: hablar.

—¡¿Zaira?! —Sonrió una tarde Gabriela al entrar en los vestuarios del gimnasio.

Zaira, la que había sido su jefa y encargada del Zara del paseo de Gràcia, sonrió al verla. Se acercó a Gabriela y, semidesnuda, le dio un abrazo de esos dulces, tan femeninos, donde las manos permanecen en la espalda y no se dan palmaditas.

—¡Gabi, cuánto tiempo! —le dijo Zaira, contenta de verla.

Le explicó que seguía en el Zara y, orgullosa, le dijo que había ascendido a responsable de sección. Gabriela le presentó a Silvia y a Cósima, y acabaron las cuatro en la sauna, hablando. Hablando mucho... Que rápidas somos las mujeres al intimar.

*

Y llegó Senegal. Cósima ya les había insinuado que la suegra boicotearía el viaje de novios. Y lo hizo. Aunque no fue ella directamente, sino su hijo, Bosco. Toda la vida estuvo Cayetana sobreprotegiendo a su querubín, haciéndole creer que cualquier nimiedad lo ponía en peligro. Cuidado, no te caigas, Bosquito. No

corras. No comas tan rápido. Te vas a caer, Bosco. ¡Cuidado!... ¿Ves?, te has hecho sangre, mira que te lo he dicho. ¡Al lado de mamá! ¡No te muevas de mi lado, hijo! Nunca, ¿oído?, nunca. ¡Me haces sufrir, Bosco! Estoy sufriendo por tu culpa. No te apartes de mí... Y así cada día de su vida desde que Bosco empezó a gatear. Poco a poco, y mientras Cayetana asentaba unas sólidas raíces en el cuerpo de su hijo, a la vez amputaba también sus alas. Y convirtió inevitablemente a su hijo en un inválido, en un siniestro enfermo imaginario.

Así que el angelito con el que se había casado Cósima, además de esculpir yeso, ser lánguido, pusilánime y anémico, era hipocondríaco. La hipocondría le hizo leer los innumerables efectos secundarios que podía provocarle la vacuna de la fiebre amarilla, obligada para entrar en el país africano, y conforme se acercaba la fecha del vuelo, se negó a subirse al avión.

Cósima pidió informes escritos en la Unidad de Enfermedades Tropicales y Salud Internacional Drassanes, donde se especificaban los leves efectos secundarios de la vacuna. Los leyeron juntos. No le convencieron.

Ya en sus últimas intentonas por convencer a su marido de realizar el viaje, trató de seducirlo por el paladar y lo llevó al restaurante Saramba de la calle Villarroel, donde saborearon el plato nacional de Senegal —el *thieboudienne* , un sabroso pescado fresco con flor de hibisco y arroz—, mientras ella le hacía un recorrido por todas las maravillas que les aguardaban en el continente africano. Con esto último, por fin Bosco se dio por vencido.

Mientras vacunaban a Cósima en el centro de atención al viajero del Hospital Clínic, la enfermera les aconsejó hacer también la profilaxis de la malaria. ¿Fiebre amarilla y malaria? Bosco palideció. Prometió volver otro día y, al llegar a su casa señorial —un palacete de principios del siglo XX en lo alto de la avenida Pearson, regalo de bodas del padre de Cósima—, Bosco se metió en la cama con una terrible jaqueca.

Cuando ya quedaba un mes para el vencimiento de la fecha y perdían el vuelo, Cósima habló con sus dos amigas sobre su marido. Le daba igual perder el dinero del vuelo; era la actitud pasiva de Bosco lo que le dolía.

Una pasividad que había sostenido durante los meses que llevaban casados.

—Lo de tu marido no sabemos cómo solucionarlo, pero no puedes perder el vuelo, mujer. Ve tú.

—¿Yo sola? No. Yo sola no quiero ir. —Las miró—. Veníos una de las dos conmigo. Os regalo el vuelo de Bosco.

Gabriela miró a Silvia, que, disimuladamente, se tocaba sus duros senos llenos de leche y no prestaba excesiva atención a la charla.

—Tengo que dar la teta en una hora. Me tengo que ir.

—Un momento, Silvia —dijo Gabriela—. ¿No dijiste que el mes que viene le quitabas la teta? Pues lo hacemos coincidir. Compramos otro vuelo y nos vamos las tres. Llevas casi nueve meses con el bebé colgado del pecho... Va, Silvia, diez días las tres solas...

Y así lo hicieron. Un mes más tarde volaban las tres a Senegal.

Ya dentro del avión, y tras abrocharse los cinturones y a la vez que una diosa senegalesa con uniforme azul marino y camisa blanca extendía sus brazos indicándoles la salida de emergencia, Cósima extendió sus manos hacia las manos de sus dos amigas y con una tierna sonrisa les dijo:

—Qué suerte tengo de haberos conocido. De verdad, gracias, muchas gracias.

*

No puede pasarse por alto el destete de Silvia. Es justo hacer un inciso y subir a un pedestal a Salva, a su marido.

Pobre Salva. Tres días con su bebita llorando, sin parar, en sus brazos mientras su mujer paseaba por Senegal. Sin apenas dormir.

«¿Tú crees, Silvia, que es la mejor manera?»

«Sí, Salva. Eso dice la pediatra. Es mejor cortar por lo sano. Porque si no, la bebé me huele, huele mi pecho. Y no habrá manera de que se coja al biberón.

»Me voy a Senegal. Cuando vuelva ya estará acostumbrada a la leche en polvo. Ya verás que todo saldrá bien, mi amor, tranquilo.»

Y Silvia besó a Salva y se subió al avión.

Los tres primeros días se los pasó la bebé llorando desconsolada, abriendo la boquita en busca del pezón de su mamá y en brazos de su papá. Y el papá desesperado intentaba darle el biberón, pero nada, no le gustaba la tetina de silicona. Y la bebé lloraba y lloraba y lloraba. Nueve meses en su vientre. Nueve meses bebiendo de su pecho.

La beba gritó y lloró todo lo que pudo. Se llama supervivencia. «Mamá. ¿Dónde está mi mamá? No sé hablar. Mamá, ven, por favor. Tengo hambre. ¿No me oyes, mamá? Vuelve. Ven, mamá. Tengo hambre. Vuelve. Te lo suplico. Vuelve, por favor. Solo un poquito. Dame un poquito de tu pecho. Solo sé llorar. Es supervivencia. ¿Dónde estás, mamá? Ahora me duele la sien de tanto llorar. Me duele mucho. Lloro más fuerte intentando que me oigas ¿Dónde estás? Te quiero tanto, mamá... Tengo hambre. Ven. Ven, mamá. Por favor. Ven. Te quiero tanto...»

Y Salva, cansado, lleno de impotencia, le hablaba dulce con los ojos húmedos e intentando meterle la tetina del biberón en su boca. Pero su bebita añoraba el pecho de su mamá.

—*Menja, amor meu. Menja, si us plau. El papa no pot més. Estem*

*cansats tu i jo. La mama tornarà aviat. Menja, filla meva. Menja, si us plau.*

«¿No me oyes, mamá? ¿De verdad, no me oyes? Tengo hambre... Dame tu pecho, por favor, para que pueda beber de él. Tengo hambre. Mucha hambre. Aunque solo sea un poquito. Te lo ruego, mamá. Ven. Vuelve. ¿Dónde estás? Tengo hambre...»

Y tras tres días sin comer, por fin, la bebita, muerta de cansancio y de hambre, al ver que los pechos de los que se alimentaba no volverían, abrió la boca y permitió a su papá introducirle la tetina de silicona con leche en polvo. Succionó por primera vez y, al ver el líquido blanco disminuir de la botella, Salva, que no había llorado en su vida, lloró.

*

A tres mil kilómetros de allí y cada una de esas tres primeras noches senegalesas, Silvia deseó volver a su pisito en Gràcia, porque echaba tanto de menos a su marido y a su hija que dolía.

—¿No se habrá equivocado la pediatra? —le preguntaba a Gabriela, tumbada junto a ella, en un hotelito de la ciudad de Saint Louis.

Tenía que repetirse que sí, que la pediatra sabía lo que decía: ferviente seguidora del pediatra Eduard Estivill (gurú para unos, sádico para otros), creía que había que tratar lo del destete como el dormir: al tajo, por lo sano. Silvia no repetiría esa salvajada con su segundo hijo, no volvería a hacerlo.

Los dos primeros días se los pasó Silvia viendo madres lactantes senegalesas con niños mucho mayores que su bebé colgando del pecho. Era un país lleno, abarrotadito de niños, cinco de media por mujer. Andaba suspirando por las bulliciosas calles de Dakar con cada bebé que veía, y Gabriela le pasaba el brazo por el hombro y la besaba en la mejilla.

—Va, tonta, disfruta.

Por la noche volvieron al Dakar Little Guest House, el hotelito donde se hospedaban, regentado por una linda familia senegalesa con muchos hijos, y Silvia, rota de añoranza, triste, se acurrucó sobre sí misma.

Gabriela se retorcía de dolor mientras sangraba por la vagina de esa manera tan bestia que tenía su cuerpo al expulsar el óvulo no fecundado. Sentía ese dolor metálico de regla que la anulaba como ser humano durante cinco días al mes. Se arrodilló frente a la caja de ibuprofenos y se tumbaron en la cama.

—*Tornem?* ¿Queréis que volvamos? —Cósima se sentía culpable de haberlas arrastrado hasta allí.

—Yo me drogo un poco y se me pasa —dijo Gabriela con una mueca de dolor, y siguió—: Me pido ser hombre en la próxima vida.

Silvia se aguantaba las lágrimas.

—Lo siento. La echo tanto de menos... Mañana estaré mejor.

Y Gabriela acarició la mano de Silvia, y Cósima le acarició el cabello.

Permanecieron en silencio. Silvia visualizando a Salva pasándolo mal, fatal. Cósima incapaz de visualizar a Bosco con un recién nacido entre sus brazos. Y Gabriela visualizó a Germán con un bebé en sus brazos y le despertó una ternura inmensa...

Y al día siguiente, cuando la niña succionó el biberón y como si madre e hija estuvieran conectadas mentalmente, Silvia pudo entregarse al delicioso país africano al que habían viajado.

Senegal era un país seguro y precioso: se rindieron a su gente amable de andares sosegados, a las aldeas y a sus estilos de vida, incomprensibles a veces a ojos de tres europeas. Se entregaron a la inmensidad de sus paisajes; bajaron en canoa por el río Sie Salum; se bañaron en el lago Rosa; descansaron bajo la sombra de sus inmensos baobabs...

La última noche cenaron en un restaurante llamado Le Lagon sobre las olas del Atlántico mientras la brisa agitaba sus cabellos. Estaba oscuro, escuchaban las olitas acariciar la arena. En silencio, las tres perdieron la mirada por el océano.

—¿Sabes, Gabi? —dijo al cabo de unos segundos Cósima sin volver su mirada hacia ella. Con voz tranquila y acodada en la silla—. Creo que aquí sí. Aquí sí podría vivir el resto de mi vida, bien lejos del castillo. A miles de kilómetros de mi tela de araña.

*

El algodón es una planta de la familia de las malváceas. Las hojas del algodón tienen forma de corazón y poseen cinco lóbulos; en la floración aparecen unas florecitas amarillas cuyo fruto es una cápsula que acoge de quince a veinte semillas, envueltas en una larga y blanca borra. En otoño, cuando esas semillas estallan, empieza la recolección. En Senegal se producen al año 17.000 toneladas de algodón que abastecen a la industria textil mundial. Entre los miles de fábricas donde se distribuye el algodón senegalés están las fábricas textiles cuyos géneros desembarcarán en el Zara de paseo de Gràcia y también las que abastecen a la rue Saint-Honoré de Christian Dior.

El vuelo de vuelta a Barcelona salía a las doce menos cuarto de la noche. Cósima se levantó a las 6.11 de la mañana, cuando el almuédano convocaba a los fieles a una de las cinco obligadas oraciones diarias del islam, desde lo alto del minarete de la mezquita central de Dakar.

Ese último día quería visitar un campo de algodón alejado de Dakar, mientras sus amigas se quedaban en las inmediaciones del hotel para

descansar un poco antes de la vuelta a casa: una, baldada aún por la maldita regla; la otra, en previsión de las futuras noches en vela.

Se vistió sin hacer ruido, mientras los versos de la llamada a la oración, el *Allahu Akbar* , se colaban por la ventana y desde la mezquita del centro de la ciudad.

Escucharlo, paradójicamente, les parecía, y en eso coincidían las tres, un bálsamo para sus oídos. Como si esa voz monótona que oían cinco veces al día y se esparcía por la ciudad les diera seguridad, las protegiera y las vigilara en cada paso que daban.

Cósima pidió un taxi en la recepción del hotel. Pactó con el taxista un precio para todo el día muy superior al que hubiera pagado un senegalés, pero lo aceptó. Salieron de la bulliciosa capital y enfilaron durante más de tres horas hacia el sureste. Sola en el taxi, atravesando paisajes solitarios, Cósima pensó que quizá se había arriesgado. El avión despegaría del Blaise Diagne International Airport a las doce menos cuarto, con ella o sin ella a bordo; no podía llegar más allá de las diez y media. Eso le daba trece horas. Se dijo que ya estaba en el taxi. Mejor confiar en el destino. Bajó su mirada a la tarjeta de visita que sujetaban sus manos. Leyó.

CHEIKH DIAKATE
ARTISANAT LOCAL. TEXTILE SENEGALAIS
+ 221 567 324 129 USUI-CASAMANCE

Unos días antes de volar a Senegal, aún en Barcelona, Cósima, Gabriela y Silvia habían visto una tienda africana en la calle Sant Pere més Baix llamada Colors y habían entrado. El propietario, un senegalés llamado Keita, las atendió enseguida. El tipo les pareció simpatiquísimo, así que Cósima, que era generosa —multimillonaria y generosa, porque miserables multimillonarios también los hay—, le compró de todo: unas sandalias de cuero de factura artesanal, cuatro pendientes ovalados forrados en wax rosa y hechos en Benin para sus hermanas y una bonita tela ciento por ciento algodón orgánico y pintada con tintes naturales hecha en el telar del hermano de Keita, en la región senegalesa de Casamance, que el dueño de Colors insistió en que visitaran. El hombre había cogido un boli y les escribió la dirección en la tarjeta de visita que ahora sostenía Cósima entre sus manos.

Y ahí llegaba Cósima al campo algodonero de Casamance. Bajó del taxi, cerró la puerta tras de sí y, enseguida, sintió el calor, el calor extremo. Le invadió un sentimiento desconocido que en segundos la embriagó.

El lugar le pareció un paisaje nevado en medio de África: nieve de algodón. Flores rotas de algodón se esparcían frente a ella. Nada más.

Alcanzó a ver un granero de madera de grandes dimensiones con un

techo triangular. Observó a las recolectoras de algodón que, parlanchinas, recogían las plantas, ataviadas con preciosas telas de vivos colores —naranja, rojo, verde, lila—, con pañuelos sobre sus cabellos a conjunto y una bolsa blanca en bandolera donde depositaban el algodón que recogían.

Se sintió feliz de haber hecho el trayecto; estaba donde quería estar. En ese lugar perdido del mundo y alejada de todo. De todos. Había pocos rincones del planeta Tierra que la guía *Lonely Planet* no hubiera encontrado. Ese campo de algodón en la región senegalesa de Casamance era uno de ellos.

Cósima se encontraba a 3.383 kilómetros de la tela de araña. Nadie sabía dónde estaba. Nadie la encontraría si, en un arranque de locura, decidiera quedarse allí.

—¿Cheikh Diakate? —preguntó a las recolectoras, que ya la miraban entre risas, dulces e infantiles, y hablándose en wolof.

Todas, prácticamente a la vez, extendieron un brazo hacia el granero de madera. Cósima caminó hacia él. La puerta estaba abierta y asomó la cabeza. Diez mujeres hilaban y urdían el algodón, otras cinco confeccionaban las telas en antiguos telares de madera. Una de ellas hizo un gesto hacia una pequeña oficina dentro del telar, y mientras Cósima volvía la mirada hacia allí, un dios de ébano salió por su puerta. Un hombre joven, de veintisiete o veintiocho años, no más; altísimo, dos metros diez de altura; camisa de lino blanca de manga corta y pantalones largos color tierra de pinzas.

Cósima se ruborizó sin intuir aún el motivo; ella, que no se ruborizaba por nada.

Con una sonrisa amable, Cheikh alargó la mano para estrechársela y se presentó en francés. Había recibido la llamada de su hermano. Cósima, algo aturdida, se presentó también en francés. Cheikh quiso enseñarle los campos de algodón, Cósima lo siguió con timidez. Pasearon media hora ante las risas de las recolectoras senegalesas, poco acostumbradas a ver mujeres blancas. Cheikh se las iba presentando: eran la mayoría hermanas, primas, tías...

Se sentaron bajo un baobab, donde las empleadas de Cheikh habían preparado una mesita con dos sillas. Una empleada les trajo un delicioso pollo con flor de hibisco acompañado de arroz.

—*Bismillahir rahmanir raheem* —bendijo Cósima la mesa.

Cheikh se sorprendió al oír en boca de esa europea la bendición que repetían los senegaleses antes de comer: «En el nombre de Alá, compasivo».

—*Bismillahir rahmanir raheem* —repitió él clavando la mirada en sus ojos.

Cósima no se la apartó.

Pasaron la sobremesa hablando del algodón, de los campos; de ahí

saltaron a la vida, entre sonrisas, sabiéndose comprendidos incluso en la diferencia. Cuando quedaban cuatro horas para la salida del vuelo, Cósima inició la despedida.

—*Merci, Cheikh. Merci par tout* —le dijo agradeciendo ese día y abriendo la puerta del taxi.

—*Tu es une belle femme.*

Cósima se limitó a sonreír agradecida y algo tímida porque le gustó que ese hombre africano la encontrara bonita.

—*Tu es mariée?* —siguió él.

Desprevenida, Cósima recibió la pregunta acerca de su estado civil y le mantuvo la mirada unos segundos antes de pasearla por esos copos de nieve que salpicaban el desierto. Volvió a mirar a Cheikh y mintió:

—*Non, je ne suis pas mariée.*

*

Y volvieron a Barcelona las tres amigas y retomaron sus comidas de los viernes y sus tardes de gimnasio y sus largas charlas. Fue en una de esas comidas en casa de la madrileña cuando Silvia se giró hacia Gabriela con una sonrisa en los labios:

—Tengo un regalo para ti, Gabi —le dijo tras volver de pasar la Semana Santa en Madrid.

Gabriela, que tenía en su regazo a la bebita desternillándose de risa a sus once meses, subiendo y bajando al trote y al galope, la miró expectante.

Silvia se acercó a un pequeño aparato radiofónico y sintonizó Radio Nacional de España, la emisora que se escuchaba en su apartamento de Hortaleza. Una voz masculina firme y grave invadió el espacio para dar la bienvenida a *Libros de Arena* , un programa radiofónico que giraba en torno a las novedades literarias en las librerías españolas. Escucharon durante un minuto. Gabriela levantó los hombros.

—¿No lo reconoces? —preguntó Silvia.

Gabriela negó.

—Londres, 2008. —Silvia sonrió—. Es Pablo.

Gabriela no acababa de entender, se había olvidado de él. Hacía ya dos años de las tres miradas de Londres, y un año de todo aquel lío con Pía y su novela.

—Pablo Hausmann. Cada viernes de once a doce en Radio 5.

A partir de ahí, la voz grave y firme de Pablo Hausmann invadió la vida de Gabriela. Lo escuchó una vez a la semana y, durante los tres años que duró el programa radiofónico, no se perdió ni uno. Pablo recomendaba el libro que analizaría la semana siguiente, y Gabriela, al acabar el programa, ya como un ritual, paseaba hasta la librería de la calle Elisabets y lo compraba.

Durante esos años leyó lo que no había leído en su vida.

En su último programa, tipo humilde, prefirió acabar citando a un grande. Con esa voz grave que tenía y de la que se enamoró Gabriela, leyó un fragmento de la «Carta a un joven escritor», del maestro Arturo Pérez-Reverte.

Hecho esto, Pablo dio las gracias a los oyentes y se despidió con un «hasta siempre».

Gabriela apagó la radio y miró hacia el ventanal. Lo dijo en alto y con su mirada perdida en el horizonte, más allá del mar.

—Cómo me gustaría conocerte, Pablo... Cómo me gustaría.

# 5

# Herida

El endometrio es la membrana mucosa que recubre internamente el útero. Su función es engrosarse durante el ciclo menstrual y así permitir la correcta implantación del embrión. El endometrio está compuesto por vasos sanguíneos y glándulas que se destruyen y se regeneran cada veintiocho días.

La endometriosis es la enfermedad que provoca la formación del endometrio fuera del útero. El tejido mucoso puede formarse en cualquier lugar del abdomen, en las trompas de Falopio, en los ovarios o en la vagina. E incluso el tejido mucoso puede situarse en lugares rarísimos como los intestinos, el ombligo y hasta en los pulmones. Esa acumulación de mucosa provoca quistes.

La endometriosis es una enfermedad que en pleno siglo XXI sigue calificada como enigmática. Ningún tratamiento médico ha sido capaz de eliminarla por completo. Suelen utilizarse píldoras anticonceptivas, medroxiprogesterona o tratamientos quirúrgicos para minimizar los devastadores dolores que provoca. Esos tratamientos, con eficacia limitada, intervienen además de forma inevitable en la fertilidad.

Afecta a un 6 por ciento de la población mundial femenina. Aproximadamente 170 millones de mujeres padecen endometriosis. Quienes la padecen se deshacen de dolor los siete días que menstrúan. Una de esos 170 millones de mujeres es Gabriela, la protagonista de esta historia.

*

—¿Vas a estar bien? —le preguntó Germán antes de besarla en la mejilla.

Eran las siete de la mañana. Trajeado, guapísimo, partía a un congreso de ingeniería naval e industria marítima que se celebraba en A Coruña.

Gabriela asintió, con los ojos húmedos. Germán le acarició el cabello.

—¿Qué pasa, Gabi? —preguntó pasándole un mechón de pelo por

detrás de la oreja y buscando, después, su mano por debajo de la sábana.

Ella se encogió de hombros.

El día anterior le habían puesto nombre al fin a la enfermedad que padecía y que le provocaba esos metálicos y devastadores dolores menstruales. No se la habían diagnosticado ni a su bisabuela, ni a su abuela, ni a su madre, y hasta que cumplió treinta y seis años, tampoco a ella.

Gabriela no tenía claro por qué lloraba. No había dormido bien. Más de veinte años con dolores punzantes, siete días cada mes, y los tendría hasta el final de su vida fértil. No había cura. La única manera de erradicarla, de dejar de sentir dolor, era una histerectomía, la amputación del útero. La ginecóloga le habló también de la laparoscopia a la que podía someterse: una intervención quirúrgica en la que se realizan pequeñas incisiones para extraer la mucosa que se halla fuera del útero, ya sea por láser o por escisión electroquirúrgica, mediante un aro de alambre que se calienta con corriente eléctrica para extraer el tejido. «Aunque no siempre, en un 70 por ciento de los casos aminora el dolor», había aclarado la ginecóloga.

El socio de Germán lo recogería en cinco minutos en Via Laietana.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —le dijo Germán, volviendo a acariciarle el cabello, y sincero repitió—: Me quedo, Gabi. De verdad.

Gabriela observó al hombre noble que siempre estaba allí cuando lo necesitaba. Y que, en momentos como ese, se desprendía de esa frialdad que lo caracterizaba y se volcaba en ella.

—Eres ponente, Germán. ¿Cómo no vas a ir?

Él la besó en los labios, se levantó y caminó hacia la puerta.

—Germán —lo llamó Gabriela, y él se dio la vuelta—. Estás muy guapo.

—Te llamo al llegar. —Sonrió—. Y nos ponemos en cuanto vuelva.

*

La ginecóloga les había recomendado, si querían ser padres, empezar cuanto antes. Porque «a partir de los treinta la fertilidad femenina empieza a decaer —les dijo la ginecóloga, y añadió mirando a Gabriela—: Y es probable que un poquito más de lo normal sí que te cueste. —Luego volvió su mirada a Germán y rectificó—: Os cueste».

Si lo pensaban fríamente, Germán y Gabriela no habían utilizado preservativo nunca. Ni la primera vez, que, inconscientes y ebrios, hicieron el amor en la montaña de Collserola, tras la silueta de Barcelona y en el asiento trasero del Golf GTI de Germán; él dejó que ella le cabalgara y se corrió dentro de ella. A los dos días Gabriela tuvo la regla y no hubo de qué preocuparse, pero compraron una caja

de Durex para que no volviera a pasarles. El condón le gustaba menos a ella que a él, y tras sacar Gabriela el último preservativo que quedaba en la caja de la guantera del GTI, probaron con la marcha atrás.

En esos casi catorce años que llevaban juntos no tuvieron nunca ningún susto, ningún retraso de regla, ningún embarazo no deseado. Pero Germán no siempre fue lo disciplinado que creía ser al acercarse al clímax y salir de su mujer. Se colaron durante esos años algunos espermatozoides por el cuerpo de Gabriela que, sin ellos saberlo, se tragaban esos quistes marrones que se esparcían por el interior de su cuerpo.

Así que Gabriela y Germán se pusieron nada más volver Germán de Galicia. Durante tres años buscaron engendrar el hijo que deseaban. Y Gabriela cumplió treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, haciendo el amor con la única finalidad de engendrar al hijo que al final solo ella deseaba.

*

Gabriela, desesperada, decidió someterse a cirugía para extirpar los quistes que poblaban su sistema reproductivo.

—¿Doctor Cabré? —preguntó tumbada en la camilla, pálida y congelada de frío, con una bata verde de nailon que apenas le cubría el pubis.

El cirujano volvió su mirada a Gabriela. Solo la había visitado antes en dos ocasiones, colaboraba con su ginecóloga en la clínica Dexeus.

—¿Cómo te llamas? —Gabriela lo tuteó por primera vez.

—Luis —le contestó amable mirándola a los ojos—. Me llamo Luis, Gabriela.

Al escuchar al cirujano llamarla por su nombre, se le humedecieron los ojos. Se conmovió porque había creído, hasta ese momento, ser una mujer anónima más en ese quirófano congelado, y al ver los ojos bondadosos de ese hombre desconocido que le iba a perforar el cuerpo supo que no lo era.

Y, sin poderlo evitar, allí congeladita, dejó silenciosa que una lágrima resbalara por su mejilla.

Ahí, con Luis, el doctor Cabré, un anestesista y dos enfermeros que no conocía de nada.

—Perdón —se disculpó avergonzada.

Luis alargó la mano y abrazó la muñeca de su paciente. No era la primera vez que una paciente lloraba con él.

—Va a salir todo bien, Gabriela, confía en mí —le dijo con voz protectora mirándola a los ojos y con una sonrisa preciosa.

—¿Me puedes explicar lo que me vas a hacer? —preguntó ella—. Es que así te escucho y no pienso tanto. Y, bueno..., soy escritora. Bueno,

escritora no, periodista, y me gusta saber y así lo meto luego en algún artículo.

Así que él empezó a explicarle en qué consistía una laparoscopia. La anestesia general penetraba en la sangre de Gabriela y mientras lo escuchaba se durmió.

El cirujano perforó con un trocar la piel de su pelvis, bajo su ombligo. Rompió tejidos y vasos sanguíneos, perforó 123 milímetros hacia el interior. Con un instrumento quirúrgico le separaron el abdomen de las vísceras. El trocar se introdujo en el cuerpo hasta encajarle un tubo de plástico. El ginecólogo miró al enfermero, asintió con la mirada y este bombeó dióxido de carbono en el abdomen de Gabriela. El abdomen se ensanchó. Dos incisiones más en el vientre. Dos trocares más. El cirujano introdujo un tubo fino con una luz milimétrica y el laparoscopio, una cámara que enviaba imágenes al monitor. Visionó los órganos dañados y los quistes que cubrían el aparato reproductivo. Una pinza de acero, un portaagujas, una tijera y un electrodo fueron introducidos en su cuerpo. Durante cuarenta minutos el doctor extirpó los quistes que invadían las trompas de Falopio y los ovarios de nuestra protagonista.

*

Germán trabajó desde casa toda la semana. Las tres heridas que tenía Gabriela, una sobre el pubis y las otras dos cercanas al ombligo, estuvieron cubiertas con un apósito hasta pasadas las setenta y dos horas. Cicatrizarían al cabo de dos semanas. Ella era tan aprensiva que fue incapaz de retirarse los apósitos; eso lo hacía Germán, mientras ella permanecía tumbada en la cama. También se encargó de hacerle las curas diarias con yodo y algodón porque Gabriela palidecía al verse los puntos de sutura sobre el blanco de su piel y el amarillo de la solución yodada. Lo intentó sola, en el lavabo, el cuarto día. Notó que su presión bajaba. Se mareó. Acercó su espalda a la pared y deslizó su cuerpo hasta el suelo. Se tumbó. Llamó a Germán.

Germán entró aturdido.

—Pero, Gabi, que lo hago yo. Para eso estoy aquí —le dijo Germán algo enfadado, levantándola del suelo.

El quinto día la desnudó y la ayudó a ducharse y le enjabonó el pelo, que hacía cinco días que no se lavaba.

—Cuéntame cosas, Germán —le dijo esa noche, con el cabello todavía mojado sobre su regazo, mientras veían las noticias de Televisión Española.

Germán escuchaba sin dar crédito —como la gran mayoría de los españoles cenando frente a la tele— los escándalos de corrupción de sus dirigentes. Qué país el nuestro.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé. De tu trabajo. Cuéntame cualquier cosa. Es por olvidarme del endometrio.

Germán, que seguía con el rabillo del ojo puesto en la tele, hizo un «mmmmm» que Gabriela supo traducir sin problemas: parco en palabras como era, muchas ganas de hablar su marido no tenía. Aun así, Gabriela jugó la baza de su convalecencia e insistió bajito:

—Cualquier cosa.

—Mmmm. Pues... ¿te acuerdas de que te expliqué que estábamos con Simon desarrollando una plataforma petrolífera? Híbrida con capacidad para noventa mil metros cúbicos.

Gabriela estuvo a punto de estallar en una de sus carcajadas. No esperaba ese tipo de conversación, pero se contuvo.

—Sí, más o menos —contestó Gabriela.

—Shell ha mostrado interés y los abogados empiezan ya. Si estás bien, volaré a Boston la semana que viene. —Tenía la mano apoyada en su hombro.

—Cómo me alegro, Germán. Llevas cinco años con este proyecto.

—Podrías acompañarme. Me encantaría.

—No puedo —le dijo cariñosa—. Le he prometido a Eugenia que me incorporo dentro de dos semanas. No quiero faltar más.

Germán volvió la mirada al televisor que había dejado la fachada de un banco andorrano y copaba ahora un primer plano de Edward Snowden. Sabía Gabriela que ese joven ingeniero norteamericano obsesionaba a Germán. Así que, tras esa interesante y profunda conversación que acababan de mantener, le dejó escuchar. Terminaron las noticias. Zapearon y se quedaron en una comedia romántica americana de esas que tanto le gustaban a Gabriela. La dejaron a medias. Se fueron a la cama.

Gabriela llevaba una semana en camisón con una chaqueta vieja de cachemir de Germán. Él, camiseta vieja de concierto de Deep Purple y pantalón de pijama azul marino.

—Simon y Sabine se separan —le dijo entrando en la cama.

—¿Cómo? —preguntó Gabriela.

—Que Simon y Sa...

—Ya te he oído, Germán... Pero... eso se explica lo primero... Me explicas lo de los diez mil metros cúbicos y...

—Noventa mil.

—¿En serio? Pero ¿cuánto hace que lo sabes?

—Me lo dijo la semana pasada.

—¿Y cómo es que no me lo has contado?

—Se me ha pasado.

—Pero, Germán, ¿cómo se te puede haber pasado? Que son amigos nuestros desde hace más de quince años. Te recuerdo que hace tres años estuvieron durmiendo aquí con sus hijos... Pero ¿cómo se te ha

pasado?

Él cogió su novela de la tarima, se encogió de hombros y se cubrió con el edredón.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho Simon.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues que se separaba.

—Pero ¿cómo te lo ha dicho?

Germán volvió la mirada hacia Gabriela, sabía que iba a querer analizar cada punto y cada coma de la escueta conversación que había mantenido con Simon.

—Pues normal..., Gabi. Me dijo: me separo.

—¿Me puedes poner en situación?

Germán arqueó las cejas algo agobiado.

—Haciendo un Skype. ¿Cómo iba a ser? Él desde su despacho en Boston y yo desde la oficina. Como siempre, Gabi.

—¿Y...? —preguntó Gabriela.

—¿Y qué?, ¿qué quieres saber? —dijo molesto.

—Qué palabras utilizó. ¿Cómo te lo dijo?

—Pues exactamente no lo sé. Dijo algo así como: *We are separating in the near future* . O *divorce* , no sé.

—Ah, que se divorcian...

—Ahora no sé si me dijo separarse o divorciarse.

—Ostras, Germán, qué fuerte, ¿no?

Germán empezó a leer.

—Pero... ¿qué le dijiste?

Él bajó la novela a su regazo y suspiró levemente.

—Pues... que lo sentía.

—Y ya está. —Gabriela lo imitó—: *I'm sorry, man.* Y ya.

—Sí, justo eso —le contestó algo áspero—. El *man* también se lo dije.

—Es tu amigo. Bastante amigo, desde hace muchos años. Le dijiste «lo siento», y ya. Nada más.

Germán asintió.

—Sí... Bueno, me dijo: «*Shit happens* ».

—Ya. *Shit happens* —repitió Gabriela—. Y no se te ocurrió preguntarle por qué.

—Qué pesada eres, Gabi. No se lo pregunté, no. Le dije lo siento y punto.

—Si te lo dijo..., es porque necesitaba hablar.

—Digo yo que, si hubiera necesitado hablar, habría hablado.

—Pero ¿no sabes si ha sido él o ella?

—Que no lo sé, Gabi. Te estoy diciendo que no lo sé —acabó ya con un tono molesto.

Gabriela volvió la mirada hacia el lado de su tarima con los treinta y cinco libros desordenados, más bien desparramados, y cogió la novela de Pablo Hausmann que estaba leyendo. La abrió por el punto. Leyó la primera línea. Dejó de leer. Volvió la mirada hacia su marido y, en voz alta, acabó:

—Yo... De verdad, Germán... —Se tomó un segundo y zanjó—: De verdad, que con la amistad masculina... flipo.

*

Le quedaba una semana de reposo en casa. La fueron a visitar sus amigas de la universidad, su madre, los cafres y sus queridas amigas Cósima y Silvia, siempre con divertidas historias que contar.

Cósima desplegó una enorme tela de dos por dos color ocre y con sutiles formas geométricas sobre la cama de Gabriela.

—He confeccionado doscientas para este verano. La primera para ti.

—Es preciosa, Cósima —contestó Gabriela agradecida mientras acariciaba el tejido.

Cósima, desde que habían vuelto de Senegal, además de seguir como estilista de *La Femme* , se había convertido en una pequeña empresaria. ¿Quién se lo iba a decir? Una aristócrata, que lo tenía todo, empezaba a colaborar con un pequeño telar senegalés. Ella diseñaba, imaginaba dibujos, cenefas, formas geométricas, unía tintes, inventaba colores y hacía bocetos. Ensayos de los miles de posibilidades de dibujo en tela, cientos de bocetos que guardaba en una carpeta de anillas. Y cada tres meses volaba de nuevo con su carpeta bajo el brazo y llena de ideas hacia su querida Casamance.

Amigos y familiares se acercaban a comprar telas africanas diseñadas y con la firma de Cósima de Sentmenat a la tiendecita del Raval en Sant Pere més Baix.

El verano siguiente a su primera colección, la revista *Interiores* , también perteneciente al mismo grupo editorial, le hizo su primera entrevista, y, un año más tarde, la prestigiosa revista *AD Architectural Digest* le regalaba una página entera titulada «Textiles africanos entre arte y diseño» sobre su nueva colección de colchas, fundas de cojín y mantas. Textiles donde volcaba su voluntad creativa, su amor y respeto por la naturaleza, su talento y su profunda sensibilidad.

Firmaba en el lateral izquierdo con un pequeño bordado con la marca ideada por ella y que rezaba: *Ma belle Maison Africaine by Cósima de Sentmenat.*

Cósima sabe que si hubiera firmado como María García González nunca hubiera conseguido que *AD* la entrevistara. O quizá sí, quién sabe, pero luchando quince veces más. Cósima era aristócrata, privilegiada, pero, sobre todo, generosa. Profundamente generosa con las treinta empleadas senegalesas que en un telar perdido de

Casamance hilaban para ella. Así, Cósima volaba esas cuatro veces al año a ese país africano, donde la esperaba ese hombre alto, de mirada profunda y piel de azabache...

De su marido Bosco hablaba siempre poco; les contó que preparaba una exposición con sus últimas esculturas. Todavía no había una fecha concreta para la inauguración, donde expondría por primera vez desde la boda toda la obra creada.

Se tumbaron las tres en la cama a mirar unas fotos en el ordenador de Silvia, como habían hecho en otras ocasiones.

Germán llegó antes del trabajo, abrió la puerta de su dormitorio y las vio en la cama. Eso a él, con lo maniático que era, no le importaba; que las amigas de su mujer se tumbaran en el lecho conyugal le era indiferente. Curioso.

—Holaaaa —dijo Germán, amable, alargando la última vocal.

Luego entornó la puerta, dio media vuelta y se fue al salón con la Fender. Las amigas volvieron la mirada al ordenador.

—Mira que habla poco tu marido.

Escogieron las fotos mientras Silvia hablaba, feliz, de las carreras por la playa de la Barceloneta: media hora diaria con Zaira.

A Silvia le había costado mucho volver a su cuerpo normal después del embarazo. Había tardado casi un año en recuperar su peso y andaba preocupada, así que Zaira le había propuesto salir a correr juntas, y así se embarcaron ambas en esa curiosa adicción al *running* que para quien no la tiene es una auténtica tortura.

—A lo mejor el año que viene hacemos juntas la media maratón de Formentera. Son veintiún kilómetros. Tenemos todo el año para entrenar. No sé si me veo capaz..., pero Zaira cree que sí.

Claro que sí, Silvia. Por amor, una mujer es capaz de todo. De todo. Y por amor, Silvia, correrás esa media maratón.

No se lo contó a sus dos amigas del alma porque le daba vergüenza admitir que sentía algo por esa mujer que años atrás doblaba jerséis en el Zara de paseo de Gràcia con Gabriela.

Eran los primeros pasos de una sutil historia de amor prohibido. El amor de una mujer casada y heterosexual hacia otra mujer. El amor de Silvia hacia Zaira.

*

Por fin cicatrizó la herida en el vientre de Gabriela y volvió a su vida serena entre su marido, su trabajo y sus amigas.

De nuevo al Teatre Lliure, a la Becket, al Nacional, al Romea y al Goya. En contadas ocasiones, a un delicioso microteatro de la calle Bailén y al Llantiol. Estrenos en el cine Verdi, en los Renoir, en el Coliseum y en los Filmax Gran Vía. Y al Palau de la Música y al Razzmatazz. Y cientos de entrevistas a directoras, escritoras, actrices,

pintoras y compositoras.

Y durante el año que siguió y entre función y función, Gabriela hizo el amor con Germán deseando que su vientre acogiera el esperma de su marido, fecundara su óvulo y la convirtiera en mamá.

Enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero...

Cada mes, Gabriela miraba sus bragas manchadas de sangre sintiéndose, inevitablemente, una mujer yerma. Una mujer deshabitada. Desierta y estéril.

Quería un bebé.

—Me tienes agotado, Gabi —le dijo una noche Germán después de hacer el amor por novena vez esa semana: una cada día y dos el fin de semana. Y añadió con voz quebrada, porque era tímido—: Tú no has acabado.

—No importa —contestó ella, tumbada con las piernas hacia arriba y apoyadas en la pared.

Lo de las piernas hacia arriba era un consejo que había leído en una de los miles de webs que hablaban de cómo ayudar a los espermatozoides a permanecer en el útero.

—Es que, últimamente, no acabas nunca.

—No me importa, Germán, de verdad —insistió cogiéndole la mano.

—Ya. Pero a mí sí me importa.

Gabriela bajó las piernas de la pared, se acercó a él y apoyó la cabeza en el pecho de su marido. Le rodeó con el brazo. Gabriela había cumplido ya los cuarenta años. La curva de la fertilidad bajaba en picado. Había buceado hasta el infinito y por cientos de páginas web sobre cómo lograr esa deseada maternidad, e iba a preguntarle algo a Germán que sabía que no le gustaría. Lo había intentado varias veces, pero no se atrevía. Entrelazó las piernas con las piernas desnudas de Germán.

—Si no sale esta vez —esperó Gabriela un segundo—, ¿por qué no probamos la inseminación artificial?

Germán no contestó.

Eso definitivamente no estaba en los planes de vida de su marido. No lo estaba.

Masturbarse en la sala de un aséptico laboratorio de andrología de la clínica Dexeus. Entregar, algo avergonzado, ese bote transparente con su semen a una enfermera. Que ese bote blanquecino pasara a manos de un andrólogo. Que el andrólogo analizara su semen a través de un microscopio, seleccionando los espermatozoides con mayor movilidad, descartando muertos, inmóviles o lentos del conjunto de su semen... Nada de eso estaba en sus planes. Tampoco estaba en sus planes que, una hora más tarde, su mujer abriera las piernas para dejar que un ginecólogo introdujera a través de una cánula el semen

capacitado en el útero de su mujer, previamente estimulado. No. Nada de eso estaba en sus planes.

Y sin embargo...

—Gracias, Germán —le dijo Gabriela sincera, tumbada en la camilla tras inseminarse—. Gracias, mi amor. Muchas gracias.

Él sonrió y asintió levemente sin decir una palabra, sentado en un sofá de cuero verde del hospital. Casi dos décadas juntos. Se conocían los silencios, los gestos, las miradas. Germán se sentía incómodo. Muy incómodo.

*

—¿Y por qué el prefijo *beta* ? —preguntó Gabriela al ginecólogo.

Ya había pasado la hora de reposo desde que la cánula con el esperma había sido introducida en el óvulo de Gabriela. Ya podían volver a casa. A esperar. A esperar al embrión. Lo que, en la jerga médica, según leía ella en el informe, se conoce como betaespera.

Gabriela llevaba el abrigo puesto. Germán salía por la puerta.

—¿Por qué se le pone un *beta* delante? —insistió Gabriela.

—Gabi —le dijo Germán autoritario, volviéndose hacia ella—. Vamos.

El ginecólogo, que debía visitar a cinco mujeres inseminadas más, agradeció al marido que se la llevara de allí.

—Oye, Germán, no me hables así, y menos delante de nadie —le dijo una vez que salieron de la Clínica Dexeus.

—Gabriela, no empieces.

—*Vamos* —lo imitó Gabriela con dureza—. No me vuelvas a hablar así.

—Es que a veces eres muy pesada. Haz lo que te dicen y punto. —Germán esperó un segundo antes de aclarar—: Lo de *beta* es por la hormona beta-Hcg, la que se detecta en los test de embarazo. Deberías saberlo.

Gabriela lo habría fusilado con un rifle, pero como no lo tenía lo fusiló con la mirada. Él siempre lo sabía todo, siempre.

—Eres un impertinente.

Caminaron en silencio hasta la parada de taxis de Sabino de Arana y se metieron en uno. No hablaron. Llegaron a la portería de su apartamento del paseo del Born sin haber pronunciado palabra. Gabriela salió sin despedirse. Germán seguiría en el taxi hasta Pla de Palau, donde impartía su segunda clase de Teoría de Construcción Naval en la Facultad de Ingeniería Náutica y Transporte Marítimo de Barcelona.

Gabriela entró en su apartamento, se descalzó, se quitó el abrigo, fue a su dormitorio, se quitó los tejanos, la camisa, el sujetador, y se quedó en braguitas. Se metió en la cama y su cubrió con su manta de

cachemir blanca. De costado, recogió sus rodillas sobre su pecho y, a la vez que su marido esbozaba en la pizarra del aula magna de la Facultad de Náutica un buque mercante frente a cincuenta alumnos, Gabriela, sintiéndose profundamente sola, se sumergió en la betaespera.

*

La progesterona es la hormona producida por el ovario y la placenta y que prepara el útero para la gestación. Es un neologismo inglés formado por el prefijo *pro* , «hacia delante», *gestational* , «gestacional» y *sterone* , «hormona esteroide». Gabriela acabó de leer el significado de la palabra en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* tras zamparse dos pastillas de dicha hormona.

Su padre le dejó esa herencia. No los diccionarios, que también, sino la curiosidad del origen de las palabras.

Mientras tanto, vida normal, pero sin esfuerzos. Sin levantar pesos. El ginecólogo desaconsejó a Gabriela hacer deporte de impacto. Aunque de impacto poco, Gabriela. Aun así, consideró que la natación, ella que nadaba a braza como una sirena cansada, quizá podría suponer algún riesgo para el bebé. Ningún riesgo. Porque la paranoia en la que puede sumergirse una mujer cuando está en proceso de reproducción asistida puede ser infinita.

Pensó que el bebé (Gabriela no pensaba en un embrión o en un feto, pensaba en un pequeño ser humano creciendo en su vientre) podía escaparse por las aguas cloradas de la piscina del Club Natació Barceloneta.

Así que su único deporte fueron paseos por la playa.

Deliciosos paseos con Cósima, Silvia y Zaira durante esos quince días. Silvia y Zaira caminaban con ellas los cinco primeros minutos y luego corrían veloces hasta el espigón de la playa del Somorrostro.

—Qué afortunadas somos de vivir aquí, en Barcelona —dijo Gabriela mientras paseaba la mirada por el Mediterráneo. Pasó un brazo por la cintura de Cósima, a la vez que Cósima alargaba su brazo y le rodeaba los hombros, y acabó—: Y qué afortunada soy de teneros.

*

—Quizá es mejor que probéis con la fecundación *in vitro* . No creo que sea buena idea repetir la inseminación artificial —le dijo la ginecóloga de cara bondadosa a Gabriela tras la segunda inseminación fallida, mientras le pasaba el ecógrafo por el vientre.

En la Dexeus se multiplican los ginecólogos. La de cara bondadosa era la que dirigía al equipo que llevaba a Gabriela. Ella permanecía tumbada en una camilla y buscaba abatida en el monitor a su bebé

muerto.

Germán había viajado a Boston esa semana, un día antes de que Gabriela manchara de sangre las bragas.

—Es más eficaz, Gabriela. Un sesenta por ciento de las parejas que se someten a *in vitro* logran el embarazo. —El ecógrafo se movía por su vientre—. Si queréis hacer *in vitro* , deberás someterte a otro tratamiento hormonal para estimular de nuevo los ovarios.

La ginecóloga cogió una servilleta blanca desechable y limpió el gel del vientre de Gabriela. Ella se bajó la camiseta y descendió de la camilla. Le estrechó la mano y le dio las gracias —un «gracias» seco— antes de salir por la puerta de la clínica.

Cogió un taxi hasta el cine Verdi: debía asistir a un pase de prensa que se realizaba a las doce de la mañana de una película dirigida por cuatro directoras jóvenes como trabajo de fin de carrera del grado de Audiovisuales de la Pompeu Fabra.

Saludó a conocidos periodistas. Esperó a que entraran, se sentó en un banquito de piedra situado frente al cine y no entró a ver la película. Era imposible sumergirse en una historia que no fuera la suya.

*

Un mes más tarde empezaron las inyecciones subcutáneas. La administración de medicación hormonal. La sobreproducción de ovocitos. El control de los folículos. La punción ovárica. La sedación. La extracción de óvulos. La masturbación de Germán. La clasificación de espermatozoides. Y se fecundaron los ovocitos de Gabriela con los espermatozoides de Germán artificialmente y fuera del vientre de ella.

Y ese momento casi emotivo, a la vez que Gabriela cerraba los ojos y una cánula se introducía en su vagina y depositaba embriones en su útero.

Y esperar los quince días escribiendo sin parar para no pensar, porque Gabriela escribía, escribía, escribía.

La primera transferencia embrionaria falló.

Vino una segunda.

Y la profunda ilusión de Gabriela de que esta vez sí.

Y las bragas de Gabriela se tiñeron de rojo. Y las lágrimas en sus mejillas. Y el abrazo de Germán. Y escribir su dolor.

Y una nueva espera de dos meses y volver a cerrar los ojos. Sentir la cánula. La tercera transferencia embrionaria. La ilusión. La sangre en las bragas. Las lágrimas. El abrazo.

Y escribir su pena.

Y la transferencia embrionaria número cuatro. Sangre, lágrimas, abrazo y escritura.

Y Gabriela cada vez soportaba menos la pena. No soportaba el dolor.

Caminaba con el alma rota y escribía llorando, porque los escritores también lloran cuando escriben.

Y las lágrimas junto a su querida amiga Silvia, que sufría con cada embrión muerto como si fuera ella quien los llevara en el vientre.

—Gabi.

—Dime, Silvia.

—¿Y si me lo ponen a mí?

—¿El qué?

—El embrión.

—¿Cómo?

—Tu óvulo fecundado con el esperma de Germán. Si son los quistes esos que te han vuelto a salir y que se comen el embrión..., yo no tengo quistes.

Y Gabriela miró a su amiga y sonrió levemente.

—No, Silvia. Esas cosas se pueden hacer en Estados Unidos, en España no somos tan modernos.

Y el abrazo de su amiga, de su ingenua amiga, porque Gabriela sabía a esas alturas de su amistad que Silvia lo haría. Claro que lo haría. Está tan segura de su amistad...

—Una más, Germán. Solo una más. Te lo prometo. La última, por favor.

La transferencia embrionaria número cinco. Sangre. Lágrimas. Un hastiado abrazo. Y palabras escritas.

Y Gabriela, tras la quinta transferencia embrionaria fallida, mutó en mujer quebrada. En mujer rota.

Durante los meses siguientes, esa mujer rota caminó por la vida viendo los vientres abultados de todas las mujeres con las que se cruzaba.

En cada esquina. En cada calle. En cada parada de autobús había una mujer feliz con un bebé formándose en ella. También en el trabajo, porque a Gabriela le tocó ver con una mezcla de envidia e ira cómo el vientre de Consuelo Garza iba creciendo de lunes en lunes; y se encogió al sorprender la caricia que Silvia, que no se sabía observada, le hizo al vientre de Consuelo.

Y el destino, que a veces es jodido, hizo que un domingo muy temprano se encontrase con Pía y su vientre abultado cuando paseaba sola por la playa de la Mar Bella. La argentina caminaba en silencio de la mano de Pablo, de ese escritor con el que cruzó miradas en el Instituto Cervantes de Londres. Ni Pía ni Pablo la reconocieron. Gabriela bajó la mirada a la arena. Llevaba unas gafas de sol negras cubriéndole sus ojos hinchados. Esa vez, el corazón no golpeó.

*

—¿Sabes, Germán? A veces desearía cumplir los cincuenta y que

todo esto acabara. Me quedan nueve años, pero hasta entonces no puedo dejar de intentarlo. De desear ser madre. Es lo que más deseo en el mundo.

Habían quedado en el bar de la base náutica para desayunar tras esos paseos frente al Mediterráneo en soledad que tanto tranquilizaban el alma de Gabriela.

—Siempre quedará esa herida en mí. —Volvió la mirada al mar—. Siempre. La herida de no haber podido tener un bebé entre mis brazos. Un bebé al que amar, al que cuidar el resto de mi vida.

Germán ya la había escuchado tanto que no respondía. Solo la escuchaba, sin saber qué hacer o qué decir.

Algunos días, Gabriela se sentía como una loca persiguiendo un deseo imposible, un deseo que se escapaba de su voluntad. Lo miró de nuevo a él:

—Creo sinceramente que es un instinto animal.

Sabía que su marido estaba hastiado de todo ese proceso que se alargaba ya demasiado tiempo. Claro que le encantaría ser padre, pero si no podía ser, la vida continuaba.

Germán la quería igual. La querría igual. Todas esas palabras feas que se decía Gabriela a sí misma —mujer yerma, mujer vacía, mujer deshabitada, mujer quebrada, mujer estéril, mujer rota— eran solo cosa suya. Él la amaba como era, con hijos o sin ellos.

—Una vez más, Germán. Por favor.

—Gabi, ya basta —le dijo con voz cariñosa—. No podemos pasar por esto otra vez. Basta, Gabi. Podemos ser felices sin tener un hijo.

Ella asintió con la mirada perdida en el mar.

Germán estaba sentado frente a ella. Conocía los silencios de su mujer, sus ojos vidriosos. Se incorporó y se sentó a su lado. Pasó los brazos por debajo de sus piernas, la sentó en su regazo y la abrazó con fuerza.

Quizá sí. Quizá era el momento de poner fin a ese deseo. Quizá era el momento de reencontrarse, de mirarse como pareja, como equipo. Como lo que habían sido siempre. Porque, paradójicamente, en esos años que habían intentado ser padres, y al revés de lo que debería haber sido, Gabriela y Germán se habían distanciado. Se habían alejado poco a poco. Gabriela sentía a menudo hostil a Germán. Él a ella, arisca y seca.

Germán supo que esa mujer con la que caminaba por la vida lo necesitaba más que nunca. Sentada en el regazo de su marido, sintiendo cómo él la abrazaba, Gabriela apoyó la cabeza en su hombro y volvió a perder la mirada en el Mediterráneo, mientras escuchaba a su marido decirle al oído:

—Te quiero, Gabi. Te quiero mucho.

# 6

# Cicatriz

Ernö Rubik, arquitecto y escultor húngaro interesado en la geometría, creó en 1974 un rompecabezas tridimensional conocido mundialmente como el cubo de Rubik. Los seis colores clásicos del cubo son blanco, naranja, rojo, verde, azul y amarillo. Un mecanismo de ejes permite girar cada cara mezclando los colores. Para resolver el rompecabezas, cada cara debe volver a un único color. El cubo de Rubik mide 5,7 centímetros en cada lado. Tiene ocho vértices y doce aristas, y permite cuarenta y tres trillones doscientos cincuenta y dos mil tres billones doscientos setenta y cuatro mil cuatrocientos ochenta y nueve millones ochocientas cincuenta y seis mil permutaciones. Se estimó que en 2014 el juguete del húngaro había vendido más de cuatrocientos millones de unidades en todo el mundo.

Por qué un hombre como Germán pudo resolverlo con diez años cumplidos en solo diez minutos y sin embargo Bosco de la Loma-Osorio, con la misma edad, tuvo que despegar las pegatinas sin haberlo conseguido ni una sola vez es algo que se explica, actualmente, por la teoría de las inteligencias múltiples.

Para resolver el cubo de Rubik en diez minutos y a los diez años es preciso tener una inteligencia lógico-matemática.

Salva, marido de Silvia, lo probó un minuto, vio que aquello no tenía ningún sentido y volvió a darle a la raqueta.

Cósima, lenta pero segura, hace dos caras.

Silvia, una.

Gabriela nunca ha conseguido montar una cara.

El cubo de Rubik simboliza la herida de Bosco de la Loma-Osorio. La herida. El trauma. La cicatriz.

Su padre, Leopoldo de la Loma-Osorio, celoso de su hijo y del tiempo que le robaba con su mujer, le regaló su primer cubo de Rubik en su décimo cumpleaños. El padre mezcló el rompecabezas durante tres minutos frente a su vástago y le retó:

—Cuando lo tengas montado me lo traes. No tengas prisa, hijo. Empieza por una cara y, sobre todo, no le digas nada a mamá. Será un

secreto entre tú y yo.

Con unas profundas ganas de satisfacer a su papá pero sin la menor inteligencia lógico-matemática, tras meses y meses y meses de darle vueltas al rompecabezas sin avanzar lo más mínimo, ingenuo y para enseñárselo a su progenitor, desenganchó las pegatinas verdes y las pegó en una única cara. Veloz, corrió hasta su padre, seguro de que creería el engaño. El padre vio lo sucedido.

—Vete a tu cuarto, hijo.

Al día siguiente le compró otro cubo de Rubik y lo mezcló.

—Cuando lo tengas montado me lo traes. No tengas prisa, hijo. Empieza por una cara y, sobre todo, no le digas nada a mamá. Será un secreto entre tú y yo.

Las mismas palabras, el mismo reto, idéntica frustración del niño.

Jamás pudo Bosco de la Loma-Osorio montar una cara. Noches y noches enteras con una linterna bajo las sábanas, dando vueltas y vueltas al rompecabezas. Lo intentó incansable buscando, única y exclusivamente, la aprobación paterna. Nunca lo consiguió. Una noche de borrachera, al cumplir los quince años, lo lanzó con ira veinte veces seguidas contra el cristal delantero del Jaguar nuevo de Leopoldo. No logró romper el cristal, pero dejó marcas suficientes para darle un soberano disgusto a su padre, que, por supuesto, nunca supo que tal fechoría había sido cosa de su hijo.

Dice Walter Korman, psicoanalista, que el arte es capaz de recoger lo que el artista reprime. Y que la obra es, única y exclusivamente, proyección directa del estado anímico del artista.

*Homenaje a Rubik*
de Bosco de la Loma-Osorio
Escultura de acero con núcleo de metal
5,7 x 5,7 cm
Kreisler Contemporary Art Gallery, Barcelona

Cósima leyó el cartelito situado a la derecha de los ciento veinte cubos de acero de medida idéntica al cubo original ideado por el húngaro. 5,7 centímetros por cara, que cubrían la pared central de la sala de arte contemporáneo más prestigiosa del país, situada en el barrio del Raval y en los bajos de la calle Pintor Fortuny: la prestigiosa sala Kreisler.

Ella sabía que, en esa obra, su marido había invertido dos intensos años de su vida. Dos mil euros por cubo le parecía una cifra algo exagerada, pero confió en su marchante de arte, que fue taxativo con el precio.

—¿Tú crees? ¿Dos mil euros por esto? —había preguntado Bosco rascándose los pelirrojos pelos de su barba, a sabiendas de que, con un molde de silicona, un cúter y disolvente había resuelto la obra.

—No lo llames esto, hombre. No lo llames esto. Es tu obra, una obra maestra. Como tu marchante, de los dos mil euros yo me llevo un veinte por ciento. Kreisler, el galerista, un cuarenta por ciento. —Le dio una palmadita en la espalda—. Piénsalo, Delaloma, ¿qué te quedan? ¿Ochocientos euros por cubo? No me parece tanto.

El hombrecito asintió.

—Más abajo, Delaloma —dijo con cierta guasa—, no podemos ir.

Era un tipo listo el marchante, listísimo, y sabiendo del poder adquisitivo de los amiguitos de su representado no había dudado en triplicar el precio.

Cósima volvió la mirada hacia el resto de la galería: ochenta metros cuadrados de un intenso color blanco, puro, casi sobrecogedor. La iluminación de la sala era obra de un arquitecto escandinavo con residencia en Barcelona que había encontrado el equilibrio entre la luz natural que entraba por los ventanales del edificio y la luz artificial de la sala, proyectada por unos focos blancos de leds situados sobre carriles y entre las vigas blancas del techo abovedado.

Cósima paseó por la sala acariciando cada cubito, cada poliedro. Luego salió de la Kreisler y se sentó en un banco de Pintor Fortuny para que su esposo y el marchante ultimaran los detalles de la *vernissage* que acontecía esa misma noche.

Sentada en el banco, recordó a su hombrecito la noche anterior, en gayumbos, ensayando compulsivamente frente al espejo del lavabo la charla que pronunciaría esa tarde en la *vernissage* .

—La escultura abstracta. La escultura como liberación del subconsciente. Como el dolor liberado. Como la herida curada. La herida hecha cicatriz —decía él mirándose con inseguridad en el espejo. Paraba, se aclaraba la voz y vuelta a empezar.

Cósima lo escuchaba enamorada desde la cama.

—La escultura como liberación del subconsciente... Mmm... No trabajo sobre el acero, sobre el hierro. Yo *soy* la propia escultura. Camino sobre ella. Escupo sobre ella. Soy...

—¿Tú crees? Lo de escupir igual no hace falta decirlo, ¿no?

—Cósima, no opines sin saber —le dijo el hombrecito sin volver la mirada y mirándose en el espejo.

Ella obedeció: no volvió a interrumpirlo más y, en silencio, lo escuchó repetir el discurso apoyada en el cabezal de la cama. Bosco, de nuevo, se aclaró la voz.

—Escultura abstracta... La escultura como liberación del subconsciente. La cicatriz que escupo. —Chasqueó la lengua—. Ya me has liado con lo de no escupir. Si piso o escupo es cosa mía, coño. Es cosa mía.

Chasqueó la lengua de nuevo y cerró la puerta del lavabo.

Cósima suspiró. Deseaba con todas sus fuerzas que la exposición

fuera bien, que Bosco vendiese sus esculturas y la crítica lo colmara de elogios como ella hacía día sí, día también. Se cubrió con la sábana blanca de trescientos hilos de algodón hilado en Senegal y que resguardaba siempre su lecho conyugal.

Porque la sutil y psicológica infidelidad femenina se encuentra en los pequeños detalles.

La sutil y psicológica infidelidad femenina puede esconderse en las novelas que ha leído tu mujer y que descansan desde hace años entre sus libros desordenados, sobre la tarima donde dormís.

La sutil y psicológica infidelidad femenina puede hallarse en unas zapatillas nuevas de *running* que tu mujer se ha comprado en la tienda Nike cercana al Zara del paseo de Gràcia.

O, en este caso, la sutil y psicológica infidelidad femenina puede cubrir el cuerpo semidesnudo de Cósima con una sábana de algodón blanca de trescientos hilos y confeccionada en un pequeño telar de un pueblito senegalés.

*

Diez gotas de yodo caían sobre una herida ensangrentada en la rodilla de Silvia. Zaira presionaba la botellita amarilla con la mano derecha y sujetaba un algodón con la izquierda, para que el yodo no se deslizara por la pierna.

—El impacto del pie con el suelo es tres veces superior a tu peso corporal. La amortiguación de la zapatilla varía según el peso —le decía Zaira mientras con el algodón le limpiaba la herida—. Llevas unas zapatillas de mierda, por eso te has caído. Vete al Nike del paseo de Gràcia. Allí te asesorarán.

—Te haré caso —contestó Silvia con una sonrisa.

—¿Te duele? —preguntó Zaira.

Silvia negó con la cabeza.

Zaira cerró el bote de yodo, se levantó y lo introdujo en su taquilla. Se quitó la toalla, quedándose completamente desnuda y dejando ver un inmenso tatuaje en la curva, profundamente femenina, de sus caderas. El tatuaje era un dibujo de una enredadera de flores negras que subía pintada por las costillas y bajaba de nuevo, ahora con plantas, hasta el pubis.

Zaira se quitó la goma de la coleta y su pelo negro, largo y lacio, que le llegaba hasta la cintura, cubrió sus senos y parte del tatuaje.

—¿Vendrás esta noche a la exposición del marido de Cósima? —le preguntó Silvia sentada en el banquillo frente a la taquilla.

Zaira asintió mientras se sentaba a su lado y cogía el bote de crema corporal.

—Iré sola —siguió Silvia—. ¿Y tú?

—Con Abril —respondió Zaira, sin mirarla y abriendo el bote de

crema.

—¿Quién es Abril?

Zaira miró a los ojos a Silvia, esperó tres segundos y contestó:

—Mi novia.

Zaira le mantuvo la mirada.

Se la mantuvo porque una mujer lesbiana sabe cuándo otra mujer siente algo por ella. Lo sabe. Claro que lo sabe. Aunque esa mujer heterosexual adore a su marido y a su hija. Aun con todos esos inconvenientes, lo sabe. Sabe que solo con acercarse a sus labios en un lugar íntimo donde nadie pueda verlas, solo con jugar despacio con su lengua y lentamente deslizar la mano bajo sus bragas, la tendría. Zaira sabe que Silvia se mostraría tímida, quizá algo asustada, pero no la rechazaría. Porque eso ya lo ha vivido antes, sí. Zaira sabría cómo hacer sentir a Silvia el placer que nunca ha sentido en todos esos años de matrimonio con el buenazo de su marido. Pero no quiere hacerlo. O quizá no todavía. No quiere acercarse a Silvia porque sabe que el sexo es poderoso. Muy poderoso. Y en una mujer heterosexual que no ha sentido nunca nada con su marido puede llegar a volverla loca. Absolutamente loca.

*

—*Vernissage* y *finissage* —dijo Gabriela risueña, impostando el acento francés—. Cósima me ha pedido que estemos allí hacia las ocho.

Habían pasado cinco meses desde ese acogedor abrazo en el bar de la base náutica.

—Pero ¿yo tengo que ir? —preguntó Germán mientras se preparaba el café, antes de irse a trabajar.

—Hostia, Germán —le dijo—. Es que no me acompañas a nada. Es media hora. Te recojo en la facultad, cogemos un taxi, hacemos acto de presencia y volvemos para casa... Vaaa...

—Mira que te conozco. Acabaremos con el tenista y Silvia cenando en algún lado, y me vendrá con los putos *dancings* .

—Que no, de verdad. Saludamos a Cósima y a Eugenia, elogiamos las esculturas y a casa.

Germán se acabó el café, se puso la chaqueta.

—Que tengas un buen día —le dijo.

—Espera —le dijo Gabriela levantándose y dirigiéndose a su encuentro.

Él sabía perfectamente qué se disponía a hacer. Y, como casi cada mañana de esos no sé cuántos años que llevaban juntos, se arrodilló frente a él y le puso los bajos del pantalón hacia dentro.

A Germán, llevar los bajos del pantalón largos ni le parecía un problema ni le preocupaba lo más mínimo. Muchas veces, cuando

salía con prisa le decía que era una pesada. Veinte mil veces le había dicho que era una pesada. Ya en Boston y remangándole los tejanos se lo decía, pero era inútil repetírselo otra vez, así que se dedicaba a observarla doblar los bajos en su ritual matutino, mientras volvía a escuchar lo que escuchaba día sí, día también.

—Es que no entiendo estos flotadores encima de los zapatos. —Se levantó—. Es una manía. No lo puedo evitar.

Se acercó a la boca de su marido y le metió la lengua, a la vez que le rozaba la bragueta del pantalón con la mano.

Casi un año sin hacer el amor, demasiado tiempo. Germán respetó paciente el duelo invisible de la infecundidad de su mujer. El vacío que invadía su vida. Que deseaba que pronto mitigara y se desdibujara del alma de esa mujer a la que tanto amaba.

Gabriela notó el sexo de su marido endurecerse en un segundo.

—Pero ¿tan rápido? —le dijo riéndose.

—Qué quieres... Hemos pasado de hacerlo diez veces a la semana a no hacerlo nunca... ¿Cuánto hace? Es que ya no me acuerdo de la última vez —le contestó casi dándose pena a sí mismo.

—Mira tú por dónde que hoy después de la *vernissage* y los *dancings* ... igual pillas.

—Gabi, no me jodas con los *dancings* . —Y entre ingenuo y tierno siguió—: Oye, pero... que si quieres llamo ahora a la oficina y digo q...

—Tira, anda, tira —le contestó con dulzura, riéndose y acompañándolo a la puerta.

*

Bosco clavó la perorata de la escultura abstracta, el arte conceptual, la herida y la cicatriz. Obvió eso de que escupía sobre la obra, no porque se lo hubiera advertido su mujer, sino porque el marchante de arte, pocas horas antes de empezar la *vernissage* , y cuando el último ensayo general, se lo quitó de la cabeza.

Cuando llegó la ovación final, Cósima, enamorada, miró a los ciento veinte asistentes a los que se había enviado la invitación formal. Muy orgullosa de ser la esposa de Bosco de la Loma-Osorio, el hombrecito escultor. Observó a su suegra, que asintió con una sonrisa que ella le devolvió. Las tensiones se habían mitigado desde la boda. Cinco años habían pasado ya... Ya se tenían cogido el pulso la una a la otra. Vio a su tía Eugenia aplaudir junto a su marido Emmanuel. A sus cuatro hermanas junto a sus maridos. A Silvia, que finalmente había decidido acudir con Salva. En la otra punta de la sala reconoció a Zaira junto a Abril. A Keita y a su dulce y sumisa mujer senegalesa. A las de los colegios de la Bonanova con sus chicos. A Consuelo Garza con su marido. A Pía y a Pablo. Todos aplaudiendo en semicírculo al hombrecito de ojos siniestros que, cabizbajo, sonreía agradecido frente

a los cubitos de Rubik.

De Germán y Gabi, ni rastro.

*

Gabriela miró el reloj analógico que rodeaba su muñeca. Había quedado con Germán hacía más de diez minutos en el vestíbulo central de la Facultad de Ingeniería Naval, en Pla de Palau, donde se encontraba en esos momentos. Desfilaban algunos alumnos, mayoritariamente hombres, frente a ella y saliendo de las clases entre animadas charlas. Se quedó sola en el vestíbulo. El pequeño edificio de arquitectura neoclásica siempre le había parecido una joya desconocida en el centro de Barcelona. A las siete y media de la tarde de un mes de septiembre, el techo de cristal todavía inundaba de luz el espacio. En el centro, una maqueta de cuatro metros de eslora de un navío construido a finales del XVIII y que esquivaban cada mañana alumnos y catedráticos. Una escalinata similar a la de un palacio conducía a los futuros ingenieros y a los profesores, entre ellos su marido, a sus aulas. Mientras esperaba, pensó que habría sido hermoso estudiar en una facultad tan bella como esa y no en el gigantesco mamotreto de hormigón de la Universidad Autónoma de Barcelona. Se sentó en el banquito de la entrada. Iban a llegar después de las palabras de Bosco. Le hubiera gustado escucharlo. Lo cierto es que nunca había visto la obra que tanto elogiaba Cósima y sentía curiosidad.

Oyó la voz de dos alumnas que bajaban por las escalinatas y alzó la mirada. Germán bajaba con ellas. Se reían los tres. Gabriela se levantó. Ellas se despidieron con un excesivamente femenino y coloquial «adiós, profe» y salieron.

Germán caminó hacia ella.

—Perdona..., tenían unas dudas y se me ha alargao.

—Adiós, profeee —repitió Gabriela burlona.

Germán arqueó las cejas.

—¿Estás celosa? —preguntó incrédulo.

Incrédulo, porque en todos esos años de matrimonio ella nunca había dudado de él, ni una sola vez. Ni una. Así que era extraño que Gabriela se mofara de esas dos estudiantes pizpiretas a quienes, no nos vamos a engañar, algo de gracia sí les hacía ese joven profesor.

—Va, vamos, que llegamos tarde.

—Estás celosa —se reafirmó Germán orgulloso, porque hasta le hacía ilusión que su mujer pensara que otras mujeres también podían desearlo—. Oye, Gabi, una cosa: yo voy a la exposición..., pero te recuerdo que esta mañana me has promet...

—Que sí, pesao. Que sí.

*

—Si te cojo de la mano, no me la sueltes, ¿vale? —le dijo Gabi según entraban en la galería Kreisler.

Germán hizo una mueca leve de «¿qué pasa?».

A él no le gustaba cogerla de la mano. Ni a ella. Ni tampoco a Gina, su novia en la universidad, la mujer de tobillos anchos. No es que hubiera supuesto ningún problema en la pareja, pero era un hecho. Era poco cariñoso en privado y menos aún en público. Sin embargo, a Gabriela, de vez en cuando y si la ocasión lo favorecía, le cogía la mano. Como ese día tras el abrazo de la base náutica y caminando por la playa de la Barceloneta después. Ese día, y dadas las fatales circunstancias, Germán aguantó más de lo habitual caminando de la mano de su mujer. Porque, por regla general, hacía un movimiento extrañísimo al sentir la mano de Gabriela y flexionaba el codo de una manera casi ortopédica y la acababa soltando.

Poco cariñoso y poco detallista. Nunca se acordaba de su cumpleaños. En Sant Jordi sí caía la rosa, pero porque en Barcelona el 23 de abril es imposible no comprar una de los seis millones y medio de rosas que se desperdigan por la ciudad. Imposible. Hay que visitarla para entenderlo y es hermoso visitarla. 14 de febrero, 27 de marzo o 7 de julio eran fechas idénticas. Lo cierto es que a Gabriela le daba bastante igual. Aunque la frase «Germán, es que eres solo cariñoso cuando tienes ganas de follar» sí sonaba de vez en cuando en su ático del paseo del Born. Porque era así. Por poner al lector en situación: cualquier noche pasados los cinco años de relación y antes de intentar quedarse embarazada y empezar el proceso de reproducción asistida, cualquier viernes por la noche, la situación es la siguiente:

Gabriela mira una comedia romántica en camisón y con los pies desnudos tumbada en el sofá. Germán mira el móvil o el ordenador sentado en una butaca, también frente a la televisión. Tras el pacto, ese viernes le toca a ella elegir peli. A Germán la comedia romántica se la trae al pairo. Acaba de hacer no sé qué de trabajo que le ha contado a Gabriela, deja el móvil o el ordenador en la mesa baja situada frente al sofá, se levanta de la butaca y se sienta al final del sofá donde está tumbada Gabriela en camisón sintiéndose Jennifer Aniston o mejor Jennifer Garner. Germán coge los pies de Gabriela, se los pone sobre sus piernas, posa su mano encima de sus tobillos y la acaricia un segundo o dos. Entonces Gabriela, sin apartar la vista del televisor, dispara:

«Germán, no tengo ganas de follar».

Porque van a hacer quince años de casados. Le conoce cada movimiento.

«Oye, Gabi, que solo te estoy acariciando.»

«Sí, ya», contesta sin despegar la mirada del televisor.

Germán deja de acariciarla, vuelve la mirada al televisor y espera unos segundos. Jennifer hace de las suyas en el plasma. Germán mira a su mujer.

«Tú no hagas nada. Tú sigue mirando la tele. Ya lo hago todo yo.»

«Germán, que no...», le dice con dulzura.

«Va, Gabi, que hace muchos días ya.»

«Pero qué muchos días, Germán: la semana pasada.»

«Pues eso, muchos días... Pero, Gabi —sigue con suavidad y cariñoso —, si tú no tienes que hacer nada. Lo hago todo yo.»

Y que «qué pesao eres, Germán».

«Pero si te estoy diciendo que no tienes que hacer nada. Tú sigue mirando la tele.»

Y Gabriela lo mira a los ojos y le dice:

«No voy a hacer nada».

Y sentir ya su mano subiendo por sus piernas y acabar, frente a Jennifer, haciendo muchas cosas y, entre ellas, el amor.

*

Gabriela y su madre hablaron una vez al respecto de estos hombres tan poco cariñosos que habían elegido como parejas. La madre, loba vieja, ya las había visto de todos los colores y le dijo: «Mira, hija, cuanto mayor, cuanto más caro es el anillo que te regalan, más grandes son los cuernos que te meten. Así que el hecho de que Germán no se acuerde de tu cumpleaños, o no sea excesivamente cariñoso, casi me atrevería a decir que es buena señal».

Por eso aquella tarde le extrañó tanto a Germán la petición de Gabriela, y por eso la miró interrogante al entrar en la galería Kreisler.

—No te pido tanto —insistió ella—. No me sueltes de la mano si te la cojo —rogó atravesándolo con la mirada—, por favor.

Entraron en la Kreisler y, como si Gabriela supiera lo que iba a acontecer, se toparon con Consuelo Garza, embarazada de nuevo, junto a su marido. Germán dosificaba, inconscientemente, los momentos afectivos para con su mujer, como en ese momento en que ponía un pie en la galería Kreisler. Era un tipo poco cariñoso, poco detallista, pero un hombre rápido e inteligente. Germán vio el vientre abultado de la acérrima enemiga de su mujer y, antes de que Gabriela le cogiera la mano, pasó su brazo por los hombros de ella, acercó su boca a su cabello y la besó con ternura.

Gabriela entrelazó la mano de él con la suya y pasaron ambos junto a la familia feliz sin detenerse. Cuánto le gustaba caminar con su hombre de metro ochenta y siete a su lado; el de la Garza no pasaba del metro sesenta.

Vieron a Silvia junto a Salva, frente a la serie de esculturas

denominadas «Homenaje a Rubik».

Salva y Germán entablaron una profunda conversación:

—¿Qué tal, tío?

—Bien, bien. ¿Tú?

—Currando.

—¿Y qué? ¿Os habéis comprado el Audi ya, o seguís con el Volvo?

Silvia aprovechó la elaborada conversación de sus maridos para acercarse al oído de Gabriela.

—Pablo y Pía están saliendo por la puerta.

Gabriela volvió la mirada hacia la puerta. Y sí. Se encontró a Pablo Hausmann. A Pablo mirándola. Sintió un latido en el corazón.

Se mantuvieron las miradas y se hablaron con la mente.

«¿Me estás mirando, Pablo?»

«Sí, te estoy mirando, Gabriela.»

Era algo magnético totalmente inexplicable lo que sucedía entre ellos dos. Pía hablaba distraída con una mujer. Gabriela notó cómo el corazón se le aceleraba al sostener la mirada a Pablo. Debían de estar a diez metros el uno del otro. Latidos y más latidos. Y, como ocurría siempre, Pablo apartó la mirada primero.

Y, en ese momento, Cósima se abalanzó, por detrás, sobre ella.

—¡Ya pensaba que no ibas a venir! —le dijo antes de besarle la mejilla. La cogió de la mano y le dijo a Germán—: Me la llevo dos minutos, que mis hermanas son muy fans de sus artículos y la quieren conocer.

Qué bonitas las hermanas de Cósima. La cubrieron de elogios por su columna semanal en *La Femme* .

Llegó Eugenia con Emmanuel, y Gabriela le hizo un gesto a Germán para que se acercara y acabaron los cuatro muy a gusto, tras salir de la exposición, cenando en El Jardín del Hotel Alma, en la calle Mallorca.

*

Gabriela semidesnuda, tumbada en la cama, notando la mano de su marido acariciarle el pubis, abrió los ojos.

—Perdona, Germán. No me concentro. No sé qué me pasa —susurró, casi avergonzada y decepcionada de ella misma.

Su marido llevaba acariciando su cuerpo cinco o diez minutos, quizá más. Gabriela, sin querer herirle, pero notando su sexo árido, cerró las piernas.

—Me cuesta, Germán... Perdóname.

Percibió una expresión afligida en el rostro de su marido. Un año rechazándolo. Él se había acercado a ella los tres primeros meses, pero Gabriela era incapaz de olvidarse del luto de sus cinco embriones y, con la ternura que podía, lo apartaba. Le acarició el rostro.

—Entra en mí —le dijo con delicadeza.

—Gabi, no. Por eso ya hemos pasado. Quiero que sea cosa de los dos.

—Métemela —le repitió con ternura—. Hazme caso, por favor.

—No, Gabi. No voy a hacerlo. Quiero que pienses en nosotros. Quiero que pienses en ti y no en...

Gabriela sabía qué le pedía. No hacía falta acabar la frase. Germán quería que su mujer pensara en placer y no en concebir; quería dejar de sentirse una máquina de producir semen, como le dijo una vez. Así que le cortó:

—Pensaré en mí. Te lo prometo.

Germán miró a su mujer. No muy seguro de que estuviera siendo sincera.

Gabriela, que lo vio dudar, lo miró traviesa. Atravesó con los pulgares las gomas de sus bragas negras y las deslizó por sus piernas hasta quitárselas. Notó a su marido serio y, entonces, Gabriela subió las rodillas, puso las manos en ellas y lentamente abrió las piernas.

La testosterona es la testosterona. La erección la tenía. Pero Germán era orgulloso y se resistió. Ya no era solo que su mujer pensara en su esperma más que en él, era también una cuestión de dignidad. Un año mendigando un sexo que no le daba. No era justo que ella decidiera cuándo y cómo.

—Pero, Germán... Mírate, mi amor —le dijo cariñosa acariciándole la erección—. Si estás más que preparado.

—Preparado llevo ya un año —le cortó—, pero quiero que pienses en ti. No quiero ni que pienses en mí. Piensa en ti.

—Te lo prometo, pensaré en mí, de verdad..., y en nada más... —Gabriela esperó unos segundos, luego le cogió la nuca y se acercó a su oído—: Ahora penétrame..., por favor.

Y después de un año de masturbaciones solitarias y profundamente sentimentales, Germán se puso encima de su mujer.

—Poco a poco —le dijo ella bajito y acariciándole la espalda.

Su cuerpo estaba totalmente cerrado. Él obedeció. Con cuidado, como le había pedido, entró en ella y sintió el cuerpo de su mujer contraído, estrecho, pequeño.

—Poco a poco —le repitió Gabriela sintiendo con cierto dolor la erección que le abría el cuerpo.

Germán siguió. Echaba tanto de menos estar dentro de ella... En el interior de ese cuerpo tan femenino y delicado que tenía su mujer. Aunque, más que volver a hacer el amor, más que estar dentro de ella y llegar al éxtasis, anhelaba desde lo más hondo de él lo que le había pedido: que Gabriela volviera a sentir, que volviera a desearlo. A desearlo como lo había deseado durante tantos años.

Gabriela notó la erección en lo más profundo de ella. Germán le besó los labios y jugó despacio con su lengua mientras entraba y salía

pausadamente. Gabriela cerró los ojos y le dejó que hiciera.

«Va, Gabi, siente. Cierra la herida. Ciérrala ya. Cicatriza», se decía a sí misma en sus pensamientos y buscaba la nada en la oscuridad. Buscaba el sosiego, la paz en su inconsciente. «No voy a poder. No voy a poder. Sí vas a poder. Va, Gabi. Siente —repetía su voz interior—. Claro que puedes volver a excitarte..., claro que puedes. No. No puedo...»

Notaba a Germán entrar y salir de ella, ahora algo más excitado. Más rápido. Notaba su aliento en su cuello.

«No voy a poder.»

«Sí vas a poder.»

Todo era psicológico. Todo.

Gabriela seguía con los ojos cerrados.

Y tardó. Tardó. Pero sucedió. Claro que sucedió.

Pausada, lenta y muy dulcemente, Gabriela se fue olvidando de quién era. Se fue olvidando de todos esos años de dolor continuo. De su deseo truncado. Se olvidó de esa mujer rota con el vientre hueco que caminaba por la vida con los ojos vidriosos. De sus cinco embriones muertos. De su herida.

El placer empezó a recorrer su cuerpo. Recorrió los dedos de sus manos. Las palmas de sus manos. Los brazos. Los pies. Las plantas de sus pies. Las piernas. Finalmente entró en su sexo y brotó la miel de sus entrañas. Gimió y, al oír ese suave gemido de su mujer, Germán supo que por fin sentía. Gabriela le dejó hacer. Dejó que él controlase su placer porque sabía que conocía su intimidad. Con suavidad. Hasta que Gabriela posó sus manos en las caderas de Germán, besó sus labios y salió de él.

—Me pongo yo encima —le dijo en un susurro.

Germán la obedeció. Se tumbó en la cama y ella se tumbó encima de él con las piernas cerradas. Se alejó unos centímetros y le sonrió.

Germán ya sabía lo que iba a hacer.

—Voy —le susurró ella.

Gabriela arrastró su cuerpo por encima del vientre de Germán, arrastró su sexo por sus pectorales, su sexo por su boca. Abrió las piernas. Apoyó las rodillas a los lados del rostro de su marido. Apoyó las manos en la pared. Germán le cogió la cintura y Gabriela, con las piernas abiertas, inclinó la pelvis y bajó su sexo hacia la boca de él. La lengua de su marido le acarició el pubis. Dejó que ella subiera y bajara controlando cada movimiento. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Un minuto. Dos. Ya estaba muy húmeda. Gabriela, entonces, abrió más las piernas y volvió a bajar su pelvis. Y la lengua de Germán lamió, por fin, ese trocito del cuerpo de Gabriela donde se concentra el placer. Y llegaron esas cálidas e intensas sensaciones que alteraban siempre su conciencia, y el placer se esparció por todo su cuerpo. Dos

minutos, tres. Y el trocito de vida, ahora tan estimulado, la hizo temblar, estremecerse, retorcerse. Suspiró, gimió con los ojos cerrados. Se acercaba a ese limbo invisible donde es imposible parar. Sin abrir los ojos, echó su cabeza hacia atrás. Bajó sus manos hacia su sexo, lo abrió hasta el infinito y se hundió en la boca de su marido.

Y por fin, como una loba salvaje, hambrienta del placer que no sentía desde hacía demasiado tiempo, Gabriela estalló en mil pedazos y, lentamente, se corrió.

*

«Pobrecito, pobrecito, pobrecito», se dijo a sí misma Gabriela pensando en su marido, mientras alejaba su sexo de la boca de Germán, con esa sensación hermosa e indescriptible todavía en su cuerpo. Descendió por el cuerpo de él, riéndose de sí misma.

A ver. Estas cosas que hacemos los seres humanos para sentir son raras. Vistas desde fuera son raras. O, por lo menos, eso pensaba Gabriela.

Pasó su mano por los labios y la barbilla de su marido, limpiándolo. Pobrecito, pobrecito, pobrecito. Todo pringado de esa miel que emanaba de ella.

Qué miel. Qué miel. Qué va a ser miel, es un líquido amargo con sabor extraño. Gabriela no era muy de morreos, pero esa ocasión lo merecía. «Sí, voy a meterle la lengua. Pobrecito, pobrecito.» Y le comió la boca mientras su sexo se hundía en él. Su marido la cogió de las caderas e hizo que la pelvis femenina lo embistiera con fuerza.

La rodeó con sus brazos. Apretó el cuerpo de su mujer desnuda y excitada, que tanto echaba de menos, contra él. Y Germán, el amor de la vida de nuestra protagonista, su compañero, su amigo, su mejor amigo, le dijo «te amo», emitió un suspiro sordo y, como un animal, y en lo más profundo de ella, se corrió.

Y la herida de Gabriela —no solo la del vientre, también la del alma — al fin cicatrizó.

*

Silvia levantó la mirada hacia su marido, entre incrédula y absorta, tras leer el título de la esculturita que sujetaba entre las manos. Regalo de Salva por su cuarenta cumpleaños:

*Homenaje a Rubik 3*
de Bosco de la Loma-Osorio
Escultura de acero con núcleo de metal
5,7 x 5,7 cm
Kreisler Contemporary Art Gallery, Barcelona

—Feliz cumpleaños, mi amor —le dijo Salva acercándose a sus labios, mientras observaba orgulloso la cara de perplejidad de su mujer al abrir el regalo.

Orgulloso, Salva, porque por fin había acertado con el regalo de su mujer. La expresión de Silvia lo decía todo. Él se había compinchado con Cósima en secreto para comprárselo.

—¿Qué? ¿Cómo te quedas?

Silvia seguía muda con el cubito del hombrecito entre las manos.

—¿Qué? No te lo esperabas, ¿eh? —insistió feliz Salva.

—¿Tú eres tonto?

Salva no entendió bien.

—¿Perdona?

—Que si eres tonto.

Ahora es Salva el que enmudece.

—*Ara sí que estic flipant.* —Salva utiliza siempre su lengua materna en momentos de conflicto.

—¿Me dices en serio que has pagado dos mil euros por esto?

—Silvia, es que no te entiendo. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Pero si te encantó... Cubriste con elogios las esculturas del tío este, ¿no te acuerdas? Que si la profundidad de la obra, que si la escultura abstracta, que si el arte rebelde...

—Joder, tronco. —Lo de «tronco» formaba parte de su argot madrileño, que salía, también, en momentos de conflicto—. Dije todo eso, sí, claro..., porque estaba Cósima delante. ¿Qué le iba a decir? ¿Que me parecía una tomadura de pelo? —Silvia bajó la mirada hacia el cubo, sin dar crédito—. Lo último que se me hubiera ocurrido es que me lo ibas a regalar... Qué fuerte, qué fuerte.

—*Que fort.* Qué fuerte —dijo Salva llevándose las manos a la frente. Levantó la mirada hacia ella—. Pues devuélvelo —dijo.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Es tu amiga.

—Pues por eso no se lo puedo devolver. Devuélvelo tú. Yo no me atrevo.

Se miraron en silencio. Silvia negaba con la cabeza sujetando a Rubik.

—Salva, no nos sobra la pasta.

—Ya lo sé.

—Pero ¿y entonces?... ¿Cómo se te ocurre pagar dos mil euros por esto? ¿Cómo se te ocurre?

—Joder, Silvia, pues porque te quiero. No sé. Te vi tan entusiasmada con la escultura abstracta... Si ya decía yo que era un puto trozo de hierro. —Salva miró la escultura, a la vez que negaba con la cabeza levemente de derecha a izquierda—. Es que me hacía ilusión acertar.

Ya sabes que soy un poco desastre regalando cosas y como yo no entiendo nada de arte..., pues yo qué sé..., me creí tus palabras y pensé que este tío era un lince.

—Dos mil euros —repitió Silvia incrédula—. Yo no me atrevo a devolvérselo.

Salva y Silvia clavaron la mirada en el cubo de Rubik.

—Habrá que buscar algún sitio para ponerlo...

Salva alzó los hombros. Abatido, mirando el acero.

—No sé. Para sujetar la puerta, igual —propuso él en un intento de salvar la situación—. Por lo menos nos ahorramos portazos en verano.

Silvia encajó a Rubik entre los objetivos y los libros de fotografía de la estantería del salón.

—Porque eso que decíais de la revalorización del arte... —tanteó Salva—, tampoco, ¿no?

Lo quería mucho. Silvia lo quería muchísimo. Aunque mal amante, era un buenazo, entregado, deportista, bajito pero con buen cuerpo, como le gustaban a ella. También fiel. Profundamente fiel. Su patrón. Pero qué simple. Qué simple. Pero qué tonto era a veces su marido.

*

Y llegó el anillo como trueque de los dos mil euros de Salva y algunas esculturas más en la joyería Rabat del paseo de Gràcia, 94. Un anillo finísimo en oro de veinticuatro quilates, y sobre el que descansaban nueve gemas: cinco esmeraldas y cuatro diamantes. Una sortija elegante y sutil. Porque los aristócratas tienen gusto, nacen con él. Cósima se miró la mano extendida con el anillo en el anular. Levantó la mirada agradecida y enamorada hacia su marido, en el dormitorio conyugal, y le besó los labios.

—Es precioso —le dijo Cósima sincera.

Se bajó la tira del camisón, luego la otra, y la seda verde se deslizó acariciándole el cuerpo, hasta quedarse en el suelo. Se quedó totalmente desnuda frente a él. Frente al hombrecito, que, lejos de lo que ella esperaba, forzó una sonrisa tímida.

—Han sido días duros. Demasiado trabajo —le dijo Bosco acariciándole la mejilla.

Sin pretender herirla, Bosco le dio la espalda y se tumbó en la cama.

Cósima, sin embargo, no entendió el evidente subtexto de sus palabras. Desnuda, como una gata, se arrodilló en la cama y caminó hacia él. El cuerpecito del hombrecito quedó sepultado bajo el cuerpo de ella. Cósima se acercó a su oído y le susurró:

—Tengo M.

En la elipsis temporal que separa a la gata del día de su boda, debe aclararse que Cósima y Bosco solo mantenían relaciones sexuales bajo los efectos de las drogas. Ya fuera alcohol, ya fuera marihuana o

MDMA. Era algo impuesto por la parte masculina de la relación. Y, como ella amaba de verdad, nunca puso pegas a consumir con su marido.

—Cósima, no podemos seguir consumiendo, nos estamos pasando. Las drogas quiero utilizarlas solo para crear, para sumergirme en el arte, en la escultura. Déjame, por favor. Estoy muy cansado. Respétame.

Bosco se dio la vuelta, apagó la luz de su mesita de noche y se cubrió hasta debajo de la nariz. Y así, con un precioso anillo de veinticuatro quilates, dos pastillas de MDMA en su bolso Cartier, terminó para siempre la vida sexual de Bosco y Cósima.

*

Hay que sentir compasión por Bosco de la Loma-Osorio. La palabra que lo define, que lo aterra y que lo persigue, es *posesión* . Un pobre niño edípico herido por su padre y poseído toda su vida por su madre sobreprotectora y sutilmente manipuladora, que consiguió anularlo como hombre. Y cuando por fin llegó la independencia de su madre, se vio abocado a una boda que, en el fondo, no deseaba. Ahora era Cósima quien lo poseía, porque ahora era Cósima quien lo sobreprotegía y lo amaba incondicionalmente, como lo había amado su madre. En su subconsciente, él interpretó esa boda única y exclusivamente como un cambio de propietaria, de dueña.

Bosco tenía sueños sórdidos, donde yacía desnudo con el pene flácido en la cama entre las dos mujeres: Cósima y Cayetana, madre y esposa. Ellas yacían junto a él vestidas de pies a cabeza. Su madre le cogía de la mano derecha; Cósima de la izquierda. Y él intentaba levantarse y salir de la cama sin que ellas se dieran cuenta. En el sueño, Bosco lo lograba. Silencioso movía sus piernas anhelando escapar, pero se percataba de que sus pies estaban atados al lecho conyugal. Y ellas, dulces, lo cogían de la mano, de nuevo, para calmarlo y volver a tumbarlo a su lado.

Asfixia. Bosco de la Loma-Osorio junto a su mujer sentía una terrible asfixia.

*

—¿De dónde saca usted su inspiración, señor Auster?

Paul Auster tardó un segundo en contestar.

—De mis heridas. —Hizo una pausa antes de añadir, también en inglés—: Todos los novelistas somos en el fondo personas heridas. Somos gente para la que el mundo no es suficiente y tenemos esta pulsión por construir otros mundos.

A su lado, el escritor y traductor Pablo Hausmann daba voz a sus

palabras traduciendo en castellano.

A cinco metros de Auster y Hausmann, sentada en la primera fila del auditorio del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), la periodista Gabriela Salinas los escuchaba con el corazón palpitándole a doscientas pulsaciones por minuto.

No había contado con ver a Pablo allí, junto a Paul Auster. De hecho, ella ni siquiera tendría que estar en la presentación de *Sunset Park* , la última novela del escritor norteamericano: *La Femme* solo entrevistaba a mujeres del mundo de las artes, no a hombres. Pero ¿qué escritor no quiere escuchar las palabras de un maestro?

Eugenia consiguió entradas para las dos.

Gabriela llegó una hora antes de la presentación. Fue de las primeras en entrar en el CCCB. Como en el teatro, y de eso Gabriela sabía mucho, siempre es mejor estar en la fila uno.

Y allí estaba en ese instante con el corazón desbocado, intentando descifrar el sentimiento que le provocaba ese escritor con el que se había cruzado por primera vez hacía ya más de seis años en la Feria del Libro de Londres. Una hora entera tenía para observarlo a cinco metros de distancia, con ese corazón que no paraba.

Una mujer de cuarenta y un años no puede sentir de la manera que está sintiendo Gabriela por un hombre al que no conoce de nada. Un hombre al que admira como escritor, pero nada más. Es un sentimiento más propio de una veinteañera que de una mujer madura como ella. Eso lo sabía Gabriela, pero no podía controlarlo. No podía. No entendía el deseo que despertaba en ella. No entendía cómo podía ese deseo alargarse tanto en el tiempo sin haber cruzado ni una sola palabra.

Gabriela, inquieta, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y suspiró.

—¿Estás bien? —le preguntó Eugenia en voz baja, y como Gabriela asintió, añadió—: Qué bien que modere Pablo —siguió—. Lo hará bien.

—¿Lo conoces? —le preguntó silenciosa y algo alterada.

—Publica con nosotros su próxima novela.

Gabriela no respondió.

Cómo las editoriales se roban escritores (de éxito) da para una novela entera. Es difícil cruzarse con un escritor en los edificios de las grandes editoriales; en ellas no hay escritores trabajando dentro, hay editores; equipos de derechos de autor; equipos de prensa; equipos de marketing; de diseño de cubiertas; correctores; comerciales; secretarias; guardias de seguridad; camareros; señoras de la limpieza... Hay mucha gente. Trescientos cuarenta y cinco trabajadores concretamente en el edificio de paseo de Gràcia. Pero escritores no hay ni uno. Están encerrados en sus casas hablando, solos, con sus

mentes. Tecleando todo el día en profunda soledad. Los escritores van dos, tres, cuatro veces en todo el proceso de escritura, que puede alargarse un año, o dos, o cinco, depende de la exigencia de cada uno, porque la frase perfecta no existe. No, no hay escritores en las inmediaciones de las editoriales.

Aun así Gabriela piensa que ella y Pablo trabajan para la misma empresa. Piensa que hay cuatro ascensores que suben a las diez plantas del edificio. La posibilidad de que Gabriela entre, sola, en el mismo ascensor que Pablo, en esas escasas cuatro horas a la semana en que ella acude a las oficinas de *La Femme* , es remota, nula. Y, sin embargo, ese es el pensamiento que cruza su mente en esos instantes.

Gabriela se fue calmando a medida que la presentación avanzaba. Pablo no la había visto. Gabriela se fijó en sus ojos, en su sonrisa, en su voz grave, en cómo gesticulaba en exceso. En esa timidez escondida tras un buen comunicador. En su vestimenta despreocupada. Sonrió cuando vio los bajos del pantalón demasiado largos.

«Qué guapo eres, Pablo...»

Acabó la presentación de Paul Auster y llegó la ovación tras sus últimas palabras. El mito se había hecho hombre. Auster fue cercano y amable.

Y Pablo, finalmente, vio a Gabriela a cinco metros de él. Ella miraba en ese momento a Paul Auster, pero se sintió observada y volvió la vista hacia él.

«¿Me estás mirando, Pablo?»

«Te estoy mirando, Gabriela —le contestó con la mirada—. Sí que te estoy mirando. Porque esta historia que tengo contigo yo tampoco la entiendo. Eres el patrón de mujer que me gusta. Y no es tan fácil encontrarlo. A mi edad no es tan fácil.»

Todo eso se lo dijeron con una mirada de dos segundos y, como siempre, él apartó la mirada primero.

Pero una mirada de dos segundos entre dos desconocidos que se desean es una eternidad. Y la eternidad de esa mirada se alargó hasta que, de vuelta, Gabriela llegó a su apartamento del Born. Sabía que su marido llegaría de trabajar en media hora. Quizá menos.

No. A su marido no le gustaría saber lo que iba a hacer. Pero su secreta intimidad era suya. Solo suya.

Entró en el lavabo, cerró la puerta, encendió la luz. Se fue al rinconcito de siempre, desde donde podía mirarse en el espejo. Se apoyó en la pared, se desabrochó la camisa, el cinturón, el botón del tejano, y se bajó la cremallera mientras se decía a sí misma que no pasaba nada. Que acariciarse pensando en otro hombre no era ser infiel. Cerró los ojos y lentamente deslizó la mano por debajo de las bragas. Imaginó que su mano era la mano de Pablo, que era él quien acariciaba su sexo. Y con los ojos cerrados siguió acariciándose. Una

mujer puede llegar al orgasmo ella sola en apenas un minuto. Depende de lo que ella quiera. No. Un minuto no. Haz que dure.

Se acarició el pecho pensando que lo hacía Pablo. Se acarició los pezones. Bajó de nuevo hacia el pubis. Índice, medio eran Pablo hundiéndose en ella. Y entró y salió de ella. Se imaginó hablando con él mientras le hacía el amor. Se imaginó que le acariciaba esa barbita llena de canas con la que lo había visto hacía unas horas.

—Qué guapo eres, Pablo —dijo en un susurro, como si se lo dijera a él, hundido en ella y al oído.

Se oyó hablar a sí misma en ese mundo que no existía, y se excitó. Y apretando el trocito de su mundo y porque la imaginación es igual o más poderosa que el sexo, pronunciando el nombre de Pablo a la vez que aceleraba en círculos sus dedos, Gabriela se disolvió.

*

Una semana más tarde, Gabriela está en ese mismo lavabo de su apartamento, sentada en la encimera de mármol junto a la pila. Deja pasar unos segundos con la mirada clavada en la palma de su mano. Apoya el dedo índice de su mano derecha en el meñique de la mano izquierda.

Espera.

Piensa.

Despistada. Descuidada. Desordenada. Dejada. Adjetivos que su marido menciona cuando discuten.

Gabriela no recuerda cuántas veces se ha dejado las llaves dentro de casa. Cuántas veces ha tenido que recogerle las llaves a Germán en su oficina. «No lo entiendo, Gabi, ¿otra vez? Piensa antes de cerrar la puerta de casa. Eres un desastre.» Y ella no contesta porque tampoco se entiende muy bien a sí misma. Se nace así, con los años se mejora, pero se nace despistado.

—Eres un desastre —le repetiría Germán—, un desastre.

—Soy un desastre. Soy despistada, descuidada, dejada... Joder con las des, Germán. A ver si voy a empezar yo con las pes: perfecto, puntual, pulcro... ¡Mira! Me sale otro y en relación con tu pulcritud... Pesao de cojones.

—Paciente, que también empieza con pe, porque paciencia contigo tengo mucha. Y para, Gabi, que nos vamos a enfadar.

—Sí, lo sé, mejor me voy con Silvia a pasar el día. ¿Por qué, Germán? Yo pregunto por preguntar. Porque la respuesta ya la sé. ¿Hoy sábado? Con este sol que pega. ¿Bajar a la playa? ¿No? No.

—He tenido una semana complicada.

—Ya me lo imaginaba. Ya. Pues nada, quédate. Quédate aquí encerrao. Solo.

Solo no, Gabriela. Solo no. Con sus novelas, con la Fender y con

Alexa, con la que, por cierto, habla más que contigo.

—Gabi...

Ella estaría en la puerta con el pareo y la crema solar dentro de la mochila.

—¿Qué?

—Coge las llaves.

Solo que hoy Germán está en Boston, y Gabriela, sola con la palma de la mano abierta sentada en la encimera de mármol del lavabo.

Piensa.

Respira.

Se concentra.

Vuelve a mirarse la palma de la mano abierta, el dedo índice aún en el meñique de la mano izquierda. Cuenta en alto, uno a uno, los cinco dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once... —Así hasta el treinta y dos, y luego para y se regaña en voz alta, como hace a menudo—: Pero ¿cómo estás contando?

Da un pequeño salto de la encimera del lavabo y va a su dormitorio. De su lado de la tarima coge su agenda mensual de papel, imprescindible en su vida. Todo estaba apuntado allí. Busca el recuadro del día 5 de marzo. Lee de su letra y puño lo siguiente:

*Como una perra en un descampado*
Sala Becket. 20.00 horas

Desgarradora, magistralmente escrita por una joven dramaturga que relataba su experiencia personal al haber perdido a su bebé en su vientre al octavo mes de embarazo. Eso es escribir. Eso es ser generoso. Eso es tener talento.

Gabriela recuerda que al acabar la función había quedado con la actriz que la protagonizaba. Recuerda que fue al lavabo porque sentía ese punzante dolor en el vientre, sabía que tendría las braguitas manchadas de sangre y ella nunca llevaba compresas encima. Descuidada, despistada.

—¿Seguro que ese día tenías la regla? —se preguntó a sí misma.

Seguro, sí, porque recuerda que tuvo que pedirle, algo apurada, una compresa a la actriz.

Dedo índice de la mano derecha sobre el cuadradito del 5 de marzo en su agenda.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... —Sigue la mujer de letras contando hasta el día cuarenta y dos—. ¿Cuarenta y dos? No puede ser —dice en alto Gabriela.

Sí, Gabriela: cuarenta y dos días sin tener la regla. Cuarenta y dos.

El pulso se le acelera.

Está sentada en la cama. Se masajea el pecho. Respira hondo y,

despacio, muy despacio, pone las palmas de sus manos abiertas sobre su vientre. Primero lo acaricia y luego, muy muy lentamente, se abraza.

*

Dos Predictor en la farmacia del paseo del Born. Dos Predictor en la farmacia de Marquès de l'Argentera. Dos Predictor en el carrer dels Sombrerers. Seguramente estaba todo en su cabeza, pero creía ver la cara de compasión de las farmacéuticas de su barrio cada vez que entraba en busca del test de embarazo.

Había quedado en tres horas en casa de Silvia para ayudarla a elegir las fotos que acompañaban la columna de Gabriela en *La Femme* . Aún tenía que subir a Gràcia, buscaría una farmacia por allí, en Gran de Gràcia había varias y allí ninguna farmacéutica la conocía.

No le iba a decir nada a Silvia. Compraría el Predictor, lo envolvería en una bolsa de plástico y se lo metería en la mochila. Ni una palabra. Además, sabía que hasta el tercer trimestre, pasada la semana doce, un 20 por ciento de las primerizas perdían a sus bebés. «¿De cuánto estoy?», se preguntó.

«Todavía no te has hecho el test de embarazo. Igual no estás embarazada. Es un retraso de regla. —Todo esto se lo decía a sí misma en silencio—. No vas a decir nada. Ni a Silvia. Ni a Cósima. Ni a tu madre.»

A nadie. Germán llamaría esa noche desde Boston. Tampoco le diría nada.

Gabriela camina por Jardinets de Gràcia, sube por Gran de Gràcia, entra en la farmacia, compra el Predictor y se lo mete en la mochila.

«Tú callada, Gabi. Cállate. Cállate. Cállate. Que ya te dice tu marido siempre que hablas demasiado. Cállate. Cállate. No voy a decir ni una palabra.»

Llega a casa de Silvia y llama a la puerta. Silvia abre, se abrazan, se besan en la mejilla y caminan hacia el ordenador. Silvia la nota extraña, silenciosa. Gabriela siempre habla. «Cállate.»

—¿Qué te pasa? —le pregunta Silvia.

—Nada.

—¿Nada?

—No. Nada.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Estás rara.

Gabriela espera un segundo. Mira a los ojos a su amiga. «Cállate.» Es imposible, imposible. Gabriela a sus amigas se lo cuenta siempre todo. Lo hacía en su juventud, lo hace como mujer adulta. Muy seria y muy insegura, dispara:

—Creo que estoy embarazada.

Silvia grita. Muy alto. Un largo alarido sale de la boca de la madrileña e invade su pequeño apartamento. Se abalanza con un abrazo sobre ella y grita de nuevo. Le besa la cara, las mejillas. No le besa la boca porque no es apropiado, pero se la besaría.

—Espera, Silvia, que no lo sé seguro. No me he hecho el Predictor todavía.

—¿Ah, no? —pregunta incrédula Silvia—. A ver, déjame verte las tetas.

Silvia le levanta la camiseta, mete sus manos por entre el sujetador. Las mira. No las toca porque no es apropiado, pero las tocaría.

—Sí, están hinchadas. ¿No te lo has notado?

—¿Tú crees?

—Sí.

—Tengo los Predictor en la mochila.

Silvia le da un vasito de plástico de esos que venden en packs de diez en la sección infantil del Ikea, y Gabriela se mete en el lavabo. Se baja los pantalones, las braguitas con la goma dada, y, nerviosa, orina en el vasito. Introduce las dos tiras reactivas dentro. Sale del lavabo suspirando y entra en el salón para sentarse en el sofá junto a Silvia. Deja el vasito sobre la mesita.

Esperan. Esperan deseando las dos que la hormona gonadotropina coriónica humana se manifieste en dos rayitas color rosa pálido en las tiras reactivas.

—Porque lo de los falsos positivos... —titubea Gabriela volviendo su mirada a Silvia—, ¿tú sabes cómo va?

—¿Falsos positivos?

—Sí, dicen que hay falsos positivos.

—Digo yo que dos Predictor no pueden equivocarse, ¿no? No lo había oído nunca.

—Una de las tantas veces que me lo hice, leí que si tienes quistes en los ovarios puede que salga un falso positivo. Yo tengo. ¿O era falso negativo? Ahora ya no me acuerdo.

Gabriela vuelve la mirada hacia el vasito. Presiona con el dedo pulgar la palma de la otra mano hasta hacerse daño. Prefiere el daño físico que la angustia del alma. Presiona un poco más fuerte.

—Han pasado cinco minutos.

Silvia asiente.

—¿Lo miras tú? —le dice Gabriela, nerviosa no, lo siguiente.

Casi se hace sangre en la palma de la mano.

Silvia se inclina hacia el Predictor y presencia el milagro. Porque aquello es, definitivamente, un milagro. Ha vivido cada embrión muerto de su querida amiga como un aborto suyo, ha llorado con ella varias veces. La ha abrazado y consolado con cada embrión muerto. Y,

sí, le habría prestado su vientre. Claro que sí. Silvia se vuelve hacia Gabriela con los ojos húmedos, la abraza más fuerte que nunca y grita también lo más fuerte que puede.

—¡¡¡HAY CUATRO RAYAS ROSAS !!!

*

La puerta automática de la Terminal 1 del aeropuerto de El Prat se abrió cuando Germán salió arrastrando una maleta de mano. Gabriela corrió a su encuentro, y él la miró sin entender esa euforia de su mujer al verlo. Porque ella no quiso contárselo por teléfono, prefirió esperar a decírselo en persona.

Gabriela se abalanzó sobre él y, antes de besarlo, le dio la noticia.

Y allí, en esa concurrida Terminal 1 de llegadas internacionales del aeropuerto de Barcelona, Germán, a sus cuarenta y seis años recién cumplidos, con alguna cana de más, buscó la mirada de su mujer. Y ese hombre tímido, que parecía impasible, como si nada fuera capaz de emocionarlo, se conmovió.

*

El objetivo 150-600 S F2.8 es la lente más utilizada por los fotoperiodistas de todo el mundo como complemento a sus cámaras digitales de objetivos intercambiables. Además, la velocidad de enfoque es rápida y silenciosa. Dicho objetivo descansaba en una estantería de Ikea del piso de Silvia, junto a la escultura *Homenaje a Rubik 3* .

Cósima observó el Rubik. Pensó en decirle a Silvia que pusiera el cubo de acero sobre una peana, que así lo ensalzaría. Pero en vez de eso cogió la óptica con cuidado y la admiró.

Es lógico preguntarse por qué quedaban las tres amigas siempre en el pequeño apartamento de Silvia y no en el casoplón de Cósima o en el ático de Gabriela. Hay que conocer Barcelona para responder. Cósima vivía en el norte de la ciudad; Gabriela, cerca del mar: el barrio de Gràcia está en medio. Así que ese siempre era el punto de encuentro. Elegían las fotos las tres juntas. Cósima y Silvia discutían a menudo porque Cósima buscaba la perfección en el estilismo, y Silvia, en la expresión del rostro de las fotografiadas. Gabriela prefería no opinar, porque lo había hecho en una ocasión y salió escaldada. Luego escuchaban a Gabriela leer las entrevistas, o sus nuevas historias de mujeres casadas. Las dejaba opinar, a menudo les hacía caso. Y luego, ya sobre las dos, Cósima y sus platos macrobióticos ahora tintados de hierbas africanas, y el placer de divertidas conversaciones. El placer de tenerse las tres. Tres amigas escogidas, ya casi, como hermanas.

Ahí están las tres en la sobremesa, Gabriela con una panzota de

ocho meses al aire tumbada en el sofá; Silvia a su lado con la mano en el costado derecho del vientre de su amiga, notando las patadas de Germán bebé, que siempre se mueve después de que Gabriela coma; Cósima con la óptica entre las manos:

—¿Cuánto me puedo alejar con esta óptica para hacer una foto sin que me vean?

—Doscientos metros más o menos —respondió Silvia.

—Porque esta noche, ¿vosotras qué hacéis? —preguntó Cósima.

—Ver la tele con mi marido.

—Nada especial —dijo Silvia.

Cósima las miró y sin aclarar nada acabó:

—Os necesito.

Aproximadamente seis horas más tarde, unas farolas anaranjadas iluminaban la calle Berlín esquina Nicaragua. En el chaflán, un Volvo aparcado. Un Volvo con tres tipas muy serias.

Gabriela y su panza, al volante.

Silvia con su Nikon y el objetivo 150-600 S F2.8, en el asiento del copiloto.

Cósima con una pamela y unas gafas de mosca oscuras que se había comprado en el *duty free* del aeropuerto de Dakar, en el asiento trasero.

—No lo entiendo. No entiendo cómo nos has convencido —dijo Gabriela sin encontrarle pizca de gracia al asunto.

—Calla —respondió nerviosa Cósima—. *No trigarà a arribar.*

—Dice que no tardará en llegar —tradujo Gabriela, no fuera que Silvia se perdiera algún detalle.

—¿Te acuerdas bien de cómo es Bosco?

—Bajito. Bastante bajito.

—A ver..., tan bajito, tan bajito no es —dijo algo ofendida Cósima.

—Bueno, perdón. Más bajo que tú sí, ¿no? —contestó Silvia algo atrapada, y siguió ensalzando al marido de Cósima, para no herir a su amiga—. Así guapete, pelirrojo, barbita.

Gabriela intervino:

—Es muy fuerte esto que estamos haciendo. La aristocracia hacéis cosas muy raras. Estamos espiando a tu marido. *És molt fort això que estem fent.*

—¡Ay, calla, Gabi! Me estás poniendo nerviosa.

—Un poco fuerte sí es, Cósima. No sé —dijo Silvia.

Las amigas permanecieron en silencio. Aguardando, escondidas, la llegada de Bosco de la Loma-Osorio a la calle Berlín.

—¿Pongo música? —preguntó Gabriela.

—No, que nos desconcentramos.

A Gabriela no le gustaba nada lo que estaban haciendo. Ella no sería capaz de hacerle algo así a su marido. ¿Espiarlo? Es verdad que no es

justo juzgar sin haber pasado por ello, pero dudaba que ella pudiera hacer algo así, aunque si a ella le ocurriera lo que a su amiga... Cósima se había sincerado con ellas en casa de Silvia: les había confesado esos cinco años de aséptica relación sexual que llevaba con su marido. Bosco no la trataba mal, todo lo contrario: era atento, afectuoso, le hacía preciosos regalos por su cumpleaños —desde finas joyas hasta arreglos de orquídeas blancas—, era más que correcto con su familia —la propia y la política— y asistía sin rechistar a los numerosos eventos de la familia de Cósima: comuniones de sobrinas, cumpleaños de cuñados, Navidades y fiestas de guardar. Pero, al margen de unos suaves besos en la frente, Bosco no la tocaba nunca.

*«Mai?»*

*«Mai.»*

«¿Nunca?», había traducido Silvia, a punto de sacarse el nivel B de catalán.

«Nunca. Mi marido no me toca nunca... Desde hace... mucho. —Les había devuelto una sonrisa amarga antes de bajar la mirada, avergonzada, hacia su regazo—. Antes con el vino, una rayita..., pero ahora nada. No, no me toca nunca. Huye de mí.»

Cósima había insistido en acudir a terapia de pareja. O él solo a visitarse, si así lo prefería. Le insinuó que acudiese a un sexólogo para averiguar qué tenía que no le permitía tener una erección con su mujer.

Bosco alegó disfunción eréctil.

Sin embargo, hacía varios meses que Cósima sospechaba que había otra mujer en la vida de Bosco. Cada lunes cogía su Jaguar por la noche y, según le decía a Cósima, volvía al astillero de Badalona a encerrarse en su taller escultórico y crear. Él aseguraba que trabajar de noche era profundamente productivo: en silencio, sin los veinte artistas plásticos con los que compartía el astillero, la concentración era plena. Según le explicó a Cósima, sus manos daban formas ilimitadas en contacto con el subconsciente de su mente y no sé cuántas historias más, que por supuesto ella creyó.

Pero un lunes por la noche a las dos de la madrugada y de vuelta de una cena alcohólica con las del Liceo Borja, Cósima se presentó por sorpresa en el astillero de Badalona, borracha y con muchas ganas de hacerle el amor a su marido, y allí no había nadie. Fue astuta. No le dijo nada y al lunes siguiente, cuando Bosco repitió que se iba a buscar la inspiración, Cósima ya tenía un taxi esperándola en una callejuela perpendicular a su casa. Porque, además del lunes, la hora en que Bosco salía era la misma: las ocho y media.

Qué simpleza la del sexo masculino. ¿Cómo no os van a pillar? Si es que dejáis pistas por todas partes. Porque nosotras, si lo hacemos, somos hábiles; mucho más hábiles que vosotros. Qué lástima que

nosotras no sepamos separar el sexo del amor. Que no podamos separar el sexo del sentimiento. Qué lástima tener unos niveles de testosterona tan bajos. Qué lástima.

A lo que íbamos: el lunes siguiente, Bosco salió de casa a las ocho y media en su coche. Cósima fue rauda a la calle perpendicular donde aguardaba el taxi. Abrió la puerta y saltó a su interior en él. Portazo.

«¡Siga a ese coche!», gritó en un tono altamente sospechoso.

El taxista no la vio venir.

«¡Coño, qué susto! —dijo el taxista—. ¿Qué dice, señora?»

—¡Venga, hombre! ¡¡Venga!! Que se nos escapa. Siga a ese coche.

—Pero ¿a cuál?

—¡Al Jaguar!

—No veo ningún Jaguar —contestó apurado.

—¡El burdeos que tiene delante!

—¿Burdeos?

—¡El granate, coño! ¡El granate!

El taxista arqueó las cejas y aceleró. Los ricos son raros.

Y no, el Jaguar burdeos no se metió en la ronda de Dalt y en dirección al astillero de Badalona. Bajó la avenida Pearson, llegó hasta la Diagonal, calle Numancia y hasta la calle Berlín. Justo donde Gabriela, Cósima y Silvia se encontraban en ese momento.

—¡Ahí está! Dispara —dijo Cósima al ver a su marido por la calle Berlín.

Silvia sacó la cámara por la ventanilla y presionó diez veces el disparador.

Bosco caminaba por la calle Berlín, se detuvo en una portería, presionó un botón del portero automático y unos segundos después ya había entrado en el portal.

—Dispara. Dispara. Dispara —decía Cósima como loca.

Silvia siguió disparando. Cuando Bosco se perdió de vista, metió la cámara en el coche y miraron las fotos que había hecho. Sí, era el marido de Cósima. Eso ya lo sabían antes de hacer las fotos.

—¿Y ahora qué?

—Pues no lo sé. Tengo la prueba de que me está mintiendo.

—Pero eso ya lo sabías.

—¿Y por qué crees que te está poniendo los cuernos? —preguntó Silvia.

—Es obvio, ¿no? ¿Qué está haciendo, si no?

No contestaron, porque no se les ocurrió nada que pudiera hacer Bosco a las nueve de la noche en un piso de la calle Berlín.

—Esperamos a que salga, a ver si sale con alguien. Y disparas otra vez.

—Si tiene una amante, no la paseará por la ciudad.

Gabriela esperó unos segundos antes de intervenir:

—De todos modos, no está bien esto que estás haciendo. Habla con él. Confróntalo. Y si está con otra..., pues lo mandas a la mierda. O no. Yo qué sé.

—Qué dura eres Gabi. Estoy enamorada de mi marido.

—Tienes razón. Perdona.

Cósima sacó su iPhone del bolso y escribió:

Hola, Bosco.
¿A qué hora crees que llegarás?

—Ahora ya puedo poner música, ¿no? —dijo Gabriela observando la portería.

Cósima asintió con la cabeza sin contestar.

Gabi no tenía un iPod ni conexión bluetooth para enganchar la música del móvil, ni ningún aparato de esos que tenía todo el mundo a aquellas alturas del siglo XXI . Ella seguía con sus CD, y los suyos se amontonaban en cajas equivocadas tanto en la guantera como en los laterales de las puertas de izquierda y derecha del Volvo. Alguna bronca había habido por ese desorden. A estas alturas de la novela ya puede imaginarse el lector de quién hacia quién. Abrió la carátula de Deep Purple; dentro, el CD de la cantante norteamericana Aimee Mann.

Unos segundos después sonaba por los altavoces la canción *Save Me* .

La escucharon en silencio esperando la respuesta de Bosco en el iPhone. No se compone una canción tan sencilla, tan hermosa y a la vez tan profunda sin una herida detrás. ¿Quién es ese hombre del que pides que te salven, Aimee? ¿Quién es ese *freak* , ese Peter Pan? ¿Se curó la herida ya? ¿Cicatrizó?

Gabriela apoyó la cabeza en el respaldo del coche cantando mentalmente una de sus canciones preferidas mientras recordaba un desamor de juventud. Un desamor que le rompió el alma. Qué mal se pasa. Qué mal.

Silvia observaba por la ventanilla buscando encuadres, y Cósima escrutaba la portería supurando dolor por sus ojos y por cada uno de los poros de su piel.

Bosco contestó.

Llegaré un poco tarde.
Ha venido Arturo al astillero.
Me está liando para tomar unas
copas por Badalona.
¿Te importa que alargue un poco?
Te quiero.

Cósima leyó el mensaje a sus amigas. Dolida respondió.

Claro. Nos vemos mañana.
Te quiero. XXX

—Pero que igual está con Arturo y tú aquí con una paranoia. Llámalo. Llama a Arturo —dijo Silvia—. O a García González. ¿Siguen liados?

—Puedo llamar a María, sí. Pero es que no quiero que esto salga de aquí. Que Barcelona no es Madrid, Silvia. Barcelona no es Madrid. Que aquí estamos los de arriba de la Diagonal y los de abajo, y se va a acabar enterando toda la ciudad.

Gabriela rio por esa anticuada división de la ciudad que había hecho su amiga.

—A mí no me hace ninguna gracia, Gabi, todo esto —le recriminó las risas Cósima.

—Perdona. Me ha hecho gracia esto de los de arriba y los de abajo de la Diagonal.

La portería en el punto de mira de las tres. Pasaron quince minutos y allí no sucedía nada.

—Amigas, yo os voy a dejar. Mi bebé y yo estamos agotaos —dijo Gabriela acariciándose el vientre.

—Me quedaré aquí toda la noche. Voy a decirle a Bosco que me quedo en tu casa a dormir. ¿Vale, Gabi?

Gabriela asintió. Las besó en la mejilla a las dos, y, por si seguía necesitando hacer de espía, le dejaba el Volvo.

—Habla con Bosco, Cósima.

Cósima no contestó.

Gabriela bajó la manecilla de la puerta. Antes de salir les dijo:

—Os quiero mucho. A las dos.

*

Fotografiaron a dos vecinos septuagenarios entrando en la portería a las diez y media de la noche. A un adolescente entrando sobre las once. En ese anodino edificio vivía gente aparentemente normal, tan anodinos en apariencia como el edificio.

Todavía en el Volvo, Silvia puso la Nikon con el objetivo 150-600 S F2.8 en las manos de Cósima.

—Solo tienes que disparar. Pero ¿estás segura de que te quieres quedar aquí? Son las doce de la noche. Vete a casa, Cósima.

Cósima negó. Tenía claros sus propósitos.

—Gabi tiene razón —insistió la madrileña—. Si Bosco está con otra, dudo que salga con ella por esa puerta. Es que no tiene sentido. Va, mujer. Vámonos a casa.

—No, Silvia. No me voy a mover de aquí. Lo fotografiaré al salir. Y fotografiaré a todos los vecinos que pueda.

Silvia le acarició el cabello y le dio un beso en la mejilla sintiendo su angustia. Sintió pena por su amiga multimillonaria. Mucha pena.

*

«Cómo nos complicamos la vida los seres humanos. O quizá cómo nos complicamos la vida las mujeres», pensó Gabriela en el taxi camino a casa.

Ella podría hasta entender que Germán, tras casi veinte años de matrimonio, hubiera deseado alguna vez a otra mujer. ¿No deseaba ella a ese escritor desde hacía años?

Pensó que, si sospechara de una infidelidad de Germán, se lo preguntaría. Sin dramas. Sin llantos. Y mucho menos haciéndole fotografías como una espía.

Y claro que le dolería si descubriera que se acostaba con otra, le dolería mucho. Pero qué le vamos a hacer. Seguramente se separarían. O quizá no. Dependería del amor que sintiera por esa mujer. Dependería del deseo que Germán sintiera por ella.

—¿Tú qué prefieres, Silvia, que te quieran o que te deseen? —le preguntó días más tarde Gabriela.

—Las dos.

—Imagínate que solo puedes elegir una opción. ¿Qué prefieres? ¿Que te quieran o que te deseen?

Gabriela se lo preguntaba a sí misma más que a Silvia. Su amiga hizo un gesto de «no sé qué contestar». Silvia es una mujer deliciosamente simple.

—Imagínate que tu marido te quiere, pero no te desea. Es lo que le pasa a Cósima, ¿no? Su marido la quiere, pero no la desea. Por lo tanto, no le hace el amor.

La otra asintió sin aportar nada.

—A ver, Silvia, imagínate que Salva te quiere, pero no te desea y no te hace nunca el amor.

—Yo encantada, de verdad. Encantada. No te miento. Cuatro veces esta semana.

Gabriela rio.

Ella misma prefería no pensar en el tiempo que llevaba sin hacer el amor con Germán. A él el bombo le daba igual, pero Gabriela no se veía con la panzona dale que te pego. Y era ella quien de vez en cuando, y cuando notaba a Germán de mal humor, se acercaba a él y le acariciaba el sexo.

—¿Que te deseen o que te quieran, Silvia? Solo una opción.

—Pues, entonces, que me quieran.

—Pues yo, si solo puedo escoger una de las dos, prefiero que me deseen.

*

Bosco salió a las tres de la madrugada del edificio de la calle Berlín,

exactamente igual que entró. Solo.

Cósima, nerviosa, sacó la cámara por la ventanilla del Volvo y lo fotografió diez veces seguidas.

Él se alejó. Ella posó la mano en la manija de la puerta y la abrió dispuesta a salir, pero en ese instante Bosco se dio la vuelta hacia el edificio como si hubiera oído la llamada de alguien y miró hacia arriba. Sonrió. Un ciruelo en flor frente al edificio le impedía ver de quién se despedía Bosco. Si no salía del coche, era imposible. Pero Cósima sí vio cómo Bosco hacía un gesto elegante de despedida y volvía a sonreír, con una sonrisa de hombre enamorado.

Cuatro horas más tarde oyó el cantar de uno de los cientos de mirlos que se desperdigaban por la ciudad. Amanecía. Se había quedado dormida dentro del Volvo.

«¿Qué haces, Cósima?», se preguntó al abrir los ojos.

«Sí, es un poco de loca lo que estás haciendo. Gabriela tiene razón: no es de mujer cabal hacer lo que estás haciendo.

»Pero, en cualquier caso, no estoy haciendo nada malo», se dijo también.

Miró su iPhone: 7.04 de la mañana.

Se echó un vistazo en el espejo retrovisor: ojeras, una legaña. Se la quitó y se peinó un poco con una sensación seca, pegajosa y sucia en la boca. Observó la calle. Todo estaba cerrado.

Cogió la óptica, la escondió bajo el asiento y salió del coche.

Si la mujer amada salía en ese momento, sería mala suerte. Era martes. Frente a Berlín, 69, edificio donde Bosco había pasado seis horas la noche anterior, había un bar cutre de esos tantos que se traspasaban últimamente a la comunidad china. Era el único bar abierto en la calle. Cósima entró. Una china con mala leche le puso un café; Cósima dejó euro y medio encima de la barra y salió de vuelta al coche. Se detuvo, cambió de opinión, cruzó la calle y se dirigió al número 69. Paró frente a la portería: amplia, ochentera, con ascensor antiguo y escalinatas laterales. El portero automático mostraba dos porterías por piso, nueve pisos en total, dieciocho viviendas. Pensó en el ángulo de casi ciento ochenta grados que hizo Bosco cuando se dio la vuelta para despedirse. Caminó tres metros e hizo el mismo movimiento de nuca. Descartó el primer y segundo piso. Quizá también el tercero. Suspiró.

Volvió a meterse en el coche. Sacó la cámara y la óptica de debajo del asiento del copiloto y esperó.

Toda la mañana estuvo.

Hizo unas doscientas fotografías a los más de treinta vecinos que salieron por el portal. Nadie le parecía digno de su marido. Una mujer de unos cincuenta años con el pelo mal teñido con un adolescente al que había fotografiado la noche anterior. Era una mujer vulgar.

¿Quizá la amante? Pero no tenía sentido si el adolescente había entrado poco después de él.

Fotografió también a cuatro chicas jóvenes que salieron sonrientes y juntas, muy hippies, con chirucas, guitarras y mochilas del Decathlon en la espalda. ¿Quizá alguna de ellas? Pero dudó. No eran del estilo de Bosco.

Una pareja de homosexuales atractivos. Quizá, pensó. Pero lo cierto es que no se imaginaba a su hombrecito sodomizado por esos dos pedazos de hombres. O quizá sí.

Y fotografió a varios vecinos anodinos que estaba segura de que no pintaban nada en aquella historia.

Había cruzado un wasap con Bosco sobre la una del mediodía mientras se comía ella un arroz frito servido por la china; le decía que volvería sobre las seis de casa de Gabriela.

A las cinco y media resumió: o cincuentona o hippies o gais.

Giró la llave del contacto y miró por el retrovisor los coches que se le acercaban por la calle Berlín. Volvió la mirada por última vez hacia el edificio. Y justo en ese momento, un hombre elegante —de unos cuarenta y largos, tan elegante o más que su marido; un tipo que, pensó Cósima, nada tenía que ver con ese barrio anodino— se acercó al edificio y pulsó el portero automático de la cuarta planta del edificio situado en la calle Berlín, 69.

*

A la semana siguiente se repitió la excusa de la inspiración nocturna en el astillero. Bosco se levantó de la mesa del comedor, besó la frente de su mujer, se retiró al dormitorio conyugal, se metió en el lavabo, cerró la puerta y se lavó los dientes.

Cósima lo siguió.

Oía el cepillo eléctrico de su marido trabajar en sus encías.

«¿A quién vas a besar, Bosco? Soy tu mujer, ¿por qué no me besas a mí?», pensó con el corazón triste. Desesperada, en la última intentona, se sentó en la cama, se desabrochó un botón de la blusa y ensanchó el escote. Llevaba una falda de tubo por debajo de las rodillas. Cruzó las piernas. «Posición de mujer recatada», se dijo. Mejor abrirlas: las abrió. Las abrió mucho, de modo que Bosco al salir le viera las bragas. «Poco elegante», pensó. Volvió a cruzarlas. «Recatada.» Las abrió. Las cerró. Volvió a abrir las piernas. Las cerró. No se decidía.

El hombrecito salió del baño. En ese momento Cósima abría y cerraba las piernas haciéndose un lío.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó él.

Cósima se levantó seductora con mirada gatuna y se acercó a su marido. Lo rodeó con los brazos.

—Sé que me quieres, Bosco... Pero ¿qué puedo hacer para que me

desees?

—Cósima, por favor —le dijo pusilánime sin alzar el tono de voz y sacándose las manos de su mujer de encima—. No respetas mis necesidades. Ya lo hemos hablado muchas veces. Lo siento. Dice el doctor Korman que me curaré, que hay que tener paciencia. El psicoanálisis me está yendo bien. Mejoraré. Por favor, respétame.

Y sin más, y apoyándose en su psicoanalista, salió del dormitorio conyugal hacia el garaje para sacar su Jaguar burdeos metalizado.

El Volvo de Gabriela estaba aparcado a unos escasos diez metros de su casa. Cósima, llena de rabia, siguió al coche de su marido. Avenida Pearson, Pedralbes, Diagonal, Numancia, Berlín.

El Jaguar bajó por el parking de la calle Nicaragua. Cósima aparcó en el chaflán y salió rauda del Volvo. Se puso sus gafas de mosca senegalesas y entró semiescondida en el bar de la china, que parecía de peor humor que la vez anterior, todavía. Era tarde. Y le hizo un gesto con la cara. Le pidió un chupito de vodka y se quedó allí, con la mirada fija en la portería.

Cósima cogió el chupito. Se lo tragó. Pagó. Bosco caminó hasta el 69 de la calle Berlín. Cósima salió del bar y se escondió tras un Renault 5. Bosco llamó al portero automático. La puerta se abrió. El corazón de Cósima latía frenético. La puerta semiacristalada de la portería se cerró. Ella corrió y se apoyó en la fachada de Berlín, 69. Miró rápida. Vio a Bosco de espaldas, entrando en el ascensor. Cósima aplastó la cara contra el cristal de la portería y se fijó en qué planta paraba el ascensor: quinta. Suspiró nerviosa. Ya tenía una pista más. «Lo que sea que esté haciendo, lo está haciendo en el quinto.» Se apoyó en la fachada, agotada. ¿Cuánta adrenalina generada en apenas media hora? ¿Cuánta tensión? Estaba histérica.

Aguardó quince minutos apoyada en la pared esperando a que algún vecino entrara. El adolescente taciturno que habían visto la semana anterior abrió con sus llaves. Cósima se puso a su lado.

—Perdona, es que no me oyen. Voy al quinto —le dijo Cósima.

Ella era lo que parecía, un ser inofensivo. Amenaza ninguna.

—Pues muy bien —dijo caballeroso el adolescente, dejándola pasar primero.

El adolescente caminó tras ella. Cósima, que no sabía bien qué hacer, se detuvo en los buzones.

—Señora —le dijo el adolescente dentro del ascensor.

«¿Cómo “señora”, capullo?, que tengo treinta y cinco años.» Lo pensó, no lo dijo.

—Dime —le dijo Cósima.

—¿Va a subir en ascensor?

—Ah, pues no, que tengo vértigo. Quiero decir claustrofobia. Subiré andando.

El adolescente cerró la puerta y se largó.

Cósima, fuera de sí, miró los buzones. Encontró el buzón del quinto. Leyó:

5. º - 1.ª: CONCHITA FERNÁNDEZ
5. º - 2.ª: N. MIJAILOVA

Los apuntó en su agenda. Pensó rápido, casi enajenada.

Mijailova sonaba claramente a ruso, y lo único que le sonaba familiar de ese país —aparte del Bolshói y de sus bailarinas— era el vodka que le corría por las venas. «¿Qué más cosas rusas conoces?» Dos segundos más tarde recordó que había acompañado al Liceo a su padre a escuchar una ópera del ruso Rimski-Kórsakov. Todas esas asociaciones las hizo, agitadísima, frente a los buzones. Nada que pudiera relacionar Rusia con su marido. Leyó de nuevo «N. Mijailova».

N de Núria, Natalia, Natividad... O un nombre más ruso quizá, ¿Ninoshka?

«Vamos, Cósima. —Suspiró—. Sube a casa de Ninoshka Mijailova y confróntala.»

¿A ella? Qué manía tienen algunas mujeres de culparlas a ellas. Que no. Que no. A él. Y se dirigió al ascensor. Notó que las piernas le temblaban.

Presionó el botón. El corazón le palpitaba con fuerza. Con ansia. Se puso las manos en la cara. Suspiró. Pensó en lo que se disponía a hacer. Coger el ascensor. Subir al quinto. Llamar al timbre. Esperar a que N. Mijailova abriera la puerta y... ¿Y qué?

—Hola, ¿está Bosco aquí?

Si lo piensas bien, N. Mijailova acercará su ojo a la mirilla antes de abrirte la puerta. Que es lo lógico si a las nueve de la noche alguien llama a la puerta de tu casa sin previo aviso.

Si te ve, avisará a Bosco. Bosco acercará su ojo a la mirilla y no te abrirán. Claro que puedes insistir. Y pulsar el timbre hasta que te abran. Y si no te abren, ya saldrá algún vecino a quejarse, Cósima, aunque igual acaban los *mossos* viniéndote a buscar. Un poquito de dignidad, mujer. Un poquito de dignidad.

Quizá debería llamar por el interfono primero. Nerviosa, histérica, fuera de sí, salió de la portería. Aguantó la puerta con el pie por si volvía a cambiar de opinión. Alzó la mano al quinto segunda, posó el índice en el botón y pensó en la pregunta. «¿Está Bosco?» Se aclaró la voz. Antes de picar dijo en alto:

—¿Está Bosco aquí?

N. Mijailova o mentiría o preguntaría de parte de quién.

«Soy su esposa», diría Cósima.

Y entonces N. Mijailova diría que ahí no hay ningún Bosco. No me mientas, N. Mijailova, llevo varios días espiando sus movimientos. No.

No soy una psicópata, soy una esposa enamorada, dolida y, probablemente, cornuda. Todo eso pensaba Cósima decirle a N. Mijailova mientras trataba de reunir valor para pulsar el botoncito.

¿Y si no es N. Mijailova? ¿Y si es Conchita Fernández la amante? Conchita Fernández le sonó a nombre de *vedette* jubilada. No, no puede ser. A Bosco le gustan las mujeres con clase. Bueno bueno, querida... Cosas más raras se han visto. ¿No presume la actriz Loles León de una noche con Jeremy Irons? ¿Ah, sí? Sí. Pero no follaron. ¿Quién? Loles y Jeremy. ¿No follaron? No. ¿Y eso? Ella tropezó con un escalón de la habitación y se rompió el tobillo. Hostia, qué tía más gafe...

Entonces ¿qué? ¿Conchita Fernández?

El corazón de Cósima golpea con fuerza. Sale de su cuerpo. Lleno de rabia. Lleno de histeria. Lleno de ira.

Soltó un grito de impotencia porque era incapaz de picar ni a Fernández ni a Mijailova. Dio un portazo lo más fuerte que pudo y, rabiosa, se fue en busca del Volvo.

*

Gabriela se mira los gigantescos senos en el espejo del probador de la sección de lencería femenina de la séptima planta de El Corte Inglés de plaza Catalunya. Siempre lo compra todo en El Corte Inglés. Las dependientas cincuentonas son siempre amables. A Gabriela le gusta la gente amable. Nada que ver con las dependientas del Women'secret, jóvenes educadas y solícitas que están de paso. Las de El Corte Inglés son las de toda la vida. Ya la conocen.

Sigue mirándose el pecho sin dar crédito al tamaño. Está voluptuosa. Durante todos esos años en los que veía a mujeres embarazadas, siempre las veía hermosas. Diosas de la fertilidad, creando vida. Eso es lo que hacen los dioses, ¿no? Crear. Lo damos por hecho. Pero es bestia pensarlo: un ser humano con alma creándose dentro de ti...

«Ya os podrías quedar conmigo para siempre», piensa Gabriela sin dejar de observarse el pecho.

Ya lo sabes, Gabriela: darás el pecho y la fuerza de la gravedad hará que se te caigan. Disfruta de estas tetas que me atrevería a calificar de obscenas. Y lúcelas. Que no hay nada malo en ello.

—Te traigo la ciento veinte —le dice la dependienta.

Gabriela sonríe para sí: de una noventa a una ciento veinte...

—Gracias. Me lo llevaré puesto —dice alargando la mano y cogiéndole el sujetador a la dependienta.

Sale de El Corte Inglés con su vestido negro entallado de tirantes y marcando un precioso vientre de ocho meses y unos deliciosos senos. Baja por Portal de l'Àngel hasta llegar a la plaza de la Catedral.

Despistada, alegre, tranquila y feliz. Muy feliz.

Y a diez metros de ella... Pablo.

Pablo Hausmann, ese escritor al que admira y lleva tiempo sin ver, pero que, incomprensiblemente, siempre le hace temblar el alma.

También hoy.

¿En serio? ¿De verdad, Gabi, embarazada, te late el corazón?

Junto a Pablo, su hija en patinete.

«Igual no me reconoce con veinte kilos de más», piensa Gabriela.

Pablo la mira. Y sí que la reconoce.

Se mantienen la mirada tres segundos.

¿Me estás viendo bonita, Pablo? ¿O estás viendo una morsa? Porque, Gabi, hoy te has venido arriba con la ciento veinte, pero te recuerdo que hace dos semanas, tumbada en la cama sintiendo mucho dolor y con una almohada entre las piernas para que esas venitas entre tus nalgas no se rozaran entre ellas..., y para embellecer el lenguaje y no llamarlas hemorroides, te llamaste a ti misma morsa inútil. Te veías gorda, hinchada, cansada...

Ahora Pablo, su hija, Gabriela y su bebé en el vientre se van a cruzar. Y por cómo la mira, apenas un instante, Gabi sabe que no ve una foca, ve una mujer hermosa y embarazada. Y Gabriela sabe que no se lo inventa, sabe que es cierto: sabe que incomprensiblemente, y aun en su estado, él también la desea.

Están a un metro el uno del otro. La hija de Pablo pasa con el patinete a cinco centímetros de Gabriela. Pablo va a pasar a un metro de ella, y a Gabriela le tiembla el alma. Y tienes suerte, Gabriela, de que Pablo no pueda ver lo que sientes... porque se asustaría.

*

—Bebé, baja, va. Por favor. ¿Por qué no bajas? Dice la comadrona que no bajas, que estás demasiado arriba. —Gabriela se acarició el vientre en la semana treinta y nueve de embarazo—. ¿Sabes qué pasa? Que mamá ya tiene muchas cicatrices en el vientre. Y si no bajas esta noche, me harán otra cicatriz.

Mientras hablaba, ya se empezaba a arrepentir de sus palabras.

—A ver, mi amor, que tampoco pasa nada. Si no quieres bajar, no bajes. Ya me harán el tajo. Si total, al pesao de papá le gusto igual.

Lo de «pesado» se lo dijo a su bebé porque Germán y ella acababan de discutir. Por tonterías, como siempre. Gabriela, que pasa de todo, se quita los zapatos cuando llega de la calle y los deja ahí donde se los saca. Ese día, en medio del pasillo. Y Germán tropezó con ellos y se dio un pequeño golpe en la pared. Y la reprimenda.

«¿Quieres hacer el favor de dejar tus botas en el armario? Y la ropa de la butaca. ¿Cuánto lleva ahí? La que no te pongas, la echas a lavar.»

«Qué pesao eres con la ropa de la butaca, Germán. Pero ¿qué más te da?»

«Mira, Gabi, no tengo ganas de discutir.»

Sopló desesperado. Desesperado por el caos de su esposa, que con el embarazo se había multiplicado por diez.

Y siguió Gabriela hablando con su bebé:

—Bueno, bebé. Que si no quieres bajar, no bajes. Tú ven bien. Que al final es lo único que importa.

Porque a Gabriela le hubiera encantado un parto natural. Hacer el trabajo de parto junto a su bebé. Los dos empujando juntos. Sentir a su bebé desgarrarla por dentro y abrir el canal uterino hasta dejar que saliera, moradito, por su vagina.

Sentir el dolor que le contaban otras madres. Que mejor evitarlo, pero ella llevaba toda la vida con el dolor de endometriosis y no podía imaginarse nada peor. Ya estaba acostumbrada. Había visto tantos vídeos en YouTube de partos en casa donde las mamás se sacaban ellas mismas a los bebés de sus vientres que le habría gustado probarlo, pero Germán se cerró en banda —«no es no, Gabi»—, y si tu marido no te apoya en eso, no puedes hacerlo. Es imposible. Ni aunque te empeñes.

Además, el ginecólogo daba la razón a Germán: mujer de más de cuarenta, embarazo de riesgo, parto de riesgo. Y cuando le dijeron que no dilataba, tuvo que olvidarse de tener un parto bonito.

«¿Podemos esperar hasta la semana cuarenta?»

Pero Germán fue duro al contestar otra vez un no rotundo.

«Gabi, nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Si el ginecólogo dice que en la treinta y nueve, en la treinta y nueve. El niño ya es grande, pesa tres kilos. Hazle caso. Piensa en el bebé y no en ti.»

Así que Gabriela no insistió. A ella también le daba miedo, claro. Pero si Germán la hubiera apoyado un poco, habrían esperado.

Intentó, en vano, dilatar durante toda la semana treinta y ocho. No quería una cesárea, no ya por la cicatriz, sino por el largo posparto que supondría. Había nadado prácticamente cada día en esos casi nueve meses de embarazo. Se encontraba tan bien bajo el agua con su bebé, sin peso ninguno, liviana... Había leído que, en las semanas últimas, nadar podía hacer que dilataras más rápido. Otros decían que nadando podía perderse el tapón mucoso. Como nunca sabes qué es cierto en el mundo de internet, ella decidió nadar.

Nadó, nadó y nadó... y nada. La comadrona le metía los dedos en la vagina y negaba. Ni baja ni dilatas. Así que en la semana treinta y nueve, a las siete de la mañana, Gabriela embutió cuatro pijamitas que le había regalado Silvia en su mochila negra, metió la telita senegalesa portabebés color melocotón que le había regalado Cósima para el día que saliera del hospital y escuchó a su marido, que le hablaba desde el

pasillo.

—Voy a llamar a mi madre para decirle que vamos.

—No, Germán, no llames.

—¿Por qué no?

—Porque no. Llamamos cuando tenga al bebé en brazos. Mejor que vengan mañana. Llamamos a tu madre y luego a la mía. Antes no.

—Ya, pero es que a mi madre le hace mucha ilusión estar allí mientras pares.

—A la mía también.

—Bueno, es que el protocolo dice...

—¿Qué? —le cortó Gabriela—. ¿Qué dices del protocolo? —presionó con una mueca de desconcierto.

—Las familias suelen estar en la sala de espera mientras la madre está de parto. Esperando. Cuando parió mi hermana, estábamos todos allí.

—Yo no estuve —le contestó Gabriela seria. Sabía que se avecinaba una discusión que ella había evitado ese último mes—. ¿Recuerdas que yo no estuve? Respeté lo que seguramente ninguno de vosotros respetasteis y tu hermana no verbalizó.

—Pero qué dices, Gabi.

—Es un momento muy íntimo de la vida de una mujer. No sé a qué viene esa manía de avasallar. De invadir.

—Pero qué dices —repitió él—. ¿Avasallar, invadir? Mi hermana quería tener a mi madre allí. Insistió en tener a mi madre allí. Y me pidió, personalmente, que también yo estuviera. Y tú podrías haber estado, pero tiendes a pensar que todas las mujeres son como tú.

Gabriela metió diez pañales en la mochila.

—Bueno, pues yo quiero estar sola contigo. Con mi marido. Solo contigo, con nadie más. Yo qué sé, Germán... Debo de ser una tía muy rara. Respétalo, por favor —dijo pasando la cremallera por la mochila.

—Yo creo que esto de la maternidad te ha vuelto un poco loca. —Germán se alejó por el pasillo.

—Ahora te has pasado. No me llames loca... Mira, Germán, seguramente me van a pegar un tajo de veinte centímetros en el vientre... —Empezó con uno de sus monólogos—: Porque por mucha oxitocina que me inyecten, ya intuyo que no lo voy a conseguir. Lo voy a intentar... Y si no puedo parir por la vagina, pues me colocarán una vía intravenosa. Me pincharán en la espalda. Me harán una incisión en la piel. De veinte centímetros más o menos. Ojalá que menos. Cortarán cinco tejidos y hacia abajo. Piel, grasa subcutánea, aponeurosis muscular y peritoneo parietal. Hacen algo con un bisturí en el útero que no acabo de entender. —Aguardó un segundo viendo cómo Germán, mudo, metía un cepillo de dientes en el neceser—. Espera, que no he acabado: cuando me saquen al bebé, para cerrarme

la incisión, me graparán. Sí, grapas: esa pieza de metal pequeña y delgada cuyos extremos se clavan para sujetar papeles, pero también para sujetar tejidos orgánicos... Germán —interpeló ella a su marido.

—Dime —contestó sin ganas.

—¿Es mucho pedir querer estar sola contigo hasta que tenga al bebé en brazos?

Él la retó con la mirada. A veces, su mujer le sacaba de quicio. «Un poco loca sí que te has vuelto, reconócelo» tenía ganas de contestar él, y lo habría hecho en otra ocasión, pero no era el día ni el momento de entrar a discutir.

A la madre de Germán le hacía mucha ilusión estar en el parto y ya le había pedido varias veces que, por favor, la llamara. Y un hijo quiere contentar a una madre bondadosa. Claro que sí, tiene todo el derecho. Pero si se quiere ser justo con la discusión, debería hablarse de «la dama ausente» de la madre de Gabriela, de su soledad en la infancia. Pero no es el momento de entrarle a Freud o a Jung o a todos esos caballeros que estudiaron la psique humana y las infancias ajenas y todas esas cosas. No es el momento, porque a Gabriela la esperan en dos horas en un quirófano.

—Germán, quiero estar sola. Con mi hijo. Contigo. Y nadie más —repitió para zanjar el tema.

Germán la miró con dureza.

—Solo quiero decirte una cosa para que lo tengas claro ya desde hoy, Gabi. Es mi hijo también... No te olvides.

A Gabriela se le humedecieron los ojos, se echó la mochila al hombro izquierdo y caminó por el pasillo para salir de casa. Germán fue tras ella y cogió el asa de la mochila de Gabriela con la intención de cargarla él.

Ella se dio la vuelta. Lo retó con la mirada y disparó:

—Puedo sola.

*

Y llegó el bebito y, como había predicho el ginecólogo, una incisión de veinte centímetros en el vientre de Gabriela. El tajo y las diez grapas. Pero el amor infinito lo puede todo.

Mientras perforaban el vientre de Gabriela, su suegra y su madre aguardaban escondidas en la sala de espera del hospital. Eso también lo intuía Gabriela.

Si estaban compinchadas desde el inicio del embarazo...

«Es muy buena persona mi hija, pero, chica, tiene un pronto... Qué le vamos a hacer. Su padre, que en paz descanse, era igual.»

Sin embargo, el suegro y el padrastro de Gabriela (de ahora en adelante, el hombre en bata) respetaron su voluntad y decidieron, cada cual por su cuenta, dejarla en paz. Más o menos la misma

situación en las dos familias. Madre y suegra a la suya salieron de casa en busca de su nieto; a ver qué se ha creído la niña.

Cinco minutos después de que Gabriela entrara en la habitación 207 de la clínica Dexeus tumbada en una camilla y con su bebé berreando en el pecho, entraron su madre y su suegra. Y sin disimular lo más mínimo. Como si no supieran nada de lo que ya les había pedido ella cien veces a ambas. Gabriela miró a Germán y le sonrió levemente.

Él levantó los hombros queriendo decir: «Es imposible luchar contra tu madre y la mía a la vez». Las había avisado a las dos con un wasap cuando preparaban a Gabriela para entrar en quirófano:

Vamos hacia el hospital.
Gabi prefiere que vengáis mañana.

Si ya sabía Germán que no le harían ni caso.

Pero ya daba todo igual. Gabriela vio a su madre y a su suegra con los ojos húmedos y se conmovió.

—¿Me lo dejas coger, Gabi? —preguntó la suegra emocionada.

—Claro.

Se lo puso en los brazos, y la suegra venga a llorar y a decirle bajito:

—Ay, mi bebé, cómo nos ha costado que llegaras. No sabes cuánto. —Luego alzaba la mirada hacia su hijo—: Si es igualito que tú, Germán. Igualito. Así, feúcho, flaquito, desgarbao...

El segundo día apareció la hermana de Germán, haciendo muchas fotos con su iPhone.

Por la tarde, los cafres.

—Hostia, cuánto pelo, ¿no? —dijo el cafre primo mirando al bebé en la cuna—. Parece un simio.

Gabriela se rio..., le hacían gracia esos dos miembros de su familia. Se rio y miró a Germán, que fusilaba al primo con la mirada.

—Qué cafres, Gabi. Qué cafres, son un poco imbéciles.

—¿Empezamos a hablar de tu hermana? Que yo me he quedado calladita cuando le ponía el iPhone al bebé a dos centímetros de la cara.

—Lo normal: hacerle fotos a un recién nacido. —Germán la retó un poquito con la mirada.

—No, Germán, no es normal hacerle doscientas fotografías a un bebé recién nacido. ¿Cuántas ha hecho? ¿Tú sabes la radiación que debe de tener ese aparato?

—Ay, Gabi, va, no empieces.

—Que no las cuelgue en Instagram. —Algo le notó a su marido en el gesto, porque añadió al segundo—: Ya las ha colgado, ¿no?

Y, hala, el primer día de la vida de su bebé junto a los *hashtags* :

#amoamissobrinos #sobrinos #familia #love #amor #family #nephews #tios #hermanos #tio #tia #hijos #niece #kids #tiachocha #instagood #abuelos #happy

La suegra le devolvió al bebé, y Gabi se lo puso en el pecho y lo miró como miran las madres a sus bebés: completamente enamorada. Le acarició la carita con la yema de sus dedos.

¿Cómo podía surgir tan rápidamente ese amor incondicional, en cuestión de segundos? ¿Cuáles eran las alteraciones del cerebro que provocaban ese instintivo sentimiento de maternidad? ¿Qué era esa materia gris que decían los científicos que disminuía en el cerebro materno, que no en el paterno? ¿Y que mejoraba las conexiones neuronales regulando la empatía para con el recién nacido? ¿Qué sustancias químicas invaden el cerebro femenino para amar tanto? Para amar tan intensamente a un pequeño simio, vamos a llamarlo chimpancé, un chimpancé que ni siquiera conoces.

*

Y el chimpancé se colgó del pecho de su mamá desde el primer día y ya no la soltó en todo el año.

—Yo creo que debe de pensar que está dentro de ti todavía —le dijo Germán mientras se anudaba la corbata, la tercera semana de la vida de su hijo—. No debe de saber que ha salido. Igual no se ha enterado.

Miró a Gabriela, que, de costado en la cama, desnuda solo en braguitas, acariciaba la carita del bebé mientras este chupaba de su pezón.

—O quizá se piensa que es una prolongación de tu cuerpo —musitó para sí—. Eso también puede ser.

—Qué cosas más raras piensa papá —dijo Gabriela besándole la carita al bebé.

Lejos de pensar en esas teorías extrañas de su marido, ella sí pensaba que era profundamente abrumador tener a un ser humano enganchado las veinticuatro horas al cuerpo. Porque a la que el bebé notaba que no estaba encima de ella, berreaba. Gabriela dormía boca arriba, prácticamente, toda la noche con esos tres kilitos encima aplastados sobre su vientre. Cuando se dormía, lo dejaba a su lado, pero rara era la vez que aguantaba más de dos horas sin estar encima de ella.

No faltaron los comentarios de madre y suegra de que los niños se han de acostumbrar a estar solos y que se les ha de dejar llorar, pero a Gabriela le entraron por un oído y le salieron por el otro.

Gabriela y Germán pasaron esas tres primeras semanas preciosas de la vida de su hijito sin dormir, haciendo equipo, porque Germán lo dio todo. Con el bebé hacía lo que podía, pero, dado que el bebé solo quería estar con Gabriela, aparte de cambiar pañales, poco más. Sin embargo, se encargaba de ir a comprar, de cocinar, de limpiar, de la logística de la casa...

Germán miró su iPhone. Llegaba tarde a la oficina.

—Estoy baldao —dijo poniéndose la chaqueta—. No sé cómo voy a trabajar sin dormir. Igual es que me ha pillao mayor esto. Soy un tío de cuarenta y siete años... Es que... ahora mismo... no sé cómo lo voy a hacer.

—Cada vez dormirá más, ya lo dijo la pediatra —le explicó Gabriela volviendo la mirada hacia él.

—¿Tú crees? Porque tengo la sensación de que cada vez duerme menos —respondió poniéndose la cartera en la chaqueta.

—Bueno. Ahora por los cólicos... —Gabriela le sonrió con ternura—. Ven —le pidió—. Ven, siéntate a mi lado un segundo.

Germán se acercó a ella y se sentó.

—De noche me ocupo yo —le dijo acariciándole la mejilla—. Tranquilo. Si tampoco puedes hacer mucho... Me ocupo yo y ya está. Intentaré no despertarte, aunque con los gritos que pega no sé si lo conseguiré. Pero lo intentaré. Tú trabaja y yo cuido del bebé.

Germán la miró sin decir que no. Gabriela siguió:

—Yo no voy a trabajar. Un año, dos.

—¿Cómo dos? Gabi, no puedes dejar de trabajar dos años.

—Qué más da. Soy *freelance* , lo puedo hacer. A nadie le importa si dejo de publicar mi columna.

—No digas eso. Tienes a más de doscientas mil mujeres esperando tu columna de los domingos.

—Bueno, ya. Pero... ¿y qué? —Algo dolida siguió—: Ya han encontrado a otra periodista para las entrevistas. Una amiguita de Consuelo.

—Es lógico que busquen una sustituta. Yo lo he tenido que hacer con cada empleada mía. No te sientas molesta.

—Ya. No debería, pero me jode. Mira tú qué paradoja. Además, tus ingenieras tienen un sueldo. Por ley las has de contratar. Yo soy autónoma. —Gabriela alzó los hombros—. Confío en que no pasará nada. No sé... Si tuviera treinta años, pues quizá estaría preocupada por mi carrera laboral. Pero mi carrera laboral está hecha... Y creo, porque segura no estoy del todo, que Eugenia contará otra vez conmigo cuando le diga que vuelvo.

—Dos años es demasiado, Gabi —insistió Germán.

Gabriela metió el índice en la boquita del bebé para que dejara de mamar y cambiárselo de pecho. Lloriqueó.

Se sentó en la cama, se apoyó en el cabezal y se puso al bebé en el otro pecho. Germán, sin que le dijera nada, le apoyó dos cojines bajo el brazo.

—Tú no te preocupes. Me ocupo yo y ya está. Que un sueldo sí tenemos que ganar.

—¿Y si nos ayuda alguien? —preguntó Germán.

—No —contestó rauda.

Cuando a una la han criado desde su más tierna infancia tatas y canguros, puede hacer dos cosas: o repetir patrón o irse al otro extremo. Gabriela, al otro extremo.

—No sé ni para qué pregunto. —Frunció el ceño—. Gabi, el mes que viene me voy ocho semanas a Boston. *Ocho* semanas —recalcó, aunque Gabi ya lo sabía—. ¿De verdad quieres estar sola con el bebé ocho semanas?

—Puedo sola.

—Si yo me quedara ocho semanas solo con el bebé... Lo quiero mucho, pero creo que me tiraría por el balcón.

Gabriela se rio, y Germán siguió:

—No quiero que estés sola, no me gusta la idea. No es solo el bebé. Hay que ir a comprar comida, lavadoras... Igual os pasa algo.

—Quedan dos semanas para que te vayas. Tranquilo.

Tozuda. Muy tozuda. No iba a insistir. Germán volvió a mirar su iPhone. Ya llegaba tarde. Le dio un beso en la mejilla a ella, otro al bebé y se dirigió a la puerta.

—Germán.

Él se dio la vuelta.

—Te quiero.

*

Y pasaron las dos semanas mamá y bebé conociéndose el uno al otro, todo amor, y con Germán angustiado por dejarlos solos dos meses.

—Vete tranquilo —le repitió antes de besarlo en los labios con el bebé en brazos y ya en el umbral de la puerta.

—Llama a tu madre. A mi madre. A mi hermana. A tus amigas. A quien sea, pero, Gabi, por favor, si necesitas ayuda, la pides.

—Claro que la pediré, Germán. Que no soy tonta.

—Te llamo esta noche en cuanto aterrice. —Besó al bebé, la besó a ella de nuevo—. Cualquier cosa llama a mi madre, ¿eh? —insistió.

—Que sí, pesao. Mmmm...

—¿Qué? —preguntó Germán.

—¿Algo más? —le preguntó su mujer.

Cómo le costaba a su marido pronunciar esas dos palabras.

—Es que creo que te falta algo más...

Germán volvió a besarla en los labios, le acarició la mejilla y le dijo:

—Te quiero.

*

Se apañaron bastante bien bebé y mamá esas ocho semanas. Gabriela dormía cuando el bebé dormía. Se despertaba a las tres de la

madrugada. Bebía de su pecho. Se dormía hasta las cinco. Bebía de su pecho otra vez. Ahí le costaba volverse a dormir, y Gabriela caminaba con él apoyadito en su seno. Boca abajo. Sobre su hombro. De costado. Gabriela buscaba todas las posturas posibles. Cogió la costumbre de sintonizar la radio a las cinco de la mañana. Esperaba a que entrara Basté en *El món a RAC1* .

De hecho, le hacía ilusión cuando escuchaba la voz del locutor a las seis en punto cada mañana. Se sentía acompañada. Empezaba un nuevo día. El bebé volvía a dormirse sobre las seis y media, a veces a las siete. Y a veces no se dormía. Y entonces Gabriela ponía música en su ordenador y lo mecía.

—Duérmete, mi amor. Duérmete, por favor. Estoy agotadita ya.

Desespera un poco eso de llevar desde las cuatro, cinco de la mañana con un bebé quejumbroso en brazos. Gabriela, que lo iba probando todo, encontró una manera algo insólita para dormirlo: ponerle música. Música algo más alta de lo normal. Era rarísimo, pero funcionaba. Cuando una madre lleva desde las cuatro de la madrugada dando vueltas con su bebé despierto en la oscuridad, hace cualquier cosa para dormirlo.

Creó una lista en Spotify que tituló «Canciones para mi bebé». La primera canción, una bellísima de Sílvia Pérez Cruz, titulada *Iglesias* . Pensó que el bebé, al segundo día, reconocía la canción, porque se dormía al escucharla. A veces la ponía en bucle. Gabriela pensaba en la letra mientras mecía a su bebé. Solo una mujer enamorada puede componer una canción tan hermosa. ¿Quién es ese hombre que te abraza, Sílvia? Hay pocos hombres que abracen bien. ¿Quién es? Y el bebé se dormía con su mamá acompañando a la cantante. Y Gabriela tumbaba al bebé en la cama y se dormía a su lado.

Se apañó muy bien esos dos meses, menos en lo que concernía a su propia alimentación. Porque hay un tipo de madres que se olvidan de ellas para cuidar de sus crías. Gabriela dormía o amamantaba. Y como estaba tan cansada y le daba pereza bajar a comprar y cocinar, se encontraba cenando nueces, almendras, zanahorias, pepinos, aguacates, pan con tomate, queso y tortillas a la francesa. Hasta que sus dos amigas, Silvia y Cósima, quisieron restaurar la tradición de comer juntas una vez por semana.

Y al verla, evidentemente, le pegaron la bronca y le pusieron de deberes un menú rico en hierro, no fuese a volverle la anemia que siempre arrastraba.

Instauraron los martes. Todos los martes. Como hicieron con Silvia, la comida la traían las invitadas y la casa la ponía la madre primeriza y escuálida con ubres de vaca.

Ese martes, cuando sonó el interfono, ya estaba Silvia con Gabriela. La madre le cedió el bebé a su amiga y se levantó para abrir la puerta.

—A ver qué nos cuenta —dijo preocupada, y Silvia solo arqueó las cejas.

Cósima les había explicado ya en la clínica Dexeus las dos posibilidades de la calle Berlín, 69: Conchita Fernández versus N. Mijailova.

Cuando Cósima entró en la casa, lo hizo con ojos hinchados; de no haber dormido y haber pasado la noche llorando.

—*Què et passa, Cósima?* —le preguntó asustada Gabriela.

Y el espectro de Cósima, mudo, entró despacio en el apartamento. Gabriela cerró la puerta.

—Cósima, ¿qué te pasa? —preguntó también Silvia al verla.

Cósima seguía muda. Se sentó en el sofá. Gabriela y Silvia a su lado.

—¿Qué pasa?

—Va de putas —disparó Cósima, sin mover un solo músculo.

—¿Perdona?

—Mi marido va de putas.

Silencio.

¿Qué cara pones cuando una amiga te dice que su marido va de putas? Es una cara difícil. Tampoco sabes qué decir. No sabes si quitarle hierro al asunto o seguir el drama. Gabriela, que ya había pasado por eso con otra amiga, es de quitarle hierro. Silvia es de divorcio inmediato. Así que allí estaban las dos sin saber qué hacer o qué decir. Mudas. Apenadas por ella.

—¿Te lo puedes creer, Gabi? No folla conmigo y folla con una puta.

Gabriela la abrazó. Lo cierto es que Gabriela y Silvia disimularon porque la intuición la tenían. Cuando Cósima les explicó en la clínica lo de la opción A —Conchita Fernández— y la opción B —N. Mijailova—, Gabriela ya empezó a sospechar. A diferencia de Silvia.

Cuando Cósima se fue de la clínica, Gabriela dilucidó sus sospechas.

«¿Tú crees?», había cuestionado Silvia.

«No sé. N. Mijailova suena a prostituta rusa, ¿no?»

«Si Bosco fuera un tipo viejo y asqueroso... Pero, vamos, Bosco es bajo pero guapete y tiene pasta por un tubo. Alguna tipa encontrará en Tinder. Vamos, que no creo yo que le haga falta pagar para tener sexo.»

Gabriela se había encogido de hombros.

«Mi primo dice que Tinder está lleno de solteras depredadoras en busca de marido. Que en la primera cita dicen que solo sexo y el segundo día, que qué a gusto estoy contigo. Que qué mono eres. Que si vamos a cenar. Que es más fácil pagar. Meterla y pa casa. Sin problemas luego.»

«¿Tu primo? ¿En serio?»

Gabriela hizo un gesto curioso y siguió:

«Está casao con una niña bien de Pedralbes, tres hijos monísimos,

pero va de putas».

«Jolín. Sí que está mal la cosa. Yo espero que Salva no...»

«N. Mijailova no pinta bien», había sentenciado Gabriela.

Y siguieron las dos en la clínica, con el bebito en el pecho de Gabriela, hablando de ese oscuro mundo de la prostitución, a menudo incomprensible para el universo femenino.

Cósima dejó de abrazar a Gabriela. Silvia le acariciaba la espalda.

—Pero ¿cómo lo has averiguado? —preguntó Silvia.

—Me he pasado un mes comiendo arroz tres delicias en el bareto de una china, frente al bloque de pisos de la calle Berlín. Y esperando. Esperando. Y viendo a gente salir y entrar. Entró una chica rubia, alta, muy blanca, de pelo largo. Y minutos más tarde entró Bosco. —Cósima suspiró—. Y como llevaba prácticamente dos semanas comiendo en la misma mesa en ese bar en el que casi no entraba nadie, la china y yo empezamos a hablar... y se lo pregunté.

—¿Qué le preguntaste?

—Pues señalé a la chica cuando salía de la portería y le pregunté: «¿Quién es esa chica?». Y respondió: «Plostituta».

Y ahí Gabriela soltó una carcajada.

—Hostia, Gabi. A mí no me hace ninguna gracia.

—Perdona, perdona. —Gabriela dejó de reír—. Es que esa imitación de la china, Cósima...

—Tiene página web.

—¿La china?

—Hostia, Silvia, ¿eres tonta o qué? La puta.

Siglo XXI , las prostitutas de lujo —en Barcelona y en el resto del mundo occidental— tienen, si no todas, casi todas, una muy decente página web. Solas o en grupo.

—¿En serio?

Cósima asintió cogiendo el MacBook de Gabriela.

—¿El código?

—12345.

—Joder, Gabi, ya te lo podrías currar un poco.

Entró en Safari. Tecleó «www.russiangirlsbarcelona.com» y se abrió una página web con una foto de una mujer de espaldas con piel de marfil. Volvía su mirada hacia cámara, en ropa interior blanca y sexi, con medias de rejilla también blancas, hasta la mitad del fémur y un sutil tatuaje en el hombro derecho, con letras en cirílico. El pelo se desparramaba por su espalda. A la derecha de la foto, sobre fondo negro y letras blancas, podía leerse.

**M I PRESENTACIÓN**

Hola, soy Natasha. Soy rusa y dulce. Si deseas vibrar, te dejaré acariciar mis curvas y mis pechos naturales. También mis piernas, que son largas y bonitas. Cuando estés dentro de mí te sentirás feliz. Te haré olvidar todo lo que no sea gozar.

Gabriela volvió a pasar la mano por la espalda de su amiga. Qué humillante era todo. Siguieron mirando la web.

**M IS DATOS PERSONALES**
EDAD : 29 años
MEDIDAS : 90-60-90 (pechos naturales)
ESTATURA : 1,74 cm
CABELLO : Rubio
OJOS : Verdes
NACIONALIDAD : Española-rusa
IDIOMAS: Español. Catalán. Inglés. Ruso. Ucraniano
RESEÑAS: Clicar aquí

**M IS SERVICIOS**
APARTAMENTO PROPIO : Sí
APARTAMENTO HORAS : Sí
HOTEL : Sí
DOMICILIO CLIENTE : Sí
VIAJES : Sí
VELADAS : Sí

Silvia y Gabriela, angustiadas, sufriendo por su amiga, escrutaban la web.

**S ERVICIOS ESPECIALES**
Besos en la boca. Masajes. Sexo oral natural. Juguetes eróticos. Fantasías. Eyaculación facial. Striptease. Tantra. Lluvia dorada. Disfraces y fetichismo. Dúplex. Tríos. Atención a parejas. Lésbico. BDSM. GFE.

Silvia señaló con el dedo las dos últimas palabras.

—¿Qué es esto?

—Y qué más da qué sea esto —contestó Cósima sintiéndose humillada.

—No sé, perdona, no te enfades.

El día antes Cósima tampoco tenía ni idea de lo que significaban esas siglas que la mayoría de las prostitutas que se anunciaban en la web incluían en el apartado «servicios especiales». Había tenido que buscarlo en Wikipedia.

—BDSM son las siglas de «*bondage* , disciplina, dominación y sumisión».

Gabriela y Silvia permanecieron en silencio, más pálidas de lo que ya estaban.

—GFE significa «*Girlfriend experience* » —siguió Cósima abatida—. Las prostitutas hacen de novias, se abrazan, hablan y comen juntos.

Gabriela, profundamente apenada, la atrajo hacia sí, y su amiga apoyó la cabeza en su hombro.

Ella se moriría si se enterara de que Germán pagaba por sexo.

Silvia le acarició la rodilla pensando lo mismo que Gabriela. Ambas pensaron que era mejor un ligue ocasional, un polvo de una noche, que una prostituta.

Bajo el GFE, otro recuadro con el móvil de Natasha en tamaño de letra 24, y debajo de eso, las tarifas:

Tarifa: 300 € / h
2.000 € noche entera
Tengo apartamento propio
Puedes quedarte a dormir

—Dos mil euros noche entera —dijo Cósima, y siguió imitando la voz de su marido—: Me quedo a dormir en el estudio hoy, que estoy trabajando bien. —Y se imitó a ella misma—: Claro, mi amor, claro. —Suspiró—. Mira que soy imbécil.

Acto seguido clicó en un mapa situado en el lateral izquierdo de la web, y la página se redireccionó a la calle Berlín, a escasos metros de la portería del número 69.

Las prostitutas, evidentemente, no dejaban su dirección exacta. Pero para ponerlo fácil a los clientes sí daban un aproximado.

—¿Y ahora qué, Cósima? ¿Qué quieres hacer? —rompió Silvia.

Cósima tardó un segundo en contestar:

—Una mujer engañada, cornuda, infravalorada, despechada... solo busca una cosa. —Forzó una sonrisa triste—. Venganza. Solo busca venganza.

*

Gabriela iba sacando la compra que acababa de hacer en la charcutería del mercado de Santa Caterina junto a Silvia, quien, tras despedir a Cósima, había insistido en acompañarla al mercado para llenar su vacía nevera.

—A la gente con mucha pasta se le va la olla, ¿no? Quiero mucho a Cósima, pero a ver si ahora, por la maldita venganza, vamos a acabar descuartizadas por un exmilitar ruso.

—Y a ver si Eugenia lo compra.

Cósima les había explicado la venganza, además de pedirles su colaboración.

Pálidas como tizas, la escucharon explicándoles lo que se proponía hacer antes de pedirle el divorcio a su marido: un reportaje sobre prostitución en *La Femme* que girara en torno a un testimonio real, el de Natasha Mijailova. Sobre la verdad de su vida. Un reportaje igual que todos esos que llevaban haciendo juntas a lo largo de los años sobre actrices, compositoras, directoras de teatro.

«¿Por qué no dar voz a una prostituta?

»Gabriela hace la entrevista, yo la visto y tú te encargas de las fotos, Silvia. Nada que no hayamos hecho antes.»

«Pero ¿tú crees que va a querer?»

«Le pagaré lo que me pida. O mejor, ¿qué le paga Bosco?, ¿dos mil

por noche? Yo le pagaré tres mil por unas horas con nosotras. ¿Tú crees que le parecerá mal?»

Gabriela y Silvia la habían mirado desconcertadas.

«¿Tres mil euros le vas a pagar?»

«Algo bueno tiene ser lo que yo soy, ¿no? —Esperó un segundo antes de aclarar—: Una pobre niña rica.»

*

Después de colocar la compra —y de que Silvia se empeñara en ordenarle el frigorífico y en limpiarle con estropajo la cocina entera—, las dos amigas se prepararon un té y se lo llevaron al salón, donde aún dormía el bebé en el suelo, sobre la tela africana.

—Duerme durante el día —dijo alzando los hombros Gabriela y sentándose en la alfombra junto a él—. Gracias por lo de la cocina, de verdad... ¿Hortalizas ordenadas por colores, Silvia? —Sonrió—. Germán debería haberse casado contigo.

—Un poco desastre sí que eres... Germán tiene algo de razón.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó Gabriela a Silvia—, que con tanto sobresalto y tanto bebé no has contado nada.

—Bien. Todo bien.

—¿Salva?

—Bien. Muy bien. Se ha sacado el título de árbitro y está muy contento. Y la peque, feliz en el cole.

Silvia dio un sorbo al té escondiéndose tras la taza.

—Me voy a Formentera.

—¿Ah, sí?

Silvia asintió.

—Sí, a la media maratón que os conté. No sé si podré correr los veintiún kilómetros: son tres o cuatro horas sin parar de correr. —Silvia acabó con una mueca.

—¿Qué vais, los tres?

—No, vamos solas Zaira y yo. Salva no puede venir. Lo han contratado de árbitro en el Godó.

Silvia se quedó callada aguantándole la mirada a Gabriela. Gabi intuyó algo, pero no dormía, estaba espesa.

—Silvia..., ¿me estás queriendo decir algo? —Se encogió de hombros—. Es que no lo pillo.

—No. No estoy queriendo decir nada —mintió—, que a ver si llego a la meta.

Justo entonces el bebé se despertó pidiendo la teta de su mamá. Gabriela lo cogió y se sacó el pecho y dejó que su hijito se lo destrozara un poco más.

Y Silvia, inconscientemente, bajó la mirada hacia el pecho desnudo de su amiga y lo miró como había hecho tantas veces. Pero lo hizo de

una manera diferente. Como si se preparara para algo. Para algo que ni ella misma sabía si osaría hacer.

*

—¿Sí?

—Hola —dijo Cósima con el móvil pegado a la oreja.

—Hola, qué tal. —Su voz sonaba dulce, con un levísimo acento eslavo.

—Bien..., emmm... Bueno, que... he encontrado tu móvil en internet y..., emmm..., que en tu web pone que..., bueno, que... haces lésbicos, ¿no? —preguntó Cósima sin necesidad de simular los nervios.

—Sí, hago lésbicos —contestó la eslava.

—Ah, pues qué bien. —A Cósima le temblaba la voz—. Y... ¿cuándo puedes quedar?

—Esta tarde si quieres, a las seis estoy libre.

El corazón de Cósima se aceleró. ¿A las seis? ¿Ya? ¿Hoy? Mejor procesar lo que iba a acontecer, ¿no? «No —se convenció a sí misma —. Mejor ya. O me voy a pasar la noche en vela.»

—Vale, sí, claro. ¿Dónde?

—Depende de lo que quieras pagar. Podemos ir a un hotel por horas.

—He mirado la ubicación. Estoy cerca de la calle Berlín, tu casa me va bien.

—En mi casa no —dijo Natasha con frialdad—. Todavía no nos conocemos. Vamos a un hotel.

—Donde tú me digas.

—Vamos a la Casita Amarilla. La dueña me conoce, me hace buen precio. Mira internet. La encontrarás. ¿A las seis?

—Vale, a las seis.

—No me has dicho tu nombre. —Natasha se extrañó.

A Cósima la pregunta la cogió desprevenida. Su nombre propio no se lo podía decir. ¿Y si Bosco le había hablado de ella? Seguramente no. Pero prefirió no decírselo.

—Emmm. Me llamo... Gabriela.

Y Natasha, que era puta pero no tonta, se dio cuenta de que le mentía y aun así le siguió el juego, como profesional que era:

—Te veo a las seis, Gabriela. En la habitación número diez de la Casita Amarilla.

Cósima colgó el iPhone histérica, preguntándose si la mentira habría colado o si la habría cazado al vuelo.

Si alguien hubiera podido contestar a Cósima en ese momento, le habría explicado que la prostituta a quien le faltaban horas para conocer era una mujer que vendía su cuerpo, pero que, aunque de voz dulce, era una mujer dura, sagaz y astuta.

Muy astuta.

Y lo que no es —a diferencia de ti, Cósima— es una mujer ingenua.

Porque mientras tú corrías de niña con tus vestiditos de nido de abeja por esos preciosos paisajes teñidos del suave naranja de los melocotoneros de tu castillo familiar para que tu papá te encontrara, ella, Natasha, a tu misma edad, cinco añitos, quizá seis, vestida con un anorak rojo y viejo que le llegaba a las rodillas y heredado de su hermanastro, con esos ojos esmeralda que ya descubrirás que tiene, corría a esconderse en el armario viendo cómo las botellas de vodka volaban hasta estrellarse contra la pared del gélido chamizo donde vivía. Botellas que ella esquivaba y que lanzaba con saña su padrastro alcohólico a su madre loca. Ingenua Natasha, querida Cósima, la prostituta con la que se acuesta tu marido, no es.

Y así, esa niñita risueña que corría entre melocotoneros y la rusita que esquivaba vodkas se iban a conocer en unas pocas horas.

*

—¿Cómo que le has dicho que te llamas Gabriela? *Ets tonta o què?*

—Te llamo para darte la dirección de donde he quedado, por si me pasa algo.

—No le digas quién eres, que entonces igual sí te pasa —le contestó Gabriela inquieta.

—Es prostituta, no asesina.

—No le digas que eres la mujer de Bosco, ¿eh? No se lo digas... Que asesina no será, pero igual piensa que eres una esposa despechada y te estampa una lámpara en la cabeza. Ay, Cósima, no sé. Qué mal rollo. No vayas.

—Te he de dejar. Si a las ocho no te he llamado, me llamas tú.

—¿Y si no me lo coges?

—Te lo cogeré.

—Ya, pero ¿y si no?

—Pues..., ummm... Llamas a la poli.

—Hostia, Cósima...

—Voy a ir, Gabi...

—Escúchame —interrumpió Gabriela—, hazte una maleta con cuatro camisetas y te instalas en mi casa. Germán no llega hasta dentro de tres semanas. Estaremos bien aquí... Va, amiga. Y te olvidas de este mal rollo. Ven, por favor.

—No, Gabi, voy a llegar hasta el final —acabó contundente.

—Pero ¿qué final, Cósima, qué final? Que Bosco se acuesta con una prostituta. No es el primero ni será el último. No hay más.

—Calle Padua, 83, Casita Amarilla. Llego a las seis. —Y colgó.

Gabriela tiró el Nokia al sofá, se cambió de teta al bebé, cogió su MacBook Pro. Tecleó: «Casita Amarilla hotel por horas Barcelona». Se

abrió la página web.

Las primeras palabras que se leían eran en inglés y en mayúscula: «LOVE ROOMS» . Seguía un «abierto todo el año». Confianza. Discreción. Bajo el texto, pasaban las fotos de las habitaciones que podían reservarse.

La primera mostraba en primer término una cama de matrimonio con una manta negra doblada y cubierta de pétalos de rosa. Sobre la cama descansaban dos toallas blancas en vertical y que unidas formaban un corazón. Era todo tan hortera que sintió repulsión. Cabecero de madera oscura, dos lámparas baratas ancladas a él —«Por lo menos no podrá cogerlas y estampárselas en el cráneo a Cósima»—, sórdido.

Y Gabriela, mientras observaba las fotos del sórdido *Love Hotel* , sintió pena de su amiga multimillonaria. Sintió pena de esa pobre niña rica que se había convertido en una de sus grandes amigas. Sintió una profunda pena.

*

Sudando, con un exceso de adrenalina en sus venas, Cósima sujetaba el pomo de la puerta de la habitación número 10 de la Casita Amarilla. Respiró hondo, giró el pomo de la puerta y entró con el corazón saliéndose del cuerpo. Luces tenues. Rojas. La prostituta estaba sentada en la cama pasando pantallas de su iPhone. Su cabello rubio largo y liso le caía por la espalda. Llevaba una camiseta negra de tirantes, de puntilla. Vaqueros azul marino, tacones Martinelli negros, de aguja. Bella. Muy bella. Levantó la mirada y sonrió.

—Hola.

—Hola, Natasha —dijo Cósima con voz temblorosa viendo a esa preciosa y delgada eslava frente a ella.

En la primera milésima de segundo ya intuyó que la prostituta con la que se acostaba su marido era una mujer hecha y derecha y no una joven prostituta indefensa, que es lo que Cósima esperaba.

Por el otro lado, la parte contraria, tras diez años ejerciendo la prostitución en Barcelona, sabía por esos ademanes imprecisos e inseguros de la mujer que estaba frente a ella que no debía de haber pagado demasiadas veces por lo que iba a hacer. O quizá era la primera vez que pagaba.

Cósima abrió su bolso y sacó un sobre con 475 euros que incluía la hora y el plus de la habitación. Se los tendió.

—Puedes contarlo, si quieres —le dijo inquieta.

La rusa los contó.

Se quedaron en silencio unos segundos.

Cósima bajó la mirada, nerviosa.

La prostituta se acercó a ella y paseó la mano por encima de la falda

de Cósima. Sobre su pubis.

Cósima, asustada, dio un paso, torpe, hacia atrás.

La prostituta la miró desconcertada.

—Perdona —se disculpó Cósima.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó la prostituta.

Cósima permaneció en silencio, sin saber qué contestar.

—¿Te puedo ver desnuda? —le respondió insegura.

Natasha la obedeció sin cuestionar nada.

Mecánicamente, se bajó de los Martinelli, se desabrochó el cinturón y los botones del tejano. Se los quitó. Llevaba unas bragas de encaje blancas de puntilla. Sexis. Cósima, como estilista, sabía que eran caras. Tenía las piernas bonitas y muy largas, la piel nívea. Sintió dolor al pensar en su marido acariciándosela. Natasha se quitó la camiseta de tirantes para descubrir un bonito sujetador de puntilla blanco a juego con las bragas, sobre unos pechos pequeños.

Se dispuso a desabrocharse el sujetador.

Cósima temblaba.

—No —le dijo Cósima—. No hace falta. Quédate en bragas y sujetador. Solo te quiero mirar. —Esperó unos segundos—. ¿Te puedes dar la vuelta?

La prostituta le dio la espalda. Tenía ese tatuaje en letras cirílicas en el hombro derecho que ya había visto en la página web. Observó las letras: «варенька».

—¿Qué significa el tatuaje? —preguntó con voz temblorosa.

Natasha tardó un segundo en contestar. Pronunció la palabra en ruso. Se volvió hacia Cósima y sonrió levemente.

—Te iba a mentir, pero... En diez años eres la primera mujer que me llama sola. Me han llamado parejas, sí, pero mujeres solas nunca... Y cuando me lo preguntan explico que significa «libertad», «amor», «sexo». Pero no: варенька es el nombre de mi madre; Varenka se pronuncia en español. —Natasha guardó silencio un instante—. ¿Por qué tiemblas?

—No tiemblo. —Cósima se sujetó las manos.

—Tiemblas desde que has entrado por la puerta.

—Ya te puedes vestir, si quieres.

Natasha —que a estas alturas no se extrañaba por nada— cogió el vaquero de la cama y se lo puso. Cósima se sentó en el sofá sin dejar de sujetarse las manos. Natasha se subió en los Martinelli, a la vez que se ponía su camiseta de puntilla.

—¿Te puedes sentar? —preguntó Cósima.

Natasha obedeció.

Se llama poder.

Pagas.

Te obedecen.

—Mira..., yo. —Cósima entrelazó sus manos—. Bueno..., soy periodista y...

—No me interesa —cortó Natasha con un gesto hostil.

—Te he pagado una hora de tu tiempo. Me quedan cuarenta minutos. Con cinco minutos más me bastan. Si no me quieres escuchar, devuélveme el dinero y me voy.

Puta pero no tonta.

Natasha la escuchó en silencio y sin bajar la mirada en ningún momento.

—Quiero hacer un reportaje en la revista en la que trabajo.

—Ya te he dicho que no me interesa.

—Puedo pagarte.

—...

—Tengo dinero.

—...

—Piensa cuánto quieres.

—...

—Llevaré a una fotógrafa y una estilista.

—No quiero fotos.

—Necesito fotos.

Natasha negó.

—Vestida de espaldas. Con tu tatuaje bastará. Estaré contigo tres, cuatro horas como mucho. ¿Cuánto dinero quieres?

Natasha tardó en contestar:

—Lo que cobro por un día entero: dos mil euros.

—Necesito que sea en tu casa.

Natasha otra vez se demoró en la respuesta.

—Entonces tendrás que pagarme el doble.

—De acuerdo. Te volveré a llamar esta semana para organizarlo.

La prostituta asintió. La aristócrata se levantó, asintió con la cabeza, le dio la espalda a la prostituta y se dispuso a salir de la habitación.

—Perdona —dijo la eslava.

Cósima se giró.

—Lo que no entiendo es por qué no me lo has preguntado al principio. ¿Por qué me has hecho desnudarme delante de ti?

Cósima la retó con la mirada, y con el dolor que puede sentir una mujer engañada, porque en ese momento no vio a la prostituta que se acostaba con su marido, sino a la mujer hermosa que le robaba a su marido, disparó con rabia:

—Quería saber qué sienten los hombres al hacerlo. Qué sienten teniendo a una mujer a sus órdenes, sin derecho a decir o a hacer. Qué se siente teniendo poder.

La prostituta intuyó el tono beligerante de Cósima, intuyó que buscaba humillarla y no supo qué contestar, porque no se lo esperaba.

No entendió la jugada.

—¿No te da miedo hacer lo que haces? —siguió Cósima, punzante, para acabar.

Todo depende del tono. Podría haber sido un tono compasivo, un tono empático, piadoso. Otro tono. Pero el tono que utilizó fue repulsivo, un tono que buscaba humillar. Porque una mujer desnuda frente a un desconocido vestido da miedo. Encerrada entre cuatro paredes, mires como lo mires, da miedo. Mucho miedo.

—¿No te da miedo esto que haces? —la retó Cósima.

Entonces Natasha sacó a la diosa eslava que llevaba dentro y, lejos de sentirse humillada, miró a la aristócrata y replicó:

—Te llames como te llames..., tú... no me das ningún miedo.

*

¿Con cuántos hombres te acuestas al día?
¿Cuánto cobras?
¿Cuánto ganas al mes?
Lo que ganas ¿es todo para ti, o tienes un chulo?

Cósima releyó la última frase que acababa de escribir en una libreta de cuadrícula y espiral. Gabriela, con el bebé mamando de su pecho, y Silvia la observaban escribir las preguntas que pretendía formularle a Natasha.

Gabriela no osaría preguntar de ese modo tan directo. De hecho, de una prostituta y como periodista, lo último que le importaba era cuánto ganaba y con cuántos hombres se acostaba al día. Pero, por el dolor de su amiga, decidió que fuera ella quien llevara las riendas de esa entrevista. Mientras Cósima apuntaba, Silvia removía en una olla garbanzos, un cuarto de gallina, repollo, zanahorias, patatas medianeras, un diente de ajo y aceite de oliva: su primer cocido madrileño, tras llamar a su madre para la receta.

—Tendremos que investigar un poco antes de entrevistarla, ¿no? No sé. De las mafias rusas que las traen aquí.

—Cósima, ¿tú estás segura de esto? —intervino Silvia tras probar el cocido.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Llegaste sola? ¿Fuiste a ver a tu familia la pasada Navidad? —formuló Gabriela.

Cósima miró a Gabriela e hizo una mueca de «y esta pregunta ¿para qué?».

—Tú escribe.

»¿Viajaste a Rusia la pasada Navidad? ¿Con quién la celebraste?, ¿con tu madre?, ¿con tu padre? ¿Ellos saben que ejerces la prostitución? Y aquí, dependiendo de lo que conteste, hay que meter el dedo en la llaga.

—¿Qué quieres decir?

—Preguntarle sobre su infancia. —Gabriela reflexionó—. Aunque es difícil que se sincere con nosotras.

—Por dinero lo hará —contestó Cósima.

—Por dinero te dejará que publiques la entrevista, Cósima. Pero te contará lo que ella quiera contarte. De eso sé, notaré enseguida si es sincera o no lo es.

—La verdad es que a mí su vida me da completamente igual —replicó Cósima.

—Ya, pero a mí no —dijo con delicadeza Gabriela—. Yo sé que para ti es una venganza, que lo que quieres es plantarle la entrevista delante a Bosco, pero no me estoy sintiendo bien... No sé. Es una mujer como nosotras, que tendrá un pasado, tendrá heridas, cicatrices. No creo que ninguna mujer ejerza la prostitución por placer. No sé. Yo a ella no quiero hacerle ningún daño. Más bien lo contrario.

Cósima bajó la mirada. Porque en el fondo ella sí quería hacerle daño; no físicamente, claro, pero psíquicamente sí. Porque, según sus cálculos, Natasha se acostaba con su marido desde hacía bastante tiempo. Desde que empezó a decirle que la inspiración la encontraba por la noche. ¿Dos años ya? Detestaba a esa puta. La detestaba.

Sabiendo de la posible entrevista a Natasha, Gabriela había estado leyendo sobre prostitución en Barcelona. Fuentes que consideraba fiables en ese 2016 hablaban de la llegada de prostitutas de toda España a Barcelona para cubrir la demanda durante el Mobile World Congress, una convención internacional donde el 70 por ciento de los asistentes eran hombres, ciento diez mil el último año, concretamente: altos ejecutivos con nóminas superiores a los cuatro mil euros al mes. Más de treinta mil prostitutas abrían las piernas durante esos tres días en la Ciudad Condal. ¿Qué ejecutivo de telecomunicaciones no quiere acudir tres días a ese evento? Cuatro reuniones, sol, paella, Mediterráneo y putas. Eso no lo decía el periódico, eso lo pensó Gabriela. Copiando literalmente la última frase del artículo de *La Vanguardia* , donde un anónimo ejecutivo rezaba: «El sexo pagado durante el MWC es simplemente un ritual social».

Gabriela se pasó tres horas leyendo entre una toma de teta y otra, a la vez que Cósima y la prostituta de su marido se conocían en la Casita Amarilla. Al acabar pensó que era abrumador. Teclear las palabras «Prostitutas Barcelona» en Google te llevaba a 5,66 millones de entradas. Gabriela recordó un viaje a Ámsterdam con Germán, donde las prostitutas se exhibían lascivas en ropa interior, dentro de escaparates a pie de calle en el Distrito Rojo en pleno centro de la ciudad. Leyó que en Holanda la prostitución legal (porque allí, desde hace más de veinte años, las trabajadoras del sexo pagan impuestos y están cubiertas por la Seguridad Social) supera los dos mil quinientos millones de euros al año, un 0,4 del producto interior bruto del país.

En España se estimaba que la prostitución generaba unos dieciocho mil millones de euros al año.

«Eso son muchos millones —pensó Gabriela—. ¿Tanta necesidad tienen los hombres de sexo? ¿De verdad? ¿Tanta?» En el imaginario colectivo de las mujeres como Gabriela, cuando uno se imagina a un putero, se imagina a un depravado sesentón con la bragueta abierta, un puro en la boca, caminando por los descampados del Camp Nou y acercándose a esas señoras de minifaldas fucsia que piropean al futuro cliente. Lo último que se imagina una mujer como Gabriela es a un alto ejecutivo vestido de Armani, o a un niño bonito como Bosco, pagar por sexo. Pensó en lo sórdida y extraña que era esa transacción.

¿Piensan los hombres que pagan por sexo en por qué esas mujeres venden sus cuerpos? ¿Les importa por qué lo hacen cuando penetran sus cuerpos? ¿No deberían sentir compasión? ¿Acaso creen que alguna de ellas lo hace por placer? Probablemente ninguna prostituta en el mundo entero ejerce dicha profesión por placer.

Y Gabriela, que pensaba demasiado, se preguntó si quizá era el dolor el estímulo de los puteros. El dolor de ellas.

Enseguida se contestó que no, que eso no podía ser. «No piensan. Sencillamente no piensan cuando introducen sus falos en las vaginas. Es imposible que piensen. Si supieran de las devastadoras consecuencias psíquicas que sufren estas mujeres, dejarían de hacerlo. Porque si lo pensaran y aun así lo hicieran, eso denotaría tal falta de empatía hacia otro ser humano que los llevaría a odiarse a sí mismos. Que su propia existencia los asquearía.»

Entonces ¿qué les pasa a esos hombres? ¿Qué sería? ¿La testosterona? Esa hormona masculina que hace al hombre hombre, pero que hunde su capacidad empática...

—Muchas de estas mujeres han sufrido abusos en la infancia, Cósima. Cómo pasan de eso a vender sus cuerpos es algo que se me escapa...

Cósima miró a Gabriela, que se encogió de hombros.

—A mí me da cierto pudor preguntarle todo esto. No sé qué estamos haciendo... ¿Intentemos que sirva para algo más que para castigar a tu marido?

Porque Gabriela llevaba casi diez años como periodista cultural entrevistando a todo tipo de mujeres, y después de tantos años, pocas veces se sorprendía de las vidas de esas mujeres interesantes. Se atrevería a decir que más de la mitad de las mujeres que había entrevistado procedían de familias de clase media o alta que podían permitirse que sus hijas estudiaran en academias de música, en escuelas de bellas artes, en escuelas de dramaturgia estatales, o matricularse en maestrías en UCLA o en la New York Film Academy. Mujeres sin muchas llagas en las que meter el dedo; y si las había,

tampoco Gabriela pudo o supo descubrirlas. Ahí también el talento del periodista. Quizá no era lo bastante buena en su profesión. Gabriela había escrito frases como:

«Me regalaron mi primera cámara super-8 en mi primera comunión.»

«De niña, mi madre me sentaba en su falda en el Museo del Prado.»

«Mi padre nos leía cada noche a Josep Pla.»

Algunas, quizá las más sinceras o quizá más generosas, hablaban de sus infancias solitarias, de los traumáticos divorcios de sus padres, alguna le confesó incluso, valiente, que había sufrido abusos de poder por parte de algún docente, de algún director de escena. Y, por supuesto, entrevistó a niñas de barrio con talento innato, pero a las que nunca les faltó un plato en la mesa. Ninguna historia podía compararse con la vida de la niña rusa de ojos esmeralda a la que pretendían entrevistar. Nunca volvería a escribir Gabriela una historia tan desgarradora como la de Natasha Mijailova.

*

—Lo quiero hacer ya —dijo Cósima.

Caminaban las tres por el parque de la Ciutadella y en dirección al mar. Gabriela, con el bebé anudado en su pecho.

—Pero ya, ¿cuándo? —preguntó Silvia.

—Antes de irme a Senegal. Vuelo dentro de tres semanas.

Habían acabado de comer hacía dos horas. Cósima lloró en la comida. Pasaba momentos en que se envalentonaba y parecía eufórica, y otros en los que lloraba todas sus lágrimas sumergidas en la más profunda tristeza. Mejor caminar y ver el mar, les sugirió Gabriela, el mar calma.

—Si lo hacemos esta semana, Eugenia la publica la siguiente. Ya he llamado a mi abogado para que Bosco lo reciba todo junto: demanda de divorcio y artículo de su puta.

Se quedaron en silencio como para intentar calmar el alma y aliviar la pena de Cósima. Gabriela miró al frente; a unos treinta metros de ellas, un hombre.

—¡¡Pablo!! —dijo Gabriela—. ¡Viene Pablo hacia nosotras!

—¿Quién? —preguntó Cósima.

Gabriela encontró la mirada de Pablo fija en ella. La bajó.

—¿Qué Pablo? —insistió Cósima, porque Silvia sabía perfectamente quién era.

—El escritor, Pablo Hausmann.

—¿El de Pía?

Gabriela asintió y levantó la vista para volver a sentir el latido de su corazón, aun con su bebito en el fular anudado a su pecho.

—¿Podéis hablar? —preguntó Gabriela.

—¿Hablar de qué? —Silvia se extrañó.

—No sé, de lo que sea.

Pablo a quince metros.

—Llevamos hablando cinco horas sin parar, ¿podéis hablar de algo?

Pablo a diez metros.

—Qué alto es, ¿no? En las fotos parece más bajo —dijo Silvia.

Silencio.

—Pero decid algo, cualquier cosa.

—Pero ¿qué quieres que digamos?

—No sé, Silvia. Es para que no nos vea en silencio. Cuenta algo de Madrid. No sé..., del Oso y el Madroño.

—Yo no sé nada del Oso y el Madroño.

—Algo sabrás, ¿no? Si tan importante es una escultura de un oso subido a un árbol en medio de Madrid...

—Pues no.

—*I tu, Cósima, no tens res més a dir?*

—*Jo tot el que havia de dir ja ho he dit.*

Pablo a cinco metros.

—Pero ¿sois tontas? Por favor, ¿podéis decir algo?

Pablo a cinco metros.

Silencio.

Pablo a cuatro metros.

Silencio.

Pablo a tres metros.

Silencio.

Pablo y Gabriela se miraron tímidos un segundo de más.

Pablo a un metro.

Silencio.

Pablo a veinte centímetros de Gabriela.

Silencio.

Pablo se aleja.

—Sois idiotas las dos. Nos pasamos el día hablando, es más, no me habéis dejado hablar desde que habéis llegado a mi casa. ¿Y justo ahora no tenéis absolutamente nada que decir?

Silvia soltó una carcajada. Cósima, muda, en su película.

—Habrá pensado que somos tres tías raras, o que hablábamos de él y justo nos hemos callado.

—¿Qué va? Qué dices. ¿Tú crees que los tíos piensan tanto? —replicó Silvia.

—¿Se ha separado de Pía? —preguntó Cósima.

Gabriela negó.

—Está feo eso que estás insinuando. *És lleig* , Gabi. Hay miles de hombres solteros como para irle a joder la vida a una mujer casada... Además, te recuerdo que tú también estás casada y con un bebé en tu

pecho.

—Pero que no lo conozco, Cósima, no me hagas sentir mal —contestó algo inquieta—. No sé qué me pasa cuando lo veo... Es un deseo que no puedo controlar.

—Pero ¿qué te crees?... ¿Que solo te mira a ti?

Gabriela en ese momento y analizando la frase de Cósima se sintió ingenua, porque ella en los casi veinte años de matrimonio nunca había sentido nada por ningún hombre que no fuera su marido, solo eso tan bonito que sentía por ese desconocido con el que no había cruzado ni una sola palabra. No contestó.

*

Llegaron a la playa de la Barceloneta, Zaira las esperaba en la orilla.

El Mediterráneo, tranquilo, jugaba con azules oscuros y verdes. Como los mares de ciudad. El cielo jugaba con el naranja y el rosa y un pálido azul por donde se colaban delgados cirros blancos. La brisa abrazaba suave.

Martes por la tarde. Poca gente en la playa, algún velero a lo lejos.

Se descalzaron.

Cósima ayudó a Gabriela a desatarse el fular, y el bebé abrió los ojos.

—Hola, bebé —le dijo su mamá con voz suave.

Sus amigas lo rodearon para mirarlo: cuánta paz podía transmitir un bebé con una pequeña sonrisa.

—Qué bonita sonrisa tienes, flaquito —le dijo su mamá besándole la mejilla.

Y el bebé sonrió, de nuevo, a la vez que notaba los labios de su mamá rozarle la piel. Y alzó sus manitas hacia la cara de Gabriela. Y su mamá se las besó.

Gabriela se remangó la falda y se arrodilló en la orilla, sentó al bebé en su regazo para desnudarlo y mojarle los pies en el mar.

—Es el mar, flaquito. Tu primera vez en el mar.

Y así la mamá, junto a sus queridas amigas, presentó al bebé ese Mediterráneo que lo acunaría, para lo bueno y para lo malo, el resto de su vida.

Luego extendieron una tela senegalesa de tres por tres metros en la arena y se tendieron mirando el cielo. Las gaviotas jugaban con las nubes, las olas acariciaban con un ruido sereno la orilla.

El bebé dormía, de nuevo, bajo la chupa tejana de su mamá y sobre su vientre. Gabriela también dormía, iba agotadita todo el día.

Zaira apretó la mano de Silvia. Silvia dudó. Se disponía a preguntarle a Cósima algo que habían planeado con Zaira la semana anterior. Silvia negó. Zaira volvió a apretarle la mano.

—Cósima —le dijo Silvia algo inquieta.

—Dime.

—Salva y yo no vamos muy bien de pasta. —A Silvia le costaba seguir—. Me sabe mal lo que te voy a preguntar, de verdad, pero... ¿tú crees que podría devolverte la escultura del cubo de Rubik?

Cósima no contestó durante unos segundos. Luego alzó la mano izquierda y se quitó el anillo finísimo en oro de veinticuatro quilates y sobre el que descansaban nueve gemas, ese que le regaló Bosco dos días después de la exposición. Se lo tendió a Silvia.

—Vale el triple.

—No, no puedo aceptarlo.

—Cógelo. Cógelo o lo tiro al mar.

Silvia lo cogió rauda.

—Pero, Cósima..., ¿seguro? —Era el anillo más bonito que Silvia había visto en su vida—. Pero ¿seguro?

—Sí, seguro. Póntelo en el dedo mejor. Si no, lo perderás.

Silvia extendió la mano, era mujer de manos gruesas, no le cupo.

—¿Me lo guardas tú, Zaira? Tienes los dedos más finos que yo.

Zaira levantó su mano y Silvia sonrió a esa mujer a la que amaba en secreto.

Cogió la mano de Zaira y, muy poco a poco, con toda la ternura que supo, le pasó el anillo por el anular.

*

Mei Ling Zhang le sirvió un café con leche en vaso a la madre de Gabriela. Ella observaba a su nietecito, dormido plácidamente en un carrito.

Gabriela le había dado la última toma hacía diez minutos, mientras Cósima le presentaba a la china propietaria de ese bar cutre que se había convertido en lo que podría llamarse central de operaciones.

Central de operaciones de la operación Natasha.

—En principio aguantará dos horas dormido. Pero, mamá, si llora, me llamas enseguida.

—Sí, Gabi, mujer. Que sé cuidar a un bebé, tranquila, que os he cuidado a ti y a tu hermano.

Gabriela alzó una ceja. «No es el momento, Gabi. No es el momento.»

Silvia cargaba en la espalda la mochila, y las cámaras en los hombros. Gabriela cogió el trípode. Cósima arrastró su maleta con el vestuario que había decidido ponerle a la puta de Bosco.

—Deja ya de llamarla la puta de Bosco, Cósima, va. No es bonito. Se llama Natasha —le dijo Gabriela con voz tenue—. Ella no sabe el dolor que te está causando.

—Os recuerdo, por favor, que no podéis olvidar en ningún momento que yo soy Gabriela —dijo Cósima mirando sobre todo a Silvia—. Y

que Gabriela es María. Olvidaos de mi nombre.

Si por algún motivo Bosco le había revelado el nombre de su mujer, al oír el nombre de Cósima la rusa sabría inmediatamente quién era. Porque Cósima, en España, había muy pocas: su padre, amante de la música clásica, lo había elegido para ella en honor de Cósima Wagner, pianista y compositora más conocida como hija ilegítima de Franz Listz y gran amor del compositor alemán Richard Wagner.

Tuvo que volver a convencer a Natasha el día que la llamó para concertar la entrevista. Esa última frase en la Casita Amarilla fue venenosa. Pero el dinero es el dinero y Cósima, empoderada, le ofreció cuatro mil euros. Puta pero no tonta. Natasha se dejó de juegos y le mostró a las claras que a ella no la engañaba y que sabía que ese no era su nombre auténtico.

«Ahora que ya no eres una clienta, ¿me vas a decir cómo te llamas?»

Ella contestó lo más serena que pudo:

«Gabriela, en eso no te mentí», aseguró con sangre fría.

Así que Cósima asignó a Gabriela el nombre de María.

—Silvia, por favor, tú no abras la boca. Tira fotos, pero no hables. Y si por algún motivo te has de dirigir a Gabriela, no te olvides, Gabriela es María.

—No abriré la boca, Cósima. No sufras.

Cruzaron el paso de peatones en dirección a la portería de Berlín, 69. Cósima se mordía el carrillo y movía las manos inconscientemente mientras miraba hacia los lados. Nunca la habían visto tan nerviosa. Gabriela le acarició la espalda.

—Todavía podemos echar marcha atrás.

Cósima negó con la cabeza.

—¿Y no le va a parecer raro que las dos preguntéis y la vistáis?

—No creo. A las putas no se les suele hacer entrevistas.

—Natasha —corrigió con suavidad Gabriela.

Natasha las esperaba en la puerta. Cósima salió la primera y saludó a la rusa con frialdad.

—Ella es Silvia, la fotógrafa.

Silvia dijo un «hola» contenido y le estrechó la mano.

—Y ella es María, también periodista.

—Encantada de conocerte, Natasha —le dijo Gabriela.

Natasha sonrió fríamente, las dejó pasar y cerró la puerta tras ellas.

—¿Dónde queréis hacer la entrevista? —preguntó Natasha.

—Miremos la luz de la casa —contestó Silvia—, ¿dónde está el salón?

—En tu lugar de trabajo —cortó Cósima, hiriente—. En la habitación donde practicas sexo con tus clientes.

Gabriela se violentó y miró con dureza a Cósima, la vio como ida. Era imposible realizar una entrevista con tanta tensión.

—Empezamos por las fotos, Natasha, si te parece bien —intervino Gabriela—. ¿Sacas el vestuario?

—¿Qué vestuario? —preguntó Natasha—. Nadie me dijo nada de vestuario.

—*La Femme* trabaja con marcas de ropa que pagan a la editorial para que vistamos a las entrevistadas —respondió Cósima.

—No me habías dicho nada.

—Vas a estar guapa, no te preocupes. Te va a gustar.

Natasha las condujo hacia su dormitorio, donde el color rojo predominaba. Una alfombra de lana roja y con cenefas colgaba en la pared. Una cama de matrimonio con un dosel color malva. Un antiguo y pequeño tocador de madera lleno de botellitas, polveras, espejitos, cepillos, rímeles y pintalabios rojos, Rouge, de Yves Saint Laurent, Scarlet Red, Desire...

Una ventanita daba a un patio interior y ventilaba la habitación, en la que apenas entraba luz. Olía a fragancia de higos. Era un espacio entre asfixiante y acogedor.

—¿Quieres vestirte aquí o...?

—Mejor en el lavabo.

Natasha salió seguida por Cósima y el maletón. Gabriela atravesó con la mirada a Cósima. «Compórtate.»

A los pocos minutos se abrió la puerta del lavabo y salió Natasha, caminando hermosa hacia ellas con un Dior blanco; el Dior que Cayetana Jiménez de la Loma-Osorio, la suegra de Cósima, había vestido el día de su boda. Sin mancha de vino.

—Está guapa, ¿verdad? —dijo Cósima en tono fúnebre.

«Qué ganas de hacerte daño a ti misma, Cósima», pensó Gabriela mirándola.

La rusa estaba preciosa: era delgada, alta, con la piel marfil y el pelo rubio y lacio; ese vestido resaltaba su belleza. ¿A quién no le embellece un Dior blanco de más de cien mil euros?

Silvia asintió sin dar crédito a lo que presenciaban sus ojos.

Qué tensión. Qué violentos estaban siendo esos primeros minutos.

—Natasha, ¿qué te parece si hacemos las fotos en el dormitorio y luego hacemos la entrevista en el salón? —dijo Gabriela intentando controlar la situación.

Natasha asintió.

—Yo estoy preparada —dijo Silvia con la Nikon en las manos—. Te voy a enseñar todas las fotos que haga, no te preocupes. Necesito tu espalda y tu perfil. ¿Por qué no te sientas frente al tocador? En la silla, de espaldas a mí.

Natasha se sentó en un ambiente que seguía siendo terriblemente tenso.

Gabriela miró a Cósima y le pareció ida, humillada, dolida. La

interrogó con la mirada: «Pero si has sido tú quien se ha querido meter en esta mierda... ¿Qué esperabas? Tu marido tiene buen gusto y dinero de sobra. No iba a pagar a una puta de los descampados del Barça».

—¿Empezamos? —preguntó Silvia tras la cámara.

Cósima se sentó en la cama, inmóvil. Gabriela la miró un segundo y de nuevo tomó las riendas. Se acercó a Natasha, que ya estaba sentada, se arrodilló ante ella y le recolocó el vestido.

—Qué guapa estás —le dijo sincera.

Natasha sonrió levemente, porque no había estado tan guapa en su vida. Se veía también preciosa. Gabriela la recolocó siguiendo las indicaciones de Silvia y la orden de Cósima —«el tatuaje que se vea»—, y luego salió de plano y dejó que Silvia hiciera su trabajo: quince, veinte fotos. Se las enseñó a Natasha, orgullosa de cómo habían quedado.

En la primera de ellas se intuía su cuerpo delgado, su silueta, su cabello. Sobre todo, el tatuaje. Sus clientes la reconocerían, porque su tatuaje estaba presente en primer término con una de las posiciones preferidas por los clientes. El llamado coito *a tergo* . Conocido vulgarmente como posición en cuatro. Sexo por detrás. La posición de la perra. O la perrita. La mayoría, además, y ya que no lo conseguían con sus esposas, la habían penetrado analmente. Todos sus adinerados clientes reconocerían su tatuaje.

—Silvia... Te llamabas Silvia, ¿no?

Silvia asintió.

—Puedes poner esta foto. Aunque salga de perfil. Me gusta.

—Vale. —Silvia sonrió—. ¿Te importa si hacemos un par de fotos más? Baja los hombros —le pidió antes de otra ronda de fotos.

—¿Me podré quedar con alguna? ¿Me las puedes mandar por email? —le preguntó a Silvia. Nunca le habían hecho unas fotos tan bonitas.

—Claro.

La esperaron en el salón mientras ella se quitaba el Dior; ya no habría más fotos y tenían que llevárselo al acabar la entrevista.

—¿Estás bien? —le preguntaron a Cósima.

El espectro asintió.

—¿Lo dejamos?

—No.

—¿Seguro?

—Haz tú las preguntas —dijo mirando a Gabriela—. Yo me veo incapaz.

*

—Nací en un pueblo llamado Kostromá, en la Rusia Central, cerca del río Volga.

—¿Cuánto hace que viniste a España?

—Diez años.

—¿Cómo llegaste aquí?

—En avión.

Gabriela esperó, pidiéndole con la mirada que le diera un poco más. Esperó. Hay que saber esperar.

—Un amigo de mi hermano, bueno, de mi hermanastro, tenía un contacto aquí. Un ruso que vivía en Barcelona. Buscaban chicas para el Riviera. ¿Conocéis el Riviera?

¿Quién no conoce el Riviera? Uno de los prostíbulos más grandes de Europa, situado a veinticinco kilómetros del centro de Barcelona.

—Me pagó el vuelo, además de unos cuatrocientos cincuenta mil rublos que yo debía devolverle para los papeles; tres mil euros más o menos. Y lo de siempre: vienes con veinte años pensando que vienes a servir copas, te cogen el pasaporte y...

Gabriela lo grababa todo en un radiocasete y la miraba a los ojos con toda la amabilidad que podía. Qué difícil debía de ser explicar todo aquello por muchos cuatro mil euros que te pagaran.

—¿Y tu hermanastro lo sabía?

—Sí lo sabía —contestó con una mirada dura.

—¿Tu madre y tu padre?

—Mi madre murió, a mi padre no llegué a conocerlo.

Gabriela se tomaba unos segundos entre respuesta y pregunta por si ella quería añadir algo. No parecía sentirse incómoda, pero era parca en palabras.

—Me dijo Gabriela —afirmó señalando a Cósima— que llevas tatuado en la espalda el nombre de tu madre.

Natasha asintió.

—Yo tenía seis años cuando murió. No me acuerdo mucho de ella.

Gabriela, que había escrutado el salón mientras se sentaba, vio una fotografía de una mujer muy parecida a ella con una niña de ojos verdes y anorak rojo sentada en su regazo.

—¿Es ella? —Señaló la foto.

Natasha asistió.

—Conmigo.

—¿Cómo murió? —le preguntó Gabriela con delicadeza.

Natasha tardó unos segundos en contestar. Se miró las manos, volvió la mirada a Gabriela.

—Mi padrastro la mató.

Gabriela se encogió ante aquel latigazo. Esperó. Hay que saber esperar.

—Ya está superado, hace veintitrés años de eso —dijo con cierta frialdad. Volvió la mirada a Cósima—. Los hombres de aquí me dan menos miedo que el hombre con el que viví hasta que vine a

Barcelona.

Gabriela aguardó unos segundos.

—¿Y sigues teniendo familia en Rusia?

—Una hermana con la que no tengo mucha relación.

Gabriela creyó ver a la mujer más sola del mundo en ella. Una mujer fría y sola.

Les explicó cómo, tras el cierre del Riviera en 2009, a ella la trasladaron a un piso de Cornellà con cuatro rusas más, a las órdenes del ruso a quien seguían debiendo dinero.

—Al poco tiempo a él lo metieron en la cárcel por drogas, no por tráfico de personas. Nos quedamos en el piso dos meses más, pasamos por otro par de pisos y ahora vivo aquí con otra rusa. Amiga. También prostituta. Ahora trabajo para mí.

—Eres una mujer hermosa, Natasha. Hablas cuatro idiomas además de ruso...

Natasha, algo molesta, entendió la pregunta.

—He hecho de azafata en varias ocasiones, pero ochenta euros al día no dan para vivir, y ahora elijo yo mis clientes.

Gabriela prefirió no cuestionar si se podía o no vivir con eso y se centró en lo último que había dicho.

—¿Los eliges tú?

—Hay mucho marido infiel que prefiere repetir —dijo con una leve sonrisa—. Yo no doy problemas. Y vuelven a mí.

El espectro de Cósima se despertó y disparó.

—¿Y no te parece mal eso?

—Pregunto yo —dijo Gabriela mirando a Cósima.

Estuvieron una hora más con ella. No habló de los abusos de su padrastro ni de sus hermanastros. No lo contó. Habló de dos clientes que le pagaban bien y uno que a menudo se quedaba a dormir. Habló de las mafias rusas y ucranianas, de las que ella se desligó al entrar el ruso en la cárcel. Que la mayoría de los hombres con los que se acostaba eran hombres corrientes, hombres normales que venían a correrse, sin dañarla. Había también hijos de puta, pero con la edad había aprendido a descartarlos. Y hablaron y hablaron hasta que Gabriela obtuvo la información necesaria y suficiente para rellenar las dos páginas de *La Femme* .

—Te voy a hacer una pregunta para acabar, Natasha —le dijo con una sonrisa ingenua Gabriela—. Es una pregunta muy tonta, ya te aviso, porque yo soy una de esas románticas a las que les gusta mucho *Pretty Woman* ... ¿La has visto?

Natasha sonrió por primera vez en esa hora que llevaban allí.

—Claro —dijo.

—¿Eso pasa alguna vez?

—Creo que no hay prostituta que no sueñe con eso. —Sonrió—. A

mí no me ha pasado. Yo nunca he sentido nada por nadie. —Se encogió de hombros y Gabriela habría jurado que con ojos de mujer enamorada acabó—: Pero tengo un cliente... que a veces pienso que me quiere.

Esperó un segundo. Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y como si se avergonzara de lo que iba a decir zanjó:

—Y lo creo... porque él siempre me hace llegar al orgasmo.

*

Natasha le dio una tarjeta a Silvia con su email para que le enviara las fotos y le estrechó la mano para despedirse. Cósima le entregó el sobre con los cuatro mil euros.

—Me ha gustado conocerte, Natasha —dijo Gabriela mientras le cogía la mano. Se acercó a ella y le dio dos besos; había sido con ella con quien se había mirado a los ojos durante las dos horas—. De verdad.

Natasha agradeció sus palabras y asintió con la cabeza.

Enfilaron hacia el pasillo y Natasha abrió la puerta.

Salió Gabriela, después Cósima y luego Silvia. Y Silvia se dio cuenta de que el Dior faltaba, que se había quedado en el dormitorio.

—¡El vestido, Cósima! —dijo.

Seis pupilas dilatadas. Efecto túnel. Tres cuerpos inmóviles en la puerta del ascensor, las tres de espaldas, con la mirada de la rusa fusilándolas.

—¿Cómo la has llamado?

Silencio mientras Natasha ataba cabos.

—Perdona, ¿cómo la has llamado? —insistió Natasha.

Silencio.

—Mentirosas. Sois unas mentirosas.

Gabriela, avergonzada, se volvió la primera. Silvia quería morirse allí mismo. No se atrevió a volverse. Cósima se volvió y la retó con la mirada.

—Te podría devolver los cuatro mil euros, pero no lo voy a hacer. No pienso hacerlo. —La rusa la atravesó con la mirada—. A tu marido lo conocí en el Riviera, mucho antes de que tú y él os casarais. Calcula. Hace diez años exactos y sigue conmigo.

Esperó la rusa para clavar la puñalada final y le dijo algo que el lector ya sabe y que la rusa intuía que destrozaría a Cósima mucho más que la propia traición. Hundió sus esmeraldas rotas en ella y acabó.

—Adivina quién es el hombre que me hace llegar al orgasmo.

Natasha retó con la mirada a Cósima, y con los cuatro mil euros en el bolsillo, un Dior de cien mil en el lavabo y toda la mala hostia que pudo les cerró la puerta en las narices.

# 7

## Pequeñas mentiras sin importancia

Cósima ya no volvió al palacete de la avenida Pearson.

Esa misma noche durmió en casa de Gabriela y le envió un email a Bosco pidiéndole el divorcio.

Sabía que Natasha le habría llamado.

Él contestó con mentiras que Cósima no quiso leer.

A las cuatro semanas tenían los papeles del divorcio firmados y una semana más tarde volaba a Senegal. Al telar de Casamance. Permanecería un mes allí. Le haría bien: treinta días entre campos de algodón y baobabs, bajo el sol y la brisa suave. Pintando estampados en telas de colores, entre gente sencilla y amable.

África calmó su alma.

El día que debía regresar a Barcelona, Cósima se quedó sentada en la terminal 1 del aeropuerto internacional de Dakar con su tarjeta de embarque en la mano mientras los altavoces anunciaban el embarque.

No se levantó.

Vio cómo los pasajeros hacían cola, daban sus tarjetas a las azafatas, entraban en el avión. Escuchó su nombre varias veces por la megafonía del aeropuerto, pero no se movió. Aguardó hasta ver cómo despegaba el vuelo de vuelta a Barcelona.

Porque había decidido romper, por fin, orgullosa y ella sola, con la tela de araña que envolvía su vida.

Salió del aeropuerto y se encaminó de nuevo a mezclar colores ocres, amarillos y naranjas sobre un pequeño taller textil de un lindo pueblito de Casamance.

Con gente sencilla.

Y, como dice la canción de los Pulp..., con gente normal.

*

Cuánto agradeció que volviera Germán tras dos meses sola. Ocho hermosas, intensas y solitarias semanas con el bebé en su pecho. Gabriela estaba sentada en el sofá con el bebé apoyado en su hombro y viendo en la televisión el divertidísimo monólogo inicial de *Late*

*Motiv* cuando oyó la llave en la puerta.

—¡Ya llega papá! —le susurró feliz.

Y entró el papá, también feliz. Y los abrazó.

—Cómo os he echado de menos...

Cubrió de besos a su mujer. Cogió a su hijito entre los brazos y lo acarició y lo besó con cuidado. Qué amor más de verdad, qué amor más bonito el de Germán hacia su hijo. Gabriela nunca habría imaginado lo cariñoso que podía llegar a ser con el bebé o hasta qué punto le dedicaría su tiempo siempre que podía y para toda la vida. A veces le parecía otro hombre.

Volvieron los tres a dormir en la misma cama durante muchas noches y a trompicones. Una vida preciosa.

Empezaron esos dulces baños de Gabriela con su bebé, y mientras ella le enjabonaba el cuerpecito al niño, Germán, apoyado en la esquina, enjabonaba la espalda de su mujer. Y el cuello. Y el pecho. Y soltaba la esponja y, sintiendo la erección, le acariciaba los pezones.

—Germán —le decía dulce su mujer—. Que está aquí el bebé.

—Si no se entera...

Y dejaba que le acariciara el pecho y reía al ver su erección.

—Pero ¿cómo puede ser? Aquí con el bebé.

—Pues porque me gusta mi mujer —le decía él antes de besarle la mejilla.

Y dormían poco. Y Germán trabajaba mucho.

Porque aunque Gabriela dejara dormir a su marido, a él le sabía mal y se despertaba para ayudarla.

Germán no se quejaba, pero algunos días Gabriela lo notaba de mal humor. La falta de sueño es lo que tiene. Se volvía quisquilloso con el desorden, la limpieza y el caos de su mujer, y no le faltaba razón. Su mujer era así, lo había sido siempre, pero con el bebé la historia se multiplicaba.

—Germán, compro un colchón grande y lo pongo en el cuarto del bebé. Y ya duermo yo con él. Descansarás más.

—Ya estamos con cosas raras; Gabi, compra una cuna.

Gabriela, ni caso, compró un colchón para dos y lo instaló en el suelo de la habitación del bebé. Tozuda. Muy tozuda.

Durante una semana y todas las noches fue unas cuatro veces de su dormitorio a la cama de su bebé. Como una zombi de lado a lado. A la semana, ella y sus tetas llenitas de leche se instalaron con el bebé.

—No pasa nada con que duerma en la habitación del bebé... Es que me sabe mal que vayas a trabajar habiéndote levantado tres veces esta noche. Y, además, es que me desvelo yendo de cama en cama.

Todo fue a mejor a partir de entonces: Germán dormía cinco, seis, con suerte siete horas seguidas y podía ir a trabajar en un estado normal. Gabriela y el bebé tenían días mejores y días peores. Puede

decirse que el primer año del bebé fue bonito. Precioso, sí, pero, como en todas las parejas, lleno de pequeños y absurdos enfados matrimoniales.

Como dijo Jimena Wright, la profesora de escritura creativa de la Writers Studio de Boston, la felicidad no da trama, sin conflicto no hay historia, así que vamos al conflicto.

Lo cierto es que, de esos trescientos sesenta y cinco primeros días de su bebé, Gabriela solo recuerda dos días malos. Muy malos. También explicaba Jimena que todo depende del punto de vista. Y aunque, para ser justos con la historia, habría que preguntarle a la parte contraria cuántos días fueron malos para él, en este caso el punto de vista es solo el de Gabriela. El de nuestra protagonista.

El primer día de discordia, Gabriela lo titularía: *Iglesias* .

El segundo: *No me interrumpas cuando hablo* .

En el primero, *Iglesias* —titulado como una de las canciones de Sílvia Pérez Cruz que a ella tanto le gustan—, el bebé tenía ya seis meses, y cuando una se piensa que ya está, que el bebé ya no se va a despertar cada dos horas, por un motivo incomprensible el bebé vuelve a las andadas.

3.37 de la madrugada. El bebé llora. Sin abrir los ojos y de costado, Gabriela le acerca su pecho y cree que puede seguir durmiendo, pero no. Está en esa posición unos minutos, recoloca el cojín a su espalda, se apoya en él y se pone al bebé en los brazos. El bebé abre la boquita y se agarra al pezón. Veinte minutos entre pecho y pecho. Y ponérselo en el hombro y las palmaditas. Y mecerlo. Y caminar por la casa. Y el bebé incómodo. Se retuerce. Todas las posiciones habidas y por haber. No duerme. Mira el reloj. 4.40. Pasea. 5.20.

—Va, bebé... Por favor, duérmete.

Gabriela enciende la radio.

6.00: *El món a RAC1* . El Basté. Empieza la hoja de ruta de la independencia de Cataluña. El referéndum. Día sí. Día también.

7.00: Suena el despertador de Germán.

—Vamos a ver a papá —dice mientras le acaricia la espalda al bebito.

Gabriela se tumba en la cama con su marido y con el bebé.

—¿Nos has oído?

Él niega.

—Bueno, un poco. Pero me he vuelto a dormir.

—Yo creo que tiene el sueño cambiado —explica Gabriela.

Germán se levanta silencioso.

—Va a salir bien todo. Ya verás —continúa Gabriela.

Es un día importante para Germán porque presentan un nuevo proyecto: cuarenta ingenieros de todo el mundo implicados.

Germán se ducha. Se viste. El bebé está tranquilo.

—Que vaya muy muy bien. —Gabriela lo besa en la boca.

Germán se marcha sin desayunar, serio, preocupado.

Gabriela abre el MacBook. Abre Spotify y busca «Canciones para mi bebé». Con el ratón táctil presiona sobre la canción *Iglesias* y sube el volumen. Sí, es cierto. Más alto de lo normal. Pero funciona siempre: sube la música, el bebé se duerme, y ella la baja de nuevo para que duerma en absoluto silencio.

Al pequeño le gusta que su mamá cante mientras lo mece y ambos escuchan música. Gabriela mira por el ventanal tarareando, bajito, los versos en el oído del bebé. El bebé cierra los ojos y se calma, a pesar de que la música está altísima. Se duerme.

Gabriela tiene que esperar unos segundos más a bajar el volumen. Si no, el bebé lo nota y se despierta. Sigue, bajito, cantando la canción en ese homenaje tan bonito que hace la cantante a Ella Fitzgerald y Henry Mancini.

—*Moon River, wider than a mile... I am crossing you in style some day...*

—¡¡ESTÁS LOCA !!

Un puñetazo en el pecho es lo que sintió Gabriela en ese momento al escuchar a su marido alzar la voz por encima de la canción y llamarla loca.

—¿Perdona? —le contestó volviéndose hacia él.

Germán se dirigió al ordenador y paró la música.

—¿Estás loca, Gabi? Un recién nacido no puede escuchar la música tan alta.

El bebé se despertó y empezó a llorar, evidentemente. Cinco horas había tardado en dormirlo. Cinco.

Gabriela estaba en shock.

—Pero ¿de qué vas, Germán? ¿De qué vas?

—Ay, Gabi, no empieces. Me he dejado la cartera. Llego tarde —dijo caminando hacia el dormitorio—. Ayúdame a buscarla.

Gabriela no daba crédito.

—Mira, ¿sabes qué? —le dijo fusilándolo con la mirada mientras se acercaba a él—. Toma. Coge a tu hijo. —Se lo puso en los brazos —. Lo duermes tú, que yo llevo desde las tres dando vueltas. Llamas a la panda esa de ingenieros tan importantes con los que trabajas y les dices que empezáis mañana. Que hoy no puedes. Que te toca dormir a tu hijo. —Gabriela se alejaba por el pasillo—. O, mira, mejor diles que la semana que viene. Que tu mujer lleva meses sin dormir y que necesita unos días. Les cuentas eso de la conciliación, del feminismo, ¿cómo era esa palabra? Mmm... Ah, ya me acuerdo: *empoderamiento* . Yo me voy a dar una ducha.

Germán suspiró con su hijo en los brazos y calló.

Pensó que su mujer se daría la vuelta. Era el único imprescindible de los ingenieros implicados en el proyecto, y ella lo sabía. Es lo que

tiene ser el jefe, que no puedes fallar y ni las bajas paternales enteras puedes permitirte.

Solo que Gabriela estaba tan enfadada que no se dio la vuelta. Se fue al lavabo y cerró a su espalda. Germán caminó con el bebé en los brazos hasta la puerta del lavabo. Conoce a su mujer. Sabe que va a salir.

—¡Gabi! Tengo prisa.

Gabriela abrió la puerta y lo odió con la mirada.

—Si me vuelves a insultar o a llamar loca, te juro que me voy. Cojo al bebé y me voy. —Le cogió al bebé de los brazos.

—Me están esperando. Ayúdame a buscar la cartera.

No. Evidentemente, a eso no lo iba a ayudar. Él, que no se dejaba nunca nada. Gabriela volvió al salón con el bebé llorando en su hombro.

Germán a la suya, como si no la hubiera llamado loca, buscaba su cartera. Miró en el dormitorio, en la galería.

Volvió al salón.

—¿Me puedes ayudar, por favor? —le dijo.

Gabriela observó el salón y la encontró al segundo, en una silla bajo la mesa. La cogió. Esperó mientras lo veía alzar mantas, abrir cajones.

—Germán —lo llamó.

Él se dio la vuelta. Estaba a unos cinco metros de ella.

Gabriela levantó la mano y, con toda la rabia que pudo, se la lanzó a la cara.

La cartera voló hasta el rostro de Germán y la paró porque movió rápido la mano. La cartera cayó en el suelo. Germán la miró con dureza antes de arrodillarse a recogerla.

Gabriela le daba la espalda con el bebé, que no paraba de llorar en su hombro.

—Gabi, mírame.

—Déjame en paz.

—Mírame, Gabi.

Gabriela se dio la vuelta.

—Imagínatelo al revés. Que esto que acabas de hacer, tirarme la cartera a la cara, lo hago yo. Que te la tiro yo a ti.

Se miraron con rabia.

—¿Cómo se llama eso? —acabó Germán áspero—. ¿Cómo se llama?

Se atravesaron con la mirada. Quizá por lo cansada que estaba Gabriela. Quizá por esas cinco horas que llevaba de madrugada despierta. Quizá por la rabia que sentía hacia su marido en esos momentos. Quizá porque había sido demasiado agresiva. Por todo eso, los ojos de Gabriela se humedecieron.

Germán no esperó su respuesta.

Se dirigió a la puerta y no dio un portazo por el bebé, pero,

evidentemente, con la mala hostia que llevaba encima, lo habría dado.

*

¿Si se remonta este momento? Con veinte años de matrimonio a sus espaldas y un hijo al que los dos adoran, sí, se remonta.

¿Cómo? Esa es una pregunta que Gabriela se hace a sí misma porque no se acuerda muy bien cuando piensa en ello.

Dos días tensos. Llega el fin de semana. El bebé llora.

—Cógelo tú, Germán. Necesito comer algo.

Y, mientras Gabriela come, observa a Germán con el bebé en las rodillas, jugando con sus manitas, y el amor de su marido hacia su hijo le despierta una ternura infinita. Y por supuesto que no se iría. Tiene lo que siempre soñó y está feliz. Fueron palabras feas por un lado y por el otro. Cosas que se dicen por la falta de sueño.

Y así un día, otro, y vuelve a la normalidad.

Y la normalidad siguió durante un año. Un año bonito. Precioso.

Por imposición de Germán, contrataron a una dulce y culona hondureña llamada Luisa, que venía cuatro horas a su casa por la mañana porque Germán ya no podía con el caos de su mujer. A Gabriela, Luisa le cambió la vida: qué fácil era todo con ella. Eran solo las pequeñas cosas como ducharse tranquila, desayunar tranquila, hablar tranquila por teléfono con sus amigas... y, por supuesto, que Germán estuviera tranquilo con la casa limpia y en orden.

*

Antes de pasar al segundo día de discordia en la pareja, debe explicarse un momento simpático en la vida de la hondureña y la catalana. En la vida de Luisa y Gabriela.

El segundo día en el que Luisa entró a trabajar con ellos y, tras escuchar cuatro horas eso de «señora Gabriela esto, señora Gabriela lo otro», Gabriela la hizo sentar a su lado. Le puso el bebé en su regazo.

—Luisa.

—Dígame, señora.

—Por favor, quiero que te sientas a gusto con Germán y conmigo.

—Sí, señora. Estoy muy a gusto. —Sonrió—. Usted es diferente a las otras señoras.

—No sé qué me quieres decir con esto, Luisa.

—Que usted es fácil.

—Luisa, no me llames de usted. No me llames señora. Por favor. Puedes llamarme Gabriela. O Gabi. Como quieras.

—Sí, señora.

—A ver, Luisa...

—Dígame, señora.

Tardó dos días en llamarla Gabi. Hicieron un buen equipo.

—Luisa, ¿has visto el libro ese que leía? Es que me los metes en la estantería sin ton ni son y no los encuentro —le dijo Gabriela buscando entre los cientos de libros que había en esa casa, porque Luisa libro que veía lo metía donde le rotaba.

Entonces, ese día, y como Gabriela cambió el tono, algo enfadado, la hondureña, burlona, sacando el libro del final de la estantería, respondió:

—Aquí lo tiene, señora. —Y se lo tendió.

Y Gabriela se rio y envolvió en sus brazos la nueva novela publicada por el traductor y escritor Pablo Hausmann.

*

Segundo día de discordia en la vida de Gabriela y Germán desde el nacimiento del bebé. Titulado: *No me interrumpas cuando hablo* .

No salían nunca: ni a cenar, ni al cine, ni al teatro, ni a nada. Con el bebé y la teta. Nada. Además, eran caseros los dos, estaban a gusto en casa. Seguían viendo películas juntos. Germán cocinaba cosas ricas. Jugaban con el bebé. Y hacían poco o casi nada el amor. La parte femenina, claro, que la libido y la lactancia se repelen y andaba cansada.

Una noche se organizó una cena para despedir a un ingeniero del equipo de Germán que se trasladaba con toda su familia a la central de ASCE en Boston. A Germán, como de costumbre y por muy amigo que fuera del ingeniero, no le apetecía en exceso, pero fueron. Luisa se quedó con el bebé, que había aprendido a tomar el biberón de la leche congelada del pecho de Gabriela.

El ingeniero organizó una cena en su loft de tres plantas del Poblenou, para los más íntimos. Fueron otras cinco parejas más, entre ellas Gina, la ex de Germán. La de la universidad con tobillos anchos, junto a su marido, también ingeniero, y ambos parte del equipo de trabajo. Gabriela tenía la sensación de que Gina nunca se sentía cómoda a su lado. Al fin y al cabo, Germán la dejó por ella, y a las mujeres, aun con el paso de los años, no se nos olvidan estas cosas.

Fue una velada agradable. Cenaron bien. El vino. Las risas. Germán escuchaba sin intervenir, porque es parco en palabras. Hasta que se lanzó. Empezó a contar una anécdota divertida de la estancia de ambos en la Universidad de Boston y en relación con un partido de béisbol de los Red Sox. Cuando Germán habla, como habla poco y además es el jefe, todos escuchan. Al jefe se le escucha. Y, además, estaba siendo divertido y los ingenieros y sus esposas se reían. Gina se reía. Y Gabriela, que también estuvo en el partido, lo interrumpió para matizar una parte del relato.

—No me interrumpas cuando hablo —le dijo Germán, serio,

volviéndose hacia ella.

En ese momento Gabriela se quiso morir. Gina, sentada enfrente, cruzó una mirada con ella. Germán siguió como si nada, haciéndolos reír a todos.

Evidentemente, Gabriela no abrió la boca en la hora de velada que les quedaba.

Fue subir al taxi de vuelta, cerrar la puerta y Gabriela disparar:

—¡¿De qué coño vas, Germán?!

—Ay, Gabi.

—Ay, Gabi, no —lo imitó—: ¿«No me interrumpas cuando hablo»? ¡¿De qué coño vas?!

El taxista, callado como una tumba, atento a cada frase.

—Eres un imbécil, Germán. Un imbécil.

—No me insultes.

—¿Que no te insulte? No me humilles. Porque me he sentido humillada.

—Pues no me interrumpas cuando hablo. Es que lo haces mucho.

Lo hace. Es verdad, en las pocas veces que van a casa de los padres de uno o del otro. El «Gabi, pesada, no me interrumpas» también se ha dicho muchas veces, pero entre familia no hay enfados.

—Ahora mismo, Germán, porque está el bebé en casa, porque si no, me bajaba del taxi y no me volvías a ver en la vida. —Gabriela se sentía tan dolida, tan humillada...—. ¿«No me interrumpas cuando hablo»? Pero ¿de qué vas? Si han bajado la mirada las novias de tus amigos. Gina incluida.

—No exageres.

—No, no exagero, la han bajado. ¿Sabes qué pasa, Germán? Que como eres el jefe, estás acostumbrado a que todos te escuchen y te rían las gracias. No te imaginas hasta qué punto... Pero ¿sabes qué pasa? Que yo no soy ni tu *project manager* , ni tu analista, ni tu secretaria, ni la listilla de tu ex. Soy tu mujer y te interrumpo si quiero. Y más cuando era una anécdota divertida de los dos... ¿De qué vas?

Germán miró por la ventana. No iba a abrir la boca. Para él la discusión estaba zanjada. Eso lo sabía Gabriela.

Permanecieron en silencio hasta llegar a casa. Pagaron al taxista y salieron del taxi. En silencio abrieron el portal y subieron en ascensor sin mediar palabra.

Entraron en casa. Despidieron a Luisa.

—Perdona, Gabi —le dijo sincero—. Perdóname.

Gabriela no contestó.

Se metió en la habitación del bebé. Cerró la puerta.

Y ya mañana será otro día.

¿Que si esto se remonta?

Sí, también esto se remonta. Fin de semana silencioso. Arpegios de guitarra y abrazos de bebé.

—¿Quieres que vayamos a la playa?

—He quedado con Silvia.

Y Gabriela, volver el sábado lo más tarde posible, con el bebé dormido.

—He ido a la pescadería. ¿Quieres que...?

—No tengo hambre.

Y, el domingo, Gabriela ir con el bebé a comer a casa de su madre y desahogarse y volver a las once de la noche con Germán ya en el dormitorio. Y Gabriela no saludar. Y Germán levantarse.

—¿Qué tal?

—Bien.

Y entrar en el dormitorio del bebé y dormirse con él.

Y llega el lunes. Y Germán vuelve a trabajar.

Y Gabriela y el bebé se van, solos, a pasar el día al parque de la Ciutadella. Queda una hora con Silvia y se lo explica. La amiga le quita hierro. Y, por la noche, mamá y bebé juegan con el agua calentita en la bañera.

Germán llega de trabajar y asoma la cabeza por la puerta.

—¿Puedo?

Algo que no pregunta nunca, porque siempre puede entrar. Gabriela no contesta. Germán entra, se sienta en la esquina de la bañera, besa a su mujer en la mejilla, le acaricia la espalda y, sincero, le susurra, de nuevo, al oído:

—Perdóname.

Y esa noche follar. Y Gabriela encima de él, cerrar los ojos, acercar su mano a su sexo, acariciarse ella misma y acabar. Abrir los ojos y encontrar a su marido mirándola.

—Te quiero, Gabi. Te amo.

Y ella inclinarse hacia los labios de su marido y besarlo con suavidad, sin ser capaz de contestar, porque a veces pensaba que no lo amaba tanto.

*

Siguió un año tranquilo y precioso viendo crecer al bebé.

Muchos domingos Germán disfrutaba de la soledad en casa con sus pantallas, sus libros y sus arpegios, y Gabriela quedaba con Silvia y su hijita revoltosa. Se dejaban espacio. Les gustaba al uno y al otro dejarse espacio. Germán en su cueva. Gabriela con sus amigas.

A veces Gabriela subía a las plazas de Gràcia. A veces bajaba Silvia al Born. Se hacían fotos con el iPhone de Silvia y se las enviaban a Cósima. Y Cósima enviaba fotos de ella con su guapísimo y altísimo nuevo novio senegalés.

Gabriela intentó empezar a escribir otra vez en esas cuatro horas que Luisa estaba en casa, pero el bebé siempre quería estar con mamá. Luisa se lo llevaba al parque unas horas, y al volver el bebé corría hacia ella, hacia donde sabía que escribía, con los porticones de la galería cerrados, y preguntaba: «¿Mamá?, ¿mamá?», y al final a ella le daba pena y abría.

En esa intensa y elegida maternidad no escribió nada. Escribir requiere horas, soledad y concentración. Abrir el Mac una hora. Cerrarlo. Volver a abrirlo. Cerrarlo. No. Así no sale nada.

Y, por fin, Gabriela, y cuando el bebé cumplió dos años, y porque lo necesitaba ella y no su bebé —porque ese cuento de que los niños necesitan estar con otros niños ella no se lo tragaba—, buscó una escuelita donde dejarlo cinco horas diarias.

Se negó a meterlo en escuelas en las que no existiera adaptación. Donde a la mamá se le permite quedarse con su hijo hasta que el niño está preparado para estar en ese espacio desconocido. Encontró una escuelita Waldorf en unos bajos del Born con un jardín lleno de plantas, tierra y barro y una medianera cubierta de hiedra que cobijaba la escuela. Diez niños, todos hijos de expatriados de nacionalidades distintas. El único catalán, su hijo. Se hablaba en inglés. La directora, una dulce gordita finlandesa con dos tetas como cántaros. Después de un mes de adaptación, vio a su hijo apoyar la cabeza en los hermosos pechos de la finlandesa, le dio un beso en la mejilla y, con los ojos algo llorosos, se alejó.

—Qué pija eres, Gabi. Qué pija. —Zaira le pasó el brazo por la cintura.

—Prefiero pensar que soy afortunada. Privilegiada, es verdad...

Zaira no tenía hijos, pero cuidaba de su sobrina como si hubiera salido de su vientre. Lo hacía para ayudar a su hermana, que, a los cuatro meses de parir a su bebé, tal y como marca la empoderada ley española, estaba de vuelta en el Mercabarna, con gorro y delantal verde, para seleccionar durante ocho horas fruta y verdura semicongelada. Después de haber dormido tres horas.

Suecia, baja maternal: 16 meses.

Alemania: 14 meses.

Dinamarca: 12 meses.

Noruega: 10 meses.

España, vale la pena reescribirlo: 4 meses.

*

Gabriela caminaba feliz. Feliz. Sintiéndose mujer. Sí, mujer y no solo madre, tras haber dejado al bebito en la escuela. Esos dos años enganchada a su bebé habían sido lo más bonito y generoso que había hecho en su vida. Pero ya. Dos años. Mujer además de madre.

Suspiró y se sonrió a sí misma al subir por la calzada adoquinada del paseo del Born, a esas horas poco concurrida.

Llamaría otra vez a Eugenia para empezar su columna en *La Femme* . Había tomado la decisión de no seguir como periodista cultural, dejar de entrevistar a esas mujeres interesantes que aterrizaban en Barcelona con sus propuestas de música, danza, cine y teatro. Ganaría menos dinero, pero Germán lo ganaba por los dos. Le dio algo de pena eso de no volver a formar parte de un equipo. Pensó en la soledad que se le venía encima. Pensó en Silvia, que estaba de nuevo embarazada, y en lo que se reían trabajando juntas. Quizá se equivocaba, pero había perdido la ilusión por esa faceta laboral de su vida. Otra vez al Teatre Nacional, al Lliure, al Liceo, al CCCB... No. No es justo seguir sin ilusión. Es justo dejar paso. Era ya una mujer de cuarenta y cuatro años. Subían periodistas treintañeras sedientas de un éxito que Gabriela, de algún modo, ya había conseguido. Quién sabe. Quizá era el momento de escribir esa primera novela. Caminaba, feliz y despistada, por el paseo del Born y justo ese día, ese primer día que se sentía de nuevo mujer, apareció él. Reapareció más bien. Ese escritor al que admiraba y a quien no conocía de nada e incomprensiblemente, inexplicablemente, absurdamente, deseaba.

Fue verlo y al segundo sentir que se le aceleraba el pulso.

Allí estaba, a tres metros de ella. Pablo frente a una moto aparcada en la calzada adoquinada junto a muchas otras. Pablo la vio y le mantuvo la mirada. Gabriela no la apartó. Pablo dejó de mirarla, se puso el casco, subió a la moto y arrancó.

«¿Qué haces en el barrio del Born? ¿Qué haces aquí, Pablo?»

Si alguien pudiera contestarle, le diría que Pablo y Pía se habían comprado un piso también en el Born y vivían con sus dos hijas a menos de trescientos metros de su apartamento, en la calle de la Ribera, número 18.

Martes. 9.10 de la mañana: Gabriela ve de nuevo a Pablo frente a su moto y él la mira. A Gabriela le late el corazón. Pablo se pone el casco y arranca.

Miércoles. 9.10 de la mañana: Gabriela mira hacia donde Pablo aparca su moto. No está. ¿Dónde estás? Porque lo busca. Ya el tercer día lo busca. Vuelve la mirada hacia el café del Born y Pablo la mira desde dentro con una taza de café en las manos y un periódico abierto en la barra. Junto a él, un taburete. Un taburete vacío.

—¿Me estás pidiendo que entre? —le pregunta Gabriela con la mirada.

Pablo vuelve la suya al periódico.

Día 3: Mirada de él. Latido de ella.

Día 4: Mirada. Latido.

Día 5: Mirada. Latido.

Día 6: Mirada. Latido.

Día 7: Mirada. Latido.

Día 8: Mirada. Latido.

Día 9: Mirada. Latido.

Día 10: «¿Dónde estás? ¿Dónde estás, Pablo? Es que me he acostumbrado a verte. Sí, ya sé que no va a pasar nada. Pero es tan bonito esto que tengo contigo... Me hace sentir tan viva... Tan deseada...».

Un mes sin verlo. Lo busca en internet. Está de promoción de su novela. Se queda mirando y escuchando entrevistas en YouTube. Amplía una foto. Lleva una camisa negra. Serio. Está serio en todas las fotos. Acerca su mano al ordenador y con las yemas de sus dedos acaricia la pantalla.

«Qué guapo eres», dice en voz alta mientras despacio desliza su otra mano por debajo del tejano..., bajo sus braguitas.

Día 40: Sabe que ha vuelto. En internet está todo. Hace calor. Gabriela se viste bonita con un vestido marrón de algodón de tirantes finos escotado en la espalda, se le ve el sujetador, lo sabe, se pinta los ojos. Lleva a su hijo al colegio. Sube por el paseo del Born. Lo ve. Pablo siempre viste oscuro, hoy lleva una camiseta azul terroso, sujeta un casco negro. «¿Te has vestido para mí?»

«Qué guapo estás, Pablo. —Se lo dice con la mirada—. Qué guapo.»

Pasan el uno junto al otro y se penetran con los ojos.

Pablo se dirige a su moto. Gabriela sabe que observa su espalda desnuda y el sujetador negro sobre su piel. A menos de un metro de él, oye el sonido que produce el cierre del casco al abrirse. Y se excita. Incomprensiblemente, Gabriela se excita. Porque, en su imaginación, no son las yemas de los dedos de Pablo presionando el cierre del casco, son las yemas de sus dedos presionando el cierre de su sujetador, y siente que la desnuda, siente la libido recorrerle el cuerpo. Siente su sexo humedecerse. Sí. Se excita con un sonido imperceptible de apenas un segundo. Así funciona la mente de esta mujer.

Y así unos meses de miradas y latidos. Meses en los que la mente de Gabriela empezó a segregar las hormonas del enamoramiento. Empezó la química del amor: la dopamina, la adrenalina, las endorfinas, la serotonina...

Se preguntaba si encontrarse a Pablo cada mañana era una coincidencia de la vida, una broma del destino. Del azar. Una casualidad. O no. Quizá no. Quizá, como explicaba el psicólogo y ensayista suizo Carl Gustav Jung, no existe la casualidad, sino la sincronicidad entre almas, cuerpos, personas y acontecimientos, y lo que se nos presenta como azar surge a veces de algún lugar profundo. Muy profundo.

*

—¿Por qué no te permites decirle hola? —preguntó Silvia mientras caminaban por la playa de la Mar Bella.

—Es que no me atrevo... Igual me suelta: «¿Te conozco?».

—No creo.

—Bueno. Imaginemos que entro en el bar donde desayuna y me siento a su lado. Y luego qué. ¿De qué hablo?

—Pues no sé. De cualquier cosa.

—Es que yo no sé hablar de cualquier cosa.

—Pero si hablas con todo el mundo.

—Hablo si los conozco.

Gabriela se visualizó a sí misma, tímida, sentada junto a Pablo sin saber qué decir:

—En la vida tendría que existir la elipsis.

—Ya empezamos. Me saqué el COU con chuletas, Gabi. ¿Qué era eso?

—Es una figura retórica que consiste en omitir palabras. En un texto las palabras innecesarias no se escriben... porque se sobreentienden.

—Piensas unas cosas más raras...

—O como en el cine. Chica mira a chico en un par de secuencias, y por corte al beso.

—En la vida no hay elipsis, amiga... Así que hablar tendréis que hablar.

—Además, Silvia... ¿Tú crees que él quiere hablar? Después de mirarme durante no sé cuántos años, ¿de verdad crees que quiere hablar?

—¿Y qué quiere si no?

—Pues follar.

Se rieron.

—¿Y tú qué quieres?

Gabriela sonrió con timidez y, algo insegura, siguió.

—Yo quiero hacerle el amor.

*

Mei Ling Zhang cogió una bayeta y se puso a limpiar la barra sin apartar la mirada de la mesa número tres. Vigilante. La prostituta y una chica con un bebé en el pecho que le era familiar observaban fotografías en un ordenador.

—Elige la que más te guste y es la que se publicará —le dijo Gabriela a Natasha. Gabriela no se había quitado esa historia desgarradora de la cabeza. Antes de llamar a Natasha, leyó la entrevista que le habían hecho hacía más de un año.

Ella sí que sentía una profunda compasión por Natasha. Estuvo

prácticamente seis meses dándole forma a un texto de dos páginas. Una escritora sabe del poder persuasivo de sus palabras. Sabe y tiene habilidad para conmover, para manipular, para hacer sentir a aquel que la lee.

Seis meses solo escribiendo y reescribiendo dos páginas son muchos meses. Es lo único que hizo laboralmente, además de cuidar de su bebé. Cada día leía y releía sus palabras. Montaba y desmontaba cada frase una y otra vez. Introducía adjetivos. Los sacaba. Cambiaba comas por puntos. Buscaba sinónimos. Una y otra vez y durante seis meses.

No publicaría nunca ese elaboradísimo texto sin la aprobación previa de Natasha. La llamó. Le dijo: «Soy la verdadera Gabriela». Natasha estuvo a punto de colgar. «Solo quiero enviarte un texto y que lo leas.» Se lo envió. Y sí. Natasha se conmovió tanto al leer un resumen tan desgarrador de su propia vida que no pudo decirle que no.

Por supuesto, el texto también la empoderaba.

Y allí estaban Natasha, Gabriela, su bebé y Mei Ling, que no les quitaba el ojo.

Escogió una foto preciosa de ella de espaldas. Su tatuaje semicubierto por su melena rubia y envuelta en un carísimo vestido Dior. Dos semanas más tarde se publicó la entrevista con un título simple. El nombre de la protagonista, «Natasha».

# 8

# La nobleza del marido

Filmin, Movistar, Netflix, ATRESplayer, HBO y Amazon Prime.

Germán y Gabriela lo tenían todo.

Diez minutos mirando menús. No acertaron. Germán acarició los tobillos de su mujer.

—Germán, no me apetece —dijo Gabriela con tacto.

—Gabi —contestó con suavidad—. Es que no te apetece nunca.

—Es normal... No sé, a mis amigas tampoco les apetece. De verdad... Es que cansa estar con el bebé. —Gabriela esperó un segundo porque sabía que Germán estaba cansado de sus excusas—. Te piensas que solo nos pasa a nosotros, pero todo el mundo está igual. —Sin pretender herirlo acabó—: Es que como no hablas con nadie...

—Qué pesada eres con que no hablo con nadie. —Germán le dio el mando a Gabriela de mal humor. Eso ya lo notó ella desde la primera palabra de la conversación—. Me voy a dormir.

Germán apartó las piernas de su mujer y la dejó sola tumbada en el sofá.

Gabriela suspiró. Le sabía mal. Claro que le sabía mal. Meses llevaban sin hacer el amor, pero es que no le apetece, no siente deseo. Adora a su marido, lo quiere, pero no lo desea. Ya no. Y no sabe por qué.

A veces, cuando Gabriela habla con sus amigas casadas —no solo con Silvia y Cósima, sino con las del colegio, con las de la universidad, con su madre, con sus cuñadas, las mujeres de los cafres—, piensa en la nobleza de los maridos. En lo nobles que son para con el deseo de los cuerpos de sus mujeres. Las desean, da igual el tiempo que lleven con ellas. Da igual que los cuerpos de sus mujeres hayan ido envejeciendo.

Ahí la nobleza del marido.

Pueden llevar casados cinco, diez, quince, veinte años. Treinta años como la madre de Gabriela y el hombre en bata. A Gabriela le conmueve ver al hombre en bata abrazando a su madre en Navidad y dándole besos en la boca. Jugueteando con ella a sus setenta y dos

años. Sabe que el hombre en bata querrá hacer el amor esa noche y su madre lo evitará.

Qué hermosa es la nobleza del marido.

Y le gustaría a Gabriela pensar que generaliza. Quizá es eso. Solo les pasa a las mujeres de su familia. Solo pasa en su enorme círculo de amistades femeninas. Puede ser. Ojalá.

Pero ella solo escucha de maridos mendigando los cuerpos de sus mujeres. Y de mujeres evitando los cuerpos de sus maridos.

Gabriela apagó la televisión. Se levantó. Caminó por el pasillo hasta el dormitorio. Germán estaba en la galería. En el espacio de Gabriela. En su habitación propia. Donde escribe cada mañana. Donde todo está siempre desordenado.

Germán no entraba nunca allí. Estaba sacando ropa seca del tendal que da al patio de manzana. Ese trabajo lo hacen Luisa o ella. Piensa Gabriela que lo hacía para no pensar.

Gabriela se acercó a él y lo abrazó por detrás.

—No te enfades —le dijo cariñosa besándole la espalda.

—No me enfado —le contestó Germán—. Pero sí, Gabi. De vez en cuando, aunque sea una vez al mes, me apetece hacer el amor con mi mujer.

Gabriela lo besó los labios, una vez, otra. Y otra.

Cerró los ojos mientras, dándole suaves besos a su marido, forzó el deseo, porque sabe que si lo fuerza llega. Y Gabriela, forzando el deseo, encontró a otro hombre en sus pensamientos. Incomprensiblemente, pensó que besaba a otro hombre. Pensó que besaba a ese hombre que la miraba por las mañanas y la hacía sentirse mujer. Pensó que esos besos suaves se los daba a Pablo y no a Germán.

Acarició la erección de Germán pensando que acariciaba la erección de Pablo. Le tiró de la mano, lo llevó a la cama y lo tumbó. Se sacó un tirante del camisón, luego otro. Dejó que cayera al suelo y se quedó desnuda. Vio a Germán observándola. Cerró los ojos, pensó que era Pablo quien la miraba desnuda y se excitó. Se excitó mucho. Abrió las piernas y se montó encima de Germán. Y pensando en Pablo, y solo en Pablo, se hundió en el cuerpo de su marido.

Y enloqueció entre el cuerpo de su marido y su amante imaginario.

Cambió de posición como una gata en celo.

Arriba. Abajo. De lado. La miel brotaba en ella mientras su marido la penetraba. Y sintió tanto... Era todo tan real...

Jugó y jugó y jugó y con los ojos cerrados, y mientras Germán abrazado a su espalda la penetraba, Gabriela le cogió la mano e, imaginándose la mano de Pablo, se la llevó a su sexo.

Las manos de Pablo acariciaron su sexo. Hicieron círculos sobre él. Y era Pablo quien acariciaba ese trocito donde se concentra el placer. Y

Gabriela, llena de deseo, con un suspiro intenso, y pensando en Pablo, y solo en Pablo, se disolvió.

*

—Hostia, Gabi. ¿Qué te ha pasao? —le dijo Germán, serio como era él, después de que los dos acabaran—. Para no apetecerte... Pero si me has metido la lengua en la boca. Si tú no das besos con lengua. ¿Qué ha pasao?

—No sé —rio ella—. Pero ¿te ha gustado? —preguntó algo aturdida.

Coño, que su marido era un tío listo. Eso lo llevamos diciendo toda la novela, igual se había dado cuenta de algo.

—Claro que me ha gustao. Me ha encantado. Lo que no entiendo, con lo bien que te lo pasas, es que lo quieras hacer una vez al mes.

Gabriela volvió a reírse.

—¿De qué te ríes, tonta? —Le besó los labios, cariñoso.

—No lo sé... —le contestó con una sonrisa.

Germán le dijo «te quiero». Y desnudo, feliciano y sintiéndose muy hombre, se fue hacia el lavabo.

Gabriela, mordiéndose el labio inferior, cogió la sábana que había caído al suelo, se cubrió su cuerpo desnudo y sonrió traviesa. Cerró los ojos, y después del primer trío de su vida, se durmió.

*

Las palmas de las dos manos de Cósima abiertas, extendidas completamente. Las yemas de los pulgares se tocaban.

Gabriela y Silvia miraban mudas, incrédulas, las manos de su amiga. Las tres juntas en el Dos Palillos de la calle Elisabets.

—No me lo creo —dijo Silvia.

—Te lo juro —contestó Cósima.

Gabriela y Silvia volvieron la mirada a las palmas de su amiga.

—Pero ¿cuánto mide? ¿Treinta centímetros?

—Pues no sé. No se la he medido, pero algo así.

—Es imposible.

—A mí eso no me cabe.

—*Però això quan està relaxat* — matizó Cósima a Gabriela.

—*Va, home, va!*

—¿Cuando está relajado? —se tradujo Silvia a sí misma, incrédula.

—Te lo juro... —Cósima sentía que no la creían—. Pero ¿por qué no me creéis? A vosotras no os voy a mentir, que sabéis todas mis miserias... A ver, es la media estándar de Senegal. No os vayáis a pensar que solo es mi marido.

Porque sí: Cósima se había vuelto a casar.

Silencio. Volvieron a mirar las manos.

—Hostia, qué fuerte, ¿no? —replicó Silvia.

—A ver, os voy a confesar que, la primera vez que la vi, me asusté. —Cósima hizo una mueca—. Es la verdad. Me vi incapaz. Y muy seria y preocupada le dije: «*Les femmes espagnoles ne son pas habituées à cette talle* ».

Gabriela soltó una carcajada.

—Bueno, y además de profundizar en estos temas que tanto os gustan... Además, queridas mías, tengo una noticia que daros.

Y sonrió tanto antes de decirlo que Gabriela lo entendió. Cósima se puso la mano en el vientre y bajó su mirada hacia él.

Gabriela gritó y la abrazó. Ese embarazo a Gabriela le hacía tanta ilusión como el suyo propio. La estrechó entre sus brazos.

Y, ya que a Gabriela le gustan tanto las elipsis, hay una muy grande en la novela donde no se explican los días, los meses del año que pasó Cósima herida, muy herida. Y en ese tiempo se escribían emails a menudo y Gabriela siempre los terminaba con un:

> Todo pasa, amiga. Todo pasa.
> Te abrazo en la distancia. Te quiero.
> Tu amiga siempre,
>
> GABI

Así, el dolor de Cósima fue menguando y, poco a poco, dejó de sentirse una mujer rota y traicionada para sentirse otra vez mujer.

—Estoy de muy poquito.

Silvia gritó porque todo lo entendía tarde, y se abrazaron las tres.

—¿De cuánto?

—De seis semanas. Vuelvo a Senegal la semana que viene, pero vendré a parir aquí. Cheikh vendrá conmigo. Y, bueno... —Cósima las miró a los ojos y, con una sonrisa muy bonita, siguió—: Me encantaría, si vosotras queréis, que estuvierais conmigo en el parto.

Y aquello se convirtió en un mar de lágrimas de amigas que se aman. Que se adoran. Que se quieren y ya, por supuesto, para el resto de sus vidas.

# 9

# Deseo

Gabriela camina sola por el paseo del Born de vuelta a su casa. El mismo camino que hace cada día para dejar a su hijo en la escuela, pero a las 2.25 de la madrugada todo está oscuro, solo la luz anaranjada de las farolas ilumina la calle desierta. Se ríe sola recordando las palmas de Cósima.

No lo sabe todavía, pero en menos de treinta segundos su vida va a cambiar. Esa vida tranquila, serena y estable por la que lleva caminando veinte años va a cambiar. Dentro de treinta segundos. Va a dar un giro inesperado de ciento ochenta grados. Se llama deseo. Va a volver a desear como hacía años que no deseaba.

No sabe que Pablo va a aparcar la moto donde la aparca cada mañana. No sabe que van a verse de nuevo, pero esta vez de noche. Sin vecinos. Sin nadie. Solo ellos dos. Dentro de veinte segundos.

Gabriela oye el rugido de una moto y vuelve la mirada. El pulso se le acelera al reconocer la moto de Pablo. El corazón le da un vuelco, hiere cuando golpea.

Pablo aparca a diez metros de ella y se quita el casco, sin verla por ahora.

Es la calle de siempre, solo que oscura, desierta.

Baja de la moto y al fin la ve y se miran.

El corazón la hiere. Es capaz de reconocer los miles de sustancias químicas que alteran su cuerpo. Gabriela podría dar media vuelta y callejear para no pasar junto a él, pero, en vez de eso, sigue caminando hacia él, sin dejar de mirarlo, y, por primera vez desde aquel encuentro inicial en la Feria de Londres, él no aparta la mirada.

En esta ocasión es Gabriela quien no resiste y la baja, mientras el corazón sigue golpeándola.

Cuando está a dos metros de él, vuelve a levantar la mirada, solo para comprobar si él aún la mira.

«Un hombre no mira así a una mujer si no la desea, Pablo... Dime hola», le dice con el pensamiento.

Están apenas a un metro. Tímida, otra vez mira al suelo y sigue

caminando hasta pasar de largo. Ya le da la espalda y lo deja atrás —con el corazón aún hiriendo— cuando se detiene y en una fracción de segundo se dice: «Date la vuelta. Dátela ya porque igual se va. Quizá ya no esté».

Gabriela respira y se vuelve poco a poco hacia él. Y sí. Claro que lo encuentra. Él la mira inmóvil, a un brazo de distancia.

Gabriela no se atreve a acercarse. Es Pablo quien camina hasta ella. Sí. Camina hacia Gabriela.

Llega hasta ella y, omitiendo palabras innecesarias, hunde las manos en su cabello, acerca sus labios a los labios de Gabriela y, después de diez años de tímidas miradas, la besa.

Y la lengua tímida de Pablo le pide paso. Y Gabriela despega sus labios dejándola entrar. Cierra los ojos. Siente el alma, el deseo contenido de los años, recorrerle el cuerpo. La lengua cálida de Pablo juega, lentamente, con la suya. Y Gabriela siente el placer deslizarse por su cuerpo y bajar hacia su pecho, hacia su vientre, hacia su sexo. Sus piernas se debilitan. La saliva de Pablo. El sabor de Pablo. El olor de Pablo. Y su lengua que sigue jugando con ella.

El deseo y el placer la inundan. Solo con un beso.

Él se aparta al fin y le pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja mientras la mira a los ojos.

—Hola, Gabriela —le dice en un susurro.

Ella sonríe. Sabe su nombre...

—Hola, Pablo. —Le acaricia la mejilla.

Pablo vuelve a besarla. Se miran unos segundos.

—Lo último que me apetece hacer ahora mismo es irme... —le dice Pablo con voz suave—. Pero en cuatro horas cojo el AVE a Madrid, estaré fuera hasta el viernes. Te prometo que me quedaría toda la noche contigo. Pero hoy no puedo.

Se lo dice así. Como si se conocieran de toda una vida.

Gabriela asiente mientras se deshace por dentro, llena de deseo.

—Tengo un estudio en la Barceloneta. Trabajo allí cada día. El viernes estaré allí.

—Vale —le contesta insegura.

—¿Tienes donde apuntar?

—Me acordaré. Dime.

—Carrer dels Pescadors, 25. En el ático primera.

—Vale.

—El viernes por la mañana, por la tarde..., estaré allí hasta las ocho.

Gabriela asiente, pero no contesta.

Y Pablo vuelve a hundir las manos en su cabello y la besa, lentamente. Sus lenguas se acarician un segundo más y le ruega:

—Ven, Gabriela... Por favor.

*

Esa noche, Gabriela llegó a su casa embriagada de deseo. Abrió la puerta, colgó el abrigo y caminó por el pasillo hasta su dormitorio. Su hijo y su marido dormían pegados. Respiró hondo y se metió en la cama junto a ellos, llena de dopamina, adrenalina, oxitocina y serotonina. No, evidentemente no se durmió.

*

Rímel negro de Chanel, porque la dependienta de El Corte Inglés le ha dicho que esculpe el volumen. De ahí, coge las escaleras mecánicas y sube a la sección de lencería de la planta séptima, porque una mujer que va a ser infiel una vez en la vida no puede presentarse ante su amante con un sujetador básico de algodón orgánico de color beige. Después de mucho buscar, suma al conjunto unas braguitas negras de encaje preciosas bordadas en hilo. Elegantes pero sexis. Sujetador negro a juego. Nunca ha tenido ropa interior bonita. Ya está deseando ponérsela.

Sale de El Corte Inglés algo inquieta. Es jueves, mañana será viernes, y el viernes se acostará por primera vez y después de veinte años de fidelidad con un hombre que no es su marido. Intranquila. Nerviosa. Eufórica. Angustiada. Feliz. Siente vértigo. A la vez, deseo. Mucho deseo. Porque en la anticipación está todo. Siente la miel de su sexo esparcirse por su cuerpo un día antes. Respira.

Se tumba semidesnuda en un salón de belleza y se somete a un tratamiento completo: limpieza de cutis, cejas, piernas, ingles.

—Loli, no me pongas cera sobre la cesárea, que me da angustia.

—Ya lo séééé —le contesta la cariñosa esteticista que embellece su cuerpo desde los dieciocho.

Y, mientras las manos de Loli se posan sobre su pubis para retirarle la cera caliente de las ingles, se promete a sí misma que solo será una vez. Una única vez.

*

—Eugenia, ¿puedo preguntarte algo?

Estaban las dos sentadas en la terraza del Norai Raval, un restaurante situado dentro del jardín del Museo Marítimo, esperando el primer plato del menú. Habían ido a ver una exposición en el Centro de Arte Santa Mònica.

—Dime.

—¿Cuánto llevas casada?

—Uy... ¿A qué viene esa pregunta?

—Curiosidad —respondió Gabriela.

—Pues... me casé nada más acabar la universidad a los veinticuatro

años, tengo sesenta y cuatro...

—Cuarenta años —concluyó Gabriela.

Eugenia asintió. Toda una vida.

—Y... en estos cuarenta años... —tanteó con prudencia—, ¿nunca has deseado a otro hombre?

—¡Gabriela!

—No me contestes si no quieres.

Amiga pero jefa.

—En cuarenta años no he estado con ningún hombre que no sea Emmanuel.

—No te estoy preguntando eso.

Eugenia sonrió levemente y tardó unos segundos en contestar.

—Una vez. Una vez en cuarenta años de matrimonio se cruzó un hombre en mi vida, pero no pasó nada.

Gabriela aguardó. Eugenia no siguió.

—¿A qué viene tanta pregunta, Gabi?

—Cuéntame tú primero, va... Por favor.

—No hay nada que contar. Conocí a un fotoperiodista que trabajaba..., bueno, trabaja todavía, para Europa Press. —Eugenia sonrió sutilmente y siguió—: Y podría haber pasado algo. Pero no quise.

—¿Dónde lo conociste?

—En San Sebastián. Lo conocí allí cuando tenía más o menos tu edad. Cuarenta y algo. Fui a cubrir el festival de cine y... en el hotel María Cristina lo conocí.

—¿Y qué pasó? —insistió Gabriela.

Eugenia era de otra generación y había que tirarle de la lengua para que hablase.

—Nada. No pasó nada. —Negó con la cabeza—. Yo no quise. Tenía ya a las niñas y no. No quise.

—¿Ni un beso?

—No —le contestó aparentando seguridad, pero al poco rectificó—. Sí.

Gabriela sonrió.

—Le di un beso. Solo uno... Creo que no se lo he contado nunca a nadie... Tampoco nunca nadie me lo ha preguntado.

—¿Y ya está? —Bajó algo el tono de voz—. ¿Un beso solo?

—No quise más.

Eugenia sonrió para sí.

—¿Qué más? Va. Cuéntame.

—Me envía alguna vez postales a la redacción. Viaja por todo el mundo... Bueno, y me llama cada 25 de diciembre para desearme feliz Navidad.

—¿En serio? —contestó Gabriela casi conmovida—. ¿Después de

veinte años?

Eugenia asintió y sonrió porque sabía que a su joven amiga, a Gabriela, estas historias de amor le encantaban. Es romántica por naturaleza.

¿Y no era eso una historia de amor? ¿Una historia de amor que se limitaba a unas palabras en una postal y una conversación de dos minutos antes de la comida familiar de Navidad?

Porque tanto Eugenia como Euken, que así se llama el fotoperiodista, esperan esos dos minutos al año, con ilusión, como el mejor regalo de todos los regalos de Navidad.

—Gabi —le dijo Eugenia—. ¿Estás con alguien?

Porque Eugenia algo intuía.

—Me he besado con un hombre. Como tú. Solo un beso.

Gabriela le contó la historia de amor de Pablo desde el primer día. La mirada tímida del Cervantes de Londres. En el CCCB. La mirada en la galería Kreisler. Y acabó con esos meses de miradas matutinas e intensas en el paseo del Born. Le habló de la profunda admiración que sentía hacia él.

—Os besasteis. Fue precioso. Déjalo ahí. Hazme caso, Gabriela, déjalo ahí. No vayas mañana.

—Ostras, Eugenia. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Y qué esperabas?

Gabriela se encogió de hombros sin contestar.

—No vayas —insistió—. Las historias de amantes que he conocido son desgarradoras. Es difícil llevar una doble vida y aún más para nosotras que para ellos... —Esperó unos segundos y segura de sí misma siguió—: Querrás más.

—Solo será una vez.

—No será una vez. Os buscaréis.

—Será una vez, Eugenia.

La expresión de Eugenia cambió en un segundo, y Gabriela intuyó cierta tristeza, esperó a que hablara.

—Te voy a contar mi historia, la real. Para disuadirte. Así de clara soy. Pero no es algo que me guste recordar.

—Eugenia, no hace falta que... —le dijo Gabriela apurada.

—Emmanuel, mi marido, sí dio el paso. Estuvo muchos años compartiéndome con otra mujer. Ella también estaba casada, madre de una niña. Era una situación perfecta de igual a igual. Pero ella, se llamaba Elvira, después de un año juntos se obsesionó. Bueno... Ahora, que ya no le guardo rencor, te diría que se enamoró de mi marido. Se enamoró profundamente de él. Dejó al suyo y pretendía irse con su hija y mis hijas a vivir una vida nueva con Emmanuel. Sin embargo, Emmanuel podía vivir ese doble juego. Y alargó la situación, con ella y conmigo.

Gabriela escuchó algo aturdida sin querer intervenir.

—Eran otras épocas, Gabi.

El camarero trajo los segundos.

—La amante, Elvira, al ver que Emmanuel no daba el paso, me escribió una carta explicándomelo todo.

—¿Cómo? —intervino Gabriela incrédula.

Eugenia asintió y siguió:

—Me contó los viajes que habían hecho juntos por toda España. Con las fechas exactas. Los congresos médicos a los que lo acompañaba ella mientras yo cuidaba de las niñas. Me contó las horas en las que quedaban en hoteles de citas. Y, para que yo supiera que todo aquello era verdad... —Eugenia aguardó unos segundos porque le dolía lo que iba a explicar—. Y para que no cupiera duda de que ella se acostaba con mi marido, remarcó que el día que mi hija pequeña se cayó de un tobogán y se rompió un brazo, él no estaba en Bellvitge trabajando porque estaba con ella. —Eugenia hizo un gesto de tristeza—: Acostándose con ella.

—Eugenia..., lo siento... —le dijo Gabriela.

Porque, a pesar de los casi veinte años que habían pasado de esa historia, notaba que su amiga, su jefa, su mentora, la tenía clavada en el alma.

—Lo dejé. Le dije que se fuera de casa, lo obligué a irse. Y Emmanuel se fue a vivir con ella, pero no funcionó. Mis hijas no se lo pusieron fácil. Su hija tampoco lo puso nada fácil. Un año más tarde esa relación se acabó. Paradójicamente, fue ella quien le dio la patada. No me preguntes qué pasó, porque no lo sé. Y yo volví a abrirle las puertas de mi casa. De nuestra casa.

Gabriela la miró contrariada.

—No me mires así. Eran otros tiempos —repitió—. Las mujeres tragábamos. Tragábamos demasiado. Me pudo la familia. Mis hijas. Me daba tanta pena romper todo eso para siempre... Él me pidió perdón, lo dejé volver, compramos la casa de Formentera... y hasta hoy.

Eugenia dio un sorbo al vino.

—¿Y el fotoperiodista? —preguntó Gabi.

—A Euken... lo conocí un año más tarde.

—¿Perdona? —dijo incrédula Gabriela—. ¡¿Y solo le diste un beso?!

Eugenia asintió con una sonrisa.

—Con lengua, supongo —insistió.

—Con lengua, con lengua —contestó Eugenia.

Se rieron.

—Gabriela, hazme caso. —Lo repitió muy lentamente—: No existe solo una vez. Si lo que quieres es acostarte una vez en tu vida con un hombre que no sea tu marido, mejor acuéstate con cualquiera. No con

Pablo. Lo conozco a él y te conozco a ti. Os vais a gustar, más de lo que crees. —Eugenia alzó la barbilla señalando al camarero treintañero que les había servido el vino—. Acuéstate con ese. Parece simpático, veinte años más joven que Pablo. Para una noche, mejor ese.

Gabriela se rio.

—Este tío estará viendo en mí a una cuarentona.

—¡Qué va! Ya te digo yo que si le pinchas cae. Y si no es él, el de al lado. Alguno de los cinco camareros cae. Para una noche, son poco selectivos los hombres.

—No me quiero acostar con cualquiera, Eugenia. Me quiero acostar con Pablo y solo con Pablo. Es que no es sexo. —Se encogió de hombros—. Es otra cosa, que no sé definir con palabras.

—Gabi..., Germán es un tipo estupendo. No lo hagas.

Al escuchar el nombre de su marido, Gabriela se hizo pequeña. No quería pensar en él. Esas horas con Pablo iban a ser al margen de su marido. Lo quería. Claro que lo quería. Mucho. Muchísimo. Gabriela alzó los hombros no muy segura y contestó:

—Veinte años de matrimonio... Será un día.

Ya estaba todo dicho. Eugenia ya la había aconsejado.

Llegaron los postres y conversaron sobre el parto de Cósima, que había decidido, en contra de la voluntad de su madre y también de Eugenia, parir en algún rinconcito de su castillo ilerdense rodeada de melocotoneros y no en un aséptico hospital de Barcelona. Quería parir sin correas, sin potros obstétricos, sin anestesia, sin enfermeras y sin ginecólogos. Allí estarían, tanto Eugenia como Gabriela, en el nacimiento de la hijita de Cósima.

Y también salió el «¿para cuándo tu novela?».

—Oye, que lo de «criar y crear es complicado» es una frase que me dijiste tú.

—Tu hijo el año que viene cumple tres años, Gabi. Ya puedes empezar.

Salieron del restaurante. Juntas, algo ebrias y agarraditas del brazo, cuchicheando, por su ciudad. Por su preciosa Barcelona. Eugenia hacía tiempo que no paseaba por las Ramblas —los barceloneses no suelen hacerlo, dejan a los turistas que las disfruten— y Barcelona es hermosa.

Se despidieron con un abrazo y un «no vayas, Gabriela» y una respuesta que repetía: «Será solo una vez».

*

Gabriela salió de la ducha y mientras se secaba se miró desnuda en el espejo del lavabo. Silvia, que había llegado hacía un rato a su casa, notó a su amiga catalana algo inquieta.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Gabriela suspiró.

—¿Cómo me presento con estos sacos vacíos, caídos, en casa de Pablo? —le dijo apenada, subiéndose el pecho con las manos.

—Pero qué dices, Gabi. Estás guapísima.

—No es verdad.

—Lo estás —dijo observándola desde el umbral de la puerta del baño.

Gabriela buscó los quince centímetros de cicatriz que le había dejado la cesárea. Buscó las tres cicatrices de la laparoscopia. Cuatro cicatrices en total.

—Y las cicatrices estas horribles. ¿Qué hago con ellas?

—Oye, Gabi, basta —le dijo su amiga cariñosa—. Basta ya. Para ir así, no vayas.

Porque a Gabriela, a una escasa hora de ir a la buhardilla de Pablo le entraron todas las inseguridades habidas y por haber. Se sentía bonita a sus cuarenta y cuatro años, pero ahí estaban sus arruguitas en los ojos, una piel suave, pero nada tersa, los senos caídos, las malditas cicatrices.

—Gabi —le repitió—. Para ir así no vayas.

Gabriela, sin sacarse la inseguridad de encima, se puso sus braguitas nuevas de encaje negras.

Silvia cogió el MacBook de Gabriela y buscó en Google: «Pablo Hausmann».

—A ver, ven aquí un momento.

Gabriela se sentó en la cama.

—Abróchame —dijo dándole la espalda.

—Vamos a hacer una aproximación paulatina al objeto de deseo —dijo Silvia burlona mientras le abrochaba el sujetador.

Cientos de fotos de Pablo Hausmann en la red. Silvia buscó rauda la que le pareció que salía menos favorecido y la agrandó en la pantalla.

—Objetivamente, será muy buen escritor y todo lo que tú quieras, pero es un tío normal. Tú es que lo tienes idealizado... Yo no sé a qué viene tanta inseguridad. Con lo guapa que tú eres.

—Yo lo veo guapísimo.

—Pero si está lleno de canas.

Silvia buscó en Wikipedia, se fijó en la fecha de nacimiento. 1964.

—¿Es más mayor que Germán?

Gabriela asintió mientras volvía a mirarse en el espejo, con su ropa interior nueva. Suspiró. Pensó que, con el sujetador negro y unas preciosas braguitas de encaje, mejoraba.

*

Germán mira a Gabriela por las noches cuando se desnuda.

Cuando sale de la ducha.

Gabriela, a veces, lo descubre observándola. En silencio.

—¿Qué miras tanto?

—A mi mujer —le responde siempre con ojos de hombre enamorado.

Germán siempre tiene palabras bonitas para ella. Siempre. A pesar de su pecho caído, de sus estrías, de las cuatro cicatrices. A pesar del paso de los años en su cuerpo. A pesar de todo. Siempre tiene palabras preciosas.

«Solo una vez —se promete Gabriela a sí misma—. Sentir las caricias de otro hombre en mi piel. Estar desnuda, sentada en el regazo de otro hombre, una única vez.»

El placer, el sexo, el orgasmo, eso da igual. O no da igual, pero es secundario. Solo quiere sentir las manos de otro hombre en su cabello, en su nuca, en su espalda... «Solo un abrazo cálido de un hombre que me desea y no es mi marido, una única vez.»

*

Salió de casa algo más elegante que el día a día: tejano azul marino de cintura alta, camisa blanca nueva, zapato plano, rímel negro en las pestañas, raya negra en los párpados. Fuera mochila. Un bolso bonito de piel marrón.

Desde el paseo del Born hasta el carrer dels Pescadors había un kilómetro y medio aproximadamente caminando hacia el mar. Sin dejar de sentir vértigo y deseo caminó hacia allí hasta llegar a una placita resguardada por una pequeña parroquia de estilo barroco que no conocía: la parroquia de Sant Miquel del Port.

Miró su reloj analógico de pulsera: once de la mañana. Pablo le había dicho que fuese mañana o tarde. Quizá era algo pronto.

El carrer dels Pescadors desembocaba en la plaza.

Entró en la calle y la bajó mirando cómo descendían los números: 45, 25, 5.

«Vuelve a casa», pensó frente al portal.

Miró el edificio. La fachada había sido restaurada. En ella esculpida se leía la fecha en que se construyó: 1910. Miró los números del interfono.

«Vuelve a casa.»

Presionó el interfono.

«Vuelve a casa.»

El timbre del interfono sonó.

Gabriela empujó la puerta y entró en el portal.

*

Temblaba cuando él abrió la puerta. Por dentro, claro. Él no lo notaba. O quizá sí.

—Hola, Gabriela —le dijo él sonriendo con suavidad.

—Hola, Pablo.

Era una pequeña buhardilla llena de luz, de libros y discos. Discos por todas partes. En la estantería, apoyados por el suelo. Un ventanal dejaba ver el mar.

—Qué lugar más bonito.

Pablo se acercó a ella y la besó con delicadeza en los labios. Gabriela sonrió. Lo notó inseguro.

—Me alegro de que hayas venido.

Él también estaba elegante, al menos más de lo que solía: una camisa negra recién planchada, Dockers gris oscuro.

Se creó un silencio entre bonito y extraño. Se miraron a los ojos. No sabían bien qué decirse. Pablo volvió a besarla, luego se apartó unos centímetros y la miró de nuevo. Entonces fue Gabriela quien se acercó a sus labios, y Pablo acarició con su lengua la lengua de ella. Y Gabriela, en dos segundos, sintió su cuerpo humedecerse.

Pablo le desabrochó los botones de la blusa uno a uno. Se la quitó. Le dejó puesto el sujetador.

Gabriela le desabrochó a él la camisa y también se la quitó para dejarle el pecho descubierto. Se acercó a él y le gustó su olor. Le encantó.

Pablo jugó despacio con su espalda. Con su nuca.

Aún con el sujetador, con los vaqueros puestos, se sentía totalmente desnuda.

Por primera vez en décadas desnuda frente a un hombre que no era su marido. Y Pablo le acarició los pechos sobre el sujetador y entonces Gabriela se sintió insegura. Tanto... Tan insegura... Igual no le gustaba nada cuando la viera desnuda. Dejó de besarlo.

—Pablo... Estoy nerviosa.

—Yo también —respondió él, sincero, antes de volver a besarla.

—Pablo... Mi cuerpo... —Gabriela bajó la mirada—: Mi cuerpo ya no es lo que era. Soy una mujer de cuarent...

—Eres una mujer preciosa —la cortó él.

Y ya.

Pablo no dejó que se sintiera insegura ni un segundo más, porque el poder persuasivo de las palabras existe. Y las mujeres lo necesitamos. Claro que lo necesitamos. Quizá ellos también.

Y ahora sí. Sí podía hacer el amor con ese hombre que tanto deseaba. Que tanto había deseado. Durante tanto tiempo. Pablo le apartó el sujetador. Miró sus pequeños pezones y le lamió la punta de un pezón. Ella se estremeció de placer. Luego el otro.

Él acarició sus senos, sin importarle su forma. O eso le hizo creer. Y

Pablo observó cómo los pezones de Gabriela se erguían para él. Solo para él. La condujo hasta la cama. Le desabrochó el cinturón, el botón del tejano, y le bajó la cremallera e introdujo su mano por debajo de las braguitas, por su sexo. Introdujo sus dedos unos segundos dentro de ella y notó su deseo. Volvió a sacar los dedos del cuerpo de Gabriela y la miró. Le gustó sentir que lo esperaba.

La tumbó en la cama. Él se desabrochó el pantalón, se lo quitó y se tumbó de costado junto a ella. Gabriela notó su erección y la acarició por encima del calzoncillo... Él también la esperaba.

Otra mirada. Otro beso. Sus lenguas.

Pablo acarició los muslos de Gabriela. Sus ingles. Poco a poco. Luego jugó por encima de sus braguitas y metió su mano de nuevo dentro, acariciándole el sexo. Su erección crecía, lleno de deseo. Se puso encima de ella y jugaron rozándose con su ropa interior. Hasta que Pablo le bajó las bragas y se quitó los calzoncillos. Gabriela cerró los ojos. Era bonito y extraño sentir la erección de otro hombre sobre su sexo. Dejó que él hiciera. Y Pablo, salvaje, sin más preámbulos, la penetró.

Ella abrió los ojos, desconcertada, porque no esperaba sentirlo dentro de ella tan rápido, tan basto. Sintió dolor a la vez que el placer psíquico, de la entrega, de saberse poseída. Abrazó la espalda de Pablo y la acarició mientras le sentía empujar. Pablo se había convertido en otro. En el animal que todo hombre lleva dentro. Ese animal cargado de testosterona la penetraba entrando y saliendo de su cuerpo. Entrando y saliendo. Entrando y saliendo. ¿Un minuto? ¿Dos?

E, inesperadamente y tras un suspiro hueco e intenso, Pablo se corrió.

Silencio.

Se hizo un silencio extraño.

Gabriela abrió los ojos. Sintió el peso del cuerpo de él, ahora inmóvil, sobre ella. Seguía el silencio. Sentía el latir de su propio corazón. También el corazón de Pablo. Permaneció muda e inmóvil con 85 kilos de peso encima.

—Perdóname, Gabriela. Perdóname.

—No pasa nada.

—Qué desastre. Qué vergüenza. Qué vergüenza... Diez años para este polvo de mierda. Diez años para esta mieeerda. —Alargaba la e—. Perdóname.

Quizá fue su tono de voz sincero, a la vez que avergonzado. Quizá fueron esos dos días caminando, aturdida, con ese único pensamiento en su mente. Quizá fue cómo alargó la e. O quizá fue que Gabriela era así y, a la tercera vez que Pablo dijo lo del polvo de mierda, estalló en una de sus sonoras carcajadas.

—Perdona, perdona —se disculpó ahora ella, al instante, intentando

contener la risa.

—No, ríete. Te puedes reír. —Pablo salió de ella y se acostó a su lado... sin mirarla.

—No pasa nada, Pablo. De verdad —le dijo volviéndose hacia él y rodeándole la cintura con su brazo. Y venga a reírse. Intentando no reírse.

—Diez años para esta mieeerda —repitió.

Y otra vez la carcajada.

—Que no pasa nada, Pablo, en serio —le dijo besándole la piel de sus labios—. Si me da igual.

Y Gabriela venga a reírse. Y venga con el «qué mieeerda de polvo».

Si es que Pablo lo sabía, lo temía. Porque mientras Gabriela embellecía su cuerpo en salones de belleza durante esos dos días, él paseaba por Madrid con el temor de correrse con solo tocarla. Con solo acariciarla.

Si le tendría que haber hecho caso a Fèlix, su editor y un gran amigo, que le dijo:

—*Fes-te una palla abans.*

—*Què dius, capullo.*

—Pablo —insistió Fèlix—. Hazme caso... Hazte una paja.

A los amigos se les hace caso, coño. Se les hace caso.

Gabriela no podía parar de reírse. Lo intentaba, pero no podía. No se reía de él. Por supuesto que no. Se reía de cómo se fustigaba a sí mismo con el desastre acontecido.

—Que me da igual, Pablo. Me gustas igual... Si supieras lo nerviosa que he estado estos dos días... Hoy casi ni he dormido. Yo creo que tampoco hubiera sido capaz de... acabar.

—Un segundo y empiezo otra vez, ¿vale? —contestó Pablo, no muy seguro de sí mismo. Porque cincuenta y cuatro años son cincuenta y cuatro años.

Lo cierto es que, tras esos dos días de tensión absoluta, esas risas fueron el bálsamo que Gabriela necesitaba. Por fin se sentía tranquila, a gusto junto a ese desconocido, y tras el coito más corto de toda su vida.

—Estás bonita cuando te ríes —le dijo mientras le acariciaba el cabello con sus manos—. Aunque te rías de mí.

Y la risa fue cesando a medida que Pablo recorría su cintura con las manos.

Bajó lentamente por el contorno de su silueta y hacia el sexo de esa mujer hermosa, desconocida y desnuda frente a él. Penetró con el índice y el corazón el sexo todavía húmedo de Gabriela. Ella cerró los ojos y dejó que la acariciara unos segundos, que la masturbara. Placer para ella sola. Pero ahí entraba un nivel de intimidad tan profundo que no supo dejarse ir. Un nivel de intimidad que sí tenía con Germán.

Su marido conocía su cuerpo como el suyo propio. La masturbaba antes de acabar él. O después de acabar. Siempre. Y, mientras su marido la acariciaba, salía la loba desinhibida entregando su cuerpo, su mente, al éxtasis. A él. Sin vergüenza. Sin pudor.

Se sintió incapaz de regalarle esa entrega a ese hombre al que tanto deseaba y al que apenas conocía. No ese primer día. No es lo mismo practicar sexo juntos que uno después del otro.

Gabriela abrió los ojos y Pablo la entendió sin que ella se lo dijera. Sacó sus dedos de su cuerpo y rodeó con sus brazos su cintura. La abrazó.

Sí, de hecho, eso es lo único que quería Gabriela. Estar abrazada, desnuda, entre los brazos de Pablo.

Follar, hacer el amor, el orgasmo era secundario.

Sus rostros a unos milímetros. Sus sexos se acariciaban también. Permanecieron en silencio mirándose intensamente a los ojos, sin dejar de abrazarse.

—Eres tan guapo, Pablo... —le dijo sincera acariciándole la mejilla.

Al escucharla, sin quererlo, solo con ese comentario, con esas tres palabras tan simples, tan poco elaboradas, con esas palabras que hacía años que no escuchaba en boca de su mujer, Pablo la empezó a amar.

—¿Vendrás otro día? —le respondió acercando sus labios a los labios de Gabriela y besándola con suavidad.

Porque Pablo, inseguro después de ese desastre, pensó que igual la perdía. Porque él no pensaba como Gabriela en una única vez, claro que no. ¿Tantos años de miradas para una única vez? Así que le rogó:

—Ven. El viernes que viene, Gabriela, por favor.

*

Gabriela respiró hondo antes de introducir la llave en la cerradura de su casa.

—¡Mamá!

Germán y su hijo construían una torre de lego, y el pequeño corrió a abrazarla. Ella lo cogió entre sus brazos y lo besó mil veces. Qué bonitos son esos primeros años de la vida de los niños, cuando necesitan a sus mamás a todas horas.

—¿Qué hacéis?

—Un aeropuerto... Papá se va mañana.

—¿Qué tal el día, Gabi? —le preguntó Germán.

—Bien. ¿Ya has hecho las maletas?

—No, todavía no... Está la cena hecha.

Se sentaron a cenar. A las ocho, como siempre. El niño mareó la comida en el plato.

—Come —le dijo Germán a su hijo.

—No.

—Has de comer.

—No tengo hambre.

—Hijo, es que si no...

—Ay, Germán —le cortó su mujer—. Si no tiene hambre, que no coma.

—Ayer tampoco cenó.

—Bueno, y qué más da. Si están sobrealimentaos los niños de Occidente.

—¿Esto lo has leído en la contra de *La Vanguardia* de ayer?

—Germán... Le ponemos papilla en el biberón y ya está.

—Ya, pero es que los niños han de alimentarse bien. Están en etapa de crecimiento...

El niño salió de la silla. Germán lo cogió para volverlo a sentar.

—No te levantes de la mesa. Papá quiere que te sientes.

—¿Y si le hablas en primera persona?

Germán, duro, levantó la mirada.

El niño se sentó un segundo, se escapó al siguiente. Volvió con la torre de legos. Germán se levantó a buscarlo.

—Papá... No tengo hambre. —Ahora ya lloriqueaba.

—Germán, por favor. Déjalo.

—No te levantes de la mesa. Los niños han de aprender a estar sentados.

—No tengo hambre.

—Déjalo, Germán, por favor... Cenemos tú y yo.

A Gabriela la violentaba esa manía de Germán con la comida y para con su hijo.

—Déjame ejercer de padre.

Germán cogió al niño. Y lo sentó en la silla frente al plato de pollo a la plancha y las judías verdes.

El móvil de Germán sonó como tantas otras veces y fue a cogerlo al dormitorio, donde se cargaba sobre su mesilla de noche.

Gabriela, rauda, cogió el plato lleno de comida de su hijo, echó cinco judías en el plato de Germán, otras cinco en el suyo. Pinchó con el tenedor dos trozos de pollo y se los comió. Besó a su hijito en la mejilla y se llevó un dedo a los labios.

—No te chives..., que te conozco.

Se chivó y hubo bronca.

*

Mientras esperaba al siguiente viernes para ver a su amante, Gabriela pensó en la primera vez que se acostó con Germán, algo que tenía completamente olvidado. Veinte años ya..., porque no fue en el GTI. Lo intentaron antes. También fue bonito, pero no salió bien. Por aquel entonces ambos vivían con sus padres y, aprovechando una cena

de los padres de Germán, pasó. Pasó en su oscuro y adolescente dormitorio de paredes empapeladas con pósteres de Pink Floyd y Iron Maiden. Gabriela recordó cómo él la desvistió con delicadeza y cómo se acariciaron, los dos de pie. Germán fue el primero que osó deslizar la mano hasta el sexo de ella, por encima de su ropa interior. Y ella le siguió: le desabrochó los pantalones y lo acarició por encima del calzoncillo, aunque no notó la erección... Siguió acariciándolo y no pasaba nada. Germán le cogió la mano con suavidad y se la apartó, la tumbó en la cama y ella intentó acariciarle otra vez el sexo, pero al no notar la erección, algo perdida, apartó la mano. Germán jugó con ella, con ternura, con amor, besándole las mejillas, la boca... La acarició hasta que Gabriela acabó.

Permanecieron en silencio.

—¿Y tú?

—No importa.

Y el silencio.

—¿Es que no te gusto, Germán? —le preguntó con suavidad.

—Claro que me gustas —le dijo abrazándola y escondiéndose tras el abrazo—. Me gustas mucho, Gabi.

Y luego el GTI, y se fueron conociendo muy poco a poco hasta tener una relación sexual preciosa y tranquila.

Quizá es que a Gabriela los empotradores no le habían tocado. O quizá no eran su patrón. O quizá es que todos nos sentimos inseguros las primeras veces. Quizá no es fácil para nadie. «O quizá haces tú algo mal, Gabi, que no solo es abrirse de piernas y dejar que hagan», se recriminaba sin poder evitarlo, mientras subía en ascensor al estudio de Pablo.

Ese segundo viernes, él la esperaba con la puerta abierta. Sonrió al verla.

—Pensaba que no vendrías.

Ella lo besó en los labios con suavidad y le regaló la seguridad que Pablo no sentía.

—Pero cómo no iba a venir, si no paro de pensar en ti, Pablo —le contestó sincera.

Entraron en el estudio cerrando la puerta tras ellos.

—¿Te puedo contar una cosa? —le dijo en un susurro, besándolo otra vez.

—Claro.

—¿Sabes que he hecho estos años, con tus breves miradas?

Él negó con la cabeza.

—Te lo voy a enseñar.

Gabriela le cogió de la mano, lo arrastró hacia al lavabo y cerró la puerta tras ellos. Acercó sus labios al oído de Pablo y casi en un susurro le dijo:

—Acariciar mi cuerpo pensando en ti.

Pablo se sonrojó.

—No te entiendo —le contestó desconcertado.

Porque a Pablo sí le habían dicho palabras hermosas —su mujer, sus novias anteriores, una fugaz amante que había tenido cinco años atrás y, por supuesto, las mujeres que elogiaban sus libros en las ferias de todo el mundo—, pero eso que insinuaba Gabriela no se lo habían dicho nunca.

—Sí, sí que me entiendes, sí —siguió Gabriela otra vez en un susurro —. Te voy a enseñar cómo lo hacía.

Ya notaba su erección y la acarició por encima del pantalón. Hizo que Pablo apoyara la espalda en la puerta del lavabo y lo besó antes de darse la vuelta y apoyar su espalda contra su pecho.

Quiso que se vieran a través del espejo.

Ella sonrió levemente. Cuánto había deseado verlo esa semana. Había contado los días, las horas, los minutos que faltaban para verlo. Pablo le besó el cabello, la nuca. Gabriela notó su aliento en el oído. Cogió la mano de Pablo y la acompañó dentro de la falda de tubo que se había comprado para él. Gabriela siguió acompañando la mano de Pablo bajo sus bragas. Cerró los ojos y acompañó los dedos de Pablo hacia dentro de su sexo. Enseñándole cómo lo hacía. Cómo se acariciaba a sí misma y ese año de miradas intensas siempre pensando en él.

Los dedos de Pablo entraban y salían de ella. Poco a poco.

Gabriela abrió los ojos y se miraron de nuevo. Otra sonrisa.

—Ahora sigue tú solo.

Le soltó la mano y volvió a cerrar los ojos.

Y Pablo jugó con las yemas de sus dedos entrando y saliendo. Entrando y saliendo. Y cuando notó su sexo húmedo, hizo círculos, lentamente, subiendo hacia el trocito de placer de esa mujer desconocida a la que tanto había deseado.

Ella gimió con suavidad mientras él jugaba despacio, llevándola al límite. Pero esperó y volvió a hundir los dedos de nuevo dentro de ella. La miraba, a través del espejo, mientras se estremecía. La observaba gozar. Retorcerse. Su erección también pedía liberarse. Pero Pablo jugó y jugó y jugó. Y Gabriela notó que sus piernas se debilitaban y alzó la mano derecha hacia arriba y acarició la nuca de Pablo mientras suspiraba en gemidos silenciosos. A Gabriela le faltaba muy poco para llegar al final y se apoyó totalmente contra el pecho de él. Suspiró. Pablo aceleró el movimiento de los dedos. Llegaba el clímax. Un segundo faltaba. Dos.

Y Pablo le negó el orgasmo y paró.

Gabriela abrió los ojos, demasiado excitada. Lo miró a través del espejo y casi en un susurro le dijo:

—Pablo, no he acabado todavía.

—Lo sé —le dijo besándole de nuevo el cuello.

Gabriela lo miró extrañada.

—Ya, pero esto no lo puedes hacer...

—Claro que puedo. —La miraba a través del espejo.

Sin pensarlo, ella bajó la mirada.

Pablo se acercó a su oído:

—Cierra los ojos. Empecemos otra vez.

Gabriela obedeció y suspiró casi con timidez. Sintió los dedos de su amante entrar de nuevo en ella y el placer atravesarle el cuerpo. Su corazón se aceleró de nuevo mientras las yemas de los dedos de Pablo subían otra vez en círculos y con cuidado, rodeándole el clítoris. Y sintió el final cerca, muy cerca, y Pablo ralentizó sus movimientos...

—Mírame —le dijo en un susurro.

Gabriela obedeció y encontró los ojos de Pablo, que la escrutaban. Bajó la mirada. Era difícil mantener la mirada en ese estado de semiinconsciencia. Y los dedos de Pablo seguían haciendo círculos y más círculos, muy despacio, siempre cerca del trocito del cuerpo que estimula su alma.

Se apoyó totalmente en él, sintió las piernas débiles y gimió a un segundo de estallar.

Y paró. Pablo volvió a parar.

Gabriela, desconcertada, abrió los ojos.

—Pero ¿qué prisa tienes? —dijo él—. Yo ya corrí demasiado el otro día... Poco a poco.

Pablo susurraba en su oído.

—¿Qué prisa tienes, Gabi?

Y, en ese momento, todo cambió. No fue notar cómo él le acariciaba de nuevo el sexo. No fue jugar con esa dulce tortura que supone la negación del placer. No. Fue escuchar a Pablo llamarla con ese diminutivo por el que caminaba por la vida desde el día de su nacimiento y con el que solo sus seres más queridos, su familia, su marido, sus amigas y amigos, la llamaban: Gabi.

—¿Te puedo llamar Gabi? —preguntó él, como si le leyera el pensamiento.

Gabriela asintió a la vez que sentía que, ya al segundo día con ese desconocido, empezaba esa intimidad inesperada. Sin ella intuirlo, empezó a amarlo. No lo admitiría ante sus amigas, ni siquiera ante ella misma. La mente, el corazón, el alma femenina son así de impredecibles. Así de generosos. Así de vulnerables.

Se dio la vuelta hacia él y lo besó con ansia mientras le desabrochaba frenética los botones de la camisa. Pablo sonrió al notar que esa mujer en celo buscaba saciar el orgasmo que le había negado... No, su mujer ya no lo buscaba así. Gabriela le quitó la

camisa. Luego la hebilla del cinturón y el botón del pantalón. Le bajó la cremallera. Él echó atrás la mano para abrir el pomo de la puerta.

—Quiero hundirme en ti —le dijo Gabriela mientras lo besaba—. Quiero hacerte el amor...

Se tumbaron en la cama. Fue ella quien, esta vez, le quitó el pantalón y la ropa interior. Gabriela se quitó las bragas, que no la falda, se desabrochó todos los botones de la camisa y se quedó en sujetador antes de sentarse a horcajadas sobre él. Lo rodeó con las piernas y con un placer inmenso, ella, que tres veces había estado a punto de llegar al orgasmo, se hundió lentamente en él.

Y cabalgó. Cabalgó como una loba, sintiendo a Pablo gozar. Lo miró a los ojos. Él los tenía cerrados en esos momentos.

—Mírame, Pablo.

Él la miró. Se penetraron, también con la mirada.

Él alzó las manos, apartó el sujetador y le pellizcó los pezones. Gabriela gimió, otra vez cerca del final. Se inclinó hacia él mientras notaba el sexo de su amante en lo más profundo de ella, y Gabriela se acercó al oído de Pablo y, en un susurro, le dijo:

—Avísame y llegamos juntos hasta el final.

*

—¿Tienes té? —Gabriela se abrochaba la camisa, sentada en la cama.

—No. No tomo nunca té. ¿Voy a comprar? —le preguntó Pablo mientras se ponía los vaqueros.

—Un vaso de agua está bien.

Se acercaron a la cocina americana, en silencio. «Una elipsis aquí no estaría mal», pensó Gabriela; eso de llenar silencios era una pesadilla.

Pablo pasó el brazo sobre los hombros de Gabriela y le besó el cabello. Ella miró su ordenador.

—¿Estás escribiendo otra novela?

—Sí —le respondió—. Reescribiendo más bien.

—He leído todas tus novelas.

Pablo asintió agradecido. Llenó un vaso de agua.

—Me encantaron. —Sintió que decía algo demasiado obvio—. Bueno, supongo que estás cansado de que te lo digan... —dijo insegura.

—No. Lo agradezco —contestó Pablo sincero.

—¿Tú has leído algún artículo mío? ¿Alguna columna de *La Femme* ?

Pablo tardó en contestar.

—Bueno, leí la entrevista a Pía.

—Ese me imagino que sí —le dijo Gabriela—. Hace años de esa entrevista... ¿Nada más?

Se le notaba inquieto, pero prefirió ser sincero.

—No, Gabriela —respondió algo apurado—, lo siento. Pero te prometo que a partir de hoy los leo todos.

Gabriela sonrió mientras intentaba disimular la decepción. Porque eso significaba que solo le gustaba su físico. Claro que a ella también le gustaba, más bien le encantaba su físico. Pero ella sabía mucho más, porque había leído y releído su primera y su segunda y su tercera novela.

Sabía que la ficción daba forma a esas inquietudes, a todo eso que se derrama en la mente del escritor, del escultor, del pintor, del cineasta. En definitiva, todo aquello que se derrama de cualquier creador. Y la sensibilidad, la ternura, la tristeza y el sentido del humor que desprendían todos los personajes masculinos de las novelas de Pablo le habían hecho conocerlo más. Intuyó por su segunda novela una silenciosa relación con su padre y una hermosa y sana relación con su madre. Intuyó que era buen amigo de sus amigos. Y que quizá tendría algún hermano, tal vez una hermana. Lo curioso es que con el tiempo sabría que casi todas sus intuiciones eran ciertas. Porque los *alter ego* , los otros yos de los escritores, de los autores, esos personajes de ficción con los que se identifica el autor, existen. De hecho, no solo conocía sus *alter ego* . Conocía cómo movía las manos por las entrevistas colgadas en YouTube. Sabía incluso cómo se incomodaba cuando las entrevistas se alargaban. Y, según cómo y con quién, y con ciertas preguntas, Pablo podía mostrarse altivo. Hasta esa sutil soberbia a Gabriela le gustaba.

—Entonces, Pablo... Si no has leído ningún artículo, ninguna columna de las que he escrito —se encogió de hombros—, ¿te puedo preguntar qué te gusta de mí?

Pablo se acercó a ella, qué complicadas eran las mujeres a veces. Qué complicadas. Se acercó a sus labios, la besó y le contestó:

—Todo, Gabi. De ti me gusta todo.

*

—Avisa tú a Silvia, que traiga la Leica. Pero solo la Leica, que no venga con tres cámaras y cuarenta ópticas, que la conozco —le dijo Cósima tranquila a Gabriela a través del móvil.

—¿Cada cuánto las tienes? —preguntó Gabriela.

—Muy espaciadas. Tranquila. No corráis.

—¿Que no corramos? Que estás en Lleida, Cósima... Dejo a mi hijo en casa de mi madre y vamos para allá. Te quiero, amiga.

Gabriela colgó, despertó a su hijo, le dio el desayuno, lo llevó a casa de su madre y fue a recoger a Silvia con el Volvo. Silvia la esperaba con la Leica, la Canon, un trípode y tres ópticas, en Gran de Gràcia esquina con la calle Goya. Saltó en el coche. Gabriela se rio al verla.

—¡Solo la Leica, Silvia!

—Yo me lo llevo todo.

Y, después de dos horas con la música muy alta, llegaron al castillo de Lleida y caminaron por entre los melocotoneros.

Vieron a Cósima con su panzona, a su madre, a sus cuatro hermanas, a Eugenia, a una comadrona y a ese hombre altísimo, guapo, que parecía un príncipe africano, junto a todas ellas. Todas sentadas a una mesa ovalada con un mantel de lino blanco que caía hasta el suelo. Bebían limonada natural con azúcar y parloteaban felices. La tribu femenina de Cósima. De la que había huido, pero que amaba profundamente.

—¡Gabriela, Silvia! —les dijo Cósima levantándose de la pelota gris de pilates en la que estaba sentada mientras paría.

Porque estaba pariendo, claro. Porque la media de una mujer que pare de forma natural es entre seis y diez horas. La expulsión del bebé aproximadamente dura cuarenta y cinco minutos.

Silvia. Duración del parto de su primera hija: una hora, ocho minutos. Episiotomía vaginal. El ginecólogo cosió los cuatro centímetros de largo que había tijereteado diez minutos antes. Sin dolor ninguno. Con un posparto muy doloroso, infección de puntos incluida.

Gabriela. Duración del parto: treinta minutos. El ginecólogo cosió por encima del pubis los quince centímetros que había quemado con tecnología láser. Sin dolor ninguno. Con un posparto largo y doloroso.

Se abrazaron. Abrazaron también a la mamá, a su jefa Eugenia y a las hermanas. Porque eso sí que es un regalo de la vida: que una amiga tuya te permita estar en ese momento tan hermoso es más que un regalo. Un regalo que se otorga a unas pocas afortunadas.

Y llegó de una manera profundamente dolorosa. Después de nueve horas y media.

La bebita bajó por el canal del parto, abriendo en dos a su mamá, y salió sana y llorosa por la vagina de Cósima, poco a poco y sin desgarrarla. Cheikh, su marido senegalés, la abrazaba por la espalda mientras ella, arrodillada en el suelo, se colgaba de él. Fue Cósima quien recogió la cabecita de la bebé, que salía por su vagina. La comadrona aguardaba silenciosa. Sin apenas intervenir porque no hacía falta. Salió su negrita, su niña negra y el amor. Ese amor incondicional que te llena al segundo de ver la vida creada por ti misma y entre tus brazos.

Le pidió a la comadrona que llamara a la tribu.

Y la tribu femenina entró para darle la bienvenida a la vida a Selma.

A Selma Mbaye de Sentmenat.

*

«El amigo de mamá», «La nobleza del marido», «La dama ausente»,

«Natasha», «Una mujer de tobillos anchos», «Candy» y todas las demás. Pablo había leído todas las columnas de Gabriela. Había hecho los deberes.

—Gabi —le dijo Pablo—. Tienes talento, de verdad. No te lo digo para... para acostarme contigo..., que, vamos, que ya estás aquí...

Pablo la besó en los labios y siguió:

—Escribes bien, muy bien. Es que creo que ahora me gustas más que la semana pasada. Bueno, que todos estos años... ¿Por qué no intentas escribir una novela?

Gabriela sonrió. Otro con lo mismo...

Esa tarde se amaron un poquito más que la última vez. Él la estimuló sin prisas, viendo cómo se excitaba. Y ella intentó acariciarlo.

—No, Gabi... Primero tú...

Le lamió los pezones y ella gimió silenciosa. Acarició su trocito de cuerpo. La observó excitarse. Retorcerse para él.

—Hazme el amor —le dijo Gabriela en un susurro.

—Ya voy...

Y Pablo jugó un poco más y cuando sintió que estaba cerca de estallar, antes de que lo hiciera, enamorado —sí, enamorado y como una bestia—, la penetró.

*

—¿Me puedo duchar? —le preguntó Gabriela.

—Claro.

Y Gabriela se metió en la ducha, y Pablo, que no pensaba hacerlo, pero hacía demasiado que no se duchaba con su mujer, se metió con ella.

Y Gabriela cogió la pastilla de jabón y se limpió el cuerpo. Luego pasó la pastilla por el cuerpo de su amante... Ya volvía a desearlo.

Salieron de la ducha. Solo había una toalla. La compartieron.

*

—Gabi —dijo Pablo ya en tejanos—. ¿Te leerías el manuscrito de mi novela?

—Sí..., claro —le contestó volviendo la mirada hacia él—. Un honor leerlo, Pablo.

Y se lo dijo con una sonrisa sincera porque lo admiraba. Lo admiraba mucho.

—Lo tengo aquí impreso.

Él se dirigió a la mesa frente al ventanal, lo cogió y se lo dio. Eran las siete de la tarde.

—Yo me quedo a dormir aquí hoy. Bueno, todo el fin de semana —siguió Pablo—, cuando estoy en reescritura me encierro. Si no, no hay

manera.

—Ah, vale —le contestó Gabriela sin saber muy bien cuál era el subtexto de esas palabras.

Se miraron en silencio. Si había un subtexto en la última frase, se lo estaba diciendo con la mirada. Pero Gabriela dudó, porque las miradas y los subtextos siempre están sujetos al error.

—Bueno, mi... mi pareja está fuera —dijo de corrido Gabriela—. De hecho, estará fuera dos meses. —Al escucharse, pensó que había malinterpretado el subtexto y rectificó—: Quiero decir que tendré tiempo para leerlo. Que dentro de dos días lo habré acabado... Me llevo el manuscrito a casa entonces.

Pablo no contestó.

—Es que no entiendo qué quieres, Pablo —dijo Gabriela insegura.

—Quiero que te quedes a dormir.

*

Luisa llevó a su hijo a casa de su madre.

—¿No te importa, mamá? ¿Dos noches no será demasiado?

—No, claro que no, Gabi. Yo feliz de estar con mi nieto. Si es que no sé por qué no me lo dejas más. Si quieres, déjamelo hasta el lunes y lo llevo yo al cole.

—Ya te diré. Quizá sí. Gracias, mamá. Os voy llamando. Cualquier cosa, me llamas enseguida.

—Claro, hija.

Porque la dama ausente se convirtió en una abuela bonita. Cariñosa. Generosa con su tiempo y totalmente entregada.

*

Se quedó hasta el lunes por la mañana.

Qué tres días tan bonitos en la biografía de Gabriela, preciosos. Escondida en esa buhardilla y junto a un hombre que no era su marido.

—¿Por qué no me lees la novela en voz alta? Me la leo yo a mí mismo normalmente.

Así que ese viernes por la noche Gabriela leyó ochenta páginas en voz alta apoyada en la cama de su amante. Pablo, sentado frente a la mesa, la hacía parar y tomaba notas en su ordenador.

—Sigue.

Y ella seguía. Leían diálogos juntos. Paraban. Gabriela volvía a leer. Rectificaban. Además, con un bolígrafo rojo Gabriela le iba marcando faltas, porque siempre hay faltas, aunque lo leas cien veces.

Esa primera noche pidieron comida japonesa que les trajo un pakistaní con mochila de Glovo.

Hicieron el amor otra vez. Pablo, cansado, desnudo, se tumbó en su pecho y le pasó los brazos por la cintura. Ella le acarició el cabello hasta que se quedó dormido. La luz de una mesita baja situada frente al ordenador iluminaba la buhardilla y, mientras lo observaba, Gabriela pensó que era la primera vez en veinte años que observaba dormir a un hombre que no era su marido. En ese estado totalmente vulnerable. En ese estado de inacción, de suspensión de los sentidos. Se sintió extraña observándolo. Como si violara su intimidad. Apartó la vista. No podría dormirse con la lucecita de luz cálida. Desnuda se levantó y caminó hacia la mesa de trabajo. Antes de apagar la luz, se volvió hacia la estantería donde descansaban cientos de libros. Desordenados, clásicos de la literatura universal: *Rayuela* de Cortázar, *Crimen y castigo* de Dostoievski, *Los miserables* de Victor Hugo, *Anna Karenina* de Tolstói, todas las obras de teatro de Shakespeare, Virginia Woolf, el *Quijote* ...

Lo primero que pensó Gabriela fue que esos clásicos ella no los había leído. Solo a Cortázar, maravillada por el dominio del lenguaje que casi veneraba. Pero a ratos y muy poco a poco. No acabó *Rayuela* .

¿Cómo iba a hacerse escritora? No podría admitir que no había leído *Crimen y castigo* . Adaptaciones de Shakespeare en teatro sí, pero leerlas, solo las obligadas en el instituto. ¿Cómo se iba a hacer escritora si no había leído el *Quijote* ? Y había visto cuatro de las veinte adaptaciones cinematográficas de *Anna Karenina* porque Tolstói se le hizo excesivamente descriptivo y no entró. Además, no se creyó a Karenina, capaz de abandonar a su hijo por amor. No, no la creyó. Uno no se hace escritor si no ha leído a Tolstói.

Henry Miller, Anaïs Nin, Aramburu, Javier Cercas y Maruja Torres. A ellos sí. Acarició con la mano varios más hasta encontrar a Houellebecq. Eso la hizo sonreír.

Se volvió hacia Pablo, que dormía tranquilo. Apagó la luz de la mesa, volvió hacia el sofá cama, se tumbó junto a él, le acarició la mejilla, le besó los labios y, al cabo de una hora larga, se quedó dormida.

*

La mano de Pablo se deslizaba por su silueta desnuda y abrió los ojos con los primeros rayos de la mañana. Porque había sido él esta vez quien la había observado dormir... Veinte años durmiendo junto a su mujer y solo junto a su mujer. Fue extraño y hermoso.

Gabriela notó el aliento de Pablo en su cuello. El olor a dentífrico.

—Que yo no me he lavado los dientes.

—Me da igual. No voy a dejar que te des la vuelta.

Y acariciarla... y follar.

*

—Cumplo cincuenta y cinco el mes que viene —le dijo Pablo tras probar un croissant de mantequilla que había comprado Gabriela en uno de los pocos hornos tradicionales que quedaban en la Barceloneta —. No los siento —confesó—. Los cincuenta y cinco.

—Yo mis cuarenta y cinco tampoco —le contestó Gabriela—. Porque no paran de recordármelo con eso del «señora, perdone», pero, vamos, que, si no, no me daría cuenta.

Acabaron de desayunar. Gabriela se sentó en el sofá cama que Pablo ya había recogido mientras ella había ido a tocar el agua del mar y a comprar desayuno para ambos. Buscó la página ochenta del manuscrito y leyó en voz alta de nuevo.

—Para. Léelo otra vez.

Gabriela releía.

—Espera.

Él tomaba notas.

—Sigue.

Y escribir. Y leer. Y releer. Y leer. Y escribir. Y releer. Y reescribir. Y hacer el amor.

—Me presento al Premio Europeo de Novela.

Gabriela lo miró algo abrumada.

—¿Con esta novela? —Volvió la mirada al manuscrito entre sus manos.

Pablo asintió.

—¿Y te estás fiando de mi criterio?

Porque Gabriela le sugería pequeños cambios, sobre todo con los personajes femeninos, que él se empeñaba en ensalzar continuamente.

—Tienes criterio, Gabi.

Y comerle la boca y hacer el amor. Y leer. Y escribir. Y reescribir. Y hacer el amor... Porque Gabriela no follaba con Pablo, solo le hacía el amor.

*

—¿Qué tal en Madrid? —le preguntó Germán a través de la pantalla de ordenador.

Gabriela y su hijito estaban sentados en la alfombra frente al Skype.

—Divertido. Madrid siempre es divertido.

Porque esa fue la mentira que Gabriela contó a su marido. Cómo justificar, si no, todo un fin de semana fuera de casa —algo que Gabriela no hacía nunca— y dejar por primera vez a su hijo en casa de su madre. Se había compinchado con Silvia. Gabriela le explicaría a Germán que Silvia se iba el fin de semana a ver a unas amigas a Madrid y que ella la acompañaba. Fin de semana de chicas. Nada

podía fallar. Y nada falló.

—¡Papá, mira!

El niño le enseñó un coche teledirigido que le había comprado su abuela en un bazar chino y que a las dos horas ya no funcionaba.

—¿Me lo arreglarás con el destornillador?

—Claro, cariño.

—¿Y qué tal el trabajo, Germán?

—Bien.

—¿Y el apartamento que te han alquilado?

—Te encantaría. Frente al río... —Hizo un gesto cariñoso—. Un poco solo —siguió con una sonrisa.

—¡Mira, papá! —El niño le enseñó el lego montado.

—¡Muy bien! Ahora deshazlo y haz un aeropuerto.

Hablaron unos minutos más.

—Os llamo pasado mañana... Os echo de menos, Gabi. Te quiero.

—Yo también.

*

Quedaban seis semanas hasta que llegara Germán. Gabriela ignoraba qué acuerdo tenía Pablo con Pía, no se lo había preguntado, pero se quedaba a dormir los viernes con él. Sí sabía, claro —porque las mujeres investigamos—, que Pía tenía bolos de teatro por toda España. Pablo comentó de corrido que su suegra había volado desde Argentina para quedarse unos meses con ellos. Y hastiado, pero con ternura, acabó diciendo que a una suegra, que vivía a 10.459 kilómetros, que es lo que separa Barcelona de Buenos Aires, y que venía a visitar a sus nietas, a quienes llevaba sin ver dos años, no se la podía meter en un hotel.

El viernes siguiente a la una de la madrugada acabaron de leer el manuscrito.

—Voy a reescribir, Gabi.

—Me voy.

—No. No quiero que te vayas. Duérmete tranquila.

Deshicieron el sofá cama juntos, pusieron una sábana limpia.

—¿Seguro?

—Sí, quiero que te quedes. —La atrajo hacia sí y le besó los labios.

Luego se sentó en la silla, frente a su escritorio, y empezó a reescribir. Gabriela fue al lavabo. Se había traído un neceser, su jabón de cara, el tónico, un cepillo de dientes, la pasta. Se puso un camisón entallado de tirantes finos, precioso, nuevo, de seda verde y hasta los tobillos que se había comprado la semana anterior en el Women'secret. Más que un camisón era un precioso vestido de noche. Salió del lavabo.

Pablo dejó de escribir y se volvió para mirarla. Siempre con sus

tejanos y sus camisas oscuras.

—Qué guapa estás.

Gabriela sonrió y se tumbó en la cama. Se puso de perfil y juntó las palmas de sus manos bajo su mejilla... Él la miraba.

—Escribe, Pablo.

Él se volvió hacia su mesa de trabajo y empezó la reescritura.

Pasaron tres minutos en los que Gabriela no apartó la mirada de él. Observaba a su amante, de espaldas, teclear en el ordenador. Se sentía como dentro de una historia que, en realidad, no era la suya. ¿Cómo podía sentir con tanta intensidad en tan poco tiempo? ¿Cómo? No entendía la fuerza de su deseo. No recordaba haber sentido así antes.

Pablo sentía su mirada. Sentía sus pensamientos. Dejó de escribir y se volvió hacia ella.

—¿Qué miras, Gabi?

—A ti.

Se acercó a ella y se sentó en la cama. Le acarició la mejilla, pasó la mano por la silueta de Gabriela sobre la seda, le besó los labios.

—Si me miras así, voy a tener que hacerte el amor otra vez, y tengo que escribir.

Gabriela lo penetró con la mirada. Solo con esa mirada, Pablo ya notó la erección. Otra vez por encima de la seda, le acarició el pubis y, segundos más tarde, le hizo el amor.

*

Gabriela despertó a las seis y media de la mañana con los primeros rayos de luz que se colaban por el ventanal y vio a Pablo, de espaldas, todavía vestido y descalzo, tecleando en el ordenador.

Reescribiendo.

Porque la reescritura puede ser la eternidad y un día.

Se levantó y, semidormida, caminó hasta él. Le pasó los brazos por sus hombros y le besó la mejilla. Él se dio la vuelta y la sentó en su regazo.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien... ¿No has dormido nada?

Pablo negó con la cabeza.

—¿La vas a enviar hoy?

—Me voy a esperar... Me la voy a leer otra vez.

—¿Otra vez?

¿Cuántas veces lee un escritor su novela antes de enviarla a un editor? Cinco, seis, siete, ocho veces, veinte veces.

Gabriela lo entendió, porque siempre puedes mejorar las frases: puedes montarlas y desmontarlas, adjetivar, utilizar sinónimos, diminutivos, ralentizar la lectura con puntos en vez de comas. Acelerarla con frases cortas.

Ella misma leía veinte veces su columna antes de enviarla a la redacción.

—Yo si quieres te la leo en alto de nuevo, encantada. Pero... ¿cuánto has tardado en escribirla?

—Dos años.

—En dos semanas no vas a hacer que sea mejor... Envíala. —Gabriela le besó los labios—. Es una novela preciosa.

Todo creador, si es mínimamente inteligente —y Pablo lo era—, siente inseguridad ante su obra. Claro que la siente. Aunque haya vendido no sé cuántos ejemplares de su novela anterior. Aunque su novela se haya traducido a muchos idiomas. Aunque le cubran de elogios. Aunque crítica y público coincidan.

Además, el éxito de una novela anterior pesa, porque su última novela, tan elogiada, quizá era mejor que la que llevaba dos años escribiendo. Quizá lo era.

Gabriela sabía que Pablo ya había hecho los cambios que Fèlix, su editor, le había sugerido. Discutiéndoselos, claro. Como lo hacen la mayoría de los escritores con sus editores. Porque existe la tendencia a pensar que lo que has escrito está bien. Pero luego te vuelves a tu mesa de trabajo. Reflexionas y sí. Quizá tiene razón el editor. Y lo piensas. Y reescribes..., pero luego viene la exigencia propia. Porque sabes que esa frase todavía puede ser escrita mejor.

Porque sí, la reescritura puede ser la eternidad y un día.

—Envíala. Sigo creyendo, como ya te dije la semana pasada, que tienes al sexo femenino sobrevalorado.

—Me gustan las mujeres —le dijo cariñoso.

—Mira tú que esta afirmación no me ha gustado. No me ha gustado nada —le dijo Gabriela con voz dulce.

Pablo se rio. No había maldad ninguna en esa afirmación.

Ya sabía él cómo tenía que acabar.

—Me gustas tú, Gabriela. Solo me gustas tú.

*

—Gabi.

—Dime, Silvia.

—¿No era un día?

—Bueno, sí. Solo hasta que vuelva Germán.

# 10

## Medias negras sobre fémur blanco

En el mostrador de la sección de lencería de la planta séptima de El Corte Inglés descansaban dos pares de medias. El tipo de media que llega hasta la mitad del muslo. Hasta la mitad del fémur. Unas medias blancas y otras negras.

Gabriela acarició las medias blancas con las manos. No supo por qué, al sentir el nailon en las manos pensó en Natasha. Escogió las negras. Eran finas y en la parte superior estaban bordadas unas florecitas también negras. Sonrió levemente. Nunca se había puesto unas medias tan sexis.

Los cincuenta y cinco años de Pablo lo merecían.

Gabriela, que lo comparte todo con sus amigas, también había compartido con Silvia el regalo que le preparaba a Pablo. Se habían reído mucho preparándolo.

—Qué bien tenerte, Silvia. Qué bien me haces en la vida —le dijo a la madrileña.

Eran cómplices en todo, y, sí, juntas se lo prepararon. Silvia le dejó sus tacones de aguja de diez centímetros para que se los pusiese con las medias de encaje negras hasta medio muslo, braguitas y sujetadores negros. Todo sobre un vestido entallado también negro.

Sexi. Estaba sexi.

Escogieron una canción entre miles: que si el obvio *You Can Leave Your Hat On* , de Joe Cocker; que si la Mala Rodríguez, de la banda sonora de *Lucía y el sexo* . Se rieron a carcajadas viendo la secuencia de Jamie Lee Curtis contoneándose torpemente frente a Arnold Schwarzenegger en *Mentiras arriesgadas* . Y entre mil canciones, y probando movimientos sensuales muertas de risa, escogieron una canción mil veces bailada y mil veces cantada: *Candy* , de Iggy Pop.

Con *Candy* se puede hacer absolutamente de todo. Besar a un judío en Boston; bailar con Silvia en la tarima del Ministry of Sound; bailar con su bebé apoyado en el hombro en su apartamento del Born; o fumarse un porrito con Cósima cantando cada verso en el palacete de Pearson. O también con *Candy* , ¿por qué no?, intentando no perder la

dignidad, y a sus cuarenta y cinco años, Gabriela podía bailar el primer striptease de toda su vida.

*

—Siéntate en el sofá —le ordenó Gabriela nada más entrar en la buhardilla y antes de fijarse en que ya había desmontado la cama. Mejor.

—Hostia, Gabi —contestó Pablo repasándola con la mirada.

Su amante medía diez centímetros más. Estaba sexi. Muy sexi. Ya no solo la altura, se había maquillado ojos, pestañas y labios. Más agresiva. Más seductora. Más sexi que en las semanas que llevaban conociéndose.

—Feliz cumpleaños, Pablo —le dijo besándole la boca.

Gabriela corrió las cortinas y encendió la luz tenue de la mesa.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó, desconcertado.

Gabriela sacó su ordenador de la mochila, enchufó los bafles, buscó *Candy* y antes de darle al *play* se dio la vuelta. Él la observaba sin entender sus acciones.

—Soy una dama de cuarenta y cinco años —dijo ella tras besarlo de nuevo—. Voy a hacer algo... intentando no perder la dignidad. Así que sígueme el rollo.

Lo besó y lo empujó a la cama.

Pablo se rio. Porque ya intuyó lo que iba a hacer y eso sí que no lo había vivido antes.

—No te rías —pidió con cara entre divertida y suplicante—. Por favor.

Le dio al *play* y subió el volumen tanto como pudo. La música invadió la buhardilla. Se quitó el abrigo. Vestido negro entallado de tirantes finos. Se movió lentamente con el inicio de la canción. Pasó el pulgar por los tirantes del vestido y, poco a poco, lo bajó por sus senos, por su cintura, por el pubis, por los muslos. Y el vestido cayó al suelo.

Medias negras sobre fémur blanco.

Pablo se rio tímido, y ella cogió el vestido y se lo tiró a la cara.

—No me jodas..., que llevo una semana preparándolo.

Y Pablo la miró. Serio. Miró a su amante. Miro a la diosa semidesnuda que tenía delante, moviéndose para él. Y entró. Claro que entró.

Gabriela le dio la espalda. Una canción mil veces bailada. Conocía cada acorde. Empezaron las baquetas. Movió la cintura, volvió la mirada hacia Pablo y por encima del hombro. Puso las manos sobre sus muslos, flexionó las rodillas y, con ellas separadas, bajó hacia el suelo. Tacones de aguja. Subió despacio.

Repitió el mismo movimiento girándose de costado.

Dándole el perfil, provocándolo. Las rodillas volvieron a tocar el suelo.

Pablo se excitó.

La música estaba muy alta. Gabriela se puso de cara a él, a un metro, penetrándolo con la mirada. Flexionó las piernas sin dejar de mirarlo a los ojos. Subió.

*Candy* llegó al clímax. El batería le dio con fuerza, y Gabriela puso las manos sobre las medias. Abrió las rodillas hasta el infinito y bajó de nuevo hasta el suelo. Subió acariciándose el sexo. El vientre. El pecho. La nuca. El cabello.

Sonrió a su amante y se acercó a él. Le desabrochó el cinturón. Un botón del pantalón. Otro y otro. Lo besó en los labios y, mientras le acariciaba la erección, se acercó al oído y le dijo:

—Feliz cumpleaños, Pablo.

Él contuvo el suspiro y, lleno de placer, observó a Gabriela bajar lentamente con su lengua, generosa, muy generosa, hacia su sexo.

*

—Después de lo que acabo de hacer, no me puedes decir que no —le dijo Gabriela con una sonrisa mientras se calzaba las manoletinas. Esos tacones de aguja no se los volvía a poner en su vida. Qué tortura.

Se habían duchado juntos, él la había llenado de besos bajo el agua. Con lo poco cariñoso que era con su mujer, hasta él mismo se sorprendía de todo lo que era capaz de dar.

—Pero ¿qué quieres hacer? —respondió incómodo Pablo.

—Una sorpresa más, muy rápida... No nos va a reconocer nadie, Pablo...

Pablo hizo un gesto extraño. Bajar a la calle juntos... Eso no lo habían hecho. Y no entraba en sus planes.

—Va... —Gabriela giró el pomo de la puerta—. Tú sígueme. Yo voy delante y así nadie nos ve juntos.

Pablo la siguió no muy convencido. Cerraron la puerta de la buhardilla y llamaron al ascensor.

—Un momento —le dijo Gabriela.

Gabriela se arrodilló.

—¿Qué haces? —preguntó algo desconcertado.

Gabriela miró hacia arriba mientras le metía los bajos del pantalón.

—Manías de una mujer pesada.

Lo guio al ascensor.

Pablo la siguió a la calle sin saber adónde lo llevaba. Ella delante y él a tres metros. Gabriela caminó los quince metros que separaban la portería de Pablo de la parroquia de San Miquel del Port, que estaba vacía, porque las parroquias e iglesias de nuestro país y entre semana están vacías o con viejetes solitarios.

—¿Qué hacemos aquí, Gabi?

Lo cogió de la mano y lo llevó hasta el banco de la primera fila.

—Solo es un minuto. Siéntate. Si no hay nadie.

Pablo se sentó, incomodísimo. Ella, muy cariñosa, se sentó en su regazo y pasó el brazo por su hombro.

—Gabi...

—Pero si no hay nadie —le dijo con dulzura—. Acabo rápido, solo te voy a decir una cosa, ¿vale?

—Vale.

—Empiezo... —Gabriela se aclaró la voz. Un poco de vergüenza sí le daba, pero también le hacía ilusión—. Yo, Gabriela...

Gabriela esperó.

—Yo, Gabriela Salinas Aguilar, me entrego a ti, Pablo Hausmann. —Hizo una pausa—. ¿Cuál es tu segundo apellido?

—Puig —dijo agobiado—. Vamos, Gabi, por favor.

—Ya acabo, ya acabo —prometió—, no seas tan serio.

Pablo, escritor conocido, estaba paranoico.

Otra vez, ella aclaró su voz y sonrió, y en un susurro muy cerca de sus labios le dijo:

—Yo, Gabriela Salinas Aguilar, me entrego a ti, Pablo Hausmann Puig..., como amante... y solo como amante. —Se acercó a sus labios y muy muy bajito acabó—: Y hasta que la muerte nos separe.

Gabriela le acarició el rostro y lo besó.

—Sé que estás sintiendo una vergüenza ajena horrorosa. Vergüenza ajena de tu amante. Pero es que ahora viene la peor parte... Donde tú lo tienes que repetir. Pero al revés.

En esos momentos, un cura septuagenario entró en la eucaristía. No dijo nada, pero observó extrañado a un hombre y a una mujer madura sentada en su regazo. El cura era un tipo listo, pensó que casados no debían de estar. Él, feliz de que por fin entrara alguien menor de sesenta en esa pequeña parroquia que guardaba desde hacía cincuenta.

—*Bon dia, pare* —le dijo Gabriela alzando la voz.

El cura sonrió levemente, agradecido por el saludo.

—Buenos días..., que Dios os bendiga.

—¡Nos ha bendecido!

—Gabi, ya, por favor...

—Vale, te doy otro beso de amor y nos vamos. —Gabriela miró al párroco y lo interpeló—: ¡Padre! —Levantó la voz para incomodar a Pablo un poco más—. Le doy un beso a mi chico, si le parece bien.

—Sí, mujer, sí. Dale los besos que quieras.

Pablo, mudo, incómodo, la besó.

—Un poquito de humor, Pablo —dijo antes de susurrarle al oído—: Te has librado..., pero yo sé que un día me lo pedirás tú a mí.

# 11

# La vida va en serio

Gabriela suspiró mientras miraba por última vez el salón de su apartamento. Estaba impecable. Lo había recogido todo: los legos y los Playmobil en cajas, sus zapatos en el zapatero, la butaca del dormitorio sin ropa, los platos de la cena en el lavaplatos. Hubiera ayudado que su hijo estuviera despierto, pero eran las once de la noche cuando oyó la llave de Germán en la cerradura. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

Su marido no iba a notar nada. Se había ido hacía ocho semanas, ahora volvía a su casa y todo seguía igual.

Pero nada era igual para su mujer. Le había contado a Pablo que volvía Germán y que ella ya no podría quedarse a dormir los viernes: a las siete de la tarde debería volver a casa. En esas ocho semanas no habían hablado de sus parejas. ¿Para qué? Estaban en su oasis. En la buhardilla, felices. Sin pensar en nada más que en ellos dos.

Germán abrió la puerta. Gabriela sonrió y se acercó a él.

Él la rodeó con los brazos y la besó cariñoso.

—¿Qué ha pasado con el vuelo?

—Los controladores aéreos franceses.

Germán volvió a besarla.

—¿Tienes hambre? ¿Te preparo algo para cenar?

—Me he tomado una hamburguesa en el McDonald's.

—Está dormido. Te ha querido esperar, pero al final se ha dormido.

—Voy a verlo.

—No lo despiertes.

—No, tranquila.

Germán abrió la puerta del dormitorio de su hijo y lo miró. Qué amor tan tierno el de un padre hacia un hijo. Se quedó allí veinte segundos observando, conmovido, a su clon. Enamorado de su bebé.

—Lo veo enorme, Gabi.

Entornó la puerta y caminaron los dos hacia el dormitorio conyugal. Hablaron de su estancia en Boston. Ella, de los avances del niño. Germán le dio otro beso en los labios.

—Me doy una ducha.

Gabriela se tumbó inquieta en la cama y lo miró mientras él se quitaba la ropa. ¿Por qué se le hizo raro? Quizá por esos dos meses viendo la desnudez de otro hombre.

—Tengo una noticia que darte. —Germán habló sin darse la vuelta —. En septiembre me han ofrecido impartir una asignatura en la Universidad de Boston. En el máster de Gestión de Proyectos Navales.

—¿Ah, sí?

—Todo el año. De septiembre a junio. —Germán abrió el grifo de la ducha y miró a Gabriela—. Podríamos ir los tres.

Gabriela no contestó.

—Tú puedes escribir desde cualquier lado y, además, sería maravilloso para el niño.

—Ostras, Germán... Esto sí que no me lo esperaba.

—No hay que decidirlo ya.

Entró en la ducha y dejó la puerta abierta como siempre. Gabriela respiró lentamente los dos minutos que Germán estuvo bajo el agua, hasta que salió, se secó, se puso los pantalones de pijama y una camiseta, y se metió en la cama junto a su mujer. Habló un rato más de Boston, pero estaba agotado. Acarició la mano de Gabriela y al cabo de un minuto se quedó dormido.

Gabriela suspiró aliviada.

Dio gracias de que no hubiera querido hacer el amor. No habría sido capaz. Cinco horas después de haber hecho el amor con Pablo, no habría sido capaz.

*

Fin de semana tranquilo. Estuvieron en el lago del parque de la Ciutadella con el niño. Fueron a ver a los padres de Germán el domingo. Pasó el lunes. El martes. El miércoles y el jueves. El jueves por la noche vieron una peli. Le tocaba a Gabriela, pero le dijo que la escogiera él, y ella se tumbó en el sofá en camisón como siempre. Hasta que llegó ese momento que ella temía. Ese momento en que el marido quiere hacer el amor a su mujer.

Germán le puso la mano en el tobillo y ese contacto ya bastó para tensarla. Germán la acarició con ternura unos segundos.

—Estoy cansada.

Germán siguió. Sabía que la convencería.

—No me apetece, Germán. Para —dijo intentando ser cariñosa.

—Va, Gabi —le suplicó como siempre.

—Germán, que no me apetece... —le repitió mientras sentía las manos de su marido acercarse a su sexo.

Y cambió el tono, porque todo depende siempre del tono, y, seca, y mirándolo a los ojos, siguió:

—Para, Germán. Si no quiero follar, no me obligues.

Él apartó las manos del cuerpo de su mujer.

—¿Perdona? —respondió con dureza.

—Que no me apetece —insistió Gabriela suavizando, ahora, el tono.

—¿«No me obligues»? —repitió Germán al tiempo que se levantaba —: ¿Qué te pasa?

Esa frase hostil no la había oído en veinte años de matrimonio. ¿Obligarla? Le sentó como un puñal. Es verdad, ella no lo buscaba. Le encantaría que alguna vez ella lo hiciera, pero había asumido esa parte de su relación sin excesivo problema y la convencía con ese «no hagas nada, ya lo hago todo yo». Pero ¿obligarla? En veinte años, Germán jamás la había obligado a nada. Jamás. Jamás la obligaría. Ahora él la miró con dureza y acabó:

—No te preocupes, Gabi. No volveré a tocarte.

Se levantó y se alejó hacia el dormitorio. Gabriela cerró los ojos, angustiada, sin saber qué hacer.

*

El fin de semana subieron con el Volvo a la Cerdanya porque, a pesar de ese enfado, tenían reservado desde hacía meses un hotelito perdido entre las montañas del Cadí. Iban muy silenciosos. Ajeno a todo, su hijo rompía el silencio. Cogía de la mano a uno y a otro, y caminaban los tres. Caminar por la naturaleza les hacía bien. En un momento en que el niño los soltó, Gabriela se acercó a Germán y le cogió de la mano. Sabía que no se la soltaría.

—Perdóname.

Él no contestó.

—Por favor —insistió Gabriela.

—Te pasas, Gabi... Yo no te he obligado nunca a nada.

—Ya lo sé —le dijo sincera—. Perdóname.

Alzó la mano para que se la pasara por los hombros y le rodeó la cintura. Su hijo tiraba piedras al río, le encantaba estar alejado del asfalto... Era otro niño.

—Quizá deberíamos subir más aquí —dijo ella.

—Claro. A mí me encanta venir. Ya lo sabes.

Nada más llegar a Barcelona, Gabriela le hizo el amor. Hubiera preferido no hacerlo, pero lo hizo porque lo quería. Quería mucho a su marido.

*

—¿Qué pasa, Gabi? —le preguntó Pablo el viernes siguiente, al minuto de entrar en la buhardilla.

Ella lo miró inquieta. Se apoyó en la mesa de trabajo.

—¿Qué pasa? —insistió él.

Gabriela desvió la mirada. Se sentía insegura y desconcertada.

—Me he acostado con Germán.

Le costó pronunciar las palabras, las dijo avergonzada.

Era algo totalmente absurdo lo que sentía Gabriela, carecía totalmente de lógica, pero lo cierto era que se sentía infiel a su amante. Como si acostarse con Germán fuera traicionar a Pablo y no al revés. Así de complicadas son algunas mujeres.

—No sentí nada... Pablo, de verdad.

Y no le mintió. Porque una mujer puede hacer el amor con su marido sin sentir nada. Hacerlo por él. Gabriela se abrió de piernas como lo hacía Silvia. Mientras Germán estaba dentro de ella, pensó en fingir el orgasmo, pero no pudo. No pudo gemir ni una sola vez. Porque hay muchas mujeres que fingen y son capaces de engañarse a sí mismas y a sus maridos y toda una vida. Y otras que no.

—Gabi, no tienes por qué contármelo.

—Ya lo sé.

Se sentó en la silla frente a la mesa de trabajo de Pablo y bajó la mirada hacia su regazo mientras presionaba el pulgar de la mano derecha contra la palma de la mano izquierda. Volvió la mirada otra vez hacia él.

—¿Tú te acuestas con Pía?

Pablo no contestó. Hizo un gesto incómodo.

—¿Seguro que quieres hablar de esto, Gabi? —le preguntó con delicadeza.

—Sí —confirmó manteniéndole la mirada.

Pablo tardó unos segundos en responder.

—No la busco.

—Ya... Pero es que Germán sí me busca.

—Si yo fuera tu marido, también te buscaría.

Gabriela sonrió levemente. Quería y no quería mantener esa conversación.

—¿Y Pía te busca a ti?

—Alguna vez.

Se sostuvieron las miradas.

—¿Cuándo fue la última vez que le hiciste el amor?

Pablo no esperaba esa pregunta tan directa. De nuevo guardó silencio unos instantes.

—Gabi, no quiero hablar de esto. Déjalo.

—¿Cuándo? —insistió.

—Déjalo, Gabi.

—¿Cuándo, Pablo? —insistió ahora más dura—. ¿Cuándo fue la última vez que le hiciste el amor a tu mujer?

Él la miró a los ojos y, sin querer contestar, contestó la verdad:

—Ayer.

Y ese «ayer» penetró en lo más hondo de ella. En lo más hondo del alma de Gabriela. Y sintió un dolor punzante en el pecho. Pero no le valía con eso.

—¿Te corriste?

El rostro de él se crispó en un gesto extraño, desconocido hasta entonces para Gabriela. Un gesto seco. Antipático. No contestó.

—¿Te corriste, Pablo?

Pablo la miró a los ojos queriendo acabar ya con la conversación. Y la acabó.

—Sí, Gabriela, me corrí.

Los ojos de Gabriela se humedecieron.

Pablo se acercó a ella y la envolvió entre sus brazos.

—Gabi, somos adultos... ¿Qué pasa? —le susurró al oído.

Y Pablo, sin dejar de abrazarla, pensó que la vulnerabilidad femenina frente al amor es preciosa.

También pensó algo que no le dijo, porque no hubiera sido justo, porque era un sentimiento egoísta: no le dijo que, en el fondo de su corazón, se alegraba de que no sintiera nada cuando hacía el amor con su marido.

Y Gabriela dejó que una lágrima resbalara por su mejilla y acercó su boca a la boca de Pablo y, solo porque ella quiso e insistió, Pablo le hizo el amor haciéndole sentir lo que ya no sentía con su marido.

*

Y pasaron seis meses en los que Gabriela lidió con esa situación como pudo. Nadaba. Nadaba mucho. Escribía durante horas para no pensar. Eso la salvaba. Escribía su dolor. Leía sobre su dolor. La mentira que había armado estaba bien anclada y sabía que Germán no la descubriría. Habían pasado los encuentros en la buhardilla de viernes a jueves. Porque Germán decidió salir antes de trabajar los viernes, recoger al niño en el colegio y subir los tres directamente a la Cerdanya. Y los jueves, en vez de ir a nadar al Club Natació, como creía Germán, se iba al estudio de Pablo. Llegaba con el pelo mojado y oliendo a champú: la mentira no tenía fisuras. No había llamadas telefónicas ni emails. Los jueves. Ese era el pacto. No descubriría nunca el engaño. Pero lejos de la euforia que sintió los primeros meses, Gabriela vivía cada vez con más angustia entre esos dos hombres de su vida. Su marido y su amante. Sintiéndose siempre una mujer amada. Amada por las dos partes. Pero la angustia no cesaba. Y su marido y su amante lo notaban.

El primero, perdido en la tristeza que supuraba su esposa por cada poro de su piel.

—¿Por qué no nos compramos algo en la Cerdanya? —le propuso

Germán mientras le rodeaba los hombros con un brazo.

—Vale.

Él se giró hacia ella y observó a su mujer en silencio, mientras ella perdía la mirada por la nieve de las montañas.

—¿Te pasa algo, Gabi?

—No. ¿Por qué?

—El año pasado no me hubieras respondido un «vale».

—Si te digo que sí, que nos compremos una casa aquí, no lo ves bien. Si te hubiera dicho que no, tampoco te habría parecido bien.

—Llevo veinte años a tu lado —contestó Germán con suavidad, pero seguro de sus palabras—. Y te noto extraña... Estás rara... No sé.

Esperó un segundo y continuó.

—Son detalles, Gabi. Cosas que no has hecho nunca... Ordenar los CD de la guantera, dejar tus zapatos en el zapatero, no hay ropa sucia en la butaca, no me dices nada cuando obligo al niño a acabarse el plato, caminas silenciosa por la casa. No me tengo que enfadar porque la música está demasiado alta. Si es que no pones ni música, Gabi... Es como si no quisieras que me enfadara nunca.

—Ay, qué dices, Germán.

No contestó al «ay, qué dices» de su mujer porque pensaba en algo que le costaba mucho verbalizar porque él era tímido para esas cosas. Todavía con su brazo rodeándole los hombros aunque sin mirarla a los ojos zanjó:

—No sé, Gabi... Y cuando hacemos el amor, no estás... Estás ausente... Y no acabas... Ya no acabas nunca.

El segundo, su amante, también notaba la tristeza de Gabriela. Era un hombre inteligente y entendía perfectamente lo que le estaba sucediendo. Pero él, aun sabiendo que ella sufría, no quería perderla. Porque la quería. Claro que la quería. Y el sexo. Por supuesto, porque no hay nada más bonito que la entrega de una mujer enamorada. Nada más hermoso que el orgasmo de una mujer enamorada.

Profundamente enamorada.

*

Un jueves como cualquier otro, Gabriela yacía desnuda en el sofá cama. Pablo besó las cuatro cicatrices de su vientre. Primero la cesárea, luego las tres cicatrices de la laparoscopia en los costados del ombligo. Le preguntó qué eran y ella le habló por primera vez de la endometriosis.

—Son horribles. Ya lo sé. —Se las tapó con la mano, como si Pablo no se las hubiera visto ya el primer día. Claro que se las había visto, pero no le importó nada que las tuviera.

Pablo le apartó la mano y volvió a besarle las cicatrices.

—No. No son horribles, Gabi. Son las cicatrices de mi mujer.

—Yo no soy tu mujer —le contestó seria, quizá dolida.

—Sí, Gabriela. Tú eres mi mujer. —Subió hacia sus labios, la besó y se lo volvió a decir—: Eres la mujer que más feliz me hace. Aquí. Hoy. Ahora. Hablo contigo más que con nadie. Mucho más que... —Calló, porque sabía que Gabriela no quería oír hablar de Pía—. Te quiero, Gabriela. Créeme.

Y ella le acarició el cabello y le hubiera dicho que quería ser la única. Su única mujer. Pero no. No se lo dijo.

*

Al acabar una novela, generalmente los escritores dejan de escribir unos meses. Porque escribir agota. Agota la mente. La vacía. Pero no la vacía para ti. La vacía para los otros. Y vaciarla puede llegar a ser abrumador. Escribir cansa.

—Cansao es cargar cajas a las seis de la mañana en el Mercabarna, como la hermana de Zaira, Gabi.

—Tienes razón, Silvia. Cuando tienes razón, tienes razón.

Además, al escritor le cuesta desprenderse de sus personajes, porque los quiere. Los ha moldeado como él ha querido, dotándolos de una personalidad propia, de un físico elegido. Durante uno, dos, tres, cuatro, cinco años de su vida. Vive en la esquizofrenia y entre dos mundos: el suyo propio y el de sus personajes. Y si el escritor no se cree la historia que crea, no la vive, no goza con ella, no llora con ella, no ríe con ella, no siente el placer y dolor de su *alter ego* , nunca será capaz de persuadir al que la lee. Por todo eso cuesta tanto enterrar a tu personaje. Matarlo. Matar ese mundo que ya no pertenece al escritor sino al lector, y empezar un mundo nuevo.

Pablo tenía claro que eso no llegaría hasta pasado un año, quizá dos, y, después de enviar el email con la novela al fin terminada, se sintió vacío. Ya no había manuscrito que leer ni que reescribir.

Buscó un vinilo entre los cientos que tenía desordenados y apilados en el parquet de la buhardilla hasta rescatar uno de John Coltrane. Gabriela había escuchado poco o nada de jazz porque tiene una melodía difícil, a veces inconexa para los oídos menos entrenados, y a ella le costaba entrar. Pero, junto a Pablo, entró.

*Nobody Else But Me* , de Stan Getz. *It Could Happen To You* , de Miles Davis. *The One I Love Belongs to Somebody Else* , de Bill Charlap Trio. Hicieron el amor con el *Feeling Good* , de Nina Simone.

*

Y otro jueves.

Gabriela lanzó canciones de sus interminables listas de Spotify de su Mac, *Lousiana i els camps de cotó* , *El far del Sud* , y *Compta amb mi* y

luego se metió en la lista «Canciones de mi adolescencia», y que si los Pixies, y *Jane says* y Lou Reed y *Mother* de Pink Floyd. Y Pablo, escuchando esta última, apoyó su cabeza sobre el pecho desnudo de Gabriela y le rodeó la cintura. Sin saber por qué, ella, por primera vez en todos esos meses, lo sintió vulnerable y le acarició con ternura el cabello. Y como los hombres, o quizá solo los hombres de la vida de Gabriela, hablan poco sobre sus sentimientos, intuyó algo. Ya casi al final de *Mother* , palabra que se repite en bucle en la canción, preguntó:

—Tu mamá... ¿dónde vive?

—Murió.

Y Gabriela se reprochó la pregunta.

—Perdona, Pablo, por preguntar. Lo siento.

— Hace quince años ya.

Y no dijo una palabra más. Y así se quedaron, él recordando a la primera mujer de su vida y ella amándolo un poquito más.

*

Y otro jueves.

Y después de hacer el amor, ponerse las braguitas y coger la camisa de Pablo y ponerse a bailar una canción demencial, *Mitad y mitad* , del rapero Kase O., imitando, sensual y divertida, a Najwa.

—Va, baila conmigo..., Pablo.

No, Gabriela, Pablo tampoco baila. Pero te mira enamorado. Sentado en una silla en tejanos, sin su camisa, que la llevas tú puesta, y los pies descalzos. Mira enamorado esa energía que tienes siempre después de hacer el amor.

—Tengo un amigo que también tiene una amante. Le voy a preguntar si la suya también baila después de follar.

Y descojonarse los dos.

—Oye, idiota... Que yo contigo no follo, yo solo hago el amor.

Y Pablo cogerla de la mano y sentarla en su regazo y comerle la boca.

—Gabi, yo contigo solo hago el amor.

*

Y otro jueves.

Pablo sacó una guitarra española del único armario que había en la buhardilla. Gabriela sonrió observando cómo se la recostaba en la pierna. Como su marido.

—¿Y esa guitarra?

—Toco cuatro arpegios. —Pablo sonrió.

Igual que su marido. Ambos decían «cuatro arpegios», pero sabían

más que cuatro arpegios.

—¿Y por qué la tienes escondida en el armario?

—Pues porque llevo años pensando en que tengo que comprar un pie, pero siempre se me olvida. Luego empiezo a escribir, no la saco hasta que acabo la novela y, como no he comprado el pie, se tira dos años encerrada en el armario.

Gabriela recordó haber entrado con Germán en una tienda de guitarras en la calle Tallers para comprar unas púas nuevas. El siguiente jueves por la mañana entró en la tienda a comprarle un pie de guitarra. Pablo colocó el pie junto al sofá, y allí se quedó el pie de guitarra toda la vida.

*

Y otro jueves.

—Hoy no podemos... Tengo la regla.

—A mí me da igual que tengas la regla.

—Pero ¿cómo te va a dar igual? Que no conoces mis reglas.

Y ya le desabrocha la camisa y le acaricia los pechos...

Y acabar.

—Pablo, no te mires. No te mires, por favor.

Y reírse Gabriela y arrastrarlo hasta la ducha y besarlo bajo el agua. Y reír viendo el cuerpo desnudo de su amante llenito de su sangre.

*

Y otro jueves.

Gabriela llegó a la buhardilla a las doce de la mañana, y Pablo la besó excitado en cuanto entró por la puerta.

—Desnúdate.

—¿Cómo?

—Que te desnudes, Gabi.

—¿Y tú?

—Yo no. Haz lo que te digo.

—Pablo, pero ¿con tanta luz? —El sol se desparramaba por el espacio.

—Sí, quiero verte.

Y ver a Pablo sentarse en su silla de trabajo con su polo negro, sus Dockers grises, sus botas de ante.

Y Gabriela mirarlo, entre tímida e insegura, de pie en medio de la buhardilla. Sin entender.

—Desnúdate.

—Pero, Pablo...

—Desnúdate, Gabi.

Y Gabriela sentir su cuerpo humedecerse. Excitarse solo con sus

palabras.

Y desabrocharse la camisa. Sacarse el pantalón. Quedarse en braguitas y sujetador sin saber qué hacer. Mirar a Pablo, vestido, penetrándola con la mirada.

—Sácate el sujetador.

—Pablo...

—Sácatelo.

Y, tras la orden, entender por primera vez que la obediencia y la sumisión excitan. Y notar mil sensaciones recorrerle el cuerpo solo escuchando su voz.

Y quitarse el sujetador y en acto reflejo cruzar los brazos sobre su pecho.

—No te cubras... Túmbate en el sofá.

—Pero ven... Pablo, ven aquí conmigo.

—Túmbate.

Y excitarse todavía más.

Tumbarse.

—Cierra los ojos.

Y obedecer.

—Acarícíate los pezones.

Silencio. Saber que la mira. Excitarse.

—Sube las rodillas.

Obedecer y excitarse más al saberse desnuda frente a un hombre vestido. Un hombre al que ama. Al que desea más de lo que ha deseado nunca. Al que obedecería hasta donde le pidiera.

—Abre las piernas.

Y Gabriela suspirar y abrir las piernas. Tumbada y desnuda frente a Pablo.

—Métete las manos bajo las bragas.

Y obedecer de nuevo.

—Juega, Gabi. Quiero ver cómo juegas. Tú sola.

—Ven.

—No. Quiero mirarte.

Y entrar en el juego. Y jugar. Con sus dedos. Con la miel. Con su trocito de placer. Jugar con los ojos cerrados hasta alcanzar ese estado de inconsciencia.

—Para, Gabi.

Y no querer obedecer.

—Para.

Y obedecer.

Y abrir los ojos diciéndole con la mirada que quiere estallar.

—Ven, Pablo... ¿Qué quieres que te haga? Ven..., te hago lo que quieras.

Y Pablo penetrarla con la mirada. Excitado. Sintiendo la erección.

Y Gabriela retorcerse para él mientras volvía a acariciar su sexo.

—No te toques, Gabi.

Y obedecer.

—Ven, Pablo, por favor.

—No.

—No puedo más.

—Sí puedes... Aguanta.

Y Gabriela cerrar los ojos y suspirar.

—Acarícíate el pecho.

Y jugar con los ojos cerrados con sus pezones, con la mirada de Pablo clavada en ella. Y retorcerse. Y estremecerse. Estremecerse para él.

Y solo acariciándose los pezones estar a punto de acabar y juntar sus rodillas y cerrar las piernas.

—No juntes las rodillas. Quiero verte.

Y Gabriela obedecer.

—Quítate las bragas.

—Me da vergüenza... Ven.

—Quítatelas.

Sin abrir los ojos, meter los pulgares en la goma de las braguitas y quitárselas poco a poco.

Y abrir los ojos y encontrar la mirada de Pablo clavada en ella. El poder persuasivo de sus palabras, el sexo, el amor... Ahora sí completamente desnuda para él. Haría lo que le pidiera.

—Acaba.

Y sentir la libido recorrerle el cuerpo.

Y cerrar los ojos.

Y bajar la mano lentamente sobre su vientre, acariciarse el pubis, y frente a Pablo, frente a su hombre vestido, y entre suspiros y gemidos silenciosos, llegar a esos diez segundos de placer eterno y estallar en mil pedazos.

*

Y otro jueves.

Pablo acabó sobre su vientre, se tumbó junto a ella y, agotado, le besó con dulzura el hombro.

—Te quiero, Gabi.

En vez de contestar, ella jugó con las yemas de sus dedos con el esperma de su amor sobre su cuerpo, esparciéndoselo poco a poco por la cintura, por encima del ombligo, por el pecho, mientras pensaba en la vida acumulada en ese líquido blanco y espeso, en la vida que podría formarse dentro de su vientre... Bastaría con uno de esos quince millones de espermatozoides que descansaban sobre su vientre para crear vida dentro de ella. Para engendrar el bebé que nunca le

daría. Qué bonito sería tener un bebé de Pablo en el vientre. Qué bonito.

Luego pensó que si Pablo pudiera leer sus pensamientos saldría corriendo.

Él bajó la mirada a las manos de Gabriela, que jugaban con su semen sobre su piel, y le preguntó suave, muy dulce:

—¿Qué haces, loca?

No había nada de maldad en esa frase.

—No me llames loca —le contestó Gabriela en un tono que no tocaba.

—¿Qué pasa? —Reaccionó desconcertado.

—Perdona —le contestó rápido, borrando todos esos pensamientos de loca, de mujer locamente enamorada, y besándole los labios—. Ya tengo ganas de hacerte el amor otra vez. —No mentía.

Pablo arqueó las cejas divertido.

—Creo que se te olvida que soy un tío de cincuenta y cinco años...

Se rieron los dos.

*

Y otro jueves.

—He comprado una cosa —dijo Gabriela con la mano dentro de su mochila.

—¿Ah, sí?

—Bueno..., no sé. Me da un poco de vergüenza... No sé si tenemos edad.

—A ver.

—Que si no quieres no, ¿eh, Pablo? Igual mejor no.

—¿Quieres hacer el favor de sacar lo que tienes en la mochila?

—Vale, pero no te rías.

Un poco cortada, sacó unas esposas y un pañuelo de seda negro, y lo miró con una sonrisa. Él le besó los labios y le cogió el pañuelo de las manos...

*

Y así muchos jueves.

Amarse. Jugar. Escuchar música, probar comida rica. Dormir.

Jueves eternos donde jugaron con sus cuerpos, en la edad tardía, como no lo habían hecho antes. Ni ella. Ni él.

*

En esas siete horas que se pasaban juntos en la buhardilla una vez a la semana, Gabriela y Pablo también crearon una pequeña rutina.

Llegaba al mediodía, hacían el amor, se contaban la vida,

escuchaban música. Ahora era Gabriela quien le leía la columna de *La Femme* . Pablo siempre tenía palabras bonitas para lo que escribía. Le sugería algunos cambios que Gabriela introducía o le discutía. Esperar a que llegara el pakistaní con la mochila amarilla de Glovo. Comían y Gabriela se tumbaba en el sofá mientras Pablo traducía la nueva novela de Paul Auster y se iba quedando dormida.

Porque, entre esos dos hombres que la amaban, ella no dormía bien. Lograba reprimir sus pensamientos durante la semana refugiándose en su hijo, en la escritura, en la natación, en sus amigas queridas.

Pero el mundo onírico es incontrolable y se despertaba sobresaltada a las dos de la madrugada con sueños extraños. Sueños donde Pablo dormía en su dormitorio conyugal mientras Germán la observaba desde la puerta. O se encontraba en sueños discutiendo con Germán en la buhardilla de Pablo. Y una noche tuvo uno precioso, donde se abrazaban los tres.

El sueño, el disfraz de los deseos, pero también de las angustias. Gabriela estaba agotada y, en ese oasis que había creado Pablo para ella, se olvidaba de todo. Toda la tensión acumulada por el hecho de engañar a su marido, sumada al deseo y al ansia de ver a su amante..., se disipaba en la buhardilla. En la buhardilla no mentía. Y no existía el ansia de verlo. Era el aquí y ahora.

Allí, en la buhardilla, dormía tranquila.

Muchas veces al despertar encontraba a Pablo observándola en silencio. Volvían a hacer el amor, se duchaban juntos y salían los dos, de nuevo, hacia sus vidas.

*

¿Cómo se lleva esta situación sin una amiga con la que poder hablar?

—No comes, Gabi. Estás muy flaca —le dijo Silvia, sentada en un banquito de la plaza de la Vil·la de Gràcia y mientras sus hijos jugaban con pelotas, tizas y patinetes.

—No tengo hambre.

—Yo muy feliz no te veo. —Le acarició la espalda—. Páralo, mejor, ¿no?

—Es que no puedo. ¿Qué te piensas, que no lo he intentado? Espero toda la semana para verlo... No puedo. No sé. Va en contra de mi voluntad.

—Te has enamorado de tu amante, Gabi. Eso es un problema... Se puede parar —le dijo Silvia—, lo de Pablo se puede parar.

—Yo no puedo.

—Gabi... —dijo su amiga—, te voy a contar algo, porque sí se puede parar. Y te pido disculpas de antemano, porque tú me lo cuentas todo... y yo no te lo he contado. Ni a ti ni a nadie.

Gabriela la miró expectante.

—¿Qué no me has contado?

Silvia tomó aire.

—Tienes que entenderme. Mis padres también votan al PP.

Sonrieron las dos, y Silvia siguió:

—Bueno —le costaba mucho decirlo—, que yo he sido infiel a Salva.

—¿Cómo?

Silvia asintió.

—Con una mujer.

—¿Perdona? —Gabriela sonrió—. ¿Perdona?

Silvia asintió de nuevo.

—¿La conozco?

—Claro que la conoces.

—¿Zaira?

—Claro.

—¡Si es que lo sabía! ¡Lo sabía! Tanto correr, tanto correr.

Silvia se rio.

—Por eso me desapunté del gimnasio... Dejé de ir a correr por la playa.

Y Silvia le contó su historia de amor.

Todo sucedió en Formentera, donde Zaira y Silvia volaron para la media maratón. Empieza en el punto más oriental de la isla, a ciento veinte metros por encima del nivel del mar. En el faro de la Mola se da el pistoletazo de salida, y el final, y tras veintiún kilómetros, se sitúa en el puerto de La Savina.

Silvia quiso dejar la carrera a los dieciocho kilómetros. Habían entrenado juntas en Barcelona, pero no un recorrido tan largo. Zaira tiró de ella.

—Vamos, Silvia. Puedes.

—No puedo, Zaira. Sigue tú.

—Sin ti no voy a seguir. Vamos, sí que puedes.

Zaira tiró de Silvia. Silvia, en el kilómetro veinte, se vio incapaz. Incapaz. Correr es mental, como nadar.

—No puedo, Zaira. De verdad.

—Vamos, Silvia, solo mil metros más... No voy a dejar que abandones ahora.

—No puedo.

Zaira se puso delante de ella, hundió las manos en el cabello de Silvia y la besó en la boca. Una vez, dos. Silvia cerró los ojos para que siguiera y Zaira dejó de besarla.

—Luego sigo. Vamos —ordenó.

Tiró de ella y, por amor, Silvia siguió. Porque por amor se puede todo. Fuerzas no le quedaban. Sus piernas se movían ajenas a su mente. Zaira no se alejó de su lado. A un metro de la meta, Zaira le

cogió la mano y juntas la cruzaron.

Silvia, exhausta, se conmovió, miró hacia atrás y rompió a llorar, a reír, y se abrazó a Zaira sintiéndose feliz y orgullosa de haberlo conseguido.

Comieron con los tres mil participantes de todo el mundo que se desparramaban por el puerto. Fue divertido conocer a tanta gente en un mismo día, todos unidos por esa pasión tan incomprensible para quien no la tiene.

Eugenia les había dejado la casa de los olivos, que antes había sido la casa de los suegros de Silvia. Cómo no se la iba a dejar.

Zaira se duchó primero, luego Silvia, que salió de la ducha en braguitas para descubrir que Zaira la esperaba, también en braguitas, con ese tatuaje tan sensual enredándose por su cuerpo.

—No sé por dónde empezar —dijo Silvia tímidamente.

—Yo sí.

Y con suavidad acercó sus labios a los labios de Silvia. Jugó con su lengua. Le lamió los pechos poco a poco y le dijo palabras bonitas al oído... Jugó con ella como sabe jugar una mujer con su propio cuerpo. Una mujer que eres tú en el cuerpo de otra. Metió las manos por debajo de sus bragas y jugó, aunque notaba a Silvia tensa. Porque Silvia no es lesbiana.

Pero Zaira ya sabía cómo excitar cada rinconcito de esa mujer casada. No tenía prisas. La cogió de la mano y la llevó a la cama sin dejar de besarla. Sabía que Silvia, ese primer día, sería incapaz de tocarla. Habría muchos más. Qué hermoso es el cuerpo de una mujer virgen. Virgen para otra mujer. Hacerla sentir como no saben hacerlo los hombres. Zaira jugó con sus delicadas manos viendo cómo Silvia se estremecía. Lamió un pecho, luego otro, sin dejar de jugar con el pubis y sin penetrarla con los dedos. Lamió su ombligo, su vientre, de nuevo su pecho, sus axilas. Bajó poco a poco con la lengua hasta su sexo. Silvia se tensó. No le gustaba el sexo oral. Nunca lo había practicado con nadie. Nunca dejó a su marido hacérselo.

—Zaira, ahí no.

—Sí, ahí sí —le dijo dulce pero contundente.

Silvia cerró un poco las piernas, pero Zaira sabía cómo tranquilizarla. Volvió a su boca y la besó.

—Te va a gustar... Déjame un poquito... y, si tú quieres, paro... Cierra los ojos. Por favor.

Silvia obedeció y Zaira bajó otra vez, lentamente, hacia el sexo de esa mujer virgen. Cinco segundos tardó en volverla loca. Cinco.

*

—Qué bonito —dijo Gabriela a Silvia cuando acabó—, qué historia más bonita.

—Pienso mucho en ella. Pensé que no podría pararlo..., pero lo paré —replicó Silvia—. Bueno, no. Te miento: fue cuando supe que estaba embarazada.

—Si no te hubieras quedado embarazada, ¿seguirías con ella?

Silvia aguardó unos segundos y alzó los hombros.

—No lo sé... No lo sé, Gabi... No lo sé.

—Veo a Zaira en la piscina —le dijo Gabriela.

—Lo sé. Nunca te pregunto por ella... ¿Ella te ha preguntado alguna vez por mí?

—No.

Silvia se sintió decepcionada.

—Tengo ganas de verla.

—¿Y Salva lo sabe?

Silvia asintió.

—¡Se lo tuve que contar! Es que no aguantaba más...

—¿Y...? Se enfadó mucho.

Silvia sonrió y negó con la cabeza.

—Es que no te lo vas a creer.

—¿Qué?

—Pues, después de quedarse en shock durante diez segundos, me preguntó si había hecho fotos.

—¿Cómo? —contestó riéndose Gabriela—. No puede ser.

—Te lo juro. —Silvia imitó seguidamente la voz de su marido—: *Hosti, que fort, no?* Luego se puso a andar de lado a lado del salón en silencio. Me miró y me dijo: «¿Fotos has hecho?».

Carcajada de ambas.

—¿Te puedes creer que sugirió que hiciéramos un trío?

Y las risas otra vez.

Siguió contándole la surrealista conversación mantenida con su marido:

«Pero, Salva, si me hubiera liado con un hombre, ¿te habrías enfadado? ¿Me habrías perdonado así..., tan fácil?»

«Ah, no. Con un hombre no te habría perdonado. No, de ninguna manera... No te lo habría perdonado.»

«Pero... no lo entiendo... ¿Qué diferencia hay? ¿Qué importa el género?»

«El género sí importa.»

«Pues no lo entiendo, Salva.»

«Pues no lo entiendas, chica. Si no lo quieres entender, no lo entiendas.»

«No, Salva. No lo entiendo.»

«Pues no sé. Será algo de los catalanes... Vete tú a saber. Si es que somos muy distintos, ya lo dicen los políticos. En Madrid igual no, pero en Cataluña el género importa. Claro que importa.»

Y Salva se alejó por el pasillo golpeando su zapatilla deportiva con la raqueta de tenis y repitiendo, en catalán, para sí: «*És clar que importa el gènere. Com no ha d´importar el gènere?* ».

*

Qué bien le sentó a Gabriela salirse de su película y olvidarse de los dos hombres de su vida. Reemplazarlos por las risas regeneradoras y sinceras de las amigas que se quieren y se acompañan en lo bueno y en lo malo.

Pero lo más bonito de esa historia de amor es que Silvia ya no volvió nunca más a fingir el orgasmo. Porque cuando el buenazo de su marido la empotraba en el lavabo, ella deslizaba la mano hacia su sexo y acariciaba su trocito de placer pensando en Zaira y solo en Zaira.

*

Gabriela se vistió sobria pero elegante para asistir a la gala del Premio Europeo de Novela: blusa blanca de seda natural y falda de talle alto color tierra regalo de Cósima.

Germán, corbata y americana; los hombres están siempre más guapos con corbata y americana. Siempre la acompañaba a las cenas de premios literarios.

Gabriela estaba inquieta, nerviosa, porque sabía que Pablo estaría allí. Era una sala enorme, para más de trescientos invitados. Quizá no se verían. Gabriela y Germán estarían sentados como cada año junto a Eugenia y Emmanuel, en una mesa con otros periodistas.

Gabriela caminaba junto a Germán, que charlaba distendidamente con Emmanuel. Buscaba a Pablo sin querer encontrarlo y solo tardó diez segundos en localizarlo, y otro más en que sus miradas se cruzasen.

A Pía no la vio. No se había atrevido a preguntarle la semana anterior si estaría con ella. Tampoco le dijo que ella iría con Germán. Ninguno sacó el tema.

Gabriela notó que Pablo desviaba la mirada hacia Germán, y en ese momento, como si tuviera un sexto sentido, Germán le besó el cabello.

—Eres la mujer más elegante de toda la cena.

Gabriela lo miró y le sonrió antes de que él la besara en la boca, algo que solo hacía en la intimidad, nunca jamás delante de gente. A ella le dio la impresión de que su marido marcaba territorio, como si quisiera dejar claro a quien fuera que ella era su mujer.

Gabriela le sonrió de nuevo y llegaron a su mesa.

Se sentaron. A los cinco minutos, los camareros trajeron el primer plato.

Germán pasó el brazo por detrás de la silla de Gabriela, que notaba que Pablo los miraba de soslayo. Silenciosa, se limitó a escuchar cómo hablaban en la mesa. Con lo angustiada que se sentía, entre su marido y su amante, Germán podía estar tranquilo: su mujer no lo interrumpiría en ningún momento. Ni una sola vez.

Trajeron el segundo: solomillo con idiazábal y trufa acompañado de patatas a la crema. Seguramente fue por los nervios, pero al cortar el solomillo se manchó la blusa, y esa fue la mejor excusa para levantarse de la mesa. Necesitaba salir de la sala un segundo, no era fácil estar ahí.

Salió sin mirar hacia la mesa de Pablo, hacia el vestíbulo del hotel, y desde ahí por un pasillo hasta los lavabos. Dentro no había nadie y lo agradeció. Apoyó las manos en la encimera, se miró en el espejo y espiró. Volvió a coger aire poco a poco, y volvió a espirar. Intentaba calmarse. La mancha de la camisa le daba totalmente igual, no estaba disfrutando de esa cena. Todo lo contrario. Solo deseaba que dieran el maldito premio e irse para casa.

Notó que la puerta del aseo se abría y, al volver la mirada, vio a Pablo.

—¿Qué haces aquí? —le dijo alarmada.

Él la cogió de la mano y tiró de ella hacia uno de los lavabos. La hizo entrar. Cerró la puerta y echó el pestillo.

—¿Qué haces? —susurró nerviosa.

Pablo la besó frenético y ella se apartó.

—¡Pablo, para! —ordenó en voz baja.

—No soporto verte con tu marido —le dijo.

—Sal de aquí, por favor —insistió susurrando y con temor a que alguien entrara.

Él la cogió con brusquedad de la cintura y la obligó a darle la espalda.

—¡Pablo!... ¿Qué haces?

Ya notaba la mano de él por debajo de su falda, dentro de sus bragas. La penetró con los dedos mientras la inmovilizaba con el otro brazo.

—Pablo... ¿Qué haces?... Para, por favor, para —le dijo intentando apartarlo.

Él acercó la boca al oído de Gabriela.

—Córrete, Gabi. Córrete para mí.

—Pero qué dices, Pablo.

—Cierra los ojos.

Ella intentó darse la vuelta hacia él, pero la sujetaba con fuerza mientras con los dedos ya jugaba con la miel de su amante. Entrando y saliendo de su sexo. Gabriela suspiró, tratando de contener el placer que no debería sentir.

—Olvida dónde estamos, no va a enterarse nadie. Haz lo que te digo. Cierra los ojos.

—Pablo.

—Ciérralos.

La dominaba. Haría lo que él le pidiera. Gabriela obedeció. Cerró los ojos y entró en ese juego perverso a una pared de distancia de su marido.

Apoyó la espalda contra el pecho de Pablo. Sentía sus dedos dentro. Círculos sin parar. Sus piernas se debilitaron. Sus rodillas se flexionaron levemente. Él la sujetó por la cintura. Conocía el cuerpo de Gabriela como el suyo propio.

—Córrete —le ordenó al oído.

Los dedos de Pablo se aceleraron sobre su clítoris y ella entró en ese estado de irrealidad donde ya no sabía quién era ni dónde estaba.

Escuchó a Pablo ordenarle de nuevo en su oído que se dejara ir.

—Córrete, Gabi.

Y Gabriela, dejando caer su cuerpo sobre el pecho de su amante, todo lo silenciosa que pudo, se corrió.

*

Perdida psíquicamente, Gabriela empujó con la mano la puerta de entrada a la sala y se dirigió a su mesa esquivando invitados, con la mirada fija en Germán, que se reía con Emmanuel y con Eugenia. Caminó hacia ellos y se sentó en su silla. Miró el trozo de solomillo frente a ella y sintió náuseas.

—¿Estás bien? —le preguntó Germán al verla algo pálida.

—Sí, estoy bien.

—Les estaba explicando a Emmanuel y a Eugenia que estamos pensando en comprar una casa en la Cerdanya.

Gabriela asintió forzando el entusiasmo.

Eugenia la conocía y sabía que no estaba bien. La interrogó con la mirada. Desde hacía varios meses la notaba silenciosa. Miró hacia la mesa donde se sentaba Pablo y vio su silla vacía. Volvió la mirada hacia la puerta de entrada a la sala justo cuando él regresaba. Lo observó caminar hacia su mesa, sentarse junto a su editor. Eugenia volvió la mirada a Gabriela, que se la mantuvo. Se lo dijeron todo sin palabras.

Se lo advirtió. Varias veces. No existe solo una vez.

*

—Lo sé, no estuvo bien. Fue una demostración de poder de un idiota. Lo siento, Gabi. Perdóname —le contestó Pablo el jueves siguiente.

Gabriela aceptó las disculpas porque sabía que ella tenía parte de culpa. Mucha, en realidad. Se excitó en el lavabo del hotel, pero eso que habían hecho era mofarse, reírse, de su marido. Y se odiaba por ello.

—¿Puedo llamarte? —le preguntó Pablo—. No podremos vernos hasta mediados de diciembre. Vuelvo algún fin de semana, pero tendré que estar en casa.

La promoción de un premio literario implica un mes de gira por España y un mes más por las principales ciudades de Latinoamérica. Entrevistas para televisiones nacionales, autonómicas, radios, revistas, periódicos, plataformas, librerías, centros de cultura, firmas y ferias del libro.

—Me gustaría llamarte algún día —insistió.

—Prefiero que no —le contestó Gabriela.

—¿Puedo escribirte a tu email?

Gabriela negó con la cabeza.

Pensaba que esos sesenta días sin verlo se le iban a hacer eternos. Pero ese juego de llamadas, emails, la espera, mirar el móvil constantemente... Todo eso era algo por lo que no quería pasar.

—Pero ¿por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—No puedo más. —Sentía un nudo en la garganta.

Se hizo un silencio denso. Porque Pablo sabía que esas palabras, tarde o temprano, llegarían. Las evitaba. Las esperaba desde hacía meses. Permanecía en silencio para no romper esa historia de amor que a él también lo embriagaba.

—Pablo, ya no quiero ser tu amante... —Bajó su mirada al regazo un instante—. Quiero ser tu mujer. No la mujer de las cicatrices que viene una vez a la semana a hacerte el amor. No quiero ser la mujer de los jueves... Quiero ser tu mujer... La de verdad.

Pablo no sabía qué decir, era obvio que se sentía incómodo, y Gabriela no esperó a las excusas que sabía que le diría. Lo dijo porque lo sentía. Le dijo esas dos palabras que quizá no debería haber dicho nunca:

—Te quiero.

Pablo vio los ojos vidriosos de su amante y la abrazó porque él sentía lo mismo.

—Yo también te quiero, Gabi. Pero... ¿qué es lo que me estás pidiendo? ¿De verdad quieres romper tu familia por mí?, ¿que yo rompa la mía? —Tanteaba en busca de las palabras adecuadas, disuadiéndola de algo que no tenía ningún sentido—. Gabi —dejó de abrazarla—, mírame.

Gabriela lo miró.

—No va a salir bien —insistió Pablo—. En el día a día no soy el

mismo tío que ves ahora. Estás viendo lo mejor de mí. Hablo poco. A veces tengo mala leche. Tengo dos hijas a las que adoro, pero a veces me sacan de quicio y les grito. —Bajó el tono de voz y siguió sincero —: No soy cariñoso con Pía... No soy quien crees que soy... Estás viendo la mejor versión de mí mismo.

Pablo esperó con la mirada fija en Gabriela.

—¿Estás segura de que quieres que empecemos una vida juntos? Tú. Yo. Tu hijo. Mis dos hijas... Eres una mujer inteligente. No va a salir bien. Y Gabi..., esto es ya algo de tío. Algo masculino. En un año de convivencia..., qué un año, en dos meses dejarás de desearme... Yo a ti no, Gabi, yo no dejaré de desearte nunca. Pero tú sí. Y eso lo sé.

Pablo la sentó en su regazo y siguió hablando:

—No puedo darte lo que me pides. No quiero dártelo... Esta historia que tenemos es... No sé, no me salen las palabras... Es intensa, divertida, me encanta estar aquí contigo. Me encanta, Gabi. Y podemos estar así siempre.

Gabriela seguía callada, y él la abrazó más fuerte.

—Dos meses vamos a pasar sin vernos, Quiero llamarte. Por favor. ¿Puedo?

—No.

*

El primer mes se le hizo eterno, porque ese no rotundo era un medio sí. Tachaba los días en su mente esperando el 20 de diciembre. La fecha en la que volvía Pablo.

El segundo mes, el ansia de no verlo fue menguando. Volvió a nadar los jueves. Seguían subiendo a la Cerdanya los viernes. Germán no logró convencerla para comprar una casa, pero sí alquilaron una masía de piedra pequeña y acogedora en Puigcerdà, y dormían allí hasta el lunes.

Pasaban el fin de semana, el lunes se levantaban a las seis de la mañana, desayunaban entre la oscuridad de las montañas y tres horas más tarde dejaban al niño directamente en la escuela en Barcelona, a Gabriela con las maletas en casa y Germán se iba directo al despacho.

No tener que mentir a Germán la aliviaba, eso era cierto.

De lunes a viernes, la rutina diaria.

*

Una mañana bajaba con su hijito de la mano por el paseo del Born cuando oyó una voz femenina que la llamaba.

—¡¿Gabriela?!

Pía le sonreía. Junto a ella sus dos hijas, una adolescente y una pequeñita de cuatro o cinco años.

Era argentina, sinónimo de cariñosa. En Barcelona hay dieciocho mil argentinos empadronados. El universo argentino siempre se le hizo cercano. Además de su psicoanalista Walter Korman, de los seiscientos trabajadores de la editorial, siete en la sede de Barcelona eran argentinos, tres diseñadoras de cubiertas divertidísimas, tres en redes sociales y un jefe de prensa. Simpáticos. Quizá su condición de expatriados ayudaba a esa facilidad que tenían para mantener una conversación. Leo Messi simpático no es, pero a ese se le perdona todo. Camareros y camareras esperando los tres años de arraigo para conseguir papeles.

Quizá ese carácter abierto lo encontraba en contraposición al carácter catalán. No está bien eso de generalizar, pero Gabriela generalizaba, y los argentinos que ella conocía eran gente amable, simpática y cercana.

Como Pía. La mujer de su amante.

Se dieron un abrazo. Gabriela sintió el corazón salirse del cuerpo.

—Hola, Pía... Cuánto tiempo —le dijo intentando aparentar normalidad, aunque notó que se sonrojaba.

—¿Cómo estás? Me alegro mucho de verte.

—Bien, muy bien.

—¿Vivís por acá? —Volvió la mirada al hijo de Gabriela—. ¿Y este niño tan lindo?

—Mi hijo... Sí, vivimos aquí desde hace años.

—¡Nosotros también! Nos compramos un piso el año pasado. Me encanta el barrio. Qué raro que no nos hayamos visto. —Se dirigió a sus hijas—: Díganle hola a Gabriela. Entrevistó a mamá.

Saludaron acogedoras y luego la mayor se dirigió a su madre para meterle prisa: llegaban tarde a la escuela.

—Te leo cada semana. Me encanta lo que escribes. Mi marido también te lee. Quedemos un día o venme a ver al teatro. Te dejo entradas en taquilla. ¿Tenés mi email todavía? Te lo escribí en el libro de Pablo. ¿Lo tenés?

—Sí. Lo tengo —contestó angustiadísima.

—Escribime y te dejo dos entradas. Es divertida la obra. Te gustará.

—Claro.

Pía se alejó por el paseo de Born cogiendo a su hijita pequeña parlanchina de la mano y con la adolescente tecleando en el móvil.

Se sintió fatal, incluso físicamente. Respiró hondo. Su hijo le preguntaba no sé qué de unas señales de tráfico.

Cómo le hubiera gustado que esa mujer fuera un bicho, que fuese antipática, arrogante, fea, amargada... Pero no: era una mujer bonita, divertida y una maravillosa actriz..., y sus dos hijas, preciosas.

Al día siguiente, su hijo empezó la escuela media hora más tarde. Y no, Gabriela no escribió a Pía.

*

Hay un pueblito en la Cerdanya, Prullans, que organiza cada año y desde principios de diciembre un pesebre viviente. Esas obritas de teatro que organizan en torno a los pasajes bíblicos, los habitantes del pueblo disfrazados, entre caballos, cabras, burros y balas de paja, le encantan a Gabriela. Fueron a verlo con su hijo. La noche anterior había caído una fuerte nevada y el pueblo parecía salido de un cuento. Lo pasaron bien. Ya volviendo para casa, Germán pisó una placa de hielo, resbaló y cayó al suelo.

A Gabriela le hizo gracia, porque la caída fue muy estrepitosa y le entró la risa.

—No te rías, Gabi, coño, que me he hecho daño.

Gabriela se arrodilló junto a él, seria ahora.

—Creo que me he roto algo.

—¿De verdad? Cógete a mí.

—Anda que caerse aquí y no en la montaña, manda huevos la cosa. —Germán sonrió para quitarle hierro.

Fueron en el Volvo hasta el hospital de la Cerdanya. Ella detestaba conducir de noche y por montañas nevadas; aunque las quitanieves no paraban, le daba miedo. Además, siempre conducía Germán. Su hijo andaba algo asustado en el asiento de atrás.

—Papá no tiene nada. No te preocupes.

Rotura de ligamentos. Diez días de reposo.

En Barcelona le hicieron otra resonancia magnética y decidieron operarlo. Cuatro semanas sin apoyar el pie derecho en el suelo, caminando con muletas por el apartamento de Barcelona, de mal humor y hasta arriba de ibuprofenos. Gabriela hizo de enfermera como Germán lo había hecho con ella en la operación de endometriosis. Lo ayudaba a caminar, a vestirse, a entrar en la bañera.

Una noche, después de esa rutina que llevaban haciendo ya dos semanas, sin apenas salir de casa, acabaron de cenar frente a la televisión, Germán se levantó y se alejó por el pasillo con sus muletas y su pijama viejo. Gabriela lo observó alejarse. Fijó su mirada en cada paso que daba y lo sintió mayor, lo vio mayor y, sin pretenderlo, se imaginó al anciano que cuidaría.

*

—Gabi, tengo que dar una respuesta a la Universidad de Boston y a la empresa.

—Ve.

—Ve, no. *Vamos* —le dijo—. Yo no voy a irme un año sin vosotros.

—No es un año, son diez meses y vuelves por Navidad. O podemos ir nosotros. Y luego vuelves en Semana Santa. Al final son ocho meses

solo.

—No, Gabi. Solo no voy a ir. Quiero estar con mi hijo y contigo.

—Es que no sé si me veo en Boston tanto tiempo. Estoy tan acostumbrada a estar aquí... Me veo sola todo el día. No sé, Germán.

—Pero si tú lo has sugerido varias veces —dijo algo confundido —. Decías que sería bueno para el niño. Que tú puedes escribir desde cualquier lado. De verdad que me descolocas.

La idea de vivir en un país fuera de España a Gabriela siempre la sedujo. Y tenían la oportunidad gracias al trabajo de Germán, ya fuera Boston, la filial de Hamburgo en Alemania o las dos filiales de China. Le habría encantado irse a China. Un año, dos. No convenció a Germán.

—Yo lo pensé para cuando el niño fuera a primaria... Ahora es muy pequeño.

Contestó mintiendo y lo sabía. Gabriela era muy consciente de ello.

—Bueno, digo que no entonces.

—¿Cómo vas a decir que no, Germán? Di que sí. —Lo dijo ya en un acto reflejo, porque Gabriela no se consideraba una mujer egoísta y lo estaba siendo. Muy egoísta. Frenar la vida laboral de su marido. El futuro de su hijo.

«¿Por qué? ¿Por qué estás diciendo que no? ¿Por tu amante? ¿De verdad? ¿Por el polvo de los jueves?»

«No es solo un polvo.»

«O sí. O sí lo es.»

*

20 de diciembre. Pablo aterrizaba en Barcelona. Sesenta días sin verlo. Toda la semana anterior estuvo inquieta entre las compras de Navidad y la comida de San Esteban que preparaba Germán el 26. Fue despertarse el 20 y notar de nuevo el ansia.

Abrió el MacBook y miró la bandeja de entrada de su correo: emails de lectoras anónimas de *La Femme* . Ninguno de Pablo. Había respetado la voluntad de Gabriela. «No me llames. No me escribas hasta que vuelvas.» Paradójicamente, deseó que Pablo no hubiera respetado sus deseos.

El 21 de diciembre tampoco recibió ningún correo. Gabriela tenía la pantalla del ordenador abierta con el gestor de correo. Nada. Escribía y se iba a nadar. Para no pensar. Pasó el 22. El 23.

¿Por qué no me escribes?

El 24 de diciembre fueron a celebrar la Nochebuena con la madre de Gabriela, con su marido, con sus tíos, con los cafres, sus mujeres y los seis niños. Eran divertidas las nochebuenas. Muchas risas, música, baile. Gabriela disimuló bastante bien.

—Algo te pasa, Gabi. Soy tu madre. Ya me contarás —le dijo

abrazándola en el oído tras despedirse de Germán.

Una madre es una madre.

Navidad. Comida en casa de los padres de Germán, su hermana, su marido, su sobrina. *Picar el tió* . Cantar el *Fum, fum, fum* y *El noi de la mare* .

28, 29, 30. Pablo no escribió.

Fin de año en Puigcerdà.

Gabriela fue a un pequeño locutorio en el pueblo con la excusa de leer la columna de *La Femme* .

—Lee el email en mi móvil, Gabi.

—No, que así me paso por la pastelería a comprar desayuno.

Tener un Nokia tiene esos pequeños inconvenientes. O ventajas. Según cómo se mire. Se sentó frente al ordenador del locutorio. Correo vacío. 2, 3, 4 de enero. Pablo no escribió.

Volvieron a Barcelona para ver la cabalgata de Reyes que pasaba por la ciudad. 5 de enero. Gabriela con el corazón en un puño. Ansia. Siente ansia. Solo ansia. Ella nunca ha tenido ansiedad. No sabía qué era esa palabra hasta ese momento.

—Pasa el mono, Gabi —le dijo Silvia—. Acaba ya con esta historia. ¿Es que no te ves?

Porque el amor es una droga. Una droga que hace que el cuerpo segregue naturalmente sustancias anfetamínicas: dopamina, endorfinas, adrenalina, oxitocina. Y si ese amor se acaba, la química segregada deja de esparcirse por él. En ese caso, Gabriela, la mujer que ama, la mujer enamorada, siente algo parecido a lo que siente un yonqui o un adicto a la droga. Ansiedad, pérdida de apetito, angustia y llanto.

—No quiero que se acabe, Silvia. Necesito verlo. No puedo pararlo. Pero no le voy a escribir. Si se acaba, será porque él lo decide. No yo.

—Yo no te veo feliz, amiga. No te veo feliz.

*

Lunes, 07 de enero 2018
09.15 (hace 20 minutos)

De: pablohausmann@gmail.com
Para: gabrielasalinas@lafemme.com
Asunto:

Hola, Gabi:
Te espero el jueves.
Ven. Por favor.

PABLO

No contestó. Ni el martes, ni el miércoles. Quería hacerle dudar, como ella había dudado esos dos meses. El miércoles durmió poco.

Llegó el jueves. Se vistió con su ropa interior bonita. Camisa blanca y Levi's azul marino, abrigo tres cuartos color cámel. Dejó a su hijo en el colegio, volvió a casa. Germán seguía de baja, pero ya caminaba solo con una muleta. Mintió diciendo que se iba a comer con Silvia y que volvería hacia las ocho, como cada jueves después de ir a la piscina. Esperó hasta la una porque quiso que Pablo se impacientara. Caminó hasta la Barceloneta, pasó por la parroquia, llegó al carrer dels Pescadors. Ya sentía el deseo recorrerle el cuerpo. En la anticipación ya sucede. La libido descontrolada...

Pablo la esperaba en la puerta del estudio. Se miraron como no lo habían hecho nunca. Gabriela vio el deseo en los ojos de su amante.

Sin palabras se acercaron el uno al otro y se besaron con violencia. Sin dejar de besarla Pablo la hizo entrar y cerró la puerta. La apoyó en ella. Sus manos fuertes se hundieron en su cabello. Le quitó el abrigo, que cayó al suelo. Llegaba el deseo mutuo de querer ser uno. Ser parte del otro. Le desabrochó los botones de la camisa, sin quitársela, le apartó el sujetador. Le lamió el pecho. Gabriela suspiró sintiendo el ansia de su amante, el ansia de poseerla.

—Te he echado de menos —le dijo él sincero.

Ella no contestó. Le sintió tan desesperado como ella. Pablo le desabrochó los Levi's. Se arrodilló para quitarle las manoletinas. Le sacó el tejano, luego las bragas. Gabriela cerró los ojos al tiempo que él besaba, lamía sus ingles y enseguida el sexo. Suspiró llena de placer y llevó las manos al cabello de él mientras notaba su lengua jugar sin prisas arriba y abajo. Un minuto, quizá menos. Demasiados días sin él. Se notaba tan excitada...

—Pablo, para... No quiero acabar todavía —le dijo con voz suave.

Gabriela miró hacia abajo. Le gustó verlo arrodillado para ella. Le acarició el pelo. Cuánto lo había echado de menos...

—Acaba —ordenó él.

—Te espero.

—Acaba.

—Te quiero esperar —insistió Gabriela llena, llenita de placer.

Pero él le acarició las nalgas con deseo y hundió su lengua en su sexo. Demasiados días deseando el cuerpo de su amante... La hizo gritar.

Pablo se incorporó mientras Gabriela todavía se estremecía entre jadeos y suspiros. La miró con el hondo deseo de los días sin verse. Ella le limpió la boca con la mano y lo besó mientras le desabrochaba la hebilla del cinturón.

—Húndete en mí, Pablo... Necesito sentirte dentro de mí.

Él la besó arrastrándola hasta su mesa de trabajo a la vez que la desvestía, le quitó la camisa, luego el sujetador.

La cogió por la cintura e hizo que le diera la espalda. La inclinó

hacia delante y sobre la mesa.

Pablo observó la espalda desnuda de su amante. El cuerpo desnudo de Gabriela. Sus nalgas desnudas.

Con sus manos acarició, lentamente, su cintura, su espalda. Le hubiera gustado que fuera suya. Completamente suya. Solo suya... Y mientras esos pensamientos invadían su mente, sujetó con sus manos su cintura y entró con violencia en ella. En lo más hondo de ella.

Gabriela gimió entre el dolor y el placer. Cerró los ojos. Pablo empezó a empujar, dominando cada movimiento. La embestía con fuerza, una vez, otra. Frenaba. Volvía poco a poco. Otra vez con fuerza. Frenaba. Gabriela gozaba en esa entrega a ese hombre al que tanto deseaba. Sintiéndose una mujer amada. Profundamente amada.

¿Cuánto tiempo estuvo Pablo penetrándola? Cuando amas se pierde la noción del tiempo.

Y siguió. Y siguió. Tardaba mucho. Demasiado.

El cuerpo de Gabriela empezó a sentir dolor. El pubis y las ingles rozaban la mesa en cada embestida inacabable. Pero dejó que Pablo, excitado como estaba, siguiera. Ahí la entrega.

Reclinada en la mesa, de espaldas a él, sin abrir los ojos, Gabriela jugó a la comunicación no verbal, deseando que la entendiera. Hablándole con sus pensamientos. «Pablo, acaba, por favor. Me estás haciendo daño. Acaba.»

Y todo llegó a la mente de Pablo. Porque los cuerpos cuando se conocen, cuando se aman, se entienden sin palabras. Pablo la sintió frágil. Sintió frágil a su amante en cuerpo y en alma. Vulnerable. Entregada a él. Totalmente entregada a él.

Estiró el brazo izquierdo hacia la nuca de Gabriela y con una última y bruta embestida, con un suspiro hueco, se corrió.

Pablo salió del cuerpo de Gabriela e hizo que se incorporara. Dándole la vuelta, de nuevo, se perdió en sus pupilas, hundió las manos en su cabello y con su aliento cerca de su boca, desesperado, le rogó:

—No me dejes, Gabriela. Por favor, no me dejes.

# 12

# Omisión

Gabriela volvió a visitar a Walter Korman, su psicoanalista, a quien no visitaba desde hacía muchos años.

Además de psicoanalista de prestigio internacional, era escritor de libros de autoayuda y vendía como churros. Sesenta y cinco años, treinta de ellos pasando consulta. Era un tipo rápido.

—Jugaste con fuego, Gabriela, y te quemaste. El deseo es traidor. Páralo. Es el consejo más sabio que te puedo dar.

A Gabriela le gustó ese hombre desde su primera sesión, porque era cercano y se mojaba. No esperaba quince sesiones para dar respuestas.

—Es que no lo puedo dejar, Walter. No lo quiero dejar. Yo solo quiero que me ayudes a no sufrir.

Se tuteaban. El paso de los años.

—Lo puedo intentar, pero milagros no hago. —No le dijo que no iba a funcionar porque un doctor en Psicología Clínica y Neurociencia Cognitiva Aplicada suele ser un tipo sabio. La posibilidad, aunque remota, existía.

Gabriela y Walter hablaron del amor, del deseo, de la ley del eterno retorno. Hablaron del patrón de hombre al que siempre se acercaba ella. Hablaron de los hombres introvertidos que siempre habían rodeado su vida. Hombres que a pesar de su silencio la hacían sentir amada. Hablaron del primer hombre de cualquier mujer, su padre. Hablaron de la ausencia que dejó al morirse cuando ella solo tenía dieciséis años, y del vacío de los días sin él. El dolor de no verlo nunca más. Hablaron de un hipotético divorcio con Germán. Y Gabriela lloró con el psicoanalista. Lloró tanto... Hablaron de la ausencia, de lo que serían los días sin él. Hablaron del refugio que significaba Germán para ella. El hombre protector que, en su silencio, la amaría siempre. Hablaron de Pablo, de la repetición de patrones, del deseo, de la pasión, de la rutina conyugal, de la idealización del amante.

—¿Qué buscas en Pablo?

—No lo sé.

—Sí lo sabes, Gabriela, y lo que quieres no te lo va a dar. Te lo ha

dicho muchas veces. Cuando un hombre dice no, es no.

Y llorar. Llorar demasiado.

Y empezar a hablar otra vez de lo mismo.

Y Walter escuchar y escuchar en un bucle infinito...

Y acabar Walter dándole la razón a Pablo y repetir la frase que él le había dicho: «Me convertiré en lo que ya tienes».

Y otra vez Freud y su teoría del eterno retorno.

*

Omisión o elipsis literaria.

Abril. 56 kilos. Su hijo. Primero siempre su hijo. Germán. Pablo. Walter. Llorar con Walter. Caminar por entre los melocotoneros en flor con sus amigas. Escribir. Nadar.

Mayo. 55 kilos. Escribir. Escribir. Escribir. Su hijo. Germán. Pablo. Llorar con Walter. Nadar. Montañas. Amigas. Reírse con las amigas. Gritar a Germán deseando que sea él quien la deje. Volver al silencio. Hacer el amor con Pablo.

Junio. 54 kilos. Su hijo. Germán. Pablo. Walter. Escribir. Nadar. Fin de semana de amigas en Formentera. Silvia, Cósima y Selma. Escribir. Escribir. Escribir. Nadar. No tengo ganas de hacer el amor, Germán. Hacer el amor con Pablo. Walter.

Julio. 52 kilos. Silvia y Cósima, «no sé qué haría sin vosotras». «A mí me dan pena las mujeres sin amigas.» «Me gustaría deciros a las dos que os quiero y os necesito.» El abrazo de Silvia. Páralo, Gabi. Páralo de una vez.

1 de agosto. 49 kilos y 800 gramos. Germán. Pablo. Walter. Escribir. Nadar. Llorar.

*

—¿Dónde has estado? —le preguntó agresivo Germán a Gabriela al entrar en el dormitorio. Cerró la puerta tras él.

—En la piscina.

—He salido pronto del trabajo y te he ido a buscar. No estabas allí.

Gabriela notó su corazón latir.

—He salido antes.

—¿Y por qué tienes el pelo mojado?

Los latidos se incrementaron.

—Ay, no sé, Germán... Porque me he recogido el pelo.

—Te estás poniendo nerviosa, Gabi.

—Qué dices. —Gabriela entró en el lavabo, se desvistió, cogió su camisón de detrás de la puerta y se lo puso. Nerviosa salió.

—Gabi, ¿tú crees que soy idiota?

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti?

Gabriela no contestó, forzando un gesto de incomprensión.

—Mírame a los ojos y dime que no pasa nada.

—Germán... No pasa nada.

—Vuélvelo a decir. Pero intenta no desviar la mirada esta vez.

—¿Qué te pasa, Germán? —Gabriela lo miró a los ojos.

Gabriela entró en la galería, abrió su MacBook por hacer algo, porque temblaba. Miró su email sabiendo que Germán la escrutaba. Se dio la vuelta. Germán no dejaba de mirarla apoyado en la puerta.

Sin dejar de mirarla, abrió el primer cajón de la cómoda del dormitorio, donde Gabriela guardaba la ropa interior, metió la mano dentro y sacó las medias negras de encaje. Las medias negras que se puso sobre su fémur blanco.

—¿Y esto? —No levantó la voz—: ¿Para quién te las pones?

A Gabriela se le detuvo el corazón.

Y Germán, que hacía demasiados meses que sabía que algo le pasaba a su mujer, agresivo, le tiró las medias a la cara.

*

«Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad.» Esa frase se atribuye a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda de Adolf Hitler. Y esa fue la frase que repitió varias veces la madre de Gabriela a Gabriela el día después de que Germán le tirara las medias a la cara.

—Haces las maletas, te subes al avión y a Boston. Y acabas con todo esto.

—No me quiero ir, mamá. No quiero.

—Un poco tarde, Gabi. Haces las maletas y te vas. Pero no cuentas nada, ¿me has oído? Me da igual lo que diga el psicoanalista ese al que vas: tú no cuentes nada. Empiezas una nueva vida en Boston y ya.

Gabriela la escuchaba con los ojos vidriosos sentada en el sofá de su casa de toda la vida.

—Pero ¿cómo se ha dado cuenta, hija?

—Luisa, que le dio por limpiar los cajones por dentro. Lo sacó todo y Germán vio unas malditas medias que me compré...

—Me haces caso, por favor, Gabriela. Que llevas toda la vida sin hacerme caso de nada.

—Tampoco me ha ido tan mal, ¿no, mamá?

Su madre repitió la frase lentamente:

—Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad.

*

Por la noche, Gabriela, inquieta, dejaba que el agua de la ducha le cayera por el rostro. Suspiró, abrió los ojos, cerró el grifo y echó la

mano al colgador para coger la toalla, pero no estaba allí. Le pareció raro. Salió y se encontró a Germán, con la mirada clavada en ella, apoyado en la puerta con la toalla en sus manos. Se asustó. No lo había oído entrar.

—¿Me lo vas a contar ya? —le preguntó Germán.

Quería volvérselo a preguntar. Volvérselo a preguntar desnuda. Interrogarla sin nada más que su cuerpo. Eso lo buscó deliberadamente. Sabía que Gabriela se sentiría frágil.

—¿Me das la toalla, que tengo frío, Germán? —le contestó Gabriela al tiempo que se cubría el pecho. No avanzó hacia él. Germán esperaba la respuesta—. Ya te he dicho que no hay nada que contar, que te lo estás imaginando todo.

—Mientes. Hay otra persona. Lo que no entiendo es por qué lo niegas.

—Te lo estás imaginando todo. Me compré las medias esas para ponérmelas contigo.

Germán sonrió con desprecio.

—¿Dónde te las compraste?

—En El Corte Inglés de plaza Catalunya. Te lo dije ayer.

—¿Cuándo?

—Ya te lo dije ayer: hace dos meses. Quería darte una sorpresa.

—¿Las compraste sola?

—Con Silvia, fuimos las dos. Ya te lo he dicho. La puedes llamar si quieres.

Germán negó con la cabeza: conocía la profunda amistad de la una por la otra. Se cubrirían siempre.

—Lo tienes todo bien atado. Las medias han sido la gota que ha colmado el vaso. Por favor, no me tomes por un idiota y cuéntamelo.

—¿Me das la toalla, que tengo frío? —repitió—. Que no hay nadie. Para ya, Germán. Dame la toalla.

—Mientes. No voy a parar. Tenemos toda la noche. Sé que mientes.

Gabriela, desnuda, helada, sintiéndose totalmente vulnerable, insistió con voz débil:

—Germán, es una paranoia tuya.

Germán siguió hablando, sin levantar la voz:

—Mientes, Gabi... No he dormido muy bien hoy. He tenido tiempo para pensar. ¿Cuánto hace? ¿Cuánto hace que estás con otro tío? Me acordé ayer de ese día que me dijiste: «No me obligues». Ahí ya te lo follabas, ¿no?

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, Gabriela se acercó a él e intentó cogerle la toalla del brazo. No soportaba más estar desnuda. Germán dejó que pusiera la mano en la toalla, pero no le dejó cogerla.

—Hace más de un año que estás con este tío. —Siempre con su tono

de voz bajo.

No lo preguntó: era una afirmación. Gabriela olió alcohol en su aliento y se extrañó porque Germán no bebía nunca.

—¿Has bebido? —le preguntó.

Él le sostuvo la mirada.

—¿Te corres cuando te folla?

Un puñetazo en el vientre es lo que sintió Gabriela después de esa pregunta. Porque intuía lo que se le venía encima. Ese era solo el principio. Notó que se le humedecían los ojos.

—Con él sí te corres. —La miró con desprecio—: ¿Sabes, Gabi? Te miro desnuda, con todas tus cicatrices, y no entiendo cómo le puedes gustar a nadie.

Gabriela se sintió la nada. Supo que había despertado al monstruo.

—Pero es extraño, porque al mismo tiempo pienso que alguien te ha sobado, que se ha corrido dentro de ti, y me da asco pensarlo. Imaginarte con otro tío me da asco. —Se acercó a su rostro y en tono aún más bajo dijo—: Mucho asco.

Gabriela se rompió. Allí desnuda lloró.

—Cuéntamelo —repitió Germán sin un ápice de compasión por el llanto de su mujer.

—¡Para ya! No hay nada que contar, Germán —le dijo pasándose las manos violentamente por los ojos.

—Sigue mintiendo si quieres. Pero ten la dignidad de aguantarte el llanto.

—¡PARA ! —Alzó la voz—. ¡PARA YA !

—No grites, que pareces una loca. —Le tiró la toalla a la cara y salió del baño.

*

Del 1 al 14 de agosto solo hubo silencio, roto por órdenes hostiles de Germán a su mujer. Órdenes que obedecía sin hablar. Sin protestar. Protegieron a su hijo, que no se dio cuenta de nada, o eso creían ellos. Se turnaban para jugar con él. Gabriela intentaba acercarse a Germán cuando jugaba con el niño sentado en la alfombra del salón y mientras montaban los Playmobil sobre legos, pero Germán cogía a su hijo de la mano, legos y Playmobil, y se los llevaba a su dormitorio.

—Ven, mamá.

—Preparo la cena y voy. —Ella sonreía, sentada en el suelo sobre la alfombra. Agotada.

Vio a Pablo una vez más. Fue la única vez que no hicieron el amor. Gabriela lo abrazó y se apoyó en su pecho.

—Te esperaré siempre —le dijo Pablo besándola—. Cuando vuelvas de Boston estaré aquí. Cada jueves. Esperándote.

*

Esa noche, Gabriela le dijo a Germán que se fuera él a Boston. Que se fuera solo.

—No vengas si no quieres, Gabi. Nos vamos el niño y yo —le contestó—. Puedes venir los fines de semana que quieras. Y, si no, nos vemos en Navidad.

Gabriela lo odió más que nunca.

—Por si se te ha pasado por la cabeza la opción..., ya te digo que un juez me dará a mí la custodia hasta que se resuelva todo, Gabi. Hay más de diez emails tuyos conmigo en copia con el colegio de Boston, con la inmobiliaria. Se viene conmigo a Boston y luego ya lo que decida el juez.

Se odiaron con las miradas. Se odiaron.

Hubo dos momentos desagradables más.

Uno, a las 3.45 de la madrugada. Germán no había llegado esa noche. Gabriela se había quedado dormida con el niño cuando su marido entró en el dormitorio, la cogió de la mano y la hizo levantarse.

—Para, vas a despertarlo.

Pero él tiró de ella hasta sacarla del cuarto y llevarla al dormitorio de matrimonio.

—Déjame, Germán. Tengo sueño.

Olía a alcohol y a tabaco.

Él cerró la puerta y, otra vez sin levantar la voz, se lo pidió:

—Cuéntamelo, Gabriela, por favor. Acabemos ya con esto.

—No hay nada que contar.

—Cuéntamelo. Es más fácil que me lo cuentes, Gabi. No sé por qué sigues mintiendo.

—No te estoy mintiendo.

—¿De qué tienes miedo? ¿Por qué no me lo cuentas?

—No hay nada que contar. Tengo sueño, Germán. Por favor, déjame dormir.

—No, no te voy a dejar dormir. Tenemos toda la noche. Dime la verdad y te dejo dormir.

—Te lo estás imaginando todo.

—Cuéntamelo.

—Por favor, para.

—Mientes.

—Para. Tengo sueño. Déjame dormir.

—Mientes.

—Germán, que no hay nada. Quiero irme a la cama.

Y Gabriela acabar después de media hora, desesperada, gritándole y llorando.

—No grites, loca.

*

Y un último episodio violento con Germán, cuando se lo volvió a preguntar otra vez en el lavabo, apoyado en la puerta para que no pudiera salir. Gabriela lo negó. Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad.

—¿Por qué sigues mintiendo?

—Porque no hay nada que contar —le contestó exhausta.

—¿Por qué no puedes admitirlo?

—Nunca ha habido nada con nadie. Mierda de medias, ojalá nunca me las hubiera comprado.

—Empecemos otra vez.

—Germán, basta ya. No te voy a contestar más.

—¿Dónde te las compraste?

—En El Corte Inglés —le repitió desesperada.

—¿Qué te hizo él con esas medias? ¿Qué te hizo con esas medias de puta?

Otro puñal. Apareció de nuevo el monstruo sibilino con alcohol y nicotina en sus venas. Buscando desarmarla y que se rompiera de una vez por todas. Que lo admitiera delante de él.

—¿Qué te hizo él con las medias? —repitió—. Te arrodillaste en el suelo para que te la metiera por el culo.

—Qué desagradable, Germán.

—¿El tío este te la ha metido por el culo? ¿A él le dejas?

Gabriela ahí, no sabe cómo, sintió que todo tenía un límite y esta vez no se hizo pequeña. Porque tampoco le servía de nada. Lo miró a los ojos y se lo dijo con la mente. Comunicación no verbal. Deseando que pudiera leérsela: «No, mi amante no me la mete por el culo. Pero lo deseaba tanto que, si me lo hubiera pedido, le habría dejado».

Veinte años, se conocían cada gesto facial.

—¿En serio, Gabi?... ¿Me estás retando con la mirada? —Germán esperó unos segundos y siguió—: ¿Sangraste?

—Qué desagradable, Germán. Qué desagradable.

¿En qué momento pensó que ganaría la conversación?... ¿En qué momento?

Agotada, puso la mano en el pomo de la puerta. Germán hizo fuerza para impedir que abriera.

—Vamos a empezar otra vez. ¿Dónde te compraste las medias?

—En El Corte Inglés. Te lo he dicho muchas veces.

—¿Con quién?

—Con Silvia.

En los interrogatorios policiales se pregunta siempre lo mismo al interrogado. Cien veces la misma pregunta. El interrogado contesta siempre la misma respuesta preparada. Pero, cuando no se lo espera y tras repetir cien veces lo mismo, a la ciento uno se cambia siempre

una pregunta para descolocarlo, y Germán la tenía preparada. Era una pregunta simple:

—¿Por qué están lavadas si nunca las has utilizado?

Gabriela no supo qué contestar.

—Si te las compraste para mí y nunca las has utilizado, ¿por qué están lavadas?

—Déjame salir.

—¿Por qué están lavadas?

—Déjame salir.

Gabriela intentó bajar el pomo de la puerta de nuevo. Germán se lo impidió.

—¿Por qué están lavadas si son nuevas y te las ibas a poner para mí?

—No lo sé. Luisa las debió de lavar.

—Mientes.

—Déjame salir.

—Mientes.

—Déjame salir.

—¿Dónde te compraste las medias de puta?

—Para ya.

—¿Por qué están lavadas si te las compraste para mí?

—Déjame salir —le dijo con ira, pero sin levantar la voz—. Germán, déjame salir del lavabo. Me estoy agobiando.

—Empecemos otra vez. ¿Por qué están lavadas si no te las has puesto nunca?

No aguantó más el interrogatorio, pero no quería gritar porque odiaba cuando la llamaba loca. Levantó el puño y golpeó el pecho de su marido con fuerza, tan fuerte como pudo, varias veces. Él no la paró, no la tocó. Gabriela intentaba apartarlo de la puerta. Volvió a golpearlo con más fuerza. Pero, lejos de apartarla y con cada golpe, Germán le repetía las preguntas sin alzar la voz... Deseando que se rompiera.

—Cuéntamelo. ¿Por qué están lavadas si no te las has puesto nunca? ¿Dónde te compraste las medias? ¿Por qué están lavadas? ¿Con quién?

Gabriela siguió golpeándolo en vano. ¿Qué fuerza física podría tener ella frente a él? Ninguna. Solo saldría de allí cuando él quisiera.

Germán le rodeó los hombros con un brazo. La atrajo hacia sí, se acercó a su oído y con un hilo de voz acabó:

—Hoy no gritas, Gabriela. Pero ¿sabes qué pasa? Que las locas también pegan.

*

La semana que les quedaba en Barcelona no hubo más interrogatorios. Se acabaron para siempre. Germán entendió que no

lograría hacerla hablar. Su mujer era débil y fuerte a la vez. Les quedaba una semana más de silencio y hostilidad antes de subirse al avión.

—Vete tú, Germán. Déjanos aquí, por favor. No me quiero ir a Boston.

—Me voy, claro que me voy. Pero con mi hijo. Ven a vernos cuando quieras.

Evidentemente, Germán sabía que su mujer no se separaría, jamás, de su hijo.

Y llegó el 14 de agosto, Germán y Gabriela hicieron las maletas en silencio. Ella era una autómata. Ese sueño que había tenido tantas veces de vivir en el extranjero era, ahora, una pesadilla. No quería subir a ese avión. Cerraron las cortinas, las puertas de los cuartos. Cerraron la llave de paso del agua y del gas. Sentía pinchazos en el vientre mientras su hijo saltaba feliz pensando en su primer viaje en avión, ajeno a todo. Eso es lo único que hicieron bien. Protegerlo, que no se enterara de nada, o eso es lo que ellos creían.

El taxi los dejó en la Terminal 1 del aeropuerto de El Prat.

Facturaron las maletas, pasaron el control de pasaportes. Quedaba hora y media para embarcar. Entraron en una tienda de juguetes y Germán le compró un cubo de Rubik de dos caras, para niños de tres a cinco años. Se sentaron en un banco en el hall, con su hijo en medio. Germán mezcló el cubo. Su hijo tenía sus genes: le dio varias vueltas, muchas vueltas. Lo resolvió y se lo entregó a su padre con una sonrisa.

—Muy bien, cariño. Tu madre no es capaz ni de resolver una cara.

Gabriela volvió la mirada a su marido. Una mirada exhausta. Sabía que eso era lo que le esperaba ese año en Boston: frases con subtextos agresivos, agravios, insultos velados o directos. No respondió. Germán deshizo el cubo de Rubik y se lo volvió a dar al niño.

—Voy al lavabo —dijo Gabriela.

Se incorporó y se alejó por el hall. Quedaban cinco minutos para que anunciaran la puerta de embarque. Entró en el lavabo, caminó hacia los grifos y se miró en el espejo. Se vio delgada, demacrada, ojerosa. Apenas dormía. Abrió el grifo. Hizo un cuenco con sus manos y se lavó la cara. Volvió a mirarse en el espejo. Sabía que su marido, aunque sin interrogatorios, no pararía hasta saber la verdad. Era muy orgulloso. Le habló en sus pensamientos: «No hagas que te lo cuente, por favor. Es lo que ya intuyes. No quieras escucharlo. Te va a doler. Te va a doler mucho, aunque nadie ha sufrido más que yo. No te lo quiero contar, pasar la vergüenza de admitirlo. No lo voy a hacer. No puedo».

Gabriela no quería subir a ese avión. No quería. Si su hijo no estuviera, no cogería jamás ese vuelo.

Jamás.

Y pensó en el consejo de Walter Korman: «La verdad siempre acaba saliendo. Díselo, pide perdón y libérate. Si te quiere, sabrá perdonarte. Aunque no va a ser fácil, Gabriela. Lo que viene después de una infidelidad no es nada fácil».

Luego pensó en la frase de su madre: «Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad».

«No quiero subir al avión. No quiero», se dijo a sí misma.

Salió de nuevo al vestíbulo y se quedó en el centro de la sala. Esa sala inmensa, diáfana, llena de luz, de la Terminal 1 del aeropuerto de Barcelona. Volvió la mirada hacia su marido y su hijo, que seguían sentados jugando con el cubo de Rubik. Luego, hacia las escaleras mecánicas que subían hacia la salida del aeropuerto.

Germán la vio. La vio mirar las escaleras. Vio cómo Gabriela volvía la mirada hacia ellos. Marido y mujer se atravesaron con la mirada.

Se odiaron.

Germán cogió la mano de su hijo y le dijo algo. El niño asintió. Se levantaron. El pequeño no vio a su madre. Padre e hijo le dieron la espalda y se alejaron caminando por el vestíbulo en dirección a la puerta de embarque.

Gabriela se quedó inmóvil viendo cómo se alejaban. No los siguió. Germán no se dio la vuelta ni una vez. Gabriela los perdió de su campo de visión, y su alma, entonces, explotó en mil pedazos.

Ya no era madre.

No era esposa.

Era la amante que caminaba hacia las escaleras mecánicas. Hacia la salida del aeropuerto.

Era jueves.

*

—¿Y mamá?

—Cogerá el avión otro día —le dijo Germán mientras se sentaban en las primeras filas del American Airways que los llevaba a Boston.

—Yo quiero que venga hoy —le contestó tranquilo.

—Yo también. Pero igual viene otro día.

—Pero yo quiero que venga hoy, papá.

—Vendrá otro día. Hay que ponerse el cinturón.

—No, no me voy a poner el cinturón si no viene mamá. ¿Dónde está mamá?

—Ya te he dicho que vendrá otro día.

—Quiero que venga hoy. Ahora.

Lo repitió muchas veces, y su padre también repitió la misma respuesta muchas veces.

La voz del niño empezó a temblar, a romperse.

—Quiero que venga hoy, papá. ¡Quiero que venga hoy! —gritaba

desesperado mientras arreciaba el llanto.

—No llores, mi amor. Por favor. No llores. Mamá vendrá otro día.

—¡Quiero que venga ahora! ¿Dónde está mamá? Papá, ¿dónde está mamá? ¿Dónde está mami? ¿Dónde está mami? Papá, ¿dónde está mami? —gritaba mirando el pasillo, desorientado.

—Hay que ponerse el cinturón.

—¡No!

—Papá quiere que te pongas el cinturón.

Germán se acordó de lo poco que le gustaba a Gabriela que hablara en tercera persona, así que, también él con los ojos vidriosos, rectificó:

—Quiero que te pongas el cinturón.

—¡No! Si no viene mamá, no. Por favor, papá. Vamos a buscar a mamá. Igual se ha perdido. Por favor, papá. Te lo pido por favor, como te gusta que pida las cosas. Se ha perdido. Por favor, papá. Mamá se habrá perdido.

Empezó a llorar de una forma animal. Ido. Histérico. Gritaba. «¡Quiero mami. Quiero mami!»

Germán no sabía cómo calmarlo. Era Gabriela quien lo calmaba.

—¿Todo bien, señor? —Se acercó una azafata.

—Sí. Todo bien.

—¡Quiero que venga mamá! Papá, por favor. Por favor, vamos a buscar a mamá, por favor. Vamos a buscar a mamá —le rogó cogiéndole la mano e intentando bajarse del asiento, para ir a buscarla.

—Vendrá otro día. Mamá vendrá otro día. Cálmate, mi amor. Cálmate.

Y a Germán, que hacía años que no lloraba, se le humedecieron los ojos.

—Por favor, mi amor, deja que papá te ponga el cinturón.

—Mamá. ¿Dónde está mamá? No quiero ir a Boston contigo. No quiero ir a Boston contigo. Quiero quedarme aquí con mi mamá. Mamá no viene porque no le hablas. No quieres que juegue nunca con nosotros. Por eso no viene. No quiero ir contigo a Boston. ¡Quiero quedarme con mi mamá! ¡Yo no quiero estar contigo, papá! ¿Dónde está mami?

El niño salió del asiento corriendo por el pasillo y echó a correr hacia la salida. Germán, perdido, se levantó tras él.

El niño corrió hasta la salida del avión. Una azafata lo cogió en brazos.

—Mi mamá. ¡Quiero irme con mi mamá! Por favor. Quiero irme con mi mamá. No me quiero quedar con mi papá —decía en los brazos de la azafata.

Y lloraba.

Y lloraba mirando desorientado la salida del avión.

Y, por fin, su mamá apareció.

Gabriela apareció y arrancó a su hijo de los brazos de la azafata y lo envolvió en un abrazo. Lo abrazó lo más fuerte que pudo, lo más fuerte que supo. Se odió a sí misma por haber pensado en abandonarlo. Se aguantaba las lágrimas como Germán le exigía. No quería parecer una loca. Igual sí que estaba loca. Lo estaba. Estaba loca.

—Perdona, mi amor. Perdona a mamá. Perdóname. —Lo besó mientras lo abrazaba con fuerza. Lo besó muchas veces pidiéndole mil veces perdón.

Germán miró con dureza a su mujer. Los ojos vidriosos de ella le rogaron, le suplicaron, el perdón. «Así no vamos a sobrevivir, Germán. Así no», le dijo con la mirada.

El niño apoyó la cabeza en el hombro de su mamá. El llanto aminoraba.

—¿Dónde estabas, mamá?

—Perdóname, mi amor. Perdóname.

Pasaremos por alto que todo el avión, azafatas, copiloto y comandante incluido, observaba en absoluto silencio esa escena familiar que nadie lograba entender.

—Perdóname, mi amor. Perdóname. Te quiero. Te quiero mucho —repetía sin dejar de besarlo.

Llegaron a su asiento. Su hijo no quería dejar de abrazarla, agarrado a ella con brazos y piernas.

—Cariño, no me voy a ningún sitio. Nunca. Nunca me iré de tu lado.

—Yo quiero estar contigo, mamá.

—Siempre estarás conmigo. Siempre. Pero ahora tienes que sentarte en tu sitio. Si no, el avión no puede despegar.

El niño obedeció mientras Germán le quitaba la mochila de los hombros a Gabriela. Su hijo se sentó en el asiento junto a la ventanilla. Ella, a su lado, sin soltarle la mano, aferrada dentro de la suya más fuerte que nunca, para que no pudiera irse. Germán se sentó en el asiento del pasillo. Gabriela besó a su hijito volviendo la mirada a la ventanilla. ¿Cómo había podido pensar en abandonarlo, siquiera un segundo? ¿Cómo? Se odió a sí misma otra vez. Estaba loca. Completamente loca.

A los cinco minutos oyeron el rugido de los motores, el avión recorrió la pista de despegue y las ruedas se despegaron del suelo.

Gabriela miró la silueta de Barcelona alejarse. Suspiró en silencio, con miedo. Sin mirarlo, posó la mano sobre la mano de su marido. Él no la apartó. Gabriela cogió aire, avergonzada. Profundamente avergonzada.

—Sí que hubo alguien, Germán.

Él no la miró. No contestó. Apartó la mano.

—¿Podrás perdonarme?
Germán no contestó.
—Por favor.
Gabriela sabía que Germán no contestaría.
—No tiene que ser hoy... Algún día. Cuando tú quieras.

# 13

# El primer día del resto de mi vida

Simon los esperaba en el hall de llegadas del Aeropuerto Logan de Boston. Hacía muchos años que Gabriela no lo veía, se abrazaron. Germán y él se dieron un abrazo de esos masculinos de palmada en la espalda. Hablaban semana sí, semana también. Simon les dio la bienvenida con una sonrisa acogedora.

Su hijo estaba hiperactivo tras diez horas de vuelo, durmiendo a ratos y después de demasiado tiempo sentado. Salieron de la terminal. Simon los llevó con un todoterreno negro desproporcionado hasta su nueva casa. Una casa que había escogido ella. Porque Gabriela lo escogió todo en esos meses perdida en los que debatía qué hacer con su vida. Pensó que, si se separaban y Germán viajaba solo, a pesar de todo quería que su marido fuera feliz sin ellos. Muy feliz. Por eso buscó la casa más bonita en el barrio más bonito, familiar y acogedor, de gente joven, universitarios y profesores. En esos deseos de que su marido fuera feliz sin ella, deseó que encontrara a otra mujer. Una mejor que ella, más honesta, más fiel, más joven e inteligente, con el pecho firme, sin cicatrices, más ordenada, menos caótica. Una mujer que escuchara la música a un volumen razonable y no dejara la ropa tirada en el sofá y los zapatos en cualquier sitio. Que lo amara tanto como ella lo había amado. A sus cincuenta años, quizá Germán podría tener la hija que ella no pudo darle. Todo eso deseó Gabriela.

Escogió el barrio de Charlestown por todo eso. Además, le recordaba un poco el Born. No hacía falta coger el coche para todo, como suele pasar en todas las ciudades norteamericanas.

Es cierto que un día, mientras buceaba por internet en Barcelona, se imaginó a su marido, solo, allí, comprando en la *grocery store* del barrio, y se le humedecieron los ojos y la invadió una profunda pena.

Escogió una casita antigua y elegantemente restaurada, de principios del XIX , situada en el número 14 de Oak Street, muy cerca de la inmensa biblioteca pública de Boston. Un lugar que a Gabriela le evocaba un sentimiento hermoso de sus primeros tiempos de casados. Había pasado muchos días, mientras Germán cursaba el máster, en ese

espacio neorrenacentista y de techos altísimos que albergaba quince millones de libros. Una sala de lectura que recuerda a una basílica romana abrazada en el techo por una cúpula semiesférica. El exterior le recordaba a la Casa Blanca. No existe un lugar así en España, o al menos Gabriela no lo había encontrado. Llegaron al 14 de Oak Street y bajaron del coche.

—Esta es nuestra nueva casa, mi amor —le dijo Gabriela a su hijo.

Simon los ayudó a entrar las maletas. Antes de dejarlos solos se dirigió en inglés a Gabriela.

—He organizado una barbacoa, una fiesta de bienvenida. Me apuesto algo a que tu marido no te ha dicho nada.

Gabriela negó a la vez que miraba a Germán.

—Se me ha pasado.

Evidentemente no tenía ganas de una *welcome party* . Simon insistió: quería presentarles a su nueva mujer y que vieran a sus hijos y a otros amigos a quienes llevaban años sin ver.

—Conozco a tu marido... —Simon pasó su brazo por el hombro de Germán—. Sé que pondrás excusas para no venir, pero espero que estés allí mañana..., y... un consejo...: no dejes que tu mujer se sienta sola.

El judío se alejó hacia la puerta y antes de despedirse disparó a Germán: «Tu mujer sigue siendo una mujer bonita».

Germán se limitó a forzar una sonrisa.

Deshicieron maletas. Jugaron en el jardín. Un magnolio en flor daba sombra sobre el césped y había florecitas liliáceas y rosa que no supieron identificar. Gabriela y su hijo regaron las plantas, jugaron a la pelota, montaron un lego..., y pasó la tarde y fueron a cenar a un restaurante frente al río. Su hijo estaba feliz observando, excitado, su nueva vida. Marido y mujer, en silencio. Fueron a la *grocery store* , volvieron a casa, y el niño se durmió enseguida en su nuevo dormitorio.

Gabriela entró en el dormitorio conyugal, donde Germán leía una novela tumbado en la cama. Entró en el lavabo, se desvistió angustiada, con sentimientos de profunda tristeza, pensando en que, desde que hacía unas quince horas le había confesado a Germán la verdad, no habían estado solos ni un momento. Siempre con su hijo por en medio. Gabriela se duchó, se puso el camisón y salió del lavabo.

Germán seguía leyendo.

Se sentó en su lado de la cama.

—Germán, ¿quieres hablar? —le dijo avergonzada y con voz suave.

—No.

—¿Seguro? —insistió con delicadeza.

—Te he dicho que no, Gabi.

Germán cerró la novela, la dejó en la mesita de noche, apagó la luz, se cubrió con la sábana y se puso de lado, dándole la espalda.

Silencio.

Gabriela apagó la luz de la mesita de noche y se tumbó dándole también la espalda. Encogió las rodillas e intentó aguantar el llanto, pero no pudo.

Eran lágrimas egoístas, porque en un mundo utópico se habría abrazado a su amigo, a su mejor amigo, a su marido, y le habría dicho que estaba triste y profundamente enamorada de otro hombre, un hombre del que la separaba un océano, y la idea de no verlo nunca más se le hacía insoportable. La idea de no estar en los brazos de su amante le desgarraba el corazón. Que seguramente tacharía en su mente los trescientos sesenta y cinco días que quedaban para volver a verlo...

O quizá no.

También en un mundo utópico quizá podría decirle a su marido que con el tiempo se olvidaría de Pablo y volvería a amarlo. A desearlo. Todos esos pensamientos absurdos se le cruzaban por la mente esa primera noche del resto de su vida.

*

Gabriela ya intuyó que Germán no querría saber nada de su amante. Si hubiera sido al revés, si hubiera sido Germán quien hubiera tenido una amante, Gabriela habría querido saberlo todo. Su nombre. Su apellido. Su edad. «¿Es más joven que yo?» El color de su pelo. «¿Tienes una foto?» Sus ojos. Si estaba casada. Si tenía hijos. «¿Tiene hijos o hijas?» Su profesión. Si tenía la piel finita...

«Qué finita eres, Gabi», le decía Germán acariciándola, muchas veces, cuando hacían el amor... No ha cabido en la novela, pero se lo decía.

«¿Ella también es finita? ¿Y sus tobillos son delgados como los míos? ¿Se corre cuando le haces el amor? ¿Cuándo os veis? ¿La quieres? ¿La amas?» Gabriela habría querido saberlo todo. Absolutamente todo.

Pero Germán no quiso saber nada.

Absolutamente nada.

Nada es nada.

*

Fueron a la barbacoa y allí estaban viejos amigos de Gabriela y Germán. También los dos españoles a los que despidieron en Barcelona, los de la cena desagradable del «no me interrumpas». Y fue todo más fácil de lo que Gabriela y Germán imaginaron. Entraron en una rutina silenciosa. Sin hostilidad. Su hijo empezó a ir a la escuela.

Germán daba clases veinte horas a la semana en la universidad y el resto se iba a la oficina de ASCE con un equipo de treinta ingenieros. Gabriela iba a la biblioteca a escribir la columna para *La Femme* y cada mañana, tras dejar al niño en el colegio, se iba a la piscina olímpica de la facultad y nadaba treinta minutos diarios. Le hacía bien.

Y empezó la rutina de la nueva vida de Gabriela.

Su hijo. Escribir. Nadar y el silencio de su marido.

Y así un día y otro. Y otro. Y otro. Y poco a poco empezó una vida serena. Una vida tranquila. Llena de silencios. Los tres juntos.

Gabriela, en la biblioteca, leía con más cariño los emails de las lectoras anónimas que le escribían elogiando sus escritos. Se sentía algo sola durante el día, y los leía sin prisas. Cada semana se escribía con Silvia. Los fines de semana paseaban por el río. Iban a las innumerables fiestas de cumpleaños de los amiguitos de su hijo. Cada mes, dos o tres. Para Germán, un infierno. A Gabriela le gustaba ir. Y empezó a ir sola con el niño.

A los dos meses de estar en Boston, sentada en la biblioteca, vio en la entrada de su correo un email de su querida y vieja amiga Eugenia. Lo abrió con mucha ilusión.

De: eugeniadesentmenat@gmail.com
Para: gabrielasalinas@gmail.com

Querida Gabriela:

¿Cómo estás? Espero, de corazón, que con el alma tranquila. Llevo meses queriendo escribirte, lo hago al fin desde Bután, en las cordilleras del Himalaya, desde un pequeño *call center* que regenta un joven con muchos niños que corretean, felices, cerca de mí.

¿Que qué hago aquí? Yo también me lo pregunto.

Porque de los miles de posibilidades que podría haber en mi jubilación yo solo contemplé una y nada más que una: acabar los últimos diez años de mi vida, o los últimos veinte, con Emmanuel en Formentera. Convertirme, seguramente, en su enfermera. Emmanuel cumple setenta y cinco el mes que viene. Sí. En su enfermera más que en su esposa. Sabía que asumiría ese papel, como lo han asumido la mayoría de mis amigas casadas.

Pero la vida, que a veces es imprevisible, me cruzó en el aeropuerto con el fotoperiodista. ¿Recuerdas aquella historia que te conté? Seguro que sí. Te conozco y te gustan estas historias.

Pues aquí estoy. Viajando a mis sesenta y seis años lo que no he viajado en toda mi vida.

Feliz. Más feliz que nunca.

Emmanuel sigue en Formentera con sus olivos. Y sus dolores de espalda. Sabe que estoy aquí con otro hombre. Somos viejos. Es lo único bueno que tiene ser viejo, que no tenemos que mentirnos. No tenemos nada que perder.

De mayo a octubre estaré con él en la isla, con mis hijas y mis nietas. Y el resto del año viajaré con mi querido fotoperiodista, Euken.

He vuelto a amar y a desear como no lo había hecho hace tiempo.

¿Sabes? Te voy a contar algo... porque sé que estas cosas te gustan.

Hacía mucho tiempo que no hacía el amor..., creo que quince años o más. No me acuerdo. Pues después de quince años tengo que decirte que no lo hice nada mal.

Ahí Gabriela dejó de leer y se conmovió, sentada en la silenciosa biblioteca pública de Boston, rodeada de cientos de universitarios.

Siguió leyendo.

Hay una alemana solitaria de mi edad que corretea por Formentera. Muy hippy, con ojos azules y el pelo recogido en una trenza blanca. La invité para que conociera a Emmanuel. La invité yo, ¿te lo puedes creer? Sé que hacen buenas migas. Me gusta pensar que está acompañado.

Te voy a contar cosas que sé que te harán reír.

Cuando le insinué que podría tener algo con la alemana, el tonto me dijo que ya no se le levantaba. Que a nosotras se nos caen los senos, pero a ellos los testículos. Sí, por lo visto, a ellos se les caen los huevos.

Gabriela se rio y siguió leyendo...

¿Y sabes qué hice? Te va a gustar. Me fui a la farmacia de Sant Francesc, le compré Viagra y se la dejé en su cajón de la mesita de noche antes de irme.

La idea no fue mía. No del todo.

Hombres, qué personajes a veces.

Euken se esconde en el lavabo con un neceser negro que lleva un candadito y siempre anda cerrado. Un día se despistó, miré y le vi las grageas pequeñitas de color azul: Viagra. Él no sabe que lo sé.

Me despierta una ternura inmensa cuando lo veo con su neceser negro debajo del brazo esconderse en el lavabo. Si además yo ando con mis aceites de almendras dulces y me lo pone él antes de hacer el amor... La sequedad vaginal a mi edad, Gabi... Ya verás, ya, la miel...

Gabriela volvió a reírse. Qué bonito sentir a las amigas, aunque lejos, cerca. Qué generosas somos explicándonoslo todo. Siguió leyendo.

Bueno, querida amiga, veo a Euken desde el locutorio esperándome. Nos vamos a caminar por las montañas.

Espero que estés feliz y que tu noble misántropo haya sabido perdonarte. Todo pasa. Ya verás cómo todo volverá a su sitio.

Ya sabes que siempre hay un lugar para ti en Formentera.

Dos cosas.

Nunca pensé que fuera Consuelo Garza mi sustituta. Espero que no te esté tocando las narices, me imagino que la distancia ayuda.

Y ya lo último. Deja de ser columnista y conviértete en escritora.

Siempre decías que no tenías nada que explicar. Como dijo Paul Auster, los escritores son personas heridas. Ahora ya tienes tu herida.

Sé valiente, generosa, y cuéntala.

Tu amiga siempre,

EUGENIA

P. D.: Por si te lo estás preguntando... Sí, tienes permiso para robarme mi historia y escribirla en tu sección de «Historias de mujeres casadas», pero cambia mi nombre.

Claro que se la robó. A las dos semanas y sabiendo que Eugenia desde las montañas del Himalaya la leería escribió su última columna para *La Femme* , una hermosa historia de amor en la vejez titulada: «Viagra, *mon amour* ».

*

Y sí. Esta vez Gabriela hizo caso a su vieja amiga. Quizá ya era el momento de empezar a escribir su primera novela y hacerse escritora.

*

—Germán.

—Dime.

—Voy a empezar a escribir la novela.

—Me alegro —le dijo sincero.

—Bueno. Te tengo que decir una cosa.

Germán levantó la mirada hacia ella.

—Voy a dejar de colaborar con *La Femme* . No puedo estar pensando cada semana en una historia nueva y escribir mi novela a la vez. Lo he intentado, pero no me sale.

—Me parece bien.

—Ya. Pero... voy a dejar de ingresar. Con lo que tengo ahorrado supongo que aguantaré seis meses. Quizá más. Ya sabes que no gasto mucho... pero que igual... —Gabriela alzó los hombros.

—¿Qué te preocupa, Gabi? —le preguntó él, sin entenderla.

—A lo mejor me tienes que dejar dinero.

—Claro. ¿Cuánto necesitas?

—No, nada... Todavía no necesito nada. Igual dentro de seis meses.

—Claro... Cuando necesites dinero me lo pides.

—Vale.

Gabriela le cogió la mano y le sonrió agradecida.

—Gracias, Germán.

Él sonrió levemente, apartó la mano y volvió a sumergirse en la novela que leía. A Gabriela le hubiera gustado besarlo. Abrazarlo. Quizá hacerle el amor. Pero él ya no quería contacto físico con ella.

Ningún contacto físico.

Ninguno.

Al día siguiente, Gabriela tenía cuarenta mil euros en su cuenta bancaria.

Así era Germán.

*

Al día siguiente, Gabriela empezó a escribir su primera novela.

Biografía. Mapa de la psicología de los personajes.

Trama. La felicidad no da trama.

Conflicto. Sin conflicto no hay historia.

Emoción. La emoción se articula con mecanismos de anticipación. Plantar las cosas antes.

Estructura. Como si de un edificio se tratara. Siempre primero la estructura. Estructura en tres actos. Planteamiento o primer acto.

Nudo o segundo acto. Desenlace o tercer acto. Anticlímax. Clímax.

Volver el mapa de la psicología de los personajes. Escribir el dolor. Ser generosa. Hablar de sus miserias. De sus logros. De su locura. De sus amigas. Robar vidas ajenas. Llevar a los personajes hasta las últimas consecuencias de sus acciones. Al extremo. A lugares a los que quizá ella no llegaría. O quizá sí. Porque la realidad puede superar la ficción.

Cambiar nombres. Cambiar calles. Cambiar ciudades.

Omitir aquello que se entiende. Elipsis. La poesía de tu novela está en la elipsis.

Aburrir es de mala educación. No aburrir. O por lo menos intentarlo.

Un final muy claro antes de empezar a teclear una letra en su ordenador. Cuando tuvo claros todos esos conceptos, Gabriela escribió la primera frase de su novela.

Y así empezó la rutina de nuestra protagonista.

*

Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.

Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Su hijo. Escribir. Nadar. El silencio de su marido.
Desordenada. Dejada. Despistada. Desorganizada.
Tozuda. Muy tozuda.
A veces ambiciosa, pero, sobre todo, tenaz. Muy tenaz.

*

Ese año pasó volando. Aunque esa monotonía de la escritura a Gabriela le pesó el primer mes. Descubrió que escribir sana, que libera los recuerdos que alteran la mente. Y se fue olvidando de Pablo poco a poco. Muy despacio.

La escritura fue su refugio.

Dejó de ir a la biblioteca porque se distraía.

Montó su «habitación propia» frente al jardín de su casa de Boston. Se pasaba horas allí dentro. Horas en las que en soledad creó su mundo propio y feliz.

Gabriela pensó que la escritura es extraña. Primero se huye de ella, te cuesta empezar. Al inicio, los personajes que escribía no los sentía, no le caían bien y no se creía la historia que estaba inventando. Pero siguió. Siguió meses y meses. Y su protagonista le gustó un poco más. Buscó nombres para la protagonista. Para su *alter ego* . Nombres que se parecieran al suyo: Marina, Camila, Cristina. Su *alter ego* se llamaría Cristina. Le permitía el diminutivo con el que ella caminaba por la vida, Gabi, Cris. Su protagonista le gustó más. Y la fue moldeando como ella quiso. Y siguió y siguió. Y llegó un momento ya cerca del final en que hubiera deseado ser ella. Gabriela hubiera deseado ser su *alter ego* . No salir de la vida de su *alter ego* . Gabriela hubiera deseado ser Cristina. Hubiera deseado vivir en ese mundo, en ese universo que había creado para ella. A veces prefería vivir en ese universo ficticio que vivir su propia vida. Prefería sentir lo que sentía su *alter ego* que lo que ella sentía en su vida cotidiana. Y llegó la obsesión, donde la energía psíquica que volcaba en la obra invadía también su vida.

Paseaba por el mundo como su *alter ego* . Y leyó y releyó y escribió y reescribió para no abandonarla. Para no salir de su historia inventada, para no volver a su vida. Porque vivir en la ficción es poderoso. Es poderoso y obsesivo.

Escribía y reescribía. Escribía y reescribía. Escribía y reescribía. Porque, además de la obsesión, la frase perfecta no existe y así es como empieza la eternidad y un día.

*

Germán acabó sus clases. Su hijo a los cuatro años parecía nativo en inglés. Durante ese año, a Gabriela además le dio por hablarle en catalán. Ese catalán tan malo que tenía, pero pensó que, si no, no lo aprendería.

—Germán, quedémonos —le dijo una noche, ya los dos tumbados en la cama.

—¿Te quedarías? —le preguntó él volviéndose hacia ella y apartando la mirada de su novela.

—Sí. Estoy feliz aquí. —No mentía.

—En la universidad me han ofrecido dar el próximo curso, si quiero. Y, en la empresa, encantados.

—Quedémonos —repitió su mujer con una sonrisa tenue.

Porque Gabriela tenía miedo a volver. Lo tenía. Tenía miedo a los jueves.

Gabriela acarició la mano de su marido.

—¿Me dejas hacerte el amor? —Le sonrió con dulzura y siguió—: Por favor.

No habían hecho el amor en todo el año. Sí, una pareja puede estar un año sin hacer el amor. Germán la había perdonado, pero no podía olvidarlo. Alguna noche Gabriela había intentado acercarse a él.

«No me toques, Gabi», le decía con una mirada profundamente triste y sin buscar herirla.

Sin buscar herirla, pero con su herida abierta. Era un animal herido que sabía que, si su mujer lo acariciaba, él sucumbiría, y no quería. No quería excitarse. La testosterona es la testosterona, y la erección la sentía. Así que se daba la vuelta y apagaba la luz de su mesilla de noche, evitándola.

Porque, sin ser del todo consciente de ello, quería castigar a su mujer. Sin ser hostil. Con sus silencios. Pero sobre todo con la carencia absoluta de contacto físico. Porque Germán conocía muy bien a su mujer, mejor que nadie. También ella era su amiga, su mejor amiga, su compañera de vida desde hacía mucho tiempo. A Gabriela no le hacía falta hacer el amor, podía estar meses sin sexo. Pero un abrazo —uno al mes, uno al trimestre, uno al semestre, aunque fuera— lo necesitaba. Germán se los negó todos durante todo el año. Ni un beso

antes de irse a trabajar. Sabiendo que se quedaba sola todo el día, sin sus amigas, a las que tanto echaba de menos. Germán no fue hostil, solo distante y silencioso. Profundamente silencioso.

—Quiero hacerte el amor, Germán —le repitió dulce, besándole la mejilla. Rogándole, de nuevo, insistió—: Por favor.

Germán notó la erección tras escuchar las súplicas de su mujer y se volvió hacia ella. Le subió el camisón, le abrió las piernas, se puso encima, sacó su miembro erecto de debajo del calzoncillo y, bruscamente, la penetró.

—Así no, Germán. Por favor... Así no —le dijo desconcertada.

El cuerpo de una mujer que no ha hecho el amor en un año se contrae. Sus paredes vaginales se reducen entre uno y dos centímetros.

Germán volvió a embestirla.

—Para, Germán. ¡Para!

La embistió otra vez.

—¡Germán, por favor, para! ¡Me estás haciendo daño!

Y Germán paró.

Ese hombre contenido, firme, estoico, se rompió. Rompió a llorar. No pudo contener las lágrimas. Lágrimas de rabia. De ira.

De confusión. De amor.

—Perdona, Gabi —le dijo arrepentido—. Pero no me lo vuelvas a hacer, Gabi. Nunca más. No me lo vuelvas a hacer nunca más. —Germán esperó un segundo, y se lo repitió—: Nunca más.

Gabriela percibió el tono desesperado en cada letra de esa frase. El tono herido, profundamente herido, de su marido. Le rodeó con un brazo la cintura.

—Te quiero, Germán. Te quiero mucho. Olvídalo ya, por favor. Olvídalo ya.

Y Germán, abatido, sintiéndose un monstruo, salió de ella y por fin, tras trescientos veintitrés días sin abrazarla..., apoyó su rostro en el pecho de su mujer, la rodeó con sus brazos lo más fuerte que supo, y aún con la herida abierta, pero profundamente enamorado, la abrazó.

*

Un mes más tarde, el 20 de junio, volaron los tres de nuevo a Barcelona para las vacaciones de verano. Qué ganas tenía Gabriela de volver a casa, a su apartamento del Born. Abrió las cortinas de terciopelo verde del salón para que el sol inundara la estancia y observó cómo el sol bañaba las vigas color miel, de eucalipto, de roble, quizá de pino. Su alfombra ovalada, el sofá de lino, sus libros. Su vida. Su hogar.

Suspiró y sonrió a su marido.

—Qué bien volver.

Germán asintió.

—Mamá, tengo hambre —interrumpió su hijo.

—Bajo al mercado.

—Yo voy deshaciendo maletas —contestó Germán.

—¿Vienes conmigo o te quedas con papá?

—Me quedo con papá.

Germán enfiló hacia el dormitorio con su hijo excitado arrastrando la maleta, y ella volvió a observar su casa. Se conmovió. Qué bonita era. Puso la mano en el pomo cuando oyó la voz de Germán:

—Gabi.

Gabriela se dio la vuelta y encontró a Germán mirándola. Solo en una mirada de un segundo se lo podían decir todo.

—Dime.

—Tiene hambre... No tardes.

Y Gabriela hizo como que no entendía el subtexto de sus palabras, pero sí lo entendía. Le estaba diciendo: «No lo llames, no lo busques». Y contestó rápido con una sonrisa.

—Compro pan y croissants y subo. Bueno, y aceite de oliva en el mercado y algo de embutido, ¿no? Para ti y para mí.

—Vale.

Miró a su marido con dulzura para infundirle la seguridad que no sentía. Se lo dijo con su mirada: «No voy a llamar a nadie, Germán. Después del dolor psíquico que he sentido y que ya se ha desvanecido, después de la energía que me ha robado y que vuelvo a sentir de una manera pausada, después de todo lo que he pasado, no, Germán, mi amor, estate tranquilo, no lo voy a llamar».

—Me hace mucha ilusión estar aquí —siguió Gabriela.

—A mí también.

—Volveremos todos los veranos, ¿no? Porque yo lo neces...

Germán se acercó a ella y la interrumpió con un beso en los labios.

—Claro que volveremos. Y estas Navidades si quieres también.

Él también echaba de menos su vida en Barcelona. A sus padres, a su hermana, sus cafés en baretos cutres y sus paseos al Fnac.

Gabriela bajó las escaleras de dos en dos, tenía tantas ganas de mirar su ciudad, comprarle a la charcutera del mercado de Santa Caterina, esperar su turno en el puesto 14 y hablar en catalán con la panadera de siempre... Cómo detestaba el gigantesco *shopping mall* de Boston. Tenía ganas de mirar las calles llenas de gente, las plazas, sus terrazas.

—Amiga, estoy aquí.

Tres segundos tardó en llamar a Silvia tras salir del portal.

*

Quedaron esa misma tarde con los niños, patinetes, tizas y pelotas en el parque de la Ciutadella. Y Gabriela, sentada en la terracita del

parque, la vio llegar con sus hijos y otra vez se conmovió. Se levantó y la abrazó.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también. —Silvia sonrió.

Se contaron la vida, incluso interrumpidas cada treinta segundos por los niños... Por supuesto, salió el tema.

—¿Y si te lo encuentras?

—No me lo voy a encontrar. Lo sé. Es una intuición.

—Pero ¿y si te lo encuentras? Vive a doscientos metros de tu casa.

Gabriela tardó un poco en contestar.

—Es que no me hace bien hablar de Pablo, Silvia. —Había cierta tristeza en su mirada—. Estoy bien... y si lo pienso, pues... Pablo siempre fue sincero, eso no se lo puedo reprochar. Pero fue egoísta, no quiso cambiar nada de su vida por mí. Mantener a su mujer y a sus hijas, y a mí... Pero dejémoslo aquí, ¿vale?

Y las amigas entienden y saben cuándo hurgar y cuándo no.

—Vale, pues te cuento yo...

—Claro, me muero de ganas —respondió Gabriela con una sonrisa.

Y Silvia sonrió levemente.

—He vuelto a ver a Zaira.

—¿¿En serio?? —Gabriela hizo una pausa—. ¿Y por qué no me lo contaste por Skype?

—Prefería contártelo cara a cara.

Le cambió la expresión a Gabriela, porque le encantaba que sus amigas fueran felices. Tanto como serlo ella.

—Cuéntame, cuéntamelo todo, Silvia. Poco a poco.

Los niños interrumpieron. Azúcar para mantenerlos callados, mucho azúcar. Sea un helado industrial, una galleta de chocolate, lo que sea. Compraron helados. Los más grandes.

—Empieza... —dijo Gabriela con una sonrisa.

—Te estás imaginando algo que no es.

—Bueno, da igual, cuéntame... Y empieza ya, que se acaban el helado.

*

No. Silvia y Zaira no se encontraron por casualidad. Silvia la fue a buscar. La fue a buscar al Club Natació Barceloneta el 8 de enero, después de unas fiestas de Navidad bastante densas, entre niños, abuelos, hermanas, cuñados, cuñadas, la suegra, su madre, los regalos, el árbol, el turrón, las uvas, la cabalgata y el roscón de Reyes, y venga el 6... Otra vez los cuñados, las cuñadas, su madre, su suegra...

Una de esas noches soñó con Zaira. Silvia soñó que hacía el amor con ella, era invierno y estaban las dos solas en Formentera.

Dejó a los niños en el colegio el 8 de enero... y, como un impulso, la

fue a buscar.

Hacía años que no la veía. La seguía en Instagram y en Facebook y en Twitter, y porque no había más redes sociales, porque la habría seguido en todo.

Esperó a la salida del Club Natació. Silvia se había pintado los ojos, camiseta negra escotada con un sujetador de La Perla que subía dos tallas. Todo para ella. Silvia esperó cuarenta minutos sentada en los bancos de piedra frente al mar, hasta que la vio salir. Respiró hondo. Y se dirigió a ella.

—Hola.

Zaira tardó en contestar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó seria.

—No sé. —Silvia se encogió de hombros.

Zaira la miró algo desafiante.

—Pues si no lo sabes tú...

Silvia caminó unos pasos hacia ella y aguardó a que le salieran las palabras poco a poco. Porque no sabía por qué estaba allí. O sí lo sabía. Y estaba hecha un lío.

—Es que... he pensado en ti, estos días —le contestó insegura.

—¿Qué quieres, Silvia?

—No lo sé —repitió.

Zaira permaneció muda.

—¿Vas caminando al Zara?

Zaira asintió sin abrir la boca.

—¿Te puedo acompañar?

Zaira hizo un gesto extraño, a la vez que enfilaba hacia el paseo Juan de Borbón. Nada había cambiado en la vida de Silvia. Sí en la de Zaira. Se había separado de su novia después de la aventura que había tenido con ella, hacía poco que había conocido a otra mujer y estaban empezando. Y se lo contó.

—¿Por qué has venido?

—Porque tenía ganas de verte... Te echo de menos.

Zaira guardó silencio y siguió caminando.

—¿Tú me echas de menos? —osó preguntar Silvia.

—Yo ya no.

Silvia bajó la mirada.

—No entiendo qué haces aquí... Dejé a mi novia por ti... y tú te quedaste embarazada. —Se lo dijo sin reprocharle nada. Exponiendo unos hechos, como algo del pasado.

—Es que yo no quería... Ya te lo dije. Yo no quería quedarme embarazada. De verdad que no... Pero no pude abortar, no pude... Hay mujeres que no pueden abortar, y yo soy una de ellas.

—Mira —la interrumpió Zaira—, todo esto ya me lo has explicado. Ya me lo explicaste y también te dije que, aunque hubieras abortado,

tampoco te habrías atrevido a dar el paso.

Silvia no contestó.

—¿Qué quieres, Silvia?

—Estar contigo otra vez... No he vuelto a sentir nada por nadie desde el día que nos despedimos.

Otra vez silencio.

—Te vas a pasar toda la vida mintiéndote a ti misma... —presionó Zaira—. ¿Has sido ya capaz de verbalizarlo? No digo a mí: a ti, ante ti misma.

Silvia tardó en contestar.

—No sé por qué no puedo... No soy capaz. —Silvia bajó la mirada y volvió a mirar a Zaira.

—Dilo, Silvia.

Silvia no contestó. Porque no es fácil admitirlo. Admitírtelo a ti misma, sí. A tu madre, a tu padre, a tus tías, a tu abuela, a tus hermanos, a tus amigas de Madrid, las de toda la vida.

—Dilo, Silvia: «Soy lesbiana». No es tan difícil.

—Me encantaría estar contigo una vez más —se limitó a decir Silvia.

Zaira le sonrió con dulzura.

—No —contestó—. Me gusta esta chica que he conocido. A mí me dolería que ella lo hiciese con su exmujer.

Zaira miró a Silvia. Se acercó a sus labios y la besó. Se dijeron mucho sin palabras durante esos segundos, antes de que Zaira se apartase de ella, esta vez sí, para siempre.

*

—Y eso es todo, Gabi.

Gabriela tardó un segundo en contestar porque pensaba que ella pagaría por sentir los labios de Pablo en los suyos. Un segundo solo, aunque solo fuera un segundo.

—Eso es todo —repitió Silvia alzando los hombros.

—Es mucho.

*

Llegó Formentera. Cósima había volado de Senegal para encontrarse con ellas allí. Eugenia las acogía en su casa. Viajarían solas. Sin hijos. Sin maridos.

Emmanuel, en Barcelona, aprovechando —medio obligado por Eugenia— para hacerse mil revisiones médicas: oculista, traumatólogo, urólogo... Todo con el único fin de poder estar las cuatro solas.

Qué bonito tener amigas. Cuidarlas. Que te cuiden.

Llegaron con el ferri a las nueve de la mañana. Allí estaba Cósima

esperándolas con el Méhari naranja. Y Gabriela, que siempre se conmueve demasiado, la abrazó y se le humedecieron los ojos y dejó que se riera de ella. Fueron las tres a buscar a Eugenia a casa. Soltaron la maleta, se pusieron el biquini, vuelta al Méhari y a la playa de Ses Illetes. Al llegar, se desnudaron y dejaron que el agua y el sol abrazara sus cuerpos en esa isla preciosa que nunca cambia, antes de tumbarse en la arena, calladas, durante varios minutos.

—Os quiero mucho. —Gabriela rompió el silencio.

Cósima le cogió la mano y Silvia recostó la cabeza en su vientre.

—No sé —siguió Gabriela—. Esto debe de ser algo parecido a la felicidad.

*

El viaje a Formentera de las tres a casa de Eugenia la última semana de julio fue sagrado. Porque maridos, amantes e hijos van y vienen, pero las amigas, las amigas de verdad, permanecen para siempre.

Acompañaron a Eugenia en el duelo de la muerte de Emmanuel, y cinco años más tarde, en el de Euken. Hasta que años más tarde, su querida y longeva amiga se unió a ellos dos, para siempre.

# 14

# Amor

El amor como materia prima literaria.

Los escritores, a menudo, utilizan sus propias relaciones amorosas como el motor que hace despegar sus historias. Por orden de aparición en esta novela:

La primera película que vieron en el cine juntos Gabriela y Germán y basada en los cuentos de Raymond Carver, pequeñas historias cotidianas llenas de amor y desamor. Qué hubiera escrito Baudelaire, el poeta que recitaba Cósima a su novio burgués, sin su amor, sin su devoción, hacia el sexo opuesto.

Y por qué no hablar de ese hermoso juego de espejos entre la escritora Siri Hustvedt y su marido Paul Auster.

Y por supuesto los escritores también escriben de la negación del amor. De la ausencia de amor. ¿Qué hubiera escrito Michel Houellebecq si no hubiera sido, tal y como él se define a sí mismo, un niño hambriento de caricias con una madre loca, una madre abyecta que lo abandonó, anteponiendo siempre a sus amantes?

*Candy* no existiría sin Betsy Mickelsen.

Así hasta el infinito. Desde los viejos escritores hasta los escritores noveles. Los principiantes. Los hábiles. Los bestsellers. Los prestidigitadores de palabras. Los que prefieren la escritura intimista. Los que buscan la obra maestra. Los densos. O los que, como Pablo, o como hará Gabriela en un futuro no muy lejano, pretenden entretener.

El amor, por supuesto, es materia prima literaria.

Y Pablo volcó el amor hacia su amante en la que sería su última y elogiada novela.

*

Poco antes de que Gabriela cumpliera cincuenta años, Pablo volvió a publicar.

Su primera novela, *La argentina* , era una novela de amor a su mujer. La última, una novela de amor a su amante, a Gabriela.

Había cambiado su nombre y las calles de su ciudad, pero eran ellos

dos, amándose en su buhardilla. Gabriela se reconoció en cada página. En cada palabra. En cada adjetivo. Una novela que le decía que la había amado. La había amado profundamente. Que todo había sido verdad. Que la echaba de menos. Y que la esperaría siempre.

Daba vueltas y vueltas a la pureza de su amor secreto. Al amor arrancado del tedio de la vida cotidiana. Alejado de la rutina conyugal.

Evocaba la belleza de su amante.

Evocaba su alma, su cuerpo, su boca, su aliento, su sexo.

Evocaba el sexo intenso, divertido, a veces salvaje, a veces sereno y siempre generoso de cada jueves con ella.

Evocaba la fidelidad del alma hacia su única amante. Hacia Gabriela.

*

Gabriela leía en papel. Le gustaba sentir el tacto de sus páginas, pasarlas poco a poco, subrayar. Siempre subrayaba frases bonitas, adjetivos que ella reproducía en las columnas de *La Femme* . Escribía en los márgenes de los libros. Le gustaba colocar el marcapáginas, cerrar la novela y dormir junto a ella. Abrazarla al acabar y despedirse de las historias en las que se había sumergido.

Pero esta vez no pudo leer en papel porque tuvo miedo de que Germán leyera el título de la novela de Pablo: *Las cicatrices de mi mujer* .

Abrazó el Kindle al acabar. Se fue al lavabo de su casa de Boston y se encerró en ese rinconcito donde alguna vez, muy pocas, porque no se lo permitía, todavía acariciaba su cuerpo pensando en él.

Al día siguiente, y después de cinco años sin cruzar una sola palabra, le escribió un email. Lo releyó e incluso deslizó el cursor hacia la tecla del «enviar», pero no la pulsó. Lo borró. Cerró el ordenador, salió del dormitorio, fue al jardín, donde Germán y su hijo montaban un complicadísimo lego, y se sentó junto a ellos.

Su hijo ya era un hombrecito de ocho años, un clon de su padre. Cada vez más, en lo físico y en lo psíquico.

Besó a su hijo. Y lo abrazó por la cintura.

—Mamá, qué pesada eres con tanto abrazo.

Hacía un año que ya todo era su papá, y, por supuesto, Gabriela le dio paso.

—Qué feo esto que le has dicho a mamá. Dale un abrazo.

—Es que es muy pesada. —Y siguió con el lego sin ni siquiera mirarla.

—Pues abrázame tú, Germán.

Germán, que la conocía, notó que algo le pasaba, se acercó a ella y la abrazó. Gabriela le iba a decir algo que pensaba, pero no se lo dijo:

«Los hijos son espejos». En vez de esa frase y entre sus brazos le dijo:

—Te quiero mucho, Germán.

—Yo también, Gabi... —La miró a los ojos—. ¿Todo bien?

—Sí. Muy bien —le dijo con una bonita sonrisa.

Él la besó en los labios y siguió montando el lego con su hijo.

Gabriela se quedó observando a esos dos hombres de su vida que, a su manera, una manera fría, distante, la amaban profundamente. Y era ella la que siempre, siempre, siempre y en todos esos años, mendigaba sus abrazos.

*

Su hijo, vestido con una larga toga negra, lanzó el birrete al aire, junto a sus doscientos compañeros del Boston International High School. Se marcharía en unos meses a Nueva York, a estudiar Arquitectura en la Universidad de Columbia.

Cuando Gabriela vio a su hijo feliz y abrazado a su novia —una estadounidense de origen japonés, también con toga—, y cuando los birretes cayeron al suelo, pasó el brazo por la cintura de Germán.

—Lo hemos hecho bien —le dijo a su marido.

Él le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí para besarle el cabello.

—Sí. Lo hemos hecho muy bien.

*

En septiembre de 2038, a las siete y media de la mañana, Germán, recién cumplidos los setenta años, se despertó con un fuerte dolor en el pecho. Le faltaba el aire, sintió que se le agarrotaba el brazo. Gabriela dormía tranquila a su lado con su viejo camisón de tirantes de algodón en una casita aislada a mil seiscientos metros de altitud, perdida por las montañas nevadas de la sierra del Cadí.

Hacía menos de un año que habían vuelto a España.

—Gabi...

Gabriela abrió los ojos.

—Llama a una ambulancia.

—¿Qué pasa?

—Llama.

Gabriela, asustada, cogió el teléfono de la mesilla de noche y llamó al hospital de Puigcerdà.

—¿Qué te pasa, Germán? ¿Qué te pasa? La ambulancia tardará un poco. Está todo nevado. Veinticinco minutos, quizá menos. Estamos en medio de la nada... ¿Ves? Ya te dije que nos quedáramos en Barcelona. ¡Que estamos viejos para subir solos a la montaña!

—Ven, Gabi —le dijo con serenidad Germán, tumbado, desde la

cama.

Gabriela se acercó a él.

—Túmbate a mi lado.

Gabriela, temblando, se tumbó.

—Abrázame.

—Tranquilo, mi amor. No hables.

Germán apoyó la cabeza en el pecho de su mujer. En el pecho de la mujer que tanto amaba. Que tanto había amado cada uno de los días de su vida. Le faltaba el aire.

—Abrázame, Gabi, por favor.

Ella pasó su brazo por los hombros de su marido, muy asustada.

—Respira, mi amor. No hables.

—Más. Abrázame más.

Gabriela empezó a llorar.

—Te he querido mucho. Mucho, Gabi... Siento no haber sido todo lo cariñoso que esperabas.

—Mi amor, no hables. Respira, por favor.

—Siento mis silencios. Todos mis silencios. No he sabido hacerlo mejor... Gracias por todos estos años. Gracias, mi amor. Mi vida no hubiera sido igual sin ti.

—Para, Germán... Viene la ambulancia en veinte minutos.

Gabriela lloraba. Lloraba mucho. No podía contener el llanto, que manaba ya lleno de adiós y de pérdida.

—He sido muy feliz a tu lado. No llores.

Su mujer intentaba, inútilmente, contenerse.

—Abrázame más. No me quiero ir, Gabi. No me quiero ir... Abrázame. No llores.

—Respira, por favor, Germán. No hables.

Se abrazaron. Se abrazaron como no lo habían hecho en esos cuarenta años de matrimonio.

Germán se cobijó en el regazo del pecho de su mujer, cerró los ojos y antes de que llegara la ambulancia, y en las putas montañas, se murió.

# 15

# La eternidad y un día

Un año después de la muerte de Germán, a las diez de la mañana de un lunes, Gabriela estaba sentada sola en su sofá de lino, releyendo *La casa de los espíritus* , de Isabel Allende, cuando recibió la llamada de su editora.

A sus casi sesenta y cinco años, y tras escribir su cuarta y exitosa novela, la invitaban junto a veinte escritores más a representar las letras españolas en la Feria del Libro de Londres. Porque, después de treinta años, la feria londinense volvía a nombrar a España invitada de honor. Otra vez las letras españolas estaban de celebración.

No recibió la noticia con excesivo entusiasmo. Si le hubiera sucedido con veinticinco años, seguramente el entusiasmo hubiera sido infinito, pero ahora era una dama sexagenaria que se lo había trabajado todo mucho para llegar hasta allí. En los últimos veinte años no había dejado de escribir ni un solo día, ocho horas diarias, de lunes a viernes.

*

Aterrizó sola en el aeropuerto de Heathrow. Un chófer la esperaba con su nombre escrito en una tableta. La llevó directamente al Georgian House Hotel, en St. George's Drive. El mismo hotel en el que ella, treinta años atrás, joven periodista, temblaba insegura ante esas consagradas escritoras a quienes debía entrevistar. Ahora era ella la consagrada escritora a quien entrevistarían. Ya le pesaba esa semana que iba a pasar en la capital inglesa. Esa noche iría sola a la fiesta de inauguración que se organizaba, de nuevo, en el Instituto Cervantes. Se iría la primera. No había cambiado en todos esos años. Nunca había sido muy dada a fiestas, y a su edad mucho menos. Llevaba una pequeña maleta y un bolso con un libro y sus documentos. Entró en el vestíbulo del hotel: el mismo estilo georgiano, butacas y sillones de terciopelo, lámparas de cristal iluminaban el espacio.

Se registró en la recepción e iba camino de los ascensores cuando vio a un hombre mayor entrar por la puerta. Alto, elegante, con la

barba poblada y llena de canas. Un jersey de lana azul marino sobre una camisa, pantalones de pana marrón con los bajos arreglados. También arrastraba una maleta de mano.

El hombre la miró.

Gabriela tardó unos segundos en reconocerlo.

Y el hombre alto, elegante, se acercó a ella. Permanecieron en silencio frente a frente, sin saber qué decirse.

Casi asustados.

Los dos.

—Hola, Gabi —le dijo al fin Pablo con voz suave.

Gabriela sonrió con ternura. ¿Qué hacía Pablo ahí?

Serena, pronunció su nombre y le acarició la mejilla. La barbita que tan poco le gustaba afeitarse.

—Sabía que estarías aquí —dijo Pablo.

—Yo no sabía que venías —le respondió sincera.

Seguía siendo la misma mujer despistada. Despreocupada.

—Qué ilusión verte, Pablo. ¿Cómo estás?

—Bien.

Permanecieron en silencio de nuevo, sin dejar de mirarse. Gabriela escrutó su rostro, ahora surcado de arrugas.

—He leído tus novelas —siguió Pablo con cierta timidez.

—¿Las cuatro? ¿De verdad? —pregunto ella sorprendida.

—Me gustaron mucho.

—Gracias —contestó.

—Y... bueno, también te vi en la entrevista que te hicieron en la dos.

—¿Cuál, Pablo? —Ella sonrió.

Le habían hecho tantas entrevistas que no recordaba a cuál se refería.

—Bueno..., de hecho, creo que he visto todas las entrevistas que te han hecho durante estos años... Me refería a la entrevista que te hicieron por tu primera novela, la de *Página 2* .

De esa entrevista hacía mucho tiempo, fue la primera que le hicieron por *El amante de mi mujer* , porque ese fue el título que escogió para su primera novela. En la que, con toda la sinceridad que pudo, y llena de dolor, explicó ese año a su lado, ese año intenso, lleno de amor, de placer y también de sufrimiento.

Gabriela no contestó. No entendía muy bien por qué Pablo estaba volviendo al pasado. A un pasado que se le hacía muy lejano.

—¿Era yo? —preguntó inseguro.

—Claro que eras tú, Pablo... Cité tus libros, tu música, la buhardilla, mis cicatrices. ¿Cómo no ibas a ser tú?

—Te escribí un email, Gabi.

—Lo sé.

Porque Pablo, tras leer la novela, le escribió un email precioso, un

email que era una carta de amor, donde le decía que no había dejado de pensar en ella, que alguna mañana, y aun sabiendo que los separaban 5.861 kilómetros, desayunando en el Café del Born, esperaba verla pasar tras el cristal..., y que, si volvía a Barcelona, podrían intentarlo, poco a poco. Gabriela se conmovió hasta el llanto leyéndolo pero no quiso contestar... Estaba tranquila en Boston, junto a su marido y su hijo adolescente. Se le hacía lejano todo ese sentimiento tan intenso y a la vez desgarrador que había sentido por él.

—Pablo, siento no haberte contestado. Pero lo pasé mal... Te amé mucho.

Pablo se conmovió por esa sinceridad femenina, a veces tan carente de pudor. ¿Por qué a los hombres como a él les costaba tanto verbalizar lo que sentían?

Pablo la miró como si la mirara por primera vez; Gabriela estaba bonita a sus sesenta y cinco años. Elegante con la camisa blanca de siempre, delgada, pantalón de cintura alta, abrigo largo hasta los tobillos. Arruguitas, claro que sí, pero que a él le parecieron hermosas. Se sintió viejo a sus setenta y cinco años. Mucho más viejo que ella, diez años de diferencia a esa edad son muchos. Y aun sabiendo que podía fracasar, quiso ser valiente.

—Gabi..., he pensado...

Pablo detuvo sus palabras. Le costaba tanto pronunciarlas.

—¿Qué has pensado, Pablo? —le repitió ella con voz suave.

Y Pablo, que ya lo tenía preparado desde Barcelona, respondió despacio e inseguro a aquella frase que había pronunciado Gabriela sentada en su regazo, veinte años atrás, en una pequeña parroquia de Barcelona:

—He pensado que si tú quieres, solo si tú quieres... No como amantes, como mi mujer, como mi única mujer, como mi esposa... Podemos estar juntos en la salud y en la enfermedad..., todos los días que nos quedan de vida..., y hasta que la muerte nos separe.

Gabriela, con los ojos vidriosos, permaneció unos segundos en silencio sin apartarle la mirada y, adivinando al anciano que cuidaría, sonrió levemente, apoyó su rostro en su pecho y lo abrazó.

Abrazó al segundo amor de su vida..., y al eterno retorno de lo igual.

# Películas citadas

*Maridos y mujeres.* Escrita y dirigida por Woody Allen. Protagonizada por Woody Allen, Mia Farrow, Judy Davis y Sydney Pollack. Jack Rollins & Charles H. Joffe Productions. TriStar Pictures, 1992.

*Vidas cruzadas* . Dirigida por Robert Altman, adaptación de los cuentos de Raymond Carver. Protagonizada por Madeleine Stowe, Julianne Moore, Jennifer Jason Leigh, Tim Robbins, Frances McDormand, Bruce Davison, Matthew Modine, Anne Archer, Chris Penn, Fred Ward, Lily Tomlin, Tom Waits, Peter Gallagher, Andie MacDowell, Lori Singer, Jack Lemmon, Lyle Lovett, Robert Downey Jr. Spelling Films, Fine Line Features, Avenue Pictures, 1993.

*Secretos de un matrimonio* . Escrita y dirigida por Ingmar Bergman. Serie y posteriormente película protagonizada por Liv Ullmann y Erland Josephson. Cinematograph AB, 1973-1974.

*Relatos salvajes* . Escrita por Damián Szifron con la colaboración de Germán Servidio. Dirigida por Damián Szifron. Protagonizada por Ricardo Darín, Óscar Martínez, Leonardo Sbaraglia, Érica Rivas, Rita Cortese, Julieta Zylberberg y Darío Grandinetti. K&S Films. El Deseo. En coproducción con Televisión Federal (Telefe). En asociación con Corner Producciones, Big Bang Media (como Big Bang), 2014.

*Herida* . Escrita por David Hare, basada en la novela de Josephine Hart. Dirigida por Louis Malle. Protagonizada por Jeremy Irons y Juliette Binoche. Nouvelles Éditions de Films (NEF). Skreba Films. StudioCanal (como Le Studio Canal Plus), 1992.

*Café de Flore.* Escrita y dirigida por Jean-Marc Vallée. Protagonizada por Vanessa Paradis, Kevin Parent, Hélène Florent y Evelyne Brochu. Item 7. Monkey Pack Films. Crazy Films, 2011.

*Pretty Woman* . Escrita por J. F. Lawton. Dirigida por Garry Marshall. Protagonizada por Julia Roberts y Richard Gere. Touchstone Pictures. Silver Screen Partners IV, 1990.

*Pequeñas mentiras sin importancia.* Escrita y dirigida por Guillaume Canet. Protagonizada por François Cluzet, Marion Cotillard, Benoît

Magimel, Gilles Lellouche, Jean Dujardin, Laurent Lafitte, Valérie Bonneton y Pascale Arbillot. Trésor Films. En coproducción con EuropaCorp, Caneo Films, M6 Films, 2010.

*El primer día del resto de mi vida.* Escrita y dirigida por Rémi Bezançon. Protagonizada por Jacques Gamblin, Zabou Breitman, Déborah François, Marc-André Grondin y Pio Marmaï. Mandarin Films (como Mandarin Cinéma). En coproducción con StudioCanal y France 2 Cinéma, 2008.

*Amor* . Escrita y dirigida por Michael Haneke. Protagonizada por Jean-Louis Trintignant, Emmanuelle Riva e Isabelle Huppert. Les Films du Losange. X-Filme Creative Pool. Wega Film. En coproducción con France 3 Cinéma, ARD Degeto Film, Bayerischer Rundfunk (BR), Westdeutscher Rundfunk (WDR), 2012.

*La eternidad y un día* . Escrita por Theodoros Angelopoulos con la colaboración de Tonino Guerra y Petros Markaris. Dirigida por Theodoros Angelopoulos. Protagonizada por Bruno Ganz, Isabelle Renauld y Fabrizio Bentivoglio. Paradis Films. Intermédias. La Sept Cinéma. Con la participación de Canal+, Classic, Istituto Luce, Theo Angelopoulos Films, Greek Film Center, ERT1, Westdeutscher Rundfunk (WDR), ARTE (como WDR). Con el apoyo de Eurimages, 1998.

# Canciones citadas

*Bobby Brown goes down* , compuesta e interpretada por Frank Zappa. 1979 Ⓟ Zappa Family Trust.

*Candy* , compuesta e interpretada por Iggy Pop. 1990 Ⓟ Virgin Records America Inc.

*Woman in love* , interpretada por Barbra Streisand. Ⓟ 1980 CBS Inc. Stigwood Music Inc. (Unichappell Music, Admin.)

*Jagged Little Pill,* compuesta e interpretada por Alanis Morissette Ⓟ 1995 Maverick Recording Company, Reprise Records, Warner Music Group Company.

*Common People,* Ⓟ 1995 Island Records, interpretada por Pulp.

*La gent normal,* Ⓟ 2008 Discmedi Blau, interpretada por Manel.

*Iglesias* , Ⓟ 2012 Universal Music Spain S. L., interpretada por Sílvia Pérez Cruz.

*You Can Leave Your Hat On* , Ⓟ 1986 Capitol Records, inc, interpretada por Joe Cocker.

*Yo marco el minuto* , Ⓟ 2000 Boooouncing Bricks S. L., interpretada por La Mala Rodríguez e incluida en la banda sonora de *Lucía y el sexo.*

*Nobody Else But Me* , Ⓟ 1994 Polygram Records, Inc., interpretada por Stan Getz.

*It Could Happen To You* , Ⓟ 1979 Prestige Records, interpretada por Miles Davis.

*The One I Love Belongs to Somebody Else* , Ⓟ 2017 Impulse!, una división de Universal Music France, interpretada por Bill Charlap Trio.

*Feeling Good* , Ⓟ 1965 Phillips Records – Vendor: Mercury Record Corporation, interpretada por Nina Simone.

*Louisiana i els camps de cotó,* Ⓟ 2012 DiscMedi Blau, interpretada por

Els Amics de les Arts.

*El far del Sud* , Ⓟ 1998, Música global Discográfica, interpretada por Sopa de cabra.

*Compta amb mi,* Ⓟ 2014 DiscMedi Blau, interpretada por Txarango.

*Jane says,* Ⓟ 1987 Triple X Records, interpretada por Jane's Addiction.

*Mother,* Ⓟ 1979 Pink Floyd Music Ltd., interpretada por Pink Floyd.

*Mitad y mitad* , Ⓟ 2016 Rap Solo, interpretada por Kase O.

# Agradecimientos

Los cinéfilos quizá ya sepan que la mayoría de los títulos de capítulo son títulos de películas. Películas que me han acompañado en la escritura y a las que me debo: *El primer día del resto de tu vida* de Rémi Bezançon, *Pequeñas mentiras sin importancia* de Guillaume Canet, *Maridos y mujeres* de Woody Allen, *Relatos salvajes* de Damián Szifron, *Herida* de Louis Malle y *Café de Flore* de Jean-Marc Vallée.

Es mi segundo libro, así que me avanzo. Sabía, al escribir mi primera novela, que desde Valldemosa no se ve el mar, y me cayó alguna reprimenda por ello. También sé que desde Dakar no se llega en unas horas a Casamance. Y, ya que escribo sobre mi primera novela, nunca imaginé lo lejos que llegaría.

Quiero darles las gracias a las mujeres de mi familia y a mis amigas, porque sus vidas inspiran mis novelas. En especial a Clara Tarrero y a Chiara Arroyo, que siguen muy de cerca todo lo que escribo.

A mis amiguitas de juventud, las que estuvieron en el parto de mi hija, Sandra Santafé, Rosa Benguerel y Ana Carulla, gracias por la magia de ese día que veinte años más tarde ha llegado hasta aquí.

Olga Queralt, gracias por un pedacito de ti.

Christian Martí y Cristina Montserrat, ingenieros los dos, gracias por corregir a Germán.

Marc Mormeneo y Natalia Cedrés, fotógrafos, gracias por corregir a Silvia.

Ana Segarra por los vestidos de Cósima. Luisa Fuentes por la aristocracia de cuna. Leticia Usin por Argentina. Marta Torelló por Puigcerdà. Walter Riso por Walter Korman. Pali Amilibia, Òscar Gallego, por el diálogo que os he robado. Arturo Rossi por el diseño gráfico.

Itziar Castro, actriz, escritora y mujer acogedora, gracias por dejarme escribirte.

Eva Baeza, sabia guionista, te he robado eso de que «la felicidad no da trama».

Óscar Albert, gracias por ser el amigo de todos, y enlazo con Roca, Josep Rocafort, tu boda nos hizo muy felices.

Thomas Schneider, *danke für die Ewige Wiederkehr* .

Papá por tu genética en lo que escribo.

Y el penúltimo agradecimiento es para mi amigo, mi mejor amigo,

mi marido y mi dulce amante, Jaume Balagueró.

Y mi último y más sincero agradecimiento es para vosotros, para los que me estáis leyendo ahora, gracias, desde lo más profundo de mi corazón, por haberme elegido y haber llegado hasta aquí.

# Notas

1 . La teoría filosófica del eterno retorno fue acuñada por Nietzsche e incorporada por Sigmund Freud a su teoría psicoanalítica y en la obra *Más allá del principio del placer* .

*Historias de mujeres casadas*
Cristina Campos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta, © Anne McAulay / Millennium Images UK

© Cristina Campos, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

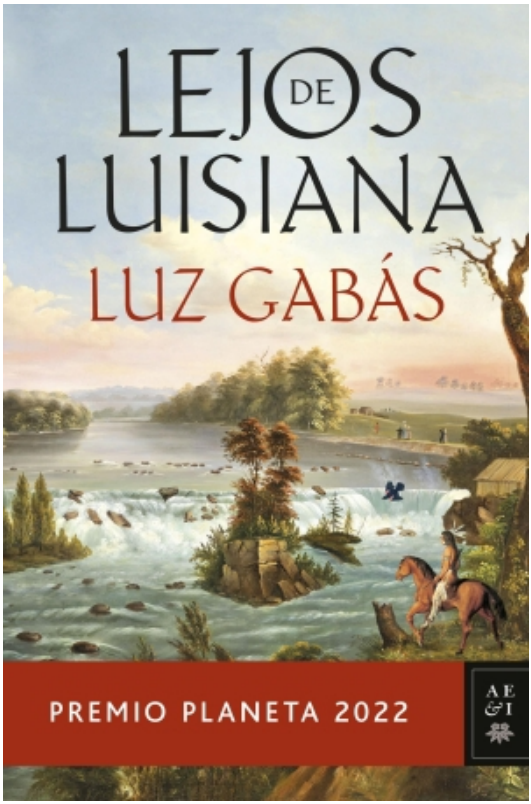
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26586-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!




# Lejos de Luisiana

Gabás, Luz
9788408265856
768 Páginas

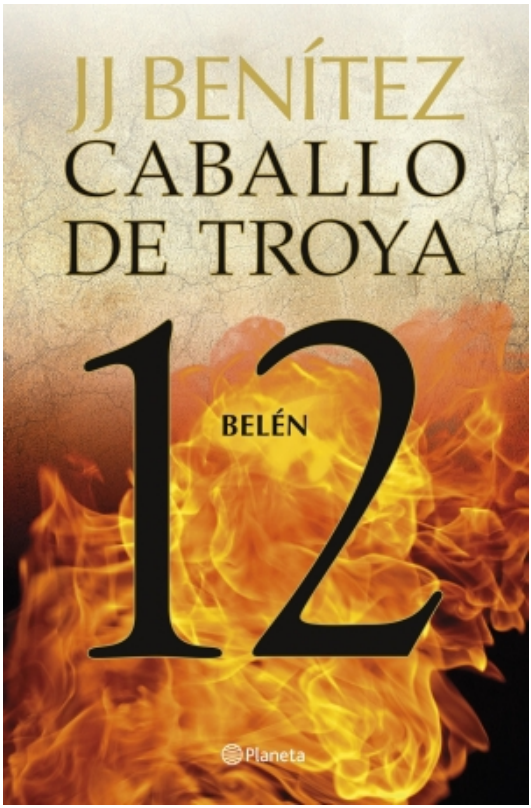
Cómpralo y empieza a leer

**Persiguieron sus sueños a orillas del Misisipi. Sus vidas fueron más grandes que el río.**
Después de años de colonización, la familia Girard acepta la controvertida decisión de su país, Francia, de ceder a España en 1763 parte de las indómitas tierras del Misisipi; sin embargo, sufrirá las consecuencias de las rebeliones de sus compatriotas contra los españoles, la guerra de norteamericanos contra ingleses por la independencia de los Estados Unidos y la lucha desesperada de los nativos indios por la supervivencia de sus pueblos. En unos tiempos tan convulsos, Suzette Girard e Ishcate, indio de la tribu kaskaskia,

librarán su propia batalla: preservar su amor de las amenazas del mundo que les ha tocado vivir. Todo ello conforma una novela cautivadora y monumental que atraviesa las cuatro décadas en las que España poseyó las legendarias tierras de Luisiana.

**Luz Gabás, una de las autoras más leídas de nuestro panorama literario, regresa a las librerías con una novela que cautivará a todos sus lectores justo cuando se cumplen diez años de la publicación de su primer libro *Palmeras en la nieve* , un fenómeno de crítica y ventas a nivel internacional cuya adaptación al cine fue un rotundo éxito en taquilla .**
**Su nueva obra *Lejos de Luisiana, ganadora del Premio Planeta 2022,* es una novela magistral y un gran fresco histórico sobre la aventura de España en el corazón de Norteamérica.**

Cómpralo y empieza a leer




# Belén. Caballo de Troya 12

Benítez, J. J.
9788408264736
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

*Caná. Caballo de Troya 9* fue publicado en 2011, pero estaba incompleto. Por razones técnicas, algunas de las páginas del diario del mayor de la USAF fueron retiradas por la editorial. Ahora son publicadas en su absoluta totalidad.

Durante seis meses —entre abril y octubre del año 27 de nuestra era— Jesús se vio obligado a huir para no ser capturado por el Sanedrín; huyó sin cesar. *Belén* es un libro que descubre por qué Jesús no pudo ser un esenio, así como un repaso por las principales sectas judías: fariseos, saduceos, escribas, cenotas, esenios, nazirs… Los prodigios de

Jesús que nunca fueron relatados. ¿Qué sucedió durante ese tiempo? No se lo pierda… Le sorprenderá y emocionará: pasajes desconocidos de la vida del Maestro.

**Con *Belén,* J. J. Benítez termina la serie *Caballo de Troya.* Una aventura literaria que empezó en 1984 con la publicación del primer volumen**

Cómpralo y empieza a leer

# La chica del Zodiaco. Segunda parte

Izquierdo, Andrea
9788408265993
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El chico acuario es independiente y natural
El chico piscis es sensible y espiritual
El chico aries es enérgico e impulsivo
El chico tauro es estable y sensual
**ANNA YA NO ES LA MISMA**
Lleva ya un tercio de su experimento del Zodiaco y ha aprendido más sobre ella misma que sobre los hombres que ha conocido. Sin embargo, los recientes sucesos familiares han dado un giro vertiginoso a su vida.
**ANNA TIENE EL CORAZÓN ROTO**

El amor no se puede controlar y ha llegado para poner a prueba el experimento. Pero en una ciudad como Los Ángeles nada es lo que parece, y las mentiras se pueden ocultar tras una buena actuación.

**ANNA VA A LUCHAR**

No puede rendirse ahora. Tras un intenso desengaño amoroso, tiene que recomponerse y encontrar su propio camino. Aunque, durante todo el experimento, siempre haya una persona poniendo su corazón patas arriba y tentándola a romper las reglas.

¿Conseguirá Anna encontrar su *match* o está cada vez más lejos de lograrlo?

Cómpralo y empieza a leer

# 12 reglas para vivir

Peterson, Jordan B.
9788408200314
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuáles son las reglas esenciales para vivir que todos deberíamos conocer? Regla n.° 1: mantente erguido con los hombros hacia atrás…, como las langostas; regla n.° 8: di la verdad, o por lo menos no mientas; regla n.° 11: no molestes a los niños cuando montan en monopatín; regla n.° 12: cuando te encuentres un gato por la calle, acarícialo.
Jordan Peterson, «el pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo», según el Spectator, nos propone un apasionante viaje por la historia de las ideas y de la ciencia —desde las tradiciones antiguas a los últimos descubrimientos científicos— para tratar de responder a una pregunta esencial: qué información básica necesitamos para vivir

en plenitud.
Con humor, amenidad y espíritu divulgativo, Peterson recorre países, tiempos y culturas al mismo tiempo que reflexiona sobre conceptos como la aventura, la disciplina y la responsabilidad.
Todo con el fin de desgranar el saber humano en doce hondas y prácticas reglas para la vida que rompen radicalmente con los lugares comunes de la corrección política.

Cómpralo y empieza a leer

# Las recetas de Julie

Andrieu, Julie
9788408266228
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿El boniato? Cuando se carameliza queda sublime.

¿El arroz? Cocinado a la manera iraní es una verdadera delicia...

¿El pollo? ¡Cuando se prepara con cerveza, adquiere un perfume maravilloso!

Julie Andrieu, creadora y presentadora de *Las recetas de Julie,* revela sus secretos para sacar el máximo partido de los productos que todos tenemos en nuestra nevera mediante 150 recetas imprescindibles, para el día a día, así como para momentos más excepcionales. ¿El compromiso de Julie? Recetas universales, fáciles de cocinar, que ponen en valor las verduras de la huerta y los ingredientes de

proximidad.

¡La referencia de la cocina cotidiana que no te puedes perder!

Cómpralo y empieza a leer